Marcel Proust

La fugitiva

En busca del tiempo perdido, VI

Después de los acontecimientos explicados en *La prisionera*, el anterior volumen de *En busca del tiempo perdido*, el narrador tiene que afrontar el hecho irreversible de que Albertine ha desaparecido para siempre. Tan solo la capacidad transformadora del paso del tiempo puede atenuar la intensidad de los sentimientos que se experimentan ante la amante perdida.

La fugitiva surge como reverso y respuesta a la historia relatada en *La prisionera*. Valiéndose del poder de los caprichosos mecanismos de la memoria para la evocación de los recuerdos, Marcel Proust profundiza con mano maestra en las consecuencias de las pasiones amorosas, el dolor y también el olvido, y adelanta los temas fundamentales con los que cerrará su majestuosa y revolucionaria obra.

Marcel Proust

La fugitiva

En busca del tiempo perdido - 6

ePub r3.0
Titivillus 13.06.16

Título original: *À la recherche du temps perdu VI. Albertine disparue*
Marcel Proust, 1927
Traducción: Carlos Manzano

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CAPÍTULO PRIMERO

LA PENA Y EL OLVIDO

«¡La señorita Albertine se ha marchado!». ¡Cuánto más lejos psicológicamente llega el sufrimiento que la propia psicología! Un instante antes, mientras me analizaba, había yo creído que aquella separación sin volver a vernos era precisamente lo que deseaba y, al comparar la mediocridad de los placeres que me brindaba Albertine con la riqueza de los deseos que me privaba de realizar, me había creído sutil y había concluido que no quería verla más, que había dejado de amarla, pero aquellas palabras —«La señorita Albertine se ha marchado»— acababan de provocar a mi corazón tal sufrimiento, que tenía la sensación de no poder resistirlo más. Así, lo que había yo creído que no era nada para mí, era, sencillamente, mi vida entera. ¡Qué poco nos conocemos! Tenía que hacer cesar de inmediato mi sufrimiento; con ternura para conmigo mismo, como mi madre para con mi abuela agonizante, y con esa misma buena voluntad con la que nos negamos a dejar sufrir a quienes amamos, yo me decía: «Ten un segundo de paciencia, te encontraremos un remedio, estáte tranquilo, no te dejaremos sufrir así». A esa clase de ideas recurrió mi instinto de conservación para poner los primeros calmantes en mi herida abierta: «Nada de eso tiene la menor importancia, porque voy a hacerla regresar en seguida. Voy a ver cómo, pero, de todos modos, esta noche estará aquí. Por consiguiente, no vale la pena que me preocupe». «Nada de eso tiene la menor importancia»: no me había yo contentado con

decírmelo, había intentado dar esa impresión a Françoise, al no dejar translucir mi sufrimiento delante de ella, porque, incluso en el momento en que lo sentía con tamaña intensidad, no olvidaba que debía hacer parecer feliz, correspondido, mi amor sobre todo ante Françoise, quien, como no apreciaba a Albertine, siempre había dudado de su sinceridad. Sí, hacía un rato, antes de la llegada de Françoise, yo había creído que había dejado de amar a Albertine, había creído que no dejaba nada de lado; había creído conocer, como analista riguroso, el fondo de mi corazón, pero, por grande que sea nuestra inteligencia, no puede columbrar los elementos que lo componen y que siguen resultando insospechados, mientras un fenómeno apto para aislarlos no les haya hecho experimentar un comienzo de solidificación desde el estado volátil en el que se mantienen la mayor parte del tiempo. Me había equivocado al creer que veía claro en mi corazón, pero ese conocimiento, que no me habían brindado las percepciones más finas de la inteligencia, acababa de aportármelo —duro, patente, extraño, como una sal cristalizada— la brusca reacción del dolor. Estaba tan acostumbrado a tener a Albertine a mi lado y de repente veía una nueva faceta de la costumbre. Hasta entonces la había considerado sobre todo un poder aniquilador que suprime la originalidad y hasta la conciencia de las percepciones; ahora la veía como una divinidad temible, tan arraigada en nosotros, con su insignificante rostro tan incrustado en nuestro corazón, que, si se desprende, si se aparta de nosotros, esa deidad que apenas distinguíamos nos inflige sufrimientos más terribles que ninguna otra y entonces resulta tan cruel como la muerte.

Lo más urgente era leer la carta de Albertine, ya que quería pensar en los medios que necesitaría para hacerla regresar. Tenía la sensación de disponer de ellos, porque, como el futuro es lo que sólo existe todavía en nuestro pensamiento, nos parece aún modificable por la intervención *in extremis* de nuestra voluntad, pero al mismo tiempo recordaba haber visto actuar sobre él otras fuerzas distintas de la mía y contra las cuales —aunque hubiera dispuesto

de más tiempo— nada habría podido. ¿De qué sirve que no haya sonado aún la hora, si nada podemos influir en lo que ocurrirá? Cuando Albertine estaba en casa, yo estaba totalmente decidido a conservar la iniciativa de nuestra separación y después ella se había marchado. Abrí la carta de Albertine. Era de este tenor:

> Amigo mío, perdóname por no haberme atrevido a decirte de viva voz las palabras que te transmito a continuación, pero es que soy tan cobarde, he sido siempre tan poca cosa ante ti, que ni siquiera forzándome he tenido valor para hacerlo. Esto es lo que debería haberte dicho: «La vida entre nosotros se ha vuelto imposible; por lo demás, ya viste, con tu salida de tono de la otra noche, que algo había cambiado en nuestras relaciones. Lo que se podría haber arreglado aquella noche resultaría irreparable al cabo de unos días. Así, pues, ya que hemos tenido la suerte de reconciliarnos, vale más que nos separemos como buenos amigos». Por eso, querido mío, te envío esta nota y te ruego que tengas la bondad de perdonarme, si te causo un poco de pena, pensando en la —inmensa— que sentiré yo. Grandísimo amigo mío, no quiero llegar a ser enemiga tuya, ya me resultará bastante duro volverme poco a poco —y muy pronto— indiferente para ti. Por eso, como mi decisión es irrevocable, antes de encargar a Françoise que te entregue esta carta, le habré pedido mis maletas. Adiós, te dejo lo mejor de mí misma. Albertine.

«Todo eso nada significa», me dije yo, «es mejor incluso de lo que pensaba, pues, como no dice nada de eso en serio, lo ha escrito, evidentemente, tan sólo para asestar un gran golpe, para meterme miedo, para que no vuelva a estar insoportable con ella. Hay que procurar con la mayor urgencia que Albertine haya vuelto esta noche. Resulta triste pensar que los Bontemps son personas indecentes que se valen de su sobrina para sacarme dinero, pero ¿qué importa? Aunque, para que Albertine esté aquí esta noche, haya de dar la mitad de mi fortuna a la Sra. Bontemps, nos quedará bastante a Albertine y a mí para vivir agradablemente». Y, al mismo tiempo, calculaba si tendría tiempo de ir aquella mañana a encargar el yate y el Rolls-Royce que ella deseaba, sin pensar ya siquiera —pues habían desaparecido todas mis vacilaciones— en que me

había parecido poco sensato regalárselos. «Aunque la adhesión de la Sra. Bontemps no baste, si Albertine no quiere obedecer a su tía y pone como condición de su regreso la de disfrutar en adelante de plena independencia, pues bien, por mucha pena que me cause, se la concederé; saldrá sola, cuando guste; hemos de saber aceptar sacrificios, por dolorosos que sean, por lo que más apreciamos y que para mí —pese a lo que creía esta mañana, conforme a mis exactos y absurdos razonamientos— es que Albertine viva aquí». Por lo demás, ¿puedo decir que permitirle esa libertad me habría resultado totalmente doloroso? Mentiría. Con frecuencia había tenido ya la sensación de que el sufrimiento de dejarla libre para portarse mal lejos de mí tal vez fuera menor aún que la clase de tristeza que a veces sentía al notar que se aburría conmigo, en mi casa. Seguramente en el preciso momento en que me pidiera permiso para irse a alguna parte, dejarle hacerlo, pensando en que habría orgías organizadas, me habría resultado atroz, pero la idea de decirle: «Toma nuestro barco o el tren, márchate un mes a tal país, que yo no conozco y donde no sabré nada de lo que hagas», me había gustado con frecuencia, porque, en comparación, lejos de mí me preferiría y se alegraría al regresar. «Por lo demás, ella misma lo desea, seguro; en modo alguno exige esa libertad, a la que, por lo demás, lograría obtener con facilidad —al ofrecerle todos los días placeres nuevos— alguna limitación día tras día. No, lo que Albertine quería era que yo dejara de estar insoportable con ella y sobre todo que me decidiese —como en tiempos Odette con Swann — a casarme con ella. Una vez casados, dejará de interesarle su independencia; nos quedaremos los dos aquí, ¡tan felices!». Seguramente era renunciar a Venecia, pero ¡qué pálidas, indiferentes, muertas, se vuelven las ciudades más deseadas, como Venecia —y con mayor razón las señoras de su casa, como la duquesa de Guermantes, y las distracciones, como el teatro—, cuando estamos ligados a otro corazón por un vínculo tan doloroso, que nos impide alejarnos de él! Por lo demás, Albertine tiene toda la razón respecto del matrimonio. A mamá misma todos aquellos

retrasos le parecían ridículos. Casarme con ella es lo que debería haber hecho desde hace mucho, es lo que habré de hacer, eso es lo que la ha movido a escribir esa carta, ninguna de cuyas palabras está dicha en serio; para lograrlo, ha renunciado durante unas horas a lo que tanto —como yo— debe de desear hacer: volver aquí. Sí, eso es lo que quería, ése era su propósito, me decía mi entendimiento compasivo, pero yo tenía la sensación de que, al decírmelo, mi inteligencia seguía abrigando la misma hipótesis que había adoptado desde el principio. Ahora bien, yo advertía perfectamente que la otra hipótesis era la que no había dejado nunca de verificarse. Seguramente esa segunda hipótesis nunca habría sido lo bastante audaz para formular expresamente la posibilidad de que Albertine estuviera vinculada con la Srta. Vinteuil y su amiga y, sin embargo, cuando me había visto sumergido por la invasión de aquella terrible noticia, en el momento en que entrábamos en la estación de Incarville, había sido la que había resultado verificada. Ésta nunca había entrañado la posibilidad de que Albertine me abandonara por sí sola, de aquel modo, sin avisarme y sin darme tiempo para impedírselo, pero, aun así, si, después del nuevo e inmenso salto que la vida acababa de hacerme dar, la realidad que se me imponía me resultaba tan nueva como aquella ante la cual nos colocan el descubrimiento de un físico, las investigaciones de un juez de instrucción o los hallazgos de un historiador sobre los intríngulis de un crimen o revolución, dicha realidad superaba las poco consistentes previsiones de mi segunda hipótesis, pero, aun así, las cumplía. Ésta no era la de la inteligencia y el pánico que yo había sentido la noche en que Albertine no me había besado, la noche en que había yo oído el ruido de la ventana, no era consecuencia de un razonamiento, pero la de que la inteligencia no es el instrumento más sutil, más potente, más apropiado para aprehender la verdad —y más adelante la veremos corroborada, como muchos episodios han podido indicarlo ya— es simplemente una razón más para comenzar por la inteligencia y no por un intuitivismo del inconsciente, por una fe inconmovible en los

presentimientos. La vida es la que —poco a poco, caso por caso— nos permite advertir que lo más importante para nuestro corazón o para nuestro juicio no lo descubrimos mediante el razonamiento, sino mediante otras facultades y entonces es la propia inteligencia la que, al darse cuenta de su superioridad, abdica mediante el razonamiento ante ellas y acepta volverse su colaboradora y su sierva. Es la fe experimental. Me parecía haber conocido ya la desgracia imprevista ante la que me encontraba (como la amistad de Albertine con las dos lesbianas) por haberla leído en tantos signos en los que —pese a las afirmaciones contrarias de mi razón, que se basaban en las afirmaciones de la propia Albertine— había notado el cansancio, el horror, que ella sentía al vivir así, como una esclava, ¡signos trazados como con tinta invisible —al contrario de las tristes y sometidas pupilas de Albertine— en sus mejillas bruscamente encendidas con un rubor inexplicable, en el ruido de la ventana, bruscamente abierta! Seguramente no me había yo atrevido a interpretarlos hasta sus últimas consecuencias y concebir expresamente la idea de su súbita marcha. Sólo había pensado, con un alma equilibrada por la presencia de Albertine, en una marcha dispuesta por mí en una fecha indeterminada, es decir, situada en un tiempo inexistente; así, pues, había tenido sólo la ilusión de pensar en una marcha, como cuando la gente se imagina que no teme la muerte, cuando piensa en ella estando con buena salud y, en realidad, no hace otra cosa que introducir una idea puramente negativa en una buena salud que la proximidad de la muerte alteraría precisamente. Por lo demás, aunque se me hubiera ocurrido mil veces y con la mayor claridad y nitidez del mundo la idea de la marcha de Albertine deseada por ella misma, no habría sospechado mejor lo que sería para mí —es decir, en realidad— aquella marcha, algo original, atroz, desconocido, un dolor enteramente nuevo. Podría haber pensado en dicha marcha, si la hubiera previsto, sin cesar, durante años, sin que esos pensamientos, puestos unos junto a otros, hubiesen tenido la menor relación no sólo de intensidad, sino también de semejanza, con el

inimaginable infierno cuyo velo me había alzado Françoise al decirme: «La señorita Albertine se ha marchado». Para figurarse una situación desconocida, la imaginación toma elementos conocidos y, por esa razón, no lo logra, pero la sensibilidad, incluso la más física, recibe —como la estela del rayo— la firma original y durante mucho tiempo indeleble del acontecimiento nuevo. Y yo apenas me atrevía a decirme que, si hubiera previsto aquella marcha, tal vez habría sido incapaz de imaginármela en su horror, ¡y —aun anunciándomela Albertine y yo amenazándola, suplicándole— de impedirla! ¡Qué lejano me resultaba ahora el deseo de Venecia! Como en tiempos, en Combray, el de conocer a la Sra. de Guermantes, cuando llegaba la hora en que ya sólo me interesaba una cosa: que mi madre viniese a mi habitación. Y todas las inquietudes sentidas desde mi infancia eran las que, a la llamada de la nueva angustia, habían acudido, efectivamente, a reforzarla, a amalgamarse con ella en una masa homogénea que me asfixiaba.

Cierto es que nos habíamos prometido evitar ese golpe físico en el corazón que asesta semejante alejamiento —y que, en virtud de la terrible capacidad de retención que tiene el cuerpo, hace del dolor algo contemporáneo a todas las épocas de nuestra vida en las que hemos sufrido—, ese golpe en el corazón sobre el que tal vez elucubre un poco —en vista de lo poco que nos preocupamos por el dolor de los demás— la mujer que desea dar a la pena su máxima intensidad —ya sea porque, al limitarse a esbozar una falsa marcha, sólo quiera pedir condiciones mejores o porque, al marcharse para siempre (¡para siempre!), desee asestar un golpe ora para vengarse ora para seguir siendo amada ora (con vistas a la calidad del recuerdo que dejará) para romper violentamente esa red de hastíos, de indiferencias, que había notado tejerse—, y nos habíamos dicho que nos separaríamos como amigos, pero, al final, esa clase de separación resulta muy poco frecuente, la verdad, pues, de ser amigos, no la habría, y, además, la mujer con la que nos mostramos más indiferentes advierte, de todos modos, vagamente que, al cansarnos de ella, en virtud de una misma costumbre, nos hemos

apegado cada vez más a ella y piensa que uno de los elementos esenciales para separarse como amigos es marcharse avisando al otro. Ahora bien, teme que, al avisar, lo impida. Todas las mujeres tienen la sensación de que, cuanto mayor es su poder sobre un hombre, sólo disponen de un medio para marcharse, que es el de huir. Fugitiva por ser reina: así es. Cierto es que hay un intervalo inaudito entre el hastío que inspiraba hace un instante y ese deseo impetuoso —porque se ha marchado— de volver a verla, pero para explicarlo hay —además de las ofrecidas a lo largo de esta obra y otras que se verán más adelante— ciertas razones. En primer lugar, la marcha ocurre con frecuencia en el momento en que la indiferencia —real o supuesta— es mayor, en el punto extremo de la oscilación del péndulo. La mujer piensa: «No, esto no puede seguir así», precisamente porque el hombre no cesa de hablar de abandonarla o de pensarlo y es ella la que lo abandona. Entonces, al volver el péndulo a su otro punto extremo, el intervalo es mayor. En un segundo vuelve a ese punto; una vez más, aparte de todas las razones ofrecidas, ¡resulta tan natural! El corazón palpita y, por lo demás, la mujer que se ha marchado ya no es la misma que estaba ahí. A su vida junto a nosotros, demasiado conocida, se suman de repente aquellas vidas con las que inevitablemente va a mezclarse y precisamente para hacerlo nos ha dejado. De modo, que esa nueva riqueza de la vida de la mujer que se ha marchado tiene un efecto retrospectivo en la mujer que estaba junto a nosotros y tal vez estaba premeditando su marcha. A la serie de fenómenos psicológicos que podemos deducir y que forman parte de su vida con nosotros, de nuestro hastío demasiado pronunciado con ella, de nuestros celos también (razón por la cual los hombres a los que varias mujeres han abandonado lo han vivido casi siempre de la misma manera por su carácter y por reacciones siempre idénticas y previsibles: cada cual tiene su forma propia de ser traicionado, como la de constiparse), a esa serie no demasiado misteriosa para nosotros correspondía seguramente una serie de fenómenos que hemos pasado por alto. Desde hacía algún tiempo debía de

mantener relaciones por escrito o verbales, mediante mensajeros, con determinado hombre o mujer, esperar determinada señal que tal vez hayamos dado nosotros mismos sin saberlo, al decirle: «Ayer vino a verme el Sr. X», si habían acordado que, la víspera del día en que debería reunirse con él, el Sr. X vendría a vernos. ¡Cuántas hipótesis posibles! Sólo posibles. Yo reconstruía tan bien la verdad, pero sólo como posibilidad, que, por haber abierto un día por error una carta para una de mis amantes, escrita en un estilo acordado y que rezaba así: *Sigo esperando la señal para ir a casa del marqués de Saint-Loup, avisa mañana por teléfono*, reconstituí algo así como una fuga proyectada; el nombre del marqués de Saint-Loup figuraba sólo para significar otra cosa, pues mi amante no lo conocía, pero me había oído hablar de él y, por lo demás, la firma era como un apodo, totalmente inteligible. Ahora bien, la carta no iba dirigida a mi amante, sino a una persona de la casa que tenía un nombre diferente, pero que habían leído mal. La carta no estaba escrita con signos convenidos, sino en mal francés, porque era de una americana, amiga, efectivamente, de Saint-Loup, como me contó éste, y el extraño modo como formaba ciertas letras había dado el aspecto de un apodo a un nombre totalmente real, pero extranjero. Así, pues, aquel día yo me había equivocado de medio a medio en mis sospechas, pero el armazón intelectual que en mí había vinculado aquellos hechos, falsos todos, era, a su vez, la forma tan justa, tan inflexible, de la verdad, que, cuando, tres meses después, una amante (que entonces pensaba pasar toda su vida conmigo), me abandonó, fue de forma absolutamente idéntica a la que yo había imaginado la primera vez. Llegó una carta con las mismas particularidades que yo había atribuido erróneamente a la primera, pero aquella vez con el sentido de la señal, y así Albertine había premeditado desde hacía mucho su fuga. Aquella desgracia era la mayor de toda mi vida y, pese a todo, el sufrimiento que me causaba tal vez resultara superado aún más por la curiosidad sobre sus causas: a quién habría deseado o reencontrado Albertine. Pero los orígenes de esos grandes acontecimientos son como las fuentes de

los ríos: ya podemos recorrer la superficie de la Tierra, que no las encontramos. No he dicho (porque entonces me pareció simple amaneramiento y malhumor, lo que llamábamos, refiriéndonos a Françoise, «estar de morros») que, desde el día en que había dejado de besarme, había tenido cara de funeral, muy rígida, envarada, con voz triste para las cosas más sencillas y lentitud de movimientos y no había vuelto a sonreír nunca más. No puedo decir que ninguno de esos hechos demostrara una connivencia con el exterior. Françoise no dejó de contarme más adelante que, al entrar en su habitación la antevíspera de su marcha, no había encontrado a nadie en ella, con las cortinas echadas, pero por el olor del aire y el ruido había notado que la ventana estaba abierta y, en efecto, había encontrado a Albertine en el balcón. Ahora bien, no veo con quién habría podido comunicar desde allí y, por lo demás, seguramente las cortinas estaban echadas delante de la ventana abierta, porque sabía que yo temía las corrientes de aire y, aunque las cortinas no me protegían demasiado contra ellas, habrían impedido a Françoise ver desde el pasillo que los postigos estaban abiertos tan temprano. No, no veo nada, sólo un detallito como prueba de que la víspera ya sabía que iba a marcharse. En efecto, la víspera cogió de mi habitación, sin que yo lo notara, una gran cantidad de papel y tela, con los cuales pasó toda la noche embalando sus innumerables batas y saltos de cama para marcharse por la mañana. Eso fue lo único. No puedo atribuir importancia a que aquella noche me devolviese casi a la fuerza mil francos que me debía, cosa que nada tenía de especial, pues era extraordinariamente escrupulosa con los asuntos de dinero.

Sí, cogió el papel de embalar la víspera, pero ¡ya antes sabía que se marcharía! Pues lo que le hizo adoptar aquella expresión apesadumbrada no fue la pena que la hizo marcharse, sino la resolución que había adoptado de irse, de renunciar a la vida con la que había soñado: apesadumbrada, casi solemnemente fría conmigo, salvo la última noche, en que, tras haberse quedado en mi cuarto hasta más tarde de lo que deseaba, cosa que me extrañó en

ella, quien siempre deseaba prolongar esos momentos, me dijo desde la puerta: «Adiós, cariño; adiós, cariño». Pero en el momento no me fijé. Françoise me contó que, la mañana siguiente, cuando le dijo que se marchaba (pero, por lo demás, también es explicable por el cansancio, pues no se había desvestido y había pasado toda la noche embalando, salvo las cosas que debía pedir a Françoise y que no estaban en su habitación ni en su cuarto de aseo), seguía tan triste, mucho más rígida, mucho más envarada, que los días anteriores, que cuando le dijo: «Adiós, Françoise», ésta creyó que se iba a desplomar. Cuando nos enteramos de cosas así, comprendemos que la mujer que nos gustaba ya tanto menos que todas las que encontramos tan fácilmente en los más simples paseos, para con quien sentíamos rencor por sacrificarlas por ella, es, al contrario, la que ahora preferiríamos mil veces. Es que ya no se plantea la disyuntiva entre cierto placer —que, por el uso y tal vez por la mediocridad del objeto, ha llegado a ser casi nulo— y otros, tentadores, arrebatadores, sino entre éstos y algo mucho más fuerte que ellos: la piedad por el dolor.

Al prometerme a mí mismo que Albertine estaría aquella misma noche en casa, me había apresurado al máximo a vendar con una creencia nueva el desgarramiento de aquella con la que había vivido hasta entonces, pero, por rápidamente que hubiera actuado mi instinto de conservación, me había quedado —cuando Françoise me lo había contado— un segundo sin socorro y de nada me servía ya saber que Albertine estaría en casa aquella noche, el dolor que había yo sentido durante el instante en que no me había comunicado a mí mismo ese regreso (el instante que había seguido a estas palabras: «La señorita Albertine ha pedido sus maletas, la señorita Albertine se ha marchado») renacía por sí solo en mí, semejante a lo que había sido, es decir, como si yo hubiera ignorado aún el próximo regreso de Albertine. Por lo demás, tenía que volver, pero por sí misma. Conforme a todas las hipótesis, parecer haber encargado una gestión, rogarle que volviera, habría sido contraproducente. Cierto es que yo ya no tenía fuerzas para

renunciar a ella, como en el caso de Gilberte. Más aún que volver a ver a Albertine, lo que yo quería era poner fin a la angustia física que mi corazón, más débil que en el pasado, ya no podía soportar. Después, a fuerza de habituarme a no querer, ya se tratara del trabajo o de otra cosa, me había vuelto más cobarde, pero sobre todo aquella angustia era incomparablemente más fuerte por muchas razones, la más importante de las cuales tal vez no fuese la de que nunca había saboreado placer sensual alguno con la Sra. de Guermantes ni con Gilberte, sino la de que, al no verlas todos los días, a todas horas, al no tener esa posibilidad y, por consiguiente, esa necesidad, mi amor por ellas carecía de la inmensa fuerza de la costumbre. En vista de que mi corazón, privado de voluntad e incapaz de soportar de buen grado el sufrimiento, sólo encontraba una solución —el regreso a toda costa de Albertine— posible, tal vez la solución opuesta (la renuncia voluntaria, la resignación progresiva) me habría parecido propia de una novela, inverosímil en la vida, de no haber optado yo mismo en tiempos por ella en el caso de Gilberte. Así, pues, yo sabía que esa otra solución podía ser aceptada también y por un mismo hombre, pues había yo seguido siendo casi el mismo. Sólo, que el tiempo había desempeñado su función, el tiempo que me había envejecido, el tiempo también que había colocado a Albertine perpetuamente a mi lado, cuando llevábamos nuestra vida en común, pero al menos lo que me quedaba, sin renunciar a ella, de lo que había sentido por Gilberte era el orgullo de no querer ser para Albertine un juguete repelente pidiéndole que volviese: yo quería que lo hiciera sin que pareciese yo desearlo. Me levanté para no perder tiempo, pero el sufrimiento me detuvo: era la primera vez que me levantaba desde que se había marchado Albertine. Sin embargo, tenía que vestirme rápidamente para ir a informarme en su portería.

El sufrimiento, prolongación de una conmoción moral impuesta, aspira a cambiar de forma; esperamos volatilizarlo haciendo proyectos, pidiendo informaciones; queremos que pase por sus innumerables metamorfosis, cosa que requiere menos valor que

conservarlo intacto; esa cama en la que nos acostamos con nuestro dolor parece demasiado estrecha, dura, fría. Conque me puse en pie; me movía por el cuarto con una prudencia infinita, me colocaba de tal forma, que no viera la silla de Albertine, la pianola en cuyos pedales apoyaba ella sus chinelas doradas, ni uno solo de los objetos que había usado, todos los cuales parecían querer darme —en el lenguaje particular que les habían enseñado mis recuerdos— una traducción, una versión diferente —anunciarme por segunda vez la noticia— de su marcha, pero, sin mirarlos, los veía; las fuerzas me abandonaron, caí sentado en uno de esos sillones de raso azul cuyo centelleo una hora antes —en el claroscuro de la habitación anestesiada por un rayo de luz— me había hecho concebir sueños apasionadamente acariciados entonces y tan lejos de mí ahora. Nunca me había sentado en él —¡ay!— antes de aquel minuto, salvo cuando Albertine estaba allí. Por eso, no pude quedarme y me levanté y así, a cada instante, había alguno de los innumerables y humildes yoes de que estamos compuestos que ignoraba aún la marcha de Albertine y al que debía notificársela; debía anunciar —cosa que resultaba más cruel que si hubieran sido extraños y no hubiesen tomado mi sensibilidad para sufrir— la desgracia recién ocurrida a todos esos seres, a todos esos yoes que no lo sabían aún; era necesario que cada uno de ellos oyese, a su —y por primera— vez, estas palabras: «Albertine ha pedido sus maletas» —aquellas maletas en forma de ataúd que yo había visto cargar en Balbec junto a las de mi madre—, «Albertine se ha marchado». A cada uno de ellos debía yo comunicar mi pena, la pena que en modo alguno es una conclusión pesimista libremente obtenida de un conjunto de circunstancias funestas, sino la reviviscencia intermitente e involuntaria de una impresión concreta, procedente del exterior, y que no hemos elegido. A algunos de esos yoes no los había yo vuelto a ver desde hacía bastante tiempo: por ejemplo (no me había acordado de que era el día en que venía el peluquero), el yo que era yo cuando estaban cortándome el pelo. Había yo olvidado aquel yo y su llegada me hizo estallar en sollozos,

como, en un entierro, la de un viejo servidor jubilado que conoció a la que acaba de morir. Después recordé de repente que, desde hacía ocho días, había sentido a ratos pánicos que no me había confesado a mí mismo. Sin embargo, en esos momentos los rechazaba diciéndome: «Sería ocioso, verdad, pensar en la hipótesis de que se marche bruscamente. Es absurda. Si sometiera dicha hipótesis a un hombre sensato e inteligente (y lo haría para tranquilizarme, si los celos no me impidiesen hacer confidencias), me respondería así: “Pero está usted loco. Es imposible”». Y, en efecto, aquellos últimos días no habíamos tenido ninguna discusión. «Quien se marcha lo hace por un motivo. Lo dice. Te da derecho a responder. No se marcha así como así. No, es una niñería. Es la única hipótesis absurda». Y, sin embargo, todos los días, al volver a verla por la mañana cuando llamaba yo al timbre, había yo lanzado un inmenso suspiro de alivio y, cuando Françoise me había entregado la carta de Albertine, había estado seguro al instante de que se trataba de aquello que no podía ser, de aquella marcha en cierto modo advertida varios días antes, pese a las razones lógicas para estar tranquilo. Me lo había dicho a mí mismo casi con satisfacción por mi perspicacia dentro de mi desesperación, como un asesino que conoce la imposibilidad de ser descubierto, pero tiene miedo y de pronto ve el nombre de su víctima escrito a la cabecera de un expediente en la mesa del juez de instrucción que lo ha citado. Toda mi esperanza radicaba en que Albertine hubiera partido para Turena, a casa de su tía, donde, a fin de cuentas, estaba lo bastante vigilada y no podría hacer gran cosa hasta que yo volviese a traerla a mi casa. Mi peor miedo había sido el de que se hubiera quedado en París o hubiese partido para Amsterdam o Montjouvain, es decir, que se hubiera escapado para dedicarse a alguna intriga cuyos preliminares me hubiesen pasado inadvertidos, pero, en realidad, al citarme París, Amsterdam, Montjouvain, es decir, varios lugares, yo pensaba en simples lugares posibles; por eso, cuando el portero de Albertine respondió que se había marchado a Turena, aquella residencia que creía yo desear me

pareció la más atroz de todas, porque era real, y por primera vez me imaginaba, torturado por la certidumbre del presente y la incertidumbre del futuro, a Albertine iniciando una vida que había deseado completamente ajena a mí, tal vez para mucho tiempo, tal vez para siempre, y en la que realizaría aquel anhelo incógnito que en tiempos me había trastornado tan a menudo, pese a que tenía la dicha de poseer, de acariciar, su exterior, aquel dulce rostro impenetrable y cautivo. Aquel anhelo incógnito constituía el fondo de mi amor.

Delante de la puerta de Albertine, me encontré con una niña pobre que me miraba con ojos muy abiertos y parecía tan buena, que le pregunté si quería venir a mi casa, como lo habría hecho a un perro de mirada fiel. Se le alegró la cara. En casa, la mecí un rato en mis rodillas, pero su presencia, al hacerme sentir demasiado la ausencia de Albertine, no tardó en resultarme insoportable y le rogué que se marchara, tras haberle entregado un billete de quinientos francos y, sin embargo, poco después, la idea de tener a alguna otra niña cerca de mí, pero no estar nunca solo sin el socorro de una presencia inocente, fue el único sueño que me permitió soportar la idea de que tal vez Albertine pasara algún tiempo sin regresar. En el caso de la propia Albertine, apenas existía en mí salvo en forma de su nombre, que, exceptuados algunos respiros al despertar, venía a inscribirse en mi cerebro y no cesaba de hacerlo. Si hubiera pensado en voz alta, lo habría repetido sin cesar y mi verborrea habría sido tan monótona, tan limitada, como si me hubiera convertido en pájaro, en un pájaro igual al de la fábula cuyo canto repetía sin fin el nombre de aquella a quien, siendo hombre, había amado. Lo pensamos y, como lo callamos, parece que lo escribamos dentro de nosotros, que deje su huella en el cerebro y éste deba acabar —como una pared en la que alguien se haya divertido emborronándola— enteramente cubierto por el nombre mil veces reescrito de aquella a quien amamos. Lo reescribimos todo el tiempo en el pensamiento, mientras somos felices, y más aún, cuando somos desgraciados, y al repetir ese nombre que no nos da

sino lo que ya sabemos, sentimos renacer, incesante, la necesidad, pero a la larga nos cansa. En el placer carnal ni siquiera pensaba en aquel momento; ni siquiera veía ante mi pensamiento la imagen de aquella Albertine, pese a ser la causa de semejante conmoción en mi ser, no columbraba su cuerpo y, si hubiera querido aislar la idea vinculada —pues nunca deja de haber alguna— con mi sufrimiento, habría sido, alternativamente, la duda sobre las disposiciones con las que se había marchado, con la intención de regresar o no, por una parte, y, por otra, los medios para volver a traerla. Tal vez haya un símbolo y una verdad en el ínfimo lugar que ocupa en nuestra ansiedad aquella por quien la sentimos. Es que, en efecto, su propia persona tiene poco que ver, lo que tiene que ver casi totalmente es el proceso de emociones, angustias, que semejantes azares nos hicieron sentir en tiempos a propósito de ella y que la costumbre ha unido a ella. Lo que lo demuestra perfectamente es —más aún que el aburrimiento que sentimos en la felicidad— hasta qué punto ver o no ver a esa misma persona, ser estimado o no por ella, tenerla o no a nuestra disposición, nos parecerá algo indiferente, cuando ya sólo tengamos que plantearnos el problema —tan ocioso, que incluso dejaremos de hacerlo— en relación con la persona misma, por haber quedado olvidado el proceso de emociones y angustias, al menos en relación con ella, pues puede haberse desarrollado de nuevo, pero transferido a otra. Antes de eso, cuando aún estaba vinculada con ella, creíamos que nuestra felicidad dependía de su persona: dependía sólo del fin de nuestra ansiedad. Así, pues, nuestro inconsciente era más lúcido que nosotros mismos en aquel momento, al empequeñecer hasta tal punto la figura de la persona amada, a quien tal vez hubiéramos olvidado incluso, a quien podíamos conocer mal y considerar mediocre, en el espantoso drama en el que de volver a encontrarla —para no esperarla más— podría depender hasta nuestra propia vida: proporciones minúsculas de la figura de la mujer, efecto lógico y necesario de la forma como se desarrolla el amor, alegoría clara de su naturaleza subjetiva.

La intención con la que Albertine se había marchado era semejante seguramente a la de los pueblos que preparan la labor de su diplomacia mediante una demostración de su ejército. Debía de haberse marchado tan sólo para obtener de mí mejores condiciones, más libertad, más lujo. En ese caso, si hubiese yo tenido fuerzas para esperar —esperar el momento en que, al ver que no obtenía nada, habría vuelto por sí sola—, quien habría vencido —de nosotros dos— habría sido yo, pero, si bien en las cartas, en la guerra, en las que lo único que importa es ganar, se pueden resistir los faroles, muy distintas son las condiciones que crean el amor y los celos, por no hablar del sufrimiento. Si para esperar, para «durar», dejaba yo a Albertine permanecer lejos de mí varios días, varias semanas tal vez, arruinaría el que había sido mi objetivo durante más de un año: no dejarla libre ni una sola hora. Si le dejaba tiempo, facilidad para engañarme todo lo que quisiera, todas mis precauciones resultarían inútiles, y, si al final se rendía, yo ya no podría olvidar nunca más el tiempo en que ella habría estado sola y, aun venciendo al final, el vencido en el pasado —es decir, irreparablemente— habría sido yo.

En cuanto a los medios para volver a traer a Albertine, tenían tantas más posibilidades de dar resultado cuanto más verosímil pareciera la hipótesis de que se hubiese marchado tan sólo con la esperanza de volver a ser solicitada con mejores condiciones y seguramente, para quienes no creían en la sinceridad de Albertine —sin lugar a dudas para Françoise, por ejemplo—, esa hipótesis lo era, pero para mi entendimiento, al que la explicación única de ciertos malos humores, de ciertas actitudes, había parecido, antes de que yo supiera algo, el proyecto concebido por ella de una marcha definitiva, resultaba difícil creer que, en vista de que se había producido su marcha, se tratase de una simple simulación. Digo para mi entendimiento, no para mí. La hipótesis de la simulación me resultaba tanto más necesaria cuanto que era más improbable y ganaba en fuerza lo que perdía en verosimilitud. Cuando nos vemos al borde del abismo y parece que Dios nos ha

abandonado, ya no vacilamos en esperar de él un milagro. Reconozco que en toda aquella situación yo fui el más apático —aunque el más dolorido también— de los policías, pero su huida no me había devuelto las cualidades que la costumbre de hacerla vigilar por otros me había quitado. Sólo pensaba en una cosa: en encargar a otro aquella búsqueda. Aquel otro fue Saint-Loup, quien accedió. La ansiedad de tantos días, transferida a otro, me dio alegría y me estremecí, seguro del éxito y con las manos secas de pronto, como en el pasado, sin ese sudor con el que Françoise me había mojado al decirme: «La señorita Albertine se ha marchado». Como se recordará, cuando decidí vivir con Albertine e incluso casarme con ella, fue para retenerla, saber lo que hacía, impedirle reanudar sus hábitos con la Srta. Vinteuil. Había sido consecuencia del desgarramiento atroz de su revelación en Balbec, cuando ella me había dicho como la cosa más natural —y que, pese a tratarse de la mayor pena que había sentido hasta entonces en mi vida, fingí con éxito considerar de lo más natural— lo que ni en mis peores suposiciones habría tenido la audacia de imaginar jamás. (Resulta asombrosa la poca imaginación de los celos, que pasan el tiempo haciendo suposiciones falsas, cuando de lo que se trata es de descubrir la verdad). Ahora bien, aquel amor, nacido sobre todo de la necesidad de impedir a Albertine comportarse mal, había conservado posteriormente la huella de su origen. Estar con ella apenas me importaba, a poco que pudiera impedir a la «fugitiva» ir aquí o allá. Para lograrlo, había recurrido yo a los ojos, a la compañía, de quienes iban con ella y, con sólo que por la noche me hicieran un pequeño relato muy tranquilizador, mis inquietudes se esfumaban, convertidas en buen humor.

Como me había comunicado a mí mismo la afirmación de que, independientemente de lo que debiera yo hacer, Albertine estaría de regreso en casa aquella misma noche, había suspendido el dolor que Françoise me había causado al decirme que Albertine se había marchado (porque entonces mi persona, cogida desprevenida, había creído por un instante que aquella marcha era definitiva),

pero, después de una interrupción —cuando, con un impulso de su vida independiente, el sufrimiento inicial volvía espontáneamente a mí—, seguía siendo tan atroz, por ser anterior a la promesa consoladora que me había hecho a mí mismo de volver a traer a Albertine aquella misma noche. Mi sufrimiento ignoraba la frase que la habría calmado. Para aplicar los medios con los que obtener ese regreso, una vez más estaba condenado a fingir —no porque semejante actitud me hubiera dado nunca buen resultado precisamente, sino porque siempre, desde que amaba a Albertine, la había adoptado— que no la amaba, que no sufría por su marcha, condenado a seguir mintiéndole. Podía ser tanto más enérgico con los medios para hacerla volver cuanto que personalmente parecería haber renunciado a ella. Me proponía escribir a Albertine una carta de despedida, en la que consideraría definitiva su marcha, mientras que enviaría a Saint-Loup a ejercer sobre la Sra. Bontemps —y como si yo no lo supiera— la presión más brutal para que Albertine volviese cuanto antes. Seguramente había yo experimentado con Gilberte el peligro de las cartas con una indiferencia primero fingida y que acaba volviéndose verdadera y aquella experiencia debería haberme impedido escribir a Albertine misivas del mismo carácter que las dirigidas a Gilberte, pero lo que llamamos experiencia no es sino la revelación ante nuestros propios ojos de un rasgo de nuestro carácter, que, naturalmente, reaparece y lo hace con tanta mayor fuerza cuanto que ya nos lo hemos revelado a nosotros mismos una vez, por lo que el impulso espontáneo que nos había guiado en la primera ocasión resulta reforzado por todas las sugerencias del recuerdo. El plagio humano del que resulta más difícil escapar, para los individuos (e incluso para los pueblos que perseveran en sus faltas y van agravándolas), es el de uno mismo.

Yo había mandado llamar al instante a Saint-Loup, quien, como sabía yo, estaba en París; acudió corriendo, rápido y eficaz como lo era en tiempos en Doncières, y accedió a partir en seguida para Turena. Le propuse el plan siguiente: debía apearse en Châtellerault, preguntar por la casa de la Sra. Bontemps y esperar a

que Albertine hubiera salido, pues habría podido reconocerlo. «Pero entonces, ¿la muchacha de la que hablas me conoce?», me preguntó. Le respondí que no lo creía. El proyecto de aquella gestión me embargó con una alegría infinita. Sin embargo, resultaba absolutamente contradictoria con lo que yo me había prometido al comienzo: arreglármelas para no parecer que había mandado a buscar a Albertine e iba a parecerlo inevitablemente, pero presentaba —respecto de lo que «habría sido oportuno»— la inestimable ventaja de permitirme pensar en que alguien enviado por mí iba a ver a Albertine, a volver a traerla seguramente, y, si al principio hubiera yo sabido ver con claridad en mi corazón, habría podido prever que aquella solución oculta en la sombra y que me parecía deplorable sería la que prevalecería sobre las soluciones basadas en la paciencia, por las que estaba decidido a inclinarme por falta de voluntad. Como Saint-Loup parecía ya un poco extrañado de que una muchacha hubiese vivido en mi casa todo un invierno sin que yo le hubiera dicho nada al respecto y como, por otra parte, me había vuelto a hablar con frecuencia de la joven de Balbec y yo no le había respondido: «Pero ¡si vive aquí!», podría haberse sentido ofendido por mi falta de confianza. Es cierto que tal vez la Sra. Bontemps le hablaría de Balbec, pero yo estaba demasiado impaciente por su partida, por su llegada, para querer —y para poder— pensar en las posibles consecuencias de ese viaje. En cuanto a la posibilidad de que reconociera a Albertine (a quien, por lo demás, había procurado sistemáticamente no mirar, cuando había coincidido con ella en Doncières), ésta había cambiado y engordado tanto —lo decía todo el mundo—, que no era probable. Me preguntó si tenía yo un retrato de Albertine. Primero respondí que no, para que no tuviera la posibilidad de reconocer —gracias a mi fotografía, tomada por la época de Balbec— a Albertine, pese a que sólo la había vislumbrado en el vagón, pero después pensé que en la última estaría tan diferente de la Albertine de Balbec como lo estaba ahora la Albertine viva y que no la reconocería ni en la fotografía ni en la realidad. Mientras se la buscaba, él me pasaba la

mano por la frente con cariño, para consolarme. Yo me sentía emocionado por la pena que le causaba el dolor que adivinaba en mí. Para empezar, aunque se hubiera separado de Rachel, lo que había sentido entonces no estaba aún tan lejano para que no experimentara una simpatía, una piedad, particular por esa clase de sufrimientos, así como nos sentimos más cercanos a alguien que tiene la misma enfermedad que nosotros. Además, me tenía tanto afecto, que le resultaba insoportable pensar en mis sufrimientos. Por eso, la que me los causaba le inspiraba una mezcla de rencor y admiración. Se imaginaba que yo era un ser tan superior, que, para que estuviese sometido a otra persona, ésta debía de ser absolutamente extraordinaria. A mí me parecía que le gustaría la fotografía de Albertine, pero, como, de todos modos, no suponía que le causaría la impresión de Helena a los viejos troyanos, mientras la buscaba, le decía con modestia: «Mira, no te hagas ilusiones; para empezar, la foto es mala y, además, ella no es nada del otro mundo, no es una belleza, es sobre todo muy buena persona». «Sí, sí, debe de ser maravillosa», dijo con un entusiasmo ingenuo y sincero, mientras intentaba imaginarse a la persona que podía infundirme una desesperación y una inquietud semejantes. «No le perdono que te haga sufrir, pero también era de suponer que un artista hasta el tuétano como tú, que en todo aprecia la belleza con tal adoración, estuviera predestinado a sufrir más que otro, cuando la viese en una mujer». Por fin acababa yo de encontrar la fotografía. «Seguro que es maravillosa», seguía diciendo Robert, quien no me había visto alargarle la fotografía. De repente, la vio y la sostuvo un momento en las manos. Su cara expresaba una estupefacción rayana en la estupidez. «¿Ésta es la muchacha a la que amas?», acabó diciendo con un tono de asombro que atenuaba por miedo a contrariarme. No hizo ningún comentario, había adoptado la expresión razonable, prudente, un poco desdeñosa por fuerza, que inspira un enfermo, aunque hasta entonces haya sido un hombre notable y amigo nuestro, pero que ha dejado de serlo totalmente, pues, presa de la locura furiosa, nos habla de un ser celestial que se le ha aparecido y

al que sigue viendo en el lugar en que nosotros, hombres sanos, sólo vemos una furcia. En seguida comprendí el asombro de Robert, el mismo que había sentido yo al ver a su amante, con la única diferencia de que había reconocido en ella a una mujer a la que ya conocía, mientras que él creía no haber visto nunca a Albertine, pero seguramente la diferencia entre lo que uno y otro veíamos en una misma persona era igualmente grande. Lejos quedaba la época en que yo había empezado añadiendo en Balbec a las sensaciones visuales —cuando miraba a Albertine— otras de sabor, olor y tacto. Más adelante, se habían sumado a ellas sensaciones más profundas, más dulces, más indefinibles y después sensaciones dolorosas. En una palabra, Albertine era —como una piedra en torno a la cual ha nevado— el centro generador de una inmensa construcción que pasaba por el plano de mi corazón. Robert, a quien resultaba invisible toda esa estratificación de sensaciones, sólo captaba un residuo que ésta me impedía precisamente advertir a mí. Lo que de Albertine había desconcertado a Robert, cuando había visto la fotografía, no había sido el pasmo de los ancianos troyanos al ver pasar a Helena y decir:

> Nuestro mal no vale una sola de sus miradas,

sino el inverso exactamente y que hace decir: «Pero ¡cómo! ¡Por ésa se ha preocupado tanto, ha padecido tanta pena, ha hecho tantas locuras!». Hemos de reconocer que esa clase de reacción a la vista de la persona que ha causado los sufrimientos, ha trastornado la vida —a veces ha causado la muerte— de alguien a quien queremos se da con una frecuencia infinitamente mayor que la de los ancianos troyanos y, en resumidas cuentas, habitual. No se debe sólo a que el amor es individual ni a que, cuando no lo sentimos, nos resulta natural considerarlo evitable y filosofar sobre la locura de los demás. No, es que, cuando ha llegado hasta el extremo de causar tantos males, la construcción de las sensaciones interpuestas entre el rostro de la mujer y los ojos del amante y el

enorme huevo doloroso que lo envuelve y lo oculta tanto como una capa de nieve a una fuente han llegado ya lo bastante lejos para que el punto en que se detienen las miradas del amante, el punto en que encuentra su placer y sus sufrimientos, quede tan lejos de aquel desde el que los demás lo ven como lo está el sol verdadero del lugar en que su luz condensada nos hace verlo en el cielo. Y, además, durante ese tiempo, bajo la crisálida de dolores y ternuras que vuelve invisibles para el amante las peores metamorfosis del ser amado, el rostro ha tenido tiempo de envejecer y cambiar. De modo, que, si bien el rostro que el amante vio la primera vez está muy lejos del que ve desde que ama y sufre, igualmente lejos está —en sentido inverso— del que puede ver ahora el espectador indiferente. (¿Qué habría ocurrido, si, en lugar de la fotografía de quien era una joven, hubiese visto Robert la de una amante anciana?). Y ni siquiera necesitamos ver por primera vez a la que ha causado tantos estragos para sentir ese asombro. En muchos casos la conocíamos, como mi tío abuelo a Odette. Entonces la diferencia de punto de vista se extiende no sólo al aspecto físico, sino también al carácter, a la importancia individual. Hay muchas posibilidades de que la mujer que hace sufrir a quien la ama haya sido siempre muy buena con alguien a quien resultaba indiferente —así como Odette, tan cruel con Swann, había sido la solícita «señora de rosa» de mi tío abuelo— o de que la persona todas cuyas decisiones pondera de antemano —con tanto miedo como la de una divinidad— quien la ama parezca alguien sin importancia, demasiado deseosa de hacer todo lo que le ordenen, a quien no la ama, como la amante de Saint-Loup a mí, quien sólo veía en ella aquella «Rachel cuando del Señor» que tantas veces me habían ofrecido. Recordaba yo mi estupefacción, la primera vez que la vi con Saint-Loup, al pensar en la tortura que sería no saber lo que semejante mujer había hecho determinada noche, lo que podía haber dicho en voz baja a alguien, por qué había tenido deseos de ruptura. Ahora bien, yo tenía la sensación de que todo aquel pasado —pero de Albertine— hacia el que se dirigían todas las fibras de mi corazón, de mi vida, con un

sufrimiento vibrátil y torpe, debía de parecer tan insignificante a Saint-Loup como tal vez llegaría a serlo para mí un día, de que tal vez yo pasaría poco a poco —respecto de la insignificancia o la gravedad del pasado de Albertine— del estado de ánimo que tenía en aquel momento al de Saint-Loup, pues no me hacía ilusiones sobre lo que éste pudiera pensar, sobre lo que cualquier otra persona distinta del amante puede pensar, y no me afectaba demasiado. Dejemos a las mujeres guapas para los hombres sin imaginación. Recordaba aquella trágica explicación de tantas vidas que es un retrato genial y sin parecido con el modelo, como el de Odette pintado por Elstir, retrato no tanto de una amante cuanto del amor deformador. Sólo le faltaba ser a la vez —como tantos retratos — de un gran pintor y de un amante (y aún decían que Elstir lo había sido de Odette). Toda la vida de un amante, cuyas locuras nadie entiende, toda la vida de un Swann, demuestran esa diferencia, pero, si el amante es, además, un pintor como Elstir y entonces se pronuncia la palabra del enigma, tenemos por fin ante nosotros esos labios que el vulgo nunca ha visto en esa mujer, esa nariz que nadie le ha notado, ese garbo insospechado. El retrato dice: «Esto es lo que he amado, lo que me ha hecho sufrir, lo que he visto sin cesar». Mediante una gimnasia inversa, yo, quien había intentado añadir con el pensamiento a Rachel todo lo que Saint-Loup le había atribuido por su cuenta, procuraba eliminar mi aportación cardíaca y mental a la composición de Albertine e imaginármela tal como debía parecer a Saint-Loup, como Rachel a mí. Esas diferencias, aun cuando las viéramos nosotros mismos, ¿qué importancia añadirían? Y, cuando en tiempos, en Balbec, Albertine me esperaba bajo las arcadas de Incarville y montaba en mi coche, no sólo no había engordado, sino que, además, gracias a un exceso de ejercicio había adelgazado demasiado; delgada, afeada por un sombrero horrible que sólo dejaba ver una puntita de nariz fea y, por los lados, unas mejillas blancas como gusanos, yo reconocía muy poco de ella, aunque lo suficiente para que, al montar en mi coche, supiese que era ella y que había sido puntual a

la cita y no se había ido a otra parte y con eso bastaba. Lo que amamos está demasiado en el pretérito, consiste demasiado en el tiempo perdido juntos para que necesitemos a toda la mujer; simplemente queremos estar seguros de que es ella, no equivocarnos de identidad, mucho más importante que la belleza para quienes aman; las mejillas pueden hundirse y el cuerpo adelgazar, pero incluso para quien antes ha estado más orgulloso, a juicio de los demás, de su dominio sobre una belleza, esos morritos, esa señal en la que se resume la personalidad permanente de una mujer, ese extracto algebraico, esa constante, basta para que un hombre esperado en la más alta sociedad y que gusta de frecuentarla no pueda disponer de una sola de sus veladas, porque pasa el tiempo peinando y despeinando, hasta la hora de dormir, a la mujer que ama o simplemente permaneciendo a su lado para estar con ella o para que ella esté con él o simplemente para que no esté con otros.

«¿Estás seguro», me dijo Robert, «de que puedo regalar así como así a esa mujer treinta mil francos para el comité electoral de su marido? ¿Tan indecente es esa mujer? Si no te equivocas, tres mil francos bastarían». «No, por favor, no economices por algo que tanto me importa. Debes decir lo siguiente, en lo que, por lo demás, hay una parte de verdad: “Mi amigo había pedido esos treinta mil francos a un pariente para el comité del tío de su novia. Se los habían entregado por tratarse de su prometida precisamente y me pidió que se los trajera a usted para que Albertine no se enterara y ahora resulta que ésta lo abandona. Ya no sabe qué hacer. Está obligado a devolver los treinta mil francos, si no se casa con Albertine y, si lo hace, sería necesario, al menos para guardar las apariencias, que volviera inmediatamente, porque, si continuara la fuga, causaría muy mala impresión”. ¿Te parece inventado a propósito?». «¡Qué va!», me respondió Saint-Loup con su bondad y su discreción y porque, además, sabía que con frecuencia las circunstancias son más extrañas de lo que creemos. Al fin y al cabo, no era imposible que en aquella historia de los treinta mil francos

hubiese, como yo le decía, una gran parte de verdad. Era posible, pero no cierto, y precisamente esa parte de verdad era una mentira, como en todas las conversaciones en las que un amigo desea sinceramente ayudar a otro, desesperado por amor, pero Robert y yo no mentíamos. El amigo que aconseja, apoya y consuela puede compadecer la angustia del otro, sin sentirla y cuanto mejor se comporta con él, más le miente y el otro le confiesa la ayuda que necesita, pero, precisamente para recibir ayuda, tal vez calle muchas cosas y, de todos modos, el feliz es el que se toma la molestia, hace un viaje, cumple una misión, pero no padece el sufrimiento interior. En aquel momento yo era el que Robert había sido en Doncières, cuando había creído que Rachel lo había abandonado. «En fin, como quieras; si recibo una afrenta, la acepto de antemano por ti y, además, aunque me parezca un poco extraño, ese trato tan poco disimulado, sé perfectamente que en nuestro mundo hay duquesas, e incluso de las más beatas, que por treinta mil francos harían cosas más difíciles que decir a su sobrina que no se quede en Turena. El caso es que me alegro doblemente de hacerte este favor, ya que es necesario para que aceptes verme. Si me caso», añadió, «¿no nos veremos más? ¿No considerarás mi casa un poco la tuya también?…». Se interrumpió de repente, por haber pensado —supuse yo— que, si yo me casaba, Albertine no podría ser para su mujer una amiga íntima y recordé lo que los Cambremer me habían dicho de su probable matrimonio con la hija del príncipe de Guermantes.

Tras consultar el horario, vio que no podría partir hasta la noche. Françoise me preguntó: «¿Hay que sacar del despacho la cama de la Srta. Albertine?». «Al contrario», le contesté, «hay que hacerla». Yo esperaba que volviera de un día para otro y no quería que Françoise supusiese siquiera que se podía poner en duda. Era necesario que la partida de Albertine pareciese algo convenido entre nosotros, que en modo alguno significaba que me quisiera menos, pero Françoise me miró con expresión —si no de incredulidad— al menos de duda. También ella tenía sus dos hipótesis. Las aletas de

la nariz se le dilataban, se olía una riña, debía de haberla sentido desde hacía mucho y, si no estaba del todo segura, tal vez fuera sólo porque, como yo, no se atrevía a creer del todo lo que la habría complacido demasiado. Ahora el peso del asunto ya no recaía sobre mi agotada cabeza, sino sobre Saint-Loup. Me sentía alborozado, porque había adoptado una decisión, porque pensaba: «He respondido con la misma moneda».

Apenas debía de haber montado en el tren Saint-Loup, cuando me crucé en mi antesala con Bloch, a quien no había oído llamar, por lo que me vi obligado a recibirlo un instante. Hacía poco, me había encontrado con él, un día en que me acompañaba Albertine (a quien él conocía de Balbec) y ésta estaba de mal humor. «He cenado con el Sr. Bontemps», me dijo, «y, como tengo cierta influencia sobre él, le he dicho que me había entristecido que su sobrina no fuera más amable contigo, que debería pedírselo». La cólera me ahogaba: esos ruegos y lamentos destruían todo el efecto de la gestión de Saint-Loup y me ponían directamente en entredicho ante Albertine, a quien parecía yo implorar. Para colmo de males, Françoise, que se había quedado en la antesala, estaba oyéndolo todo. Hice todos los reproches posibles a Bloch, diciéndole que en modo alguno le había hecho yo semejante encargo y que, por lo demás, no estaba en lo cierto. A partir de aquel momento, Bloch no cesó de sonreír, menos —creo yo— de alegría que de embarazo por haberme contrariado. Manifestaba su asombro riendo por haber despertado semejante cólera. Tal vez lo dijese para quitar importancia ante mí a su indiscreta gestión, tal vez porque era de carácter cobarde y vivía, alegre y perezosamente, entre mentiras, como las medusas a flor de agua, tal vez porque, aun cuando hubiese sido otra clase de hombre, los otros, al no poder situarse nunca en el mismo punto de vista que nosotros, no comprenden la importancia del daño que pueden hacernos sus palabras pronunciadas al azar. Acababa de acompañarlo hasta la puerta, al no encontrar remedio alguno para lo que había hecho, cuando volvió a sonar el timbre y Françoise me entregó una citación de la

comisaría. Los padres de la niña a la que había llevado yo durante una hora a mi casa habían querido poner una denuncia contra mí por rapto de una menor. Hay momentos en la vida en que nace como una hermosura de la multiplicidad de los problemas que nos asedian, entrecruzados como motivos wagnerianos, y también de la idea, que surge entonces, de que los acontecimientos no están situados en el conjunto de reflejos mostrados en el pobre espejito que lleva ante sí la inteligencia y que ésta llama futuro, que están fuera y surgen tan bruscamente como alguien que acude a comprobar un delito flagrante. Por sí solo, un acontecimiento se modifica, ya sea porque el fracaso nos lo magnifique o la satisfacción lo reduzca, pero raras veces ocurre solo. Los sentimientos suscitados por cada uno de ellos se contraponen y el miedo es en cierta medida —como yo lo experimenté, al acudir a la comisaría— un revulsivo al menos momentáneo y bastante activo de las tristezas sentimentales. Me encontré en la comisaría con los padres, que me insultaron y me dijeron: «Nosotros no pasamos por ahí», me devolvieron los quinientos francos, que yo no quería aceptar, y el comisario, quien, al proponerse como ejemplo inimitable la facilidad de los presidentes de audiencias para las «réplicas», tomaba una palabra de cada frase que yo decía para confeccionar una respuesta ingeniosa y abrumadora. En mi inocencia ni siquiera se pensó, pues fue la única hipótesis que nadie quiso admitir ni por un momento. No obstante, dadas las dificultades para formular una acusación, me libré del apuro recibiendo sólo la bronca, extraordinariamente violenta, mientras estuvieron presentes los padres, pero, en cuanto se hubieron marchado, el comisario, al que gustaban las niñas, cambió de tono y me reprendió como un compadre: «La próxima vez, tiene usted que ser más hábil. ¡Qué caramba! Ésas no son formas de dedicarse al asunto: así, tan bruscamente, sale mal. Por lo demás, encontrará a puñados niñas mejores que ésa y mucho más baratas. Era una suma absurdamente exagerada». Como noté claramente que, si intentaba explicarle la verdad, no entendería, aproveché, sin decir palabra, el

permiso que me dio para retirarme. Hasta que volví a casa, todos los transeúntes me parecieron inspectores encargados de espiar mis actos y gestos, pero ese *leitmotiv*, como el de la cólera contra Bloch, se esfumó y cedió el sitio exclusivamente al de la partida de Albertine. Ahora bien, éste volvía a manifestarse, pero de forma casi gozosa desde que Saint-Loup se había marchado. Desde que se había encargado de ir a ver a la Sra. Bontemps, mis sufrimientos se habían dispersado. Yo creía que era por haber actuado, lo creía de buena fe, pues nunca se sabe lo que se oculta en nuestra alma. En el fondo, lo que me hacía feliz no era haber descargado mis indecisiones en Saint-Loup, como yo creía. Por lo demás, no me equivocaba del todo; lo específico para remediar un acontecimiento desgraciado (las tres cuartas partes de los acontecimientos lo son) es una decisión, pues su efecto es el de interrumpir, mediante un trastocamiento repentino de nuestros pensamientos, la corriente de los que proceden del acontecimiento pasado y prolongan la vibración, el de quebrantarla mediante otra inversa de pensamientos contrarios, procedentes del exterior, del futuro, pero esos pensamientos nuevos nos resultan sobre todo satisfactorios (y así era en el caso de los que me asediaban en aquel momento) cuando desde el fondo de dicho futuro lo que nos aportan es una esperanza. Lo que en el fondo me hacía tan feliz era la certidumbre secreta de que, como la misión de Saint-Loup no podía fracasar, Albertine había de regresar por fuerza. Lo comprendí, pues, al no haber recibido ya el primer día respuesta de Saint-Loup, empecé a sufrir otra vez. Así, pues, mi decisión, mi concesión a él de plenos poderes, no eran la causa de mi alegría, que, de lo contrario, se habría prolongado, sino la idea de que «el éxito es seguro», que había concebido cuando decía «sea lo que Dios quiera», y la —despertada por su tardanza— de que podía ocurrir, en efecto, algo diferente del éxito me resultaba tan odiosa, que perdí la alegría. Nuestra previsión, nuestra esperanza de acontecimientos felices, es la que, en realidad, nos embarga con una alegría que atribuimos a otras causas y, si dejamos de estar tan seguros de que lo que

deseamos se realizará, cesa y nos hace recaer en la pena. Siempre es esa invisible creencia la que sostiene el edificio de nuestro mundo sensible y, privado de ella, éste se tambalea. Como hemos visto, constituye para nosotros el valor o la nulidad de las personas, la embriaguez o el fastidio al verlas. Constituye también la posibilidad de soportar una pena que nos parece mediocre simplemente porque estamos convencidos de que se le va a poner fin o una brusca intensificación hasta que una presencia valga tanto —y a veces más— que nuestra propia vida. Por lo demás, una cosa acabó de devolverme al corazón, tan agudo como había sido en el primer minuto y había dejado —he de reconocerlo— de serlo. Fue la relectura de una frase en la carta de Albertine. Por mucho que amemos a las personas, el sufrimiento por perderlas —cuando con el aislamiento ya sólo nos encontramos ante aquella a quien nuestra mente da, en cierta medida, la forma que quiere— es soportable y diferente de aquel —menos humano, menos nuestro, tan imprevisto y extraño como un accidente en el mundo moral y en la zona del corazón— cuya causa son menos directamente las personas mismas que la forma de enterarnos de que no volveríamos a verlas. Yo podía pensar en Albertine, llorando dulcemente, aceptando no poder verla aquella noche como la anterior, pero releer *mi decisión es irrevocable* era otra cosa, era como tomar un medicamento peligroso, que me hubiese provocado un ataque cardíaco del que podía no sobrevivir. En las cosas, en los acontecimientos, en las cartas de ruptura, hay un peligro particular que amplifica y desnaturaliza el dolor mismo que las personas pueden causarnos, pero ese sufrimiento duró poco. Pese a todo, estaba yo tan seguro del éxito y la habilidad de Saint-Loup, el regreso de Albertine me pareció algo tan inexorable, que me pregunté si había tenido razón en desearlo. Sin embargo, me alegraba. Por desgracia para mí, que creía concluido el asunto de la comisaría, Françoise vino a anunciarme la llegada de un inspector para informarse de si tenía yo la costumbre de traer niñas a mi casa, que el portero, creyendo que se refería a Albertine, había respondido que sí y que, desde aquel

momento, la casa parecía vigilada. Así, pues, iba a resultarme para siempre imposible mandar venir a una niña para que me consolara de mis penas, sin arriesgarme a la vergüenza de que apareciera un inspector delante de ella y me tomara por un malhechor, y al instante comprendí hasta qué punto vivimos —más de lo que creemos— para ciertos sueños, pues aquella imposibilidad de acunar nunca más a una niña me pareció privar la vida de todo valor, pero, además, comprendí hasta qué punto es lógico que las personas rechacen fácilmente la fortuna y se arriesguen a morir, cuando nos imaginamos que el interés y el miedo a la muerte son los móviles del mundo. Es que, si hubiera pensado que incluso una niña desconocida pudiese hacerse —por la llegada de un policía— una idea vergonzosa de mí, ¡cuánto más habría preferido matarme! No había siquiera comparación posible entre los dos sufrimientos. Ahora bien, en la vida las personas nunca piensan que aquellos a quienes ofrecen dinero o amenazan de muerte pueden tener una amante o incluso un amigo simplemente cuya estima les importa, aun cuando no les importe la suya propia, pero de repente —en virtud de una confusión en la que no caí (en efecto, no pensé que Albertine, por ser mayor de edad, podía vivir en mi casa e incluso ser mi amante)— me pareció que el rapto de menores podía aplicarse también a Albertine. Entonces la vida me pareció cerrada por todos lados y, al pensar en que no había vivido castamente con ella, advertí —en el castigo que se me infligía por haber acunado a una niña desconocida— la relación casi siempre existente en los castigos humanos, por la cual casi nunca se da una condena justa ni un error judicial, sino algo así como una armonía entre la idea falsa que se hace el juez de un acto inocente y los actos culpables que no ha tenido en cuenta, pero entonces, al pensar en que el regreso de Albertine podía entrañar para mí una condena infamante, que me degradaría ante ella y tal vez le causara a ella un perjuicio que no me perdonaría, dejé de desear su regreso, que me espantó. Me habría gustado telegrafiarle que no regresara y al instante me embargó el deseo apasionado de que volviera y cubrió todo lo

demás. Es que, tras haber pensado por un instante en la posibilidad de decirle que no volviese y vivir sin ella, de repente me sentí, al contrario, dispuesto a sacrificar todos los viajes, todos los placeres, todos los trabajos, ¡para que Albertine volviera! ¡Ah! ¡Hasta qué punto mi amor a Albertine, cuyo destino había creído poder prever conforme al que había sentido por Gilberte, se había desarrollado en perfecto contraste con éste! ¡Cuán imposible me resultaba seguir sin verla! Y, para cada acto, incluso el más insignificante, pero que antes estaba inmerso en la atmósfera feliz que era la presencia de Albertine, debía todas las veces —con nuevo esfuerzo, con el mismo dolor— volver a empezar el aprendizaje de la separación. Además, la competencia de las otras formas de la vida rechazaba hasta la sombra ese nuevo dolor y durante aquellos días, los primeros de la primavera, tuve incluso —en espera de que Saint-Loup pudiese ver a la Sra. Bontemps e imaginando Venecia y hermosas mujeres desconocidas— algunos momentos de calma agradable. En cuanto lo advertí, sentí en mí un terror pánico. Aquella calma que acababa de disfrutar era la primera aparición de esa gran fuerza intermitente que iba a luchar en mí contra el dolor, contra el amor, y acabaría venciendo. Lo que acababa de sentir por adelantado, junto con su presagio, era por un instante sólo lo que más adelante sería en mí un estado permanente, una vida en la que ya no podría sufrir por Albertine, en la que habría dejado de amarla, y mi amor, que acababa de reconocer al único enemigo —el olvido — que podía vencerlo, se echó a temblar, como un león que en la jaula en la que lo han encerrado ha advertido de pronto la serpiente pitón que lo devorará.

No dejaba de pensar en Albertine y, al entrar, Françoise nunca me decía con la suficiente rapidez: «No hay cartas», para abreviar mi angustia, pero de vez en cuando conseguía —haciendo pasar tal o cual corriente de ideas a través de mi pena— renovar, airear un poco, la viciada atmósfera de mi corazón. Ahora bien, por la noche, si lograba conciliar el sueño, era como si el recuerdo de Albertine hubiese sido el medicamento que me había procurado el sueño y

cuya influencia, al cesar, me despertaría. Mientras dormía, pensaba todo el tiempo en Albertine. Era un sueño suyo especial que me ofrecía ella y en el que, por lo demás, ya no habría sido libre —como durante la víspera— para pensar en otra cosa. El sueño, su recuerdo, eran las dos substancias mezcladas que nos hacen tomar a la vez para dormir. Por lo demás, una vez despierto, mi sufrimiento, en lugar de disminuir, iba en aumento todos los días. No es que el olvido no llevara a cabo su labor, pero ahí mismo favorecía la idealización de la imagen añorada y con ello la asimilación de mi sufrimiento inicial a otros sufrimientos análogos, que lo reforzaban. Aun así, aquella imagen era soportable, pero, si de repente pensaba en su habitación, en que la cama seguía vacía, en su piano, en su automóvil, perdía todas las fuerzas, cerraba los ojos, inclinaba la cabeza sobre el hombro izquierdo, como quienes van a desmayarse. El ruido de las puertas me hacía casi tanto daño, porque no era ella quien las abría.

Cuando podría haber habido un telegrama de Saint-Loup, no me atrevía a preguntar: «¿Hay un telegrama?». Llegó por fin, pero lo retrasó todo, al decirme: «ESAS SEÑORAS SE HAN MARCHADO Y VAN A ESTAR FUERA TRES DÍAS». Seguramente, si había yo soportado los cuatro días durante los cuales ella había faltado, era porque pensaba: «Es sólo cuestión de tiempo, antes del fin de la semana estará aquí». Pero ese motivo no impedía que para mi corazón, para mi cuerpo, el acto por realizar era el mismo: vivir sin ella, volver a casa sin encontrarla en ella, pasar por delante de su cuarto —para abrirlo aún no tenía yo valor— sabiendo que no estaba en él, acostarme sin haberle dado las buenas noches, cosas que mi corazón había debido hacer en su terrible integridad y como si no fuera a volver a ver a Albertine. Ahora bien, que lo hubiese realizado ya cuatro veces demostraba que ahora era capaz de seguir haciéndolo (podría decirme: «Nunca volverá», y, aun así, vivir como ya lo había hecho durante cuatro días) y tal vez pronto dejara de necesitar la razón que me ayudaba a seguir viviendo así —el próximo regreso de Albertine— como un herido que ha recuperado

la costumbre de caminar y puede prescindir de las muletas. Desde luego, por la noche, al regresar a casa, volvía a encontrar —y me dejaban sin respiración, me asfixiaban con el vacío de la soledad— los recuerdos, yuxtapuestos en una serie interminable, de todas las noches en que Albertine me esperaba, pero ya volvía a encontrarme con el recuerdo de la víspera, de la antevíspera y de las dos noches anteriores, es decir, el recuerdo de las cuatro noches transcurridas desde la partida de Albertine, durante las cuales había estado sin ella, solo, y, sin embargo, había vivido, cuatro noches ya que formaban una porción de recuerdos muy inferior a la otra, pero que tal vez fuese a consolidar cada día que pasara. No diré nada de la carta de declaración que recibí en aquel momento de una sobrina de la Sra. de Guermantes, que tenía fama de ser la muchacha más guapa de París, ni de la gestión que hizo conmigo el duque de Guermantes de parte de los padres resignados —por la felicidad de su hija— a la desigualdad del partido, a semejante mal casamiento. Incidentes así, que podrían ser sensibles para el amor propio, son demasiado dolorosos, cuando amamos. Nos gustaría —pero no tendríamos semejante indelicadeza— darlos a conocer a quien abriga sobre nosotros un juicio menos favorable, que, por lo demás, no cambiaría, si se enterara de que podemos ser objeto de otro totalmente distinto. Lo que me escribía la sobrina del duque no habría podido hacer otra cosa que impacientar a Albertine.

Desde el momento en que me despertaba y volvía a sentir mi pena en el punto en que me encontraba antes de quedarme dormido, como un libro cerrado por un instante y que no me abandonaría hasta la noche, todas las sensaciones —ya procediesen de fuera o de dentro— tenían que ver con un pensamiento relativo a Albertine. Llamaban al timbre: «¡Será una carta de ella, ella misma tal vez!». Si me sentía bien, no demasiado desgraciado, ya no sentía celos, ya no tenía agravios contra ella, me habría gustado volver a verla al instante, besarla, pasar alegremente toda mi vida con ella. Telegrafiarle «VEN EN SEGUIDA» me parecía haber pasado a ser ahora de lo más sencillo, como si mi nuevo

humor hubiera cambiado no sólo mis disposiciones, sino también las cosas exteriores a mí, las hubiese vuelto más fáciles. Si estaba de talante melancólico, renacían todas mis cóleras contra ella, ya no deseaba besarla, sentía la imposibilidad de ser feliz jamás gracias a ella, ya sólo quería hacerle daño e impedirle pertenecer a otros, pero de esos dos talantes opuestos el resultado era idéntico: debía volver lo antes posible. Y, sin embargo, por grande que fuera la alegría que pudiese darme en el momento su regreso, tenía la sensación de que no tardarían en presentarse las mismas dificultades y de que la búsqueda de la felicidad en la satisfacción del deseo moral era algo tan ingenuo como la empresa de alcanzar el horizonte caminando hacia delante. Cuanto más avanza el deseo, más se aleja la posesión verdadera: de modo, que, si se puede encontrar la felicidad o al menos la ausencia de sufrimientos, no es la satisfacción, sino la reducción progresiva, la extinción final del deseo, lo que se debe buscar. Intentamos ver lo que amamos, pero deberíamos procurar no verlo, porque sólo el olvido acaba trayendo la extinción del deseo, y me imagino que, si un escritor formulara verdades de ese tipo, dedicaría el libro en que figurarían a una mujer a quien le gustaría aproximarse, así, diciéndole: «Este libro es el tuyo». Y así, al decir verdades en su libro, mentiría en su dedicatoria, pues le interesaría que el libro fuera de esa mujer como de él la piedra preciosa procedente de ella y que sólo le sería cara mientras la amase. Los vínculos entre una persona y nosotros sólo existen en nuestro pensamiento. La memoria, al debilitarse, los afloja y, pese a la ilusión por la que nos gustaría vernos engañados y con la que —por amor, por amistad, por cortesía, por respeto humano— engañamos a los otros, existimos solos. El hombre es el ser que no puede salir de sí mismo, que sólo conoce a los demás en sí mismo y, al decir lo contrario, miente y, si hubiera sido posible hacerlo, si me hubiesen privado de esa necesidad de ella, de ese amor de ella, habría yo sentido tal miedo, que me convencía a mí mismo de que era precioso para mi vida. Poder oír pronunciar sin embeleso ni sufrimiento los nombres de las estaciones por las que

pasaba el tren para ir a Turena me habría parecido una disminución de mí mismo (en el fondo, simplemente porque así habría demostrado que Albertine habría llegado a resultarme indiferente). Estaba bien —pensaba yo— que, al preguntarme sin cesar lo que podía estar haciendo, pensando, queriendo ella a cada instante, si pensaba venir, si lo haría, yo mantuviera abierta aquella puerta de comunicación que el amor había abierto en mí y sintiese la vida de otra sumergir, mediante esclusas abiertas, el depósito que no habría deseado quedarse de nuevo estancado. Al prolongarse el silencio de Saint-Loup, una ansiedad secundaria —la espera de un telegrama, de una llamada por teléfono de mi amigo— no tardó en ocultar la primera: la inquietud del resultado, saber si volvería Albertine. Espiar todos los sonidos en espera del telegrama me resultaba tan intolerable, que la llegada de éste, lo único en lo que yo pensaba ya, fuera cual fuese su tenor, pondría —me parecía— fin a mis sufrimientos, pero, cuando por fin lo recibí y me enteré de que Robert había estado con la Sra. Bontemps, pero, pese a todas sus precauciones, había sido visto por Albertine, con lo que se había ido todo al traste, estallé de furia y desesperación, pues eso era lo que yo había querido evitar ante todo. Al enterarse de él Albertine, el viaje de Saint-Loup hacía parecer que yo la necesitaba, lo que había de impedirle por fuerza volver y cuyo horror era, por lo demás, lo único que había yo conservado del orgullo que distinguía a mi amor en la época de Gilberte, ya desaparecido. Yo maldecía a Robert y después pensé que, si aquel medio había fracasado, recurriría a otro. Puesto que el hombre puede actuar sobre el mundo exterior, ¿cómo no iba a lograr yo —recurriendo a la astucia, la inteligencia, el interés, el afecto— suprimir aquella atrocidad: la ausencia de Albertine? Creemos que cambiaremos las cosas que nos rodean conforme a nuestro deseo, porque, aparte de eso, no vemos solución favorable alguna. No pensamos en la que se produce con la mayor frecuencia y que también es favorable: no logramos cambiar las cosas conforme a nuestro deseo, pero poco a poco éste cambia. La situación que esperábamos cambiar, porque nos

resultaba insoportable, se nos vuelve indiferente. No hemos podido superar el obstáculo, como deseábamos absolutamente, pero la vida nos ha hecho rodearlo, sobrepasarlo y apenas si podemos entonces —al volver la vista al lejano pasado— distinguirlo, de tan imperceptible como ha quedado. En el piso de encima del nuestro oí tonadas de *Manon* interpretadas por una vecina. Yo aplicaba su letra, que conocía, a Albertine y a mí y me sentía embargado de un sentimiento tan profundo, que me eché a llorar. Eran éstas:

> Ay, el pájaro que huye de lo que considera esclavitud,
> De noche vuelve, la mayoría de las veces, con vuelo
> desesperado a llamar a la vidriera,

y la muerte de Manon:

> ¡Manon, respóndeme! / Único amor de mi alma,
> ¡Hasta hoy no he comprendido la bondad de tu corazón!

Puesto que Manon volvía con Des Grieux, me parecía que yo era para Albertine el único amor de su vida. Por desgracia, es probable que, si ella hubiera oído en aquel momento la misma tonada, no habría sido —¡ay!— a mí a quien habría querido bajo el nombre de Des Grieux y, si simplemente se le hubiese ocurrido esa idea, mi recuerdo le habría impedido enternecerse al escuchar aquella música, pese a que correspondía muy bien —si bien estaba mejor escrita y era más fina— al estilo de la que le gustaba.

Por mi parte, no tuve el valor de abandonarme a la dulzura de pensar que Albertine me llamaba «único amor de mi alma» y había reconocido haberse equivocado sobre lo que «había considerado esclavitud». Yo sabía que no podemos leer una novela sin atribuir a la protagonista los rasgos de aquella a quien amamos, pero, por feliz que sea el final del libro, nuestro amor no ha dado un paso más y, cuando lo hemos cerrado, aquella a la que amamos y que por fin ha venido hasta nosotros en la novela ha dejado de querernos en la

vida. Telegrafié, furioso, a Saint-Loup para que volviera cuanto antes a París, para que al menos no pareciese ejercer una insistencia agravante en una gestión que tanto me habría gustado ocultar, pero, antes incluso de que hubiera vuelto, como le había yo indicado, fue la propia Albertine quien me envió este telegrama:

«AMIGO MÍO, HAS ENVIADO A TU AMIGO SAINT-LOUP A VER A MI TÍA, COSA INSENSATA. MI QUERIDO AMIGO, SI ME NECESITABAS, ¿POR QUÉ NO ME ESCRIBISTE DIRECTAMENTE? HABRÍA TENIDO MUCHO GUSTO EN VOLVER. NO VUELVAS A HACER ESAS GESTIONES ABSURDAS». «¡Habría tenido mucho gusto en volver!». Así, pues, si decía eso, era porque lamentaba haberse marchado y sólo buscaba un pretexto para volver. Por tanto, bastaba con hacer lo que me decía, escribirle que la necesitaba y volvería. Por tanto, iba a volver a verla, a ella, la Albertine de Balbec (pues desde su marcha había vuelto a serlo para mí: como una concha a la que ya no prestamos atención, cuando la tenemos siempre sobre la cómoda, y, una vez que nos hemos separado de ella para regalarla o por haberla perdido, pensamos en ella, cosa que habíamos dejado de hacer, me recordaba toda la gozosa belleza de las montañas azules del mar). Y no era sólo ella la que se había vuelto un ser de la imaginación, es decir, deseable, sino que, además, la vida con ella se había vuelto imaginaria, es decir, libre de todas las dificultades, por lo que yo me decía: «¡Qué felices vamos a ser!». Pero, puesto que tenía la seguridad de su regreso, no debía dar la impresión de apresuramiento, sino, al contrario, borrar el mal efecto causado por la gestión de Saint-Loup, a quien siempre podría yo desautorizar diciendo que había actuado por iniciativa propia, porque siempre había sido partidario de aquel matrimonio.

Sin embargo, releía su carta y me sentía, de todos modos, decepcionado de lo poco que de una persona hay en una carta. Desde luego, los caracteres trazados expresan nuestro pensamiento, cosa que hacen también nuestras facciones; siempre nos encontramos ante un pensamiento, pero, de todos modos, éste no se nos presenta en la persona hasta después de haberse

difundido en esa corola del rostro abierta como una ninfea, lo que, de todos modos, la modifica mucho, y tal vez una de las causas de nuestras perpetuas decepciones amorosas sean esas perpetuas desviaciones en virtud de las cuales, al esperar a la persona ideal a la que amamos, cada cita nos presenta a una persona que encarna ya tan poco de nuestro sueño y, además, cuando reclamamos algo a esa persona, recibimos de ella una carta en la que queda muy poco de ella, así como en las letras del álgebra ya no queda la determinación de las cifras de la aritmética, que ya no cuentan con las cualidades de los frutos o las flores sumados, y, sin embargo, el amor, verse amado, sus cartas, tal vez sean, de todos modos, plasmaciones —por insatisfactorio que sea pasar de uno a otro— de la misma realidad, ya que la carta sólo nos parece insuficiente al leerla, pero sudamos sangre y pasión, mientras no llega, y basta para calmar nuestra angustia, ya que no para saciar con sus pequeños signos negros nuestro deseo, en vista de que en ella no hay, de todos modos, sino la equivalencia de una palabra, de una sonrisa, de un beso, no esas cosas mismas.

Contesté a Albertine:

> Amiga mía, precisamente iba a escribirte y te agradezco que me hayas dicho que, si te hubiera necesitado, habrías acudido corriendo; está bien por tu parte que comprendas de forma tan elevada la abnegación para con un antiguo amigo y mi estima por ti ha de aumentar por fuerza con ello, pero no, no te lo había pedido y no te lo pediré; volver a vernos, al menos de aquí a mucho tiempo, tal vez no te resultara doloroso, muchacha insensible. Para mí, a quien a veces consideraste tan indiferente, lo sería mucho. La vida nos ha separado. Tú has adoptado una decisión que yo considero muy acertada y lo has hecho en el momento deseado, con un presentimiento maravilloso, pues partiste el día siguiente a aquel en que acababa yo de recibir el asentimiento de mi madre para pedir tu mano. Te lo habría dicho al despertarme, cuando recibí su carta (¡al mismo tiempo que la tuya!). Tal vez hubieras temido apesadumbrarme al marcharte justo entonces y tal vez habríamos unido nuestras vidas mediante lo que habría sido para nosotros —¿quién sabe?— la desdicha. Si hubiera debido ser así, que Dios te bendiga por tu sensatez. Perderíamos todos sus frutos al volver

a vernos. No es que no sería una tentación para mí, pero no es un gran mérito por mi parte resistirla. Ya sabes lo inconstante que soy y lo rápidamente que olvido. De modo, que no soy digno de compasión precisamente. Tú me lo has dicho muchas veces: soy sobre todo un hombre de hábitos. Los que estoy empezando a adquirir sin ti no están aún muy arraigados. Evidentemente, en este momento los que tenía contigo y que tu partida ha trastocado siguen siendo los más fuertes. No lo serán durante mucho tiempo más. Precisamente por eso, había pensado en aprovechar estos últimos días —en los que vernos no será aún para mí lo que será dentro de dos semanas, antes tal vez (perdóname la franqueza): un trastorno— para zanjar contigo, antes del olvido final, pequeñas cuestiones materiales en las que habrías podido prestar, como buena y encantadora amiga, un servicio a quien durante cinco minutos se creyó tu prometido. Como yo no dudaba de la aprobación de mi madre, como, por otra parte, deseaba que tuviéramos cada uno de nosotros toda esa libertad que tú me habías ofrecido demasiado amable y abundantemente en un sacrificio que se podía admitir para una vida en común de unas semanas, pero que tan odioso habría resultado para ti como para mí, en vista de que íbamos a pasar nuestra vida juntos (casi me apena al escribirte pensar que estuvo a punto de suceder, que por unos segundos no haya sido así), había pensado en organizar nuestra existencia de la forma más independiente posible y, para empezar, quería que tú tuvieras ese yate en el que habrías podido viajar, mientras yo, demasiado enfermo, te habría esperado en el puerto: había escrito a Elstir para pedirle consejo, porque su gusto te complace, y en tierra me habría gustado que tuvieras tu automóvil propio, tuyo y sólo tuyo, en el que saldrías, viajarías, cuando gustaras. El yate estaba ya casi listo, se llama, conforme a tu deseo expresado en Balbec, *El Cisne*, y, al recordar que tú preferías más que ninguna otra la marca Rolls, había encargado uno. Ahora bien, como no vamos a volver a vernos nunca más, como no espero poder lograr que aceptes el barco ni el coche (a mí no me servirían para nada), había pensado —puesto que los había encargado a un intermediario, pero a tu nombre— que tal vez podrías librarme de ese yate y ese coche inútiles anulando el encargo, pero, para eso como para muchas otras cosas, tendríamos que haber hablado. Ahora bien, creo que, mientras exista la posibilidad de que vuelva a amarte, que no durará demasiado, sería una locura vernos, por un barco de vela y un Rolls-Royce, y poner en juego la felicidad de tu vida, en vista de que, según tú, consiste en vivir lejos de mí. No, prefiero conservar el Rolls e incluso el yate y, como no los utilizaré y podrían quedarse para siempre en el puerto, desarmado —uno— y —el otro— en el garaje, mandaré grabar en el yate (Dios mío, no me atrevo a poner un título inexacto y

cometer una herejía que te escandalizaría) estos versos de Mallarmé, que te gustaban:

Un cigne d'autrefois se souvient que c'est lui
Magnifique, mais qui sans espoir se délivre
Pour n'avoir pas chanté la region où vivre,
Quand du stérile hiver a resplendi l'ennui.[1]

Como recordarás, es el poema que comienza así: «*Le vierge, le vivace et le bel aujourd'hui*»[2]. Hoy ya no es —¡ay!— ni virgen ni hermoso, pero quienes, como yo, saben que muy pronto harán de él un «mañana» soportable no son soportables precisamente. En cuanto al Rolls, tal vez habría merecido estos otros versos del mismo poeta, que, según decías, no podías entender:

Dis si je ne suis pas joyeux
Tonnerre et rubis aux moyeux
De voir en l'air que ce feu troue
Avec des royaumes épars
Comme mourir pourpre la roue
Du seul vespéral de mes chars.[3]

Adiós para siempre, mi querida Albertine, y gracias de nuevo por el hermoso paseo que dimos juntos la víspera de nuestra separación. Conservo muy buen recuerdo de él.

P.S. - No respondo a lo que me dices sobre los supuestos ofrecimientos que Saint-Loup (quien, por lo demás, no creo que esté en Turena) ha hecho a tu tía. Es algo como de Sherlock Holmes. ¿Quién te has creído que soy yo?

Seguramente, así como en otro tiempo había yo dicho a Albertine: «No te quiero», para que me quisiera; «cuando no veo a las personas, me olvido de ellas», para que nos viésemos muy a menudo; «he decidido dejarte», para prevenir cualquier idea de separación, ahora —como deseaba absolutamente que volviera al cabo de ocho días— le decía: «Adiós para siempre»; como quería volver a verla, le decía: «Me parecería peligroso volver a verte»;

como vivir separado de ella me parecía peor que la muerte, le escribía: «Tienes razón, seríamos desgraciados juntos». Debería haber previsto la posibilidad de que el efecto de aquella carta fingida —al escribirla para no parecer interesado en ella (el único orgullo que quedaba de mi antiguo amor a Gilberte en mi amor a Albertine) y también por el placer de decir ciertas cosas que sólo podían emocionarme a mí y no a ella— fuera —¡ay!— el de recibir una respuesta negativa, es decir, que consagrara lo que yo decía, la probabilidad incluso de que así fuera, pues, aunque Albertine hubiese sido menos inteligente de lo que era, no habría dudado un instante de la falsedad de mis palabras. En efecto, sin detenerse a pensar en las intenciones que enunciaba yo en aquella carta, el simple hecho de que la hubiera escrito, aun cuando no hubiese sido posterior a la gestión de Saint-Loup, bastaba para demostrarle que deseaba su regreso y aconsejarle que me dejara enredarme en el anzuelo cada vez más. Además, tras prever la posibilidad de una respuesta negativa, no debería haber dejado de suponer que esa respuesta me devolvería bruscamente —y con su más extrema vivacidad— mi amor a Albertine y —también antes de enviar mi carta— debería haberme preguntado si, en caso de que Albertine respondiera en el mismo tono y no quisiese volver, podría dominar mi dolor lo suficiente para forzarme a permanecer en silencio y no telegrafiarle: «VUELVE», y no enviarle algún otro emisario, cosa que, después de haberle escrito que no volveríamos a vernos, equivalía a mostrarle con la máxima evidencia que yo no podía prescindir de ella y cuyo resultado sería el de que se negara aún más enérgicamente, el de que, al no poder soportar más mi angustia, yo fuera a su casa y tal vez —¿quién sabe?— no fuese recibido. Y seguramente habría sido —después de tres enormes torpezas— la peor de todas, tras la cual ya sólo me quedaría matarme delante de su casa, pero la desastrosa construcción del universo psicopatológico hace que el acto torpe, el acto que deberíamos evitar por encima de todo, sea precisamente el que más nos calma, el que, al abrirnos —hasta que sepamos su resultado— nuevas

perspectivas de esperanza, nos libera momentáneamente del intolerable dolor que la negativa ha engendrado en nosotros, por lo que, cuando el dolor es demasiado fuerte, nos apresuramos a caer en la torpeza consistente en escribir, en encargar a alguien que transmita nuestros ruegos, en ir a ver a aquella a quien amamos, en demostrar que no podemos vivir sin ella.

Pero yo no previ nada de eso. El resultado de aquella carta me parecía que sería, al contrario, el de hacer regresar a Albertine de inmediato. Por eso, al pensar en ese resultado, había sentido una gran dulzura al escribirla, pero al mismo tiempo no había cesado de llorar al hacerlo: primero, de forma bastante parecida al día en que había yo interpretado la falsa separación, porque esas palabras, al representarme la idea que me expresaban, aunque tendieran a un objetivo contrario (pronunciadas mendazmente para no confesar, por orgullo, que amaba), llevaban consigo su tristeza, pero también porque tenía la sensación de que algo de verdad había en aquella idea.

Como el resultado de aquella carta me parecía seguro, lamenté haberla enviado, pues, al representarme el regreso, en resumidas cuentas, tan fácil de Albertine, todas las razones que hacían de nuestro matrimonio algo malo para mí volvieron bruscamente con toda su fuerza. Yo esperaba que ella se negaría a volver. Cavilaba que mi libertad, todo el futuro de mi vida, dependían de su negativa, que había hecho una locura al escribirle, que debería haberme quedado con mi carta —ya echada, ¡ay!—, cuando Françoise, al entregarme también el periódico que acababa de subir, me la trajo, por no saber con cuántos sellos debía franquearla, pero al instante cambié de opinión; deseaba que Albertine no volviera, pero quería que esa decisión procediese de ella para poner fin a mi ansiedad y sentí el deseo de devolver la carta a Françoise. Abrí el periódico: anunciaba la muerte de la Berma. Entonces recordé las dos formas diferentes como había visto *Fedra* y ahora fue con una tercera como pensé en la escena de la declaración. Lo que yo me había recitado con tanta frecuencia a mí mismo y había oído en el teatro era —me

parecía a mí— el enunciado de las leyes que debía experimentar en mi vida. Hay en nuestra alma cosas que no sabemos hasta qué punto nos interesan o, si nos interesan, es porque aplazamos día tras día, por miedo a fracasar o a sufrir, la posibilidad de poseerlas. Eso es lo que me había sucedido con Gilberte, cuando había creído renunciar a ella. Si, antes del momento en que estamos totalmente desapegados de esas cosas, muy posterior a aquel en que creemos estarlo, la muchacha a la que amamos se promete, por ejemplo, con otro, nos volvemos locos, no podemos soportar más la vida, que nos parecía tan melancólicamente tranquila, o, si la cosa está en nuestro poder, creemos que nos resulta una carga, que con gusto nos desharíamos de ella: eso es lo que me había ocurrido en el caso de Albertine. Pero, si nos vemos privados por su partida de la persona que nos resulta indiferente, ya no podemos vivir. Ahora bien, ¿acaso no reunía el «argumento» de *Fedra* los dos casos? Hipólito quiere partir. Fedra, que hasta entonces ha procurado ofrecerse a su enemistad, por escrúpulos —dice ella o, mejor dicho, la hace decirlo el poeta—, porque no ve adónde llegaría y no se siente amada, ya no puede más. Acude a confesarle su amor y ésa es la escena que yo me había recitado con tanta frecuencia:

> Dicen que una pronta marcha os aleja de nosotros.

Seguramente ese motivo para la partida de Hipólito es accesorio —podemos pensar— en comparación con el de la muerte de Teseo e igualmente, cuando, unos versos más abajo, Fedra aparenta por un instante haber sido mal entendida:

> Habré perdido todo cuidado por mi gloria,

podemos creer que es porque Hipólito ha rechazado su declaración:

> Señora, ¿olvidáis que
> Teseo es mi padre y vuestro esposo?

Pero, aunque no hubiera expresado esa indignación, Fedra, ante la felicidad alcanzada, habría podido tener la misma sensación de que valía poca cosa, pero, en cuanto ve que no se ha alcanzado, que Hipólito cree haber entendido mal y se disculpa, entonces quiere, como yo al acabar de devolver la carta a Françoise, que la negativa proceda de él, quiere llevar hasta sus últimas consecuencias su suerte:

> ¡Ah, cruel! Me has entendido demasiado bien.

Y tampoco faltan en esa escena las duras palabras dirigidas por Swann a Odette o las mías a Albertine y que substituyen el amor anterior por otro nuevo, compuesto de piedad, enternecimiento y necesidad de efusión y que no hace sino variar el primero:

> Tú me odiabas más y yo no te amaba menos.
> Tus desdichas te atribuían nuevos encantos.

La prueba de que *la preocupación por su gloria* no es lo que más interesa a Fedra es que, si no se hubiera enterado en ese momento de que Hipólito ama a Aricia, habría perdonado a Hipólito y habría desoído los consejos de Enone: hasta tal punto son los celos, que en el amor equivalen a la pérdida de toda felicidad, más sensibles que la pérdida de la reputación. Entonces es cuando deja a Enone calumniar (que no es sino el nombre de la peor faceta de sí misma) a Hipólito sin encargarse de *la misión de defenderlo* y envía, así, a quien no quiere saber nada con ella a un destino cuyas calamidades en modo alguno la consuelan, por lo demás, puesto que su muerte voluntaria sigue poco después a la de Hipólito. Así al menos —reduciendo el papel de todos los escrúpulos «jansenistas», como habría dicho Bergotte, que Racine atribuyó a Fedra para hacerla parecer menos culpable— es como se me presentaba esa escena: algo así como una profecía de los episodios amorosos de mi propia existencia. Por lo demás, aquellas reflexiones en nada habían

cambiado mi determinación y entregué mi carta a Françoise para que la echara por fin al correo con el fin de hacer ante Albertine ese intento que me parecía indispensable desde que me había enterado de que no se había materializado. Y seguramente nos equivocamos al creer que la realización de nuestro deseo es poca cosa, ya que, en cuanto creemos que puede no serlo, volvemos a experimentarlo y hasta estar del todo seguros de no verlo frustrado no consideramos que no valiera la pena perseguirlo y, sin embargo, también tenemos razón, pues, si bien esa realización y la felicidad parecen pequeñas sólo por la certidumbre, no por ello dejan de ser algo inestable de lo que sólo pueden resultar penas y éstas serán tanto más intensas cuanto más completamente se haya cumplido el deseo, tanto más imposibles de soportar cuanto más se haya prolongado —contra la ley de la naturaleza— la felicidad, cuanto más haya recibido la consagración de la costumbre. También en otro sentido las dos tendencias —la que me hacía empeñarme en que mi carta saliera y, cuando creía que así había sido, lamentarlo— entrañan, tanto una como la otra, su verdad. En el caso de la primera, es más que comprensible que corramos en pos de nuestra felicidad —o nuestra desdicha— y que al mismo tiempo deseemos situar ante nosotros, mediante esa acción nueva que va a empezar a desarrollar sus consecuencias, una espera que no nos abandone a la desesperación absoluta: en una palabra, que intentemos hacer pasar por otras formas, que nos resultarán —así lo imaginamos— menos crueles, el mal que padecemos, pero la otra tendencia no es menos importante, pues, por deberse al convencimiento del éxito de nuestra empresa, es pura y simplemente el comienzo anticipado de la desilusión que no tardaríamos en experimentar ante la satisfacción del deseo, la pena de haber retenido para nosotros, a expensas de los demás, excluidos de ella, esa forma de felicidad. Yo había entregado la carta a Françoise, al tiempo que le decía que se apresurara a echarla al correo. En cuanto hubo salido mi carta, volví a concebir el regreso de Albertine como algo inminente. No dejaba de infundir a mi pensamiento imágenes atractivas que con su

dulzura neutralizaban un poco los peligros que atribuía yo a su regreso. La dulzura, perdida desde hacía tanto tiempo, de tenerla junto a mí me embriagaba.

* * *

Pasa el tiempo y poco a poco todo lo que nos decíamos como mentira se vuelve verdad, lo había yo experimentado demasiado con Gilberte; la indiferencia que yo había fingido, cuando no cesaba de sollozar, había acabado realizándose; poco a poco, la vida, como decía yo a Gilberte con una fórmula mendaz y que retrospectivamente había resultado verdadera, nos había separado. Yo me lo recordaba, me decía: «Si Albertine deja pasar algunos meses, mis mentiras llegarán a ser verdad y, ahora que lo más duro ha pasado, ¿no sería de desear que dejara pasar esos meses? Si vuelve, renunciaré a la vida verdadera que aún no estoy —cierto es — en condiciones de saborear, pero que progresivamente podrá empezar a presentar para mí encantos, mientras el recuerdo de Albertine vaya debilitándose». No digo que el olvido no comenzara a hacer su labor, pero uno de los efectos del olvido —al hacer que muchos de los aspectos enojosos de Albertine, de las horas aburridas que pasaba con ella, hubieran dejado de presentarse a mi memoria, hubiesen dejado, por tanto, de ser motivos de desear que no estuviera ya allí, como lo deseaba cuando aún estaba— era precisamente el de darme una idea somera, embellecida, de todo el amor que había sentido por otras. De esa forma particular, el olvido, pese a contribuir a habituarme a la separación, me hacía desear más —al mostrarme a Albertine más dulce, más bella— su regreso.

Desde que se había marchado, muchas veces —cuando me parecía que no se podía notar que yo había llorado— llamaba a Françoise y le decía: «Habría que ver si la señorita Albertine ha olvidado algo. Acuérdese de arreglar su habitación para que esté

lista cuando regrese». O simplemente: «Precisamente el otro día la señorita Albertine me decía; hombre, mire, justo la víspera de su marcha…». Quería yo reducir en Françoise el detestable placer que le causaba la marcha de Albertine dándole a entender que sería por poco tiempo; también quería mostrar a Françoise que no temía hablar de ello, mostrarlo —como hacen ciertos generales que llaman a los retrocesos forzosos retirada estratégica y conforme a un plan preparado— como deseado, como un episodio cuyo significado verdadero ocultaba yo momentáneamente y en modo alguno como el fin de mi amistad con Albertine. Al nombrarla sin cesar, quería hacer entrar por fin, como un poco de aire, algo de ella en aquella habitación en la que su marcha había hecho el vacío y en la que ya no se podía respirar. Después intentamos reducir las proporciones de nuestro dolor haciéndolo entrar en el lenguaje hablado entre el encargo de un traje y el de una cena.

Al preparar la habitación de Albertine, Françoise, curiosa como era, abrió el cajón de una mesita de madera de rosa, en la que mi amiga guardaba los objetos íntimos que se quitaba para dormir. «Oh, señor. La señorita Albertine ha olvidado sus sortijas, se han quedado en el cajón». Mi primer impulso fue el de decir: «Hay que enviárselas», pero así parecía no ser seguro que fuera a volver. «Muy bien», respondí tras un instante de silencio, «para el poco tiempo que va a estar ausente, no vale la pena. Démelas y ya veré». Françoise me las entregó con cierta desconfianza. Detestaba a Albertine, pero, atribuyéndome sus propias actitudes, se imaginaba que no se me podía confiar una carta escrita por mi amiga sin temor a que la abriera. Tomé las sortijas. «Procure el señor no perderlas», dijo Françoise, «¡son preciosas, la verdad! No sé quién se las regalaría, si el señor u otro, pero ¡de lo que no me cabe duda es de que se trata de alguien rico y con buen gusto!». «No he sido yo», respondí a Françoise, «y, por lo demás, no proceden las dos de la misma persona: una se la regaló su tía y la otra la compró ella». «¡Que no son de la misma persona!», exclamó Françoise. «El señor bromea. Son iguales, salvo el rubí añadido a una de ellas, incluso

tienen la misma águila las dos, las mismas iniciales en el interior». No sé si Françoise notaba el daño que me hacía, pero empezó a esbozar una sonrisa, que ya no desapareció de sus labios. «¿Cómo que la misma águila? Está usted loca. En la que no tiene rubí hay un águila, en efecto, pero lo cincelado en la otra es como una cabeza de hombre». «¿Una cabeza de hombre? ¿Dónde ha visto eso el señor? Incluso con mis lentes tan sólo, he visto en seguida que era una de las alas del águila; coja el señor su lupa y verá la otra ala al otro lado, la cabeza y el pico en el medio. Se ve cada una de las plumas. ¡Ah, es un trabajo precioso!». El ansioso deseo de saber si Albertine me había mentido me hizo olvidar que debería haber conservado alguna dignidad delante de Françoise y denegarle el maligno placer que le daba —si no de torturarme— al menos de perjudicar a mi amiga. Yo jadeaba, mientras Françoise iba a buscar mi lupa, la cogí, pedí a Françoise que me mostrara el águila en la sortija del rubí, no le costó hacerme reconocer las alas, estilizadas del mismo modo que en la otra sortija, el relieve de cada una de las plumas, la cabeza. Me indicó también inscripciones semejantes, a las que se sumaban —cierto es— otras en la sortija del rubí, y dentro de las dos la inicial de Albertine. «Pero me extraña que el señor haya necesitado todo eso para ver que se trataba de la misma sortija», me dijo Françoise. «Aun sin mirarlas de cerca, se nota perfectamente la misma factura, la misma forma de trabajar el oro. Nada más verlas, habría yo jurado que tienen la misma procedencia. Se reconoce como los guisos de una buena cocinera». Y, en efecto, a su curiosidad de sirviente avivada por el odio y habituada a advertir detalles con una precisión espantosa, se había sumado, para ayudarla en aquella pericia, el gusto que tenía, el mismo gusto, en efecto, que mostraba en la cocina y que tal vez avivara, como había notado yo al partir para Balbec en su forma de vestirse, su coquetería de mujer que ha sido hermosa, que ha mirado las joyas y el vestuario de otros. Si me hubiera equivocado de caja de medicamento y, en lugar de tomar unos sellos de veronal un día en que sentía que había bebido demasiadas tazas de té, hubiese

tomado otros tantos sellos de cafeína, mi corazón no habría latido tan violentamente. Pedí a Françoise que saliera del cuarto. Me habría gustado ver a Albertine inmediatamente. Al horror de su mentira, a los celos del desconocido, se sumaba el dolor por que se hubiera dejado ofrecer, así, regalos. Yo le hacía más, cierto es, pero una mujer a la que mantenemos no nos parece una mantenida, mientras no sabemos que lo es por otros, y, sin embargo, como yo no había cesado de gastar para ella tanto dinero, la había aceptado, pese a esa bajeza moral, que yo había mantenido en ella y tal vez la hubiera aumentado y creado tal vez. Además, como tenemos el don de inventar cuentos —como, cuando nos morimos de hambre, llegamos a convencernos de que un desconocido va a dejarnos una fortuna de cien millones— para acunar nuestro dolor, imaginé a Albertine en mis brazos, mientras me explicaba en dos palabras que por el parecido de la fabricación había comprado la otra sortija y había sido ella quien había encargado que pusieran sus iniciales, pero esa explicación seguía siendo frágil, aún no había tenido tiempo de hundir en mi ser sus raíces benéficas y no se podía calmar mi dolor tan deprisa y pensé que tantos hombres que hablan a los demás de la bondad de su amante sufren torturas semejantes. Así mienten a los demás y a sí mismos. No mienten del todo; pasan con esa mujer horas en verdad dulces, pero ¡piénsese en todas las horas desconocidas —tras esa bondad que tienen con ellos delante de sus amigos y que les permite glorificarse y tras la que tienen a solas con sus amantes y que les permite bendecirlos— en las que el amante ha sufrido, ha dudado, ha hecho por doquier investigaciones inútiles para averiguar la verdad! A semejantes sufrimientos va unida la dulzura del amor, del encantamiento con las palabras más insignificantes de una mujer, que como tales reconocemos, pero las perfumamos con su olor. En aquel momento, yo ya no podía deleitarme respirando con el recuerdo de Albertine. Abrumado, con las dos sortijas en la mano, miraba aquella águila despiadada, cuyo pico me atenazaba el corazón, cuyas alas con plumas en relieve se habían llevado la confianza que seguía profesando a mi amiga y

bajo cuyas garras mi afligido pensamiento no podía escapar ni un instante a las preguntas formuladas sin cesar sobre aquel desconocido cuyo nombre simbolizaba seguramente aquella águila sin dejarme leerlo y al que seguramente había amado en otro tiempo y seguramente ella había vuelto a ver no hacía mucho, pues el día, tan dulce, tan familiar, del paseo juntos por el Bois, había sido el primero en que había visto yo la segunda sortija, aquella en la que el águila parecía hundir el pico en la capa de sangre clara del rubí.

Por lo demás, si bien, de la mañana a la noche, no cesaba yo de sufrir por la marcha de Albertine, no por ello pensaba sólo en ella. Por una parte, como su encanto había ido extendiéndose poco a poco a objetos que acababan estando muy alejados, pero no por ello estaban menos electrizados por la misma emoción que me infundía ella, si algo me hacía pensar en Incarville o en los Verdurin o en un nuevo papel para Léa, me asaltaba una corriente de sufrimiento. Por otra parte, lo que yo mismo llamaba pensar en Albertine era pensar en la forma de hacerla volver, de reunirme con ella, de saber lo que hacía. De modo, que, si, durante aquellas horas de incesante martirio, un gráfico hubiera podido representar las imágenes que acompañaban mi sufrimiento, se habrían visto las de la estación de Orsay, de los billetes de banco ofrecidos a la Sra. Bontemps, de Saint-Loup inclinado sobre el pupitre de una oficina de telégrafos, en el que rellenaba una fórmula de telegrama para mí, pero nunca la de Albertine. Así como en todo el transcurso de nuestra vida nuestro egoísmo ve todo el tiempo ante sí los objetivos preciosos para nuestro yo, pero nunca mira ese *yo* mismo que no cesa de contemplarlos, así también el deseo que dirige nuestros actos desciende hacia ellos, pero no remonta hasta sí mismo, ya sea porque, por ser demasiado utilitario, se precipite a la acción y desdeñe el conocimiento, porque busquemos el futuro para corregir las decepciones del presente o porque la pereza mental lo incite a deslizarse por la cómoda pendiente de la imaginación, en lugar de remontar la abrupta pendiente de la introspección. En realidad, en esas horas de crisis en las que nos jugaríamos toda

nuestra vida, a medida que la persona de la que ésta depende revela mejor la inmensidad del lugar que ocupa para nosotros, al no dejar nada en el mundo que no resulte trastocado por ella, su imagen decrece proporcionalmente hasta dejar de resultar perceptible. En todas las cosas encontramos el efecto de su presencia por la emoción que sentimos; a ella misma, la causa, no la encontramos en parte alguna. Durante aquellos días estuve tan incapacitado para imaginarme a Albertine, que casi habría podido creer que no la amaba, como mi madre —en los momentos de desesperación en que no podía imaginarse nunca a mi abuela (salvo una vez en el encuentro fortuito de un sueño cuyo valor advirtió hasta tal punto, pese a estar dormida, que se esforzó, con las fuerzas que le quedaban en el sueño, por hacerlo durar)— habría podido acusarse —y así lo hacía, en efecto— de no añorar a su madre, cuya muerte la mataba, pero cuyas facciones eludían su recuerdo.

¿Por qué había yo de creer que no gustaban las mujeres a Albertine? Porque había dicho, sobre todo en los últimos tiempos, que no le gustaban, pero ¿acaso no descansaba nuestra vida en una mentira perpetua? Nunca, ni una sola vez, me había dicho: «¿Por qué no puedo salir libremente? ¿Por qué preguntas a otros por lo que hago?». Pero era, en efecto, una vida demasiado singular para que no me lo hubiese preguntado, si no hubiera entendido por qué. ¿Y acaso no era comprensible que a mi silencio sobre las causas de su enclaustramiento correspondiese por su parte un mismo y constante silencio sobre sus perpetuos deseos, sus innumerables recuerdos, sus innumerables deseos y esperanzas? Françoise parecía saber que yo mentía cuando aludía al próximo regreso de Albertine y su creencia parecía basada en un poco más que en esa verdad que solía guiar a nuestra sirviente: la de que no gusta a los señores verse humillados delante de sus servidores, por lo que de la realidad sólo les dan a conocer lo que no se aleja demasiado de una ficción lisonjera, apropiada para mantener el respeto. Aquella vez, la creencia de Françoise parecía basada en

otra cosa, como si ella misma hubiera despertado y mantenido la desconfianza en el corazón de Albertine, que hubiese excitado al máximo su cólera, en una palabra, la hubiera llevado hasta el extremo en que hubiese podido predecir como inevitable su marcha. Si era cierto, mi versión de una marcha momentánea, conocida y aprobada por mí, había de inspirar por fuerza incredulidad a Françoise, pero la idea que tenía del carácter interesado de Albertine, la exageración con la que, con su odio, magnificaba el «provecho» que Albertine obtenía supuestamente de mí, podían dar al traste con su certidumbre. Por eso, cuando yo aludía delante de ella —como a una cosa totalmente natural— al próximo regreso de Albertine, Françoise me miraba a la cara (del mismo modo que, cuando el jefe de comedor, para molestarla, le leía, cambiando las palabras, una noticia política —por ejemplo, el próximo cierre de las iglesias y la deportación de los curas— que ella se negaba a creer, Françoise, incluso desde el extremo de la cocina y sin poder leer, miraba instintiva y ávidamente el periódico), como si hubiera podido ver si estaba escrito de verdad, si no estaría yo inventándomelo.

Pero, cuando Françoise vio que, después de haber escrito una carta larga, ponía la dirección de la Sra. Bontemps, aumentó su espanto, hasta entonces tan vago, de que Albertine volviera. Cuando una mañana hubo de entregarme con el correo una carta en cuyo sobre había reconocido la escritura de Albertine, a aquel espanto se sumó una auténtica consternación. Se preguntaba si la marcha de Albertine no habría sido una simple comedia, suposición que la afligía doblemente, como si asegurara definitivamente para el futuro la vida de Albertine en la casa y como si constituyese para mí —es decir, como señor de Françoise que era— y para ella misma la humillación de haber sido engañado por Albertine. Por impaciente que estuviese yo por leer la carta de ésta, no pude por menos de contemplar por un instante los ojos de Françoise, de los que habían desaparecido todas las esperanzas, al inducir de aquel presagio la inminencia del regreso de Albertine, así como un aficionado a los deportes de invierno concluye con alegría que el frío está próximo,

al ver la marcha de las golondrinas. Por fin, Françoise se marchó y, cuando me hube asegurado de que había vuelto a cerrar la puerta, abrí sin hacer ruido, para no parecer ansioso, la carta, que decía así:

> Amigo mío, gracias por todas las cosas agradables que me dices, estoy a tus órdenes para anular el encargo del Rolls, si crees que puedo hacerlo y así lo creo yo. Basta con que me escribas el nombre de tu concesionario. Tú te dejarías engatusar por esa gente, que a lo único que aspira es a vender, ¿y qué harías con un auto, tú, que no sales nunca? Me ha emocionado mucho que hayas conservado un buen recuerdo de nuestro último paseo. Puedes estar seguro de que, por mi parte, no olvidaré aquel paseo dos veces crepuscular (puesto que se acercaba la noche e íbamos a separarnos) y que sólo se borrará de mi alma con la noche cerrada.

Comprendí perfectamente que esta última era una simple frase y que Albertine no habría podido conservar hasta su muerte un recuerdo tan dulce de aquel paseo, que, desde luego, ella no había disfrutado en modo alguno, puesto que estaba impaciente por abandonarme, pero también admiré lo dotada que estaba la ciclista, la golfista, de Balbec, quien, antes de conocerme, sólo había leído *Esther*, y cuán acertado había estado yo al considerar que en mi casa se había enriquecido con nuevas cualidades que la hacían diferente y más completa. Y así la frase que yo le había dicho, sin creerla y tan sólo para que considerara beneficioso verme y superar el aburrimiento que podía causarle, en Balbec: «Creo que mi amistad te será preciosa, que soy precisamente la persona que podría aportarte lo que te falta» —en una fotografía le había yo escrito esta dedicatoria: *Con la certeza de ser providencial*— que había dicho había resultado ser cierta también, como, en resumidas cuentas, cuando le había dicho que no quería verla por miedo a enamorarme de ella. Lo había dicho porque sabía, al contrario, que con la frecuentación constante mi amor se apagaba y la separación lo exaltaba, pero, en realidad, la frecuentación constante había

engendrado una necesidad de ella infinitamente más fuerte que el amor de los primeros tiempos en Balbec.

Pero, en resumidas cuentas, la carta de Albertine no adelantaba nada la situación. Sólo me hablaba de escribir al concesionario. Había que salir de aquella situación, precipitar los acontecimientos y se me ocurrió la idea siguiente. Mandé llevar inmediatamente una carta a Andrée, en la que le decía que Albertine estaba en casa de su tía y me sentía muy solo, que, si venía a instalarse en mi casa unos días, me daría un placer inmenso y, como no quería andarme con secretos, le rogaba que se lo avisara a Albertine y al mismo tiempo escribí a Albertine, como si no hubiera recibido aún su carta:

> Amiga mía, perdóname lo que entenderás perfectamente: detesto tanto los secretos, que he querido que tanto ella como yo te avisáramos. Tras haberte tenido tan agradablemente en mi casa, me he habituado a no estar solo. Puesto que hemos decidido que tú no volvieras, he pensado que la persona que mejor te substituiría, porque gracias a ella el cambio sería mínimo, la que me recordaría más a ti, sería Andrée y le he pedido que venga. Para que todo eso no parezca demasiado brusco, le he hablado sólo de unos días, pero, dicho sea entre nosotros, creo que esta vez es para siempre. ¿Te parece acertada mi decisión? Como sabes, vuestro grupito de muchachas de Balbec siempre ha sido la célula social que ha ejercido en mí el mayor prestigio, al que tuve la máxima fortuna de poder sumarme un día. Seguramente se nota aún la influencia de dicho prestigio. Puesto que la fatalidad de nuestros caracteres y la desventura de la vida han querido que mi amada Albertine no pudiera ser mi mujer, creo que tendré, de todos modos, una mujer —menos encantadora que ella, pero a la que un carácter más compatible tal vez permita ser más feliz conmigo— en Andrée.

Pero, después de haber enviado aquella carta, me vino de repente la sospecha de que, cuando Albertine me había escrito: *Habría tenido mucho gusto en volver, si me lo hubieras escrito directamente*, lo había hecho sólo porque yo no se lo había escrito directamente y, si lo hubiera yo hecho, no habría vuelto, de todos modos, y de que se alegraría de saber que Andrée viviría en mi

casa y después sería mi mujer, con tal de que ella, Albertine, fuera libre, puesto que ahora, desde hacía ya ocho días, podía —tras destruir las precauciones que yo había tomado durante más de seis meses en París— entregarse a sus vicios y hacer lo que, minuto a minuto, había yo impedido. Yo me decía que probablemente hiciera un mal uso, allí, de su libertad y, desde luego, aquella idea me entristecía, pero no dejaba de ser general, no me mostraba nada particular, y, por el número indefinido de amantes posibles que me hacía suponer, al no dejarme detenerme en ninguna, arrastraba mi mente, en cierto modo, a un movimiento perpetuo no exento de dolor, pero que por falta de imagen concreta resultaba soportable. Ahora bien, dejó de serlo y se volvió atroz cuando llegó Saint-Loup. Antes de decir por qué me volvieron tan desdichado las palabras que éste me dijo, debo relatar un incidente que se sitúa inmediatamente antes de su visita y cuyo recuerdo tanto me trastornó después, que debilitó, si no la penosa impresión que me produjo la conversación con Saint-Loup, al menos su alcance práctico. Aquel incidente consistió en lo siguiente. Ardiendo de impaciencia por ver a Saint-Loup, estaba yo esperándolo en la escalera (cosa que no habría podido hacer, si mi madre hubiese estado en ella, pues era lo que más detestaba en el mundo, después de «hablar por la ventana»), cuando oí las siguientes palabras: «¡Cómo! ¿No sabe usted librarse de alguien que le desagrada? No es difícil. Basta, por ejemplo, con que esconda usted las cosas que debe llevar; entonces, en el momento en que los señores tienen prisa, lo llaman, no las encuentra, pierde la cabeza; mi tía le dirá a usted, furiosa con él: “Pero ¿qué está haciendo?”. Cuando llegue, con retraso, todo el mundo estará furioso y no habrá llevado lo que debía. Al cabo de cuatro o cinco veces, puede usted estar seguro de que lo despedirán, sobre todo si procura usted ensuciar a escondidas lo que debe traer limpio, y mil otros trucos así». Me quedé mudo de estupefacción, pues la voz que había pronunciado aquellas maquiavélicas y crueles palabras era la de Saint-Loup. Ahora bien, yo lo había considerado siempre una

persona tan buena, tan compasiva con los desdichados, que me causaba el mismo efecto que si estuviera interpretando el papel de Satán, pero no podía ser que hablara en su nombre. «Pero todo el mundo tiene que ganarse la vida», dijo su interlocutor, que, como vi entonces, era un lacayo de la duquesa de Guermantes. «¿Y a usted qué le importa, si así lo beneficiará?», respondió, con mala intención, Saint-Loup. «Tendrá usted, además, el placer de disponer de una víctima. Puede usted muy bien volcar tinteros en su librea en el momento en que venga a servir una gran cena, en una palabra, no dejarle ni un minuto de descanso, para que acabe prefiriendo marcharse. Por lo demás, yo le echaré una mano, diré a mi tía que admiro la paciencia de usted, al servir con un zafio y descuidado semejante». Aparecí y Saint-Loup se dirigió hacia mí, pero mi confianza en él había quedado quebrantada desde que acababa de oírle decir cosas tan diferentes de aquellas a las que estaba habituado en él y me pregunté si alguien capaz de actuar tan cruelmente para con un desdichado no habría desempeñado el papel de traidor para conmigo, en su misión ante la Sra. Bontemps. Aquella reflexión sirvió sobre todo para no hacerme considerar su fracaso como una prueba de que yo no podía conseguir lo que me proponía, una vez que me hubiera dejado, pero, mientras estuvo junto a mí, yo pensaba en el Saint-Loup de otro tiempo y sobre todo en el amigo que acababa de separarse de la Sra. Bontemps. Primero me dijo: «Crees que debería haberte telefoneado más, pero siempre me decían que estabas ocupado». Pero, cuando mi sufrimiento se volvió insoportable, fue cuando me dijo: «Por comenzar por donde me había quedado en mi último telegrama: después de haber pasado por una cochera, entré en la casa y, al final de un largo pasillo, me introdujeron en un salón». Al oír aquellas palabras de «cochera», «pasillo», «salón», y antes incluso de que hubiera acabado de pronunciarlas, el corazón me dio un vuelco con mayor rapidez que una corriente eléctrica, pues la fuerza que da más veces la vuelta a la Tierra en un segundo no es la electricidad, sino el dolor. ¡Cómo repetí, renovando el sobresalto con

gusto, aquellas palabras de «cochera», «pasillo», «salón», cuando Saint-Loup se hubo marchado! En una cochera se puede uno esconder con una amiga y a saber lo que haría Albertine en aquel salón, cuando su tía no estuviese. Pero, bueno, ¿es que me había imaginado, entonces, la casa en la que vivía Albertine como carente de cochera y de salón? No, en modo alguno me la había imaginado sino simplemente como un lugar impreciso. Había yo sufrido una primera vez cuando se había individualizado geográficamente el lugar en el que estaba, cuando me había enterado de que, en lugar de estar en dos o tres lugares posibles, estaba en Turena; aquellas palabras de su portera habían marcado mi corazón como en un mapa el lugar en el que se debía sufrir por fin, pero, una vez habituado a la idea de que estaba en una casa de Turena, no había yo visto la casa; nunca me había venido a la imaginación aquella atroz idea de salón, cochera, pasillo, que ahora me parecía —teniendo ante mí la retina de Saint-Loup— que los había visto, aquellos lugares por los que Albertine iba, pasaba, vivía, aquellos lugares en particular y no una infinidad de lugares posibles que se habían destruido unos a otros. Con las palabras de «cochera», «pasillo», «salón», comprendí la locura que había sido por mi parte haber dejado a Albertine ocho días en aquel lugar maldito cuya *existencia* (y no la simple posibilidad) acababa de revelárseme. Cuando Saint-Loup me dijo también que en aquel salón había oído cantar a voz en grito en un cuarto contiguo y que era Albertine quien cantaba, comprendí con desesperación que, tras haberse librado por fin de mí, ¡estaba feliz! Había reconquistado su libertad. ¡Y yo que pensaba que iba a venir a ocupar el lugar de Andrée! Mi dolor se volvió cólera contra Saint-Loup. «Pero ¡si eso es lo que te había pedido que evitaras! ¡Que ella se enterase de que ibas!». «¿Es que te crees que era fácil? Me habían asegurado que no estaba allí. ¡Oh, sé de sobra que no estás contento de mí! Lo noté perfectamente en tus telegramas, pero no eres justo: hice lo que pude». Suelta de nuevo, tras haber abandonado la jaula en la que permanecía en mi casa días enteros sin que yo la mandara llamar a mi habitación,

Albertine había recuperado para mí todo su valor, había vuelto a ser aquella a la que todo el mundo seguía, el ave maravillosa de los primeros días. «En fin, resumamos. En cuanto a lo del dinero, no sé qué decirte, la mujer con quien hablé me pareció tan delicada, que temí ofenderla. Ahora bien, cuando le hablé del dinero, no me puso objeción. Incluso me dijo, un poco después, que estaba emocionada al ver que nos entendíamos tan bien. Sin embargo, todo lo que dijo a continuación era tan delicado, tan elevado, que me parecía imposible que hubiera dicho en relación con el dinero que le ofrecí: "Nos entendemos muy bien", pues en el fondo lo que yo estaba haciendo era grosero». «Pero tal vez no entendiese, tal vez no lo oyera, deberías habérselo repetido, pues eso es con toda seguridad lo que habría dado el resultado perfecto». «Pero ¡cómo quieres que no lo oyera! Se lo dije como te estoy hablando a ti: no es sorda ni está loca». «¿Y no hizo ningún comentario?». «Ninguno». «Deberías habérselo repetido una vez». «¿Cómo iba a repetírselo? En cuanto vi, nada más entrar, la expresión que tenía, pensé que te habías equivocado, que me habías hecho tirarme una plancha y resultaba terriblemente difícil ofrecerle ese dinero así. Con todo, lo hice, para obedecerte, convencido de que mandaría ponerme de patitas en la calle». «Pero no lo hizo. Por tanto, o no te había oído y había que volver a empezar o podías continuar comentándolo». «Dices: "No te había oído", porque estás aquí, pero te repito que, si hubieras asistido a la conversación, habrías visto que no había ningún ruido, lo dije bien alto, no es posible que no comprendiese». «Pero, en fin, está convencida, ¿verdad?, de que yo quería casarme con su sobrina». «No, sobre eso, si quieres saber mi opinión, ella no creía que tuvieras la menor intención de hacerlo. Me dijo que tú mismo habías dicho a su sobrina que querías dejarla. No sé siquiera si ahora está de verdad convencida de que quieres casarte con ella». Aquello me tranquilizaba un poco, al mostrarme menos humillado y, por tanto, más proclive a ser amado, más libre para hacer una gestión decisiva. Sin embargo, me sentía atormentado. «Me siento mal, porque veo que no estás contento». «Sí, sí. Estoy

emocionado, agradecido por tu amabilidad, pero me parece que habrías podido…». «Hice todo lo que pude. Otro no habría podido hacer más ni lo mismo siquiera. Prueba con otro». «No, no, al contrario, si lo hubiese sabido, no te habría mandado, pero el fracaso de tu gestión me impide hacer otra». Le hice reproches: había intentado hacerme un favor y no lo había conseguido. Al marcharse, Saint-Loup se había cruzado con unas muchachas que entraban. Yo ya había supuesto con frecuencia que Albertine conocía a algunas muchachas por allí, pero era la primera vez que sentía la tortura al respecto. No podemos por menos de creer que la naturaleza ha dado a nuestra inteligencia la facultad de segregar un antídoto natural que aniquila las suposiciones que hacemos a la vez sin tregua y sin peligro, pero nada me inmunizaba contra aquellas muchachas que Saint-Loup había visto. Ahora bien, ¿acaso no eran todos aquellos detalles lo que yo había intentado precisamente obtener sobre Albertine por mediación de todos? ¿Acaso no había sido yo quien, para conocerlos con mayor precisión, había pedido a Saint-Loup, llamado por su coronel, que pasara a toda costa por mi casa? ¿Acaso no era yo, entonces, quien los había deseado, o, mejor dicho, mi dolor hambriento, ávido de crecer y alimentarse con ellos? Por último, Saint-Loup me había dicho que había tenido la agradable sorpresa de encontrarse muy cerca de allí —única figura conocida y que le había recordado el pasado— a una antigua amiga de Rachel, una hermosa actriz que pasaba las vacaciones cerca de allí, y su nombre bastó para que yo pensase: «Tal vez sea con ésa»; bastaba para que viera a Albertine sonriente y roja de placer en los brazos mismos de una mujer a la que no conocía. Y, en el fondo, ¿por qué no había de ser así? ¿Acaso había dejado yo de pensar en otras mujeres desde que conocía a Albertine? La noche en que había estado yo por primera vez en casa de la princesa de Guermantes, cuando había entrado, ¿acaso no había sido mucho más pensando en esta última que en la joven de la que Saint-Loup me había hablado y que iba a las casas de citas y en la doncella de la Sra. Putbus? ¿Acaso no había regresado yo a Balbec por esta

última? Más recientemente, había deseado ir a Venecia: ¿por qué no había de desear Albertine ir a Turena? Sólo, que, en el fondo, ahora lo comprendía, no la habría dejado, no habría ido a Venecia. Incluso en el fondo de mí mismo, al tiempo que decía: «Pronto la dejaré», sabía que no lo haría, como también sabía que ya no me pondría a trabajar ni a llevar una vida higiénica: en una palabra, todo lo que todas las noches me prometía para el día siguiente. Sólo, que, creyera lo que creyese en el fondo, me había parecido más hábil dejarla vivir bajo la amenaza de una perpetua separación y seguramente, gracias a mi detestable habilidad, la había convencido demasiado bien. En todo caso, ahora aquello ya no podía durar así, no podía dejarla en Turena con aquellas muchachas, con aquella actriz; no podía soportar la idea de aquella vida que se me escapaba. Esperaría su respuesta a mi carta: si se comportaba mal —¡ay!— un día más o menos no importaba (y tal vez pensara eso porque —al haber perdido la costumbre de que me contaran cada uno de sus minutos, uno de los cuales en el que hubiera estado libre me habría enloquecido— mis celos no tenían la misma división del tiempo), pero, en cuanto recibiera su respuesta, si no volvía, iría yo a buscarla; la apartaría de grado o por fuerza de sus amigas. Por lo demás, ¿acaso no valía más que fuese yo mismo, tras haber descubierto la maldad, hasta entonces insospechada por mí, de Saint-Loup? ¡A saber si no habría organizado él toda una conspiración para separarme de Albertine! ¿Sería porque había yo cambiado, porque no había podido suponer entonces que unas causas naturales me conducirían un día a aquella situación excepcional? Pero ¡cómo habría mentido entonces, si le hubiera escrito que, como le decía yo en París, deseaba que no le ocurriese ningún accidente! ¡Ah! Si le hubiera ocurrido, mi vida, en lugar de estar envenenada para siempre por aquellos celos incesantes, habría recuperado al instante, si no la felicidad, al menos la calma mediante la supresión del sufrimiento.

¿La supresión del sufrimiento? ¿Pude creerlo jamás de verdad? ¿Creer que la muerte no hace sino borrar lo que existe y dejar lo

demás tal como está, que suprime el dolor en el corazón de aquel para quien la existencia del otro ya no es sino una causa de dolores, que se lleva el dolor y no pone nada en su lugar? ¡La supresión del dolor! Al repasar los sucesos en los periódicos, lamentaba no tener valor para formular el mismo deseo que Swann. Si Albertine hubiera podido ser víctima de un accidente, habría yo tenido —en caso de que hubiese salvado la vida— un pretexto para correr junto a ella y —de haber muerto— habría recuperado, como decía Swann, la libertad para vivir. ¿Me lo creía? Él, aquel hombre tan fino y que creía conocerse bien, lo había creído. ¡Qué poco sabemos lo que abrigamos en el corazón! ¡Cómo habría podido yo, un poco más adelante, si hubiese seguido con vida, hacerle saber que su deseo, además de criminal, era absurdo, que la muerte de aquella a la que amaba no lo habría librado de nada!

Renuncié a todo el orgullo para con Albertine, le envié un telegrama desesperado en el que le pedía que volviese con cualesquiera condiciones, que haría todo lo que ella quisiese, que sólo le pedía poder besarla un minuto tres veces a la semana antes de que se acostara y, si ella hubiese dicho: «Sólo una vez», yo lo habría aceptado. Nunca volvió. Cuando acababa de salir mi telegrama, recibí otro. Era de la Sra. Bontemps. El mundo no está creado de una vez por todas para cada uno de nosotros. A lo largo de la vida, se le suman cosas que no sospechábamos. ¡Ah! No fue la supresión del sufrimiento lo que me infundieron las dos primeras líneas del telegrama: «POBRE AMIGO MÍO, NUESTRA QUERIDA ALBERTINE HA DEJADO DE EXISTIR. PERDÓNEME QUE LE CUENTE ESTA ATROCIDAD, A USTED, QUE TANTO LA QUERÍA. SU CABALLO LA ARROJÓ CONTRA UN ÁRBOL DURANTE UN PASEO. PESE A NUESTROS ESFUERZOS, NO PUDIMOS REANIMARLA. ¡OJALÁ HUBIERA YO MUERTO EN SU LUGAR!». No, no la supresión del sufrimiento, sino un sufrimiento desconocido, el de enterarme de que nunca volvería, pero ¿acaso no había yo pensado varias veces que tal vez no volviera? Lo había pensado, en efecto, pero ahora me daba cuenta de que por un instante no lo había creído. Como necesitaba su presencia, sus

besos, para soportar el daño que me causaban mis sospechas, había adquirido la costumbre, después de la época de Balbec, de estar siempre con ella. Incluso cuando había salido, cuando estaba yo solo, seguía besándola. Había seguido así desde que ella se había ido a Turena. Yo necesitaba menos su fidelidad que su regreso y, si bien a veces mi razón podía ponerlo en duda impunemente, mi imaginación no cesaba ni un instante de representármelo. Instintivamente, me pasé la mano por el cuello, por los labios, que se veían besados por ella desde que se había marchado y no volverían a verse así nunca más; pasé la mano por ellos, como mi madre me había acariciado a la muerte de mi abuela, al tiempo que me decía: «Pobrecito mío, tu abuela, que tanto te quería, no volverá a besarte». Sentí que se me había arrancado del corazón toda mi vida futura. ¿Mi vida futura? ¿Acaso no había pensado a veces en vivirla sin Albertine? ¡Qué va! Entonces, ¿le había consagrado desde hacía mucho todos los minutos de mi vida hasta la muerte? ¡Pues claro! Aquel futuro indisoluble de ella no había sabido yo verlo, pero, ahora que acababa de quedar despegado, sentía yo el lugar que ocupaba en mi corazón abierto. Françoise, que aún no sabía nada, entró en mi habitación; con expresión furiosa, le grité: «¿Qué pasa?». Entonces (a veces hay palabras que ponen una realidad diferente en el mismo lugar que aquella que está junto a nosotros, nos aturden tanto como un vértigo) me dijo: «No necesita el señor parecer enfadado. Al contrario, se va a alegrar mucho. Son dos cartas de la señorita Albertine». Más adelante pensé que debí de poner los ojos de quien ha perdido el equilibrio mental. No me sentí siquiera contento ni incrédulo. Me sentía como quien ve el mismo lugar de su habitación ocupado por un sofá y por una gruta. Al no parecerle real ya nada, cae al suelo. Albertine había escrito las dos cartas poco antes del paseo en el que había muerto. La primera decía:

Amigo mío, te agradezco la prueba de confianza que me das al comunicarme tu intención de hacer que Andrée vaya a tu casa. Estoy

> segura de que aceptará con alegría y creo que será una gran felicidad para ella. Con sus grandes dotes, sabrá aprovechar la compañía de un hombre como tú y la admirable influencia que sabes ejercer en las personas. Creo que esa idea tuya puede ser beneficiosa tanto para ella como para ti. Por eso, si ella pusiera la menor dificultad (cosa que no creo), telegrafíame: yo me encargo de convencerla.

La segunda carta estaba fechada un día después. En realidad, debía de haber escrito las dos pocos instantes después una de la otra, tal vez juntas, y haber antedatado la primera, pues yo había estado imaginando todo el tiempo absurdas intenciones por su parte, que habían sido exclusivamente las de volver junto a mí y que alguien desinteresado —un hombre sin imaginación, el negociador de un tratado de paz, el comerciante que examina una transacción — habría juzgado mejor que yo. Sólo contenía estas palabras:

> ¿Sería demasiado tarde para que yo vuelva junto a ti? Si aún no has escrito a Andrée, ¿consentirías en volver a aceptarme? Me inclinaré ante tu decisión, te suplico que no tardes en dármela a conocer, puedes imaginarte la impaciencia con la que la espero. Si es la de que vuelva, cogeré el tren inmediatamente. Con todo mi corazón, Albertine.

Para que la muerte de Albertine hubiera podido suprimir mis sufrimientos, habría sido necesario que el choque la hubiera matado no sólo en Turena, sino también dentro de mí. Nunca había estado más viva ahí. Para entrar en nosotros, una persona se ha visto obligada a adoptar la forma, a doblegarse al marco del tiempo; al aparecérsenos exclusivamente en minutos sucesivos, nunca ha podido entregarnos de ella sino un solo aspecto a la vez, ofrecernos una sola fotografía suya. Gran debilidad seguramente para una persona, la de consistir en una simple colección de momentos; gran fuerza también; corresponde a la memoria y la memoria de un momento no es informada de todo lo que ha ocurrido en adelante; el momento que ha registrado sigue durando, sigue viviendo y con él la persona que en él se perfilaba. Y, además es que esa parcelación

no sólo hace vivir a la muerta, sino que la multiplica. Para consolarme, no debería haber olvidado a una, sino a innumerables Albertines. Cuando había logrado soportar la pena de haber perdido a ésta, había que volver a empezar con otra, con otras cien.

Entonces mi vida cambió enteramente. Lo que había constituido —y no por Albertine, sino paralelamente a ella, cuando estaba yo solo— su dulzura era precisamente el perpetuo renacimiento de momentos antiguos, evocado por momentos idénticos. El sonido de la lluvia me devolvía el olor de las lilas de Combray; la movilidad del sol en el balcón, las palomas de los Campos Elíseos; el ensordecimiento de los ruidos con el calor de la mañana, el frescor de las cerezas; el sonido del viento y el regreso de la Semana Santa, el deseo de Bretaña o de Venecia. Llegaba el verano, se alargaban los días, hacía calor. Era el momento en que muy de mañana alumnos y profesores van a los parques públicos a preparar los últimos exámenes bajo los árboles, para recoger la única gota de frescor que deja caer un cielo menos encendido que con el ardor del día, pero ya tan estérilmente puro. Desde mi obscura alcoba, con un poder de evocación igual al de otro tiempo, pero que ya sólo me infundía tristeza, sentía que fuera, con la pesadez del aire, el sol declinante ponía en la verticalidad de las casas, de las iglesias, un enlucido leonado y, si Françoise, al volver, movía sin querer los pliegues de las grandes cortinas, yo contenía un grito por el desgarramiento que acababa de producirme aquel rayo de sol antiguo que me había embellecido la fachada nueva de Bricquevielle l'Orgueilleuse, cuando Albertine me había dicho: «Está restaurada». No sabiendo cómo explicar mi suspiro a Françoise, yo le decía: «¡Ah! Tengo sed». Ella salía y regresaba, pero yo apartaba la vista violentamente, bajo la dolorosa descarga de uno de los mil recuerdos invisibles que en todo momento estallaban a mi alrededor en la sombra: acababa de ver que había traído sidra y cerezas, aquella sidra y aquellas cerezas que un mozo de granja nos había traído en el coche, en Balbec, especies bajo las cuales habría yo comulgado perfectamente, en tiempos, con el arco iris de los

comedores obscuros en los días ardientes. Entonces pensé por primera vez en la granja de Ecorres y me dije que ciertos días en que Albertine me decía en Balbec que no era libre, que estaba obligada a salir con su tía, tal vez estuviese con alguna de sus amigas en una granja en la que sabía que yo no la encontraría y que, mientras —por si acaso— yo me entretenía en Marie Antoinette, donde me habían dicho: «Hoy no la hemos visto», tal vez usara con su amiga las mismas palabras que conmigo, cuando salíamos: «No se le ocurrirá buscarnos aquí y así no nos molestará». Yo decía a Françoise que volviera a cerrar las cortinas para dejar de ver aquel rayo de sol, pero éste seguía filtrándose, tan corrosivo, en mi memoria. «No me gusta, está restaurada, pero mañana iremos a Saint-Martin-le-Vêtu, pasado mañana a…». Mañana, pasado mañana, era un futuro de vida en común —tal vez para siempre— que comienza; mi corazón se lanzaba hacia él, pero ya no estaba ahí: Albertine estaba muerta.

Pregunté la hora a Françoise: las seis. Por fin, gracias a Dios, iba a desaparecer aquel pesado calor del que en tiempos me quejaba ante Albertine y que tanto nos gustaba. El día tocaba a su fin, pero ¿qué ganaba yo con ello? Se alzaba el frescor del anochecer, era la puesta de sol; en mi memoria, al cabo de un camino por el que nos internábamos juntos para regresar, divisaba yo, más allá del último pueblo, algo así como una estación distante, inaccesible, para la noche misma en que nos detendríamos en Balbec, siempre juntos; juntos entonces, ahora había que detenerse en seco ante aquel mismo abismo: ella estaba muerta. Ya no bastaba con echar las cortinas, yo intentaba cerrar los ojos y tapar los oídos de mi memoria, para no volver a ver aquella faja anaranjada del ocaso, para no oír aquellos pájaros invisibles que se respondían de un árbol a otro a cada lado de mí, a quien entonces abrazaba tan tiernamente la que ahora estaba muerta. Intentaba eludir las sensaciones que da la humedad de las hojas por la noche y la subida y la bajada por los caminos a lomos de asno, pero ya habían hecho presa en mí, me habían llevado bastante lejos del momento

actual para que tuviera toda la distancia, todo el impulso necesarios para golpearme de nuevo, la idea de que Albertine estaba muerta. ¡Ah! Nunca volvería yo a entrar en un bosque, no volvería a pasearme entre árboles, pero ¿me resultarían menos crueles las grandes llanuras? ¡Cuántas veces había yo cruzado, para ir a buscar a Albertine, la gran llanura de Cricqueville! ¡Cuántas veces la había recorrido, al regreso con ella, ora con tiempo brumoso en el que la inundación de la niebla nos infundía la ilusión de estar rodeados por un lago inmenso ora en noches límpidas en las que la luz de la luna, al desmaterializar la tierra, al hacerla aparecer a dos pasos celeste —como es— durante el día, sólo a lo lejos, encerraba los campos, los bosques, con el firmamento al que los había asimilado, en el ágata arborizada de un solo azul!

Françoise debía de estar contenta de la muerte de Albertine y he de reconocer que, en virtud de algo así como una conveniencia y un tacto, no simulaba tristeza, pero las leyes no escritas de su antiguo código y su tradición de campesina medieval que llora como en las canciones de gesta eran más antiguas que su odio a Albertine y a Eulalie. Por eso, en uno de aquellos atardeceres, como yo no había ocultado bastante rápidamente mi sufrimiento, advirtió mis lágrimas, gracias a su instinto de antigua campesinita que en tiempos la hacía capturar y hacer sufrir a los animales, experimentar tan sólo alegría al estrangular los pollos y al cocer vivos los bogavantes y, cuando estaba yo enfermo, observar, como las heridas que hubiera infligido a una lechuza, mi mala cara, que a continuación anunciaba con tono fúnebre y como un presagio de desgracia, pero la «etiqueta» de Combray no le permitía tomarse a la ligera las lágrimas, la pena, cosas que consideraba tan funestas como quitarse la chaqueta o comer de mala gana. «¡Oh, no, señor! No debe llorar así, ¡le sentará mal!». Y, al querer interrumpir mis lágrimas, tenía una expresión tan inquieta como si hubieran sido raudales de sangre. Lamentablemente, yo adopté una expresión fría, que cortó en seco las efusiones que ella esperaba y que, por lo demás, tal vez hubiesen sido sinceras. Para ella, tal vez ocurriese con Albertine lo

mismo que con Eulalie y, en vista de que mi amiga ya no podía obtener de mí ningún beneficio, Françoise había dejado de odiarla. Sin embargo, quiso mostrarme que se daba cuenta perfectamente de que yo lloraba y de que, siguiendo tan sólo el funesto ejemplo de los míos, no quería yo «que se viera». «No debe llorar, señor», me dijo, con tono más sosegado aquella vez y más para mostrarme su clarividencia que para manifestarme su piedad, y añadió: «Tenía que ocurrir: era demasiado feliz, la pobre, y no pudo saber hasta qué punto lo era».

¡Cuánto tarda el día en morir en esos desmesurados atardeceres del verano! Un pálido fantasma de la casa de enfrente seguía indefinidamente pintando con acuarela en el cielo su persistente blancura. Por fin se hacía la obscuridad en el piso y yo chocaba con los muebles de la antesala, pero en la puerta de la escalera, en medio de la obscuridad que creía yo total, la parte acristalada estaba translúcida y azul, de un azul de flor, de un azul de ala de insecto, de un azul que me habría parecido hermoso, si no hubiese tenido la sensación de que era un último reflejo, que cortaba como un acero, un golpe supremo que con su incansable crueldad me asestaba aún el día.

Sin embargo, acababa llegando la obscuridad completa, pero entonces bastaba con una estrella vista junto al árbol del patio para recordarme nuestras salidas en coche, después de la cena, por los bosques de Chantepie, tapizados por la luz de la luna, e incluso en las calles aprehendía a veces el respaldo de un banco, recogía la pureza natural de un rayo de luna, en medio de las luces artificiales de París, sobre la cual hacía reinar —al hacer entrar un instante para mi imaginación la ciudad en la naturaleza, con el infinito silencio de los campos evocados— el doloroso recuerdo de los paseos que había dado por ellos con Albertine. ¡Ah! ¿Cuándo acabaría la noche? Pero, con el primer frescor del alba, me estremecía, pues ésta me había traído la dulzura de aquel verano en el que tantas veces nos habíamos hecho compañía de Balbec a Incarville y de Incarville a Balbec hasta el amanecer. Yo ya sólo

tenía una esperanza para el futuro —mucho más desgarradora que un temor—: la de olvidar a Albertine. Sabía que la olvidaría un día, como no había dejado de olvidar a Gilberte, a la Sra. de Guermantes y a mi abuela. Y nuestro castigo más justo y más cruel del olvido tan total, apacible, como los de los cementerios, mediante los cuales nos hemos separado de aquellos a los que hemos dejado de querer, es el de vislumbrar ese mismo olvido como inevitable respecto de aquellos a los que aún queremos. A decir verdad, sabemos que es un estado no doloroso, un estado de indiferencia, pero, al no poder concebir a la vez lo que yo era y lo que sería, pensaba con desesperación en todo ese tegumento de caricias, de besos, de sueños amigos, del que pronto debería dejarme despojar para siempre. El impulso de aquellos recuerdos tan tiernos, al ir a romperse contra la idea de que Albertine estaba muerta, me oprimía con el choque de corrientes tan contrapuestas, que no podía permanecer inmóvil; me levantaba, pero de pronto me detenía, consternado; el mismo amanecer que veía en el momento en que acababa de separarme de Albertine, aún radiante y caliente con sus besos, venía a lanzar por encima de las cortinas su hoja, ahora siniestra, cuya blancura fría, implacable y compacta entraba y me asestaba como una cuchillada.

No tardarían en empezar a oírse los ruidos de la calle, que permitirían averiguar —por la escala cualitativa de sus sonoridades — el grado de calor cada vez mayor en el que resonarían. Lo que yo encontraba en aquel calor, que unas horas después se embebería con el olor de las cerezas (como en un remedio al que basta la substitución de una de las partes componentes por otra para volverlo —de eufórico y excitante que era— deprimente), no era ya el deseo de las mujeres, sino la angustia de la partida de Albertine. Por lo demás, el recuerdo de todos mis deseos estaba tan impregnado de ella —y de sufrimiento— como el de los placeres. A aquella Venecia en la que había creído yo que su presencia me resultaría inoportuna (seguramente porque tenía la confusa sensación de que me resultaría necesaria), ahora que Albertine

había dejado de existir, prefería no ir. Albertine me había parecido un obstáculo interpuesto entre todas las cosas y yo, porque era para mí su continente y de ella, como de un jarrón, era de quien podía recibirlas. Ahora que dicho jarrón estaba destruido, ya no me sentía con valor para cogerlas, no había ni una de la que no me apartara, abatido, pues prefería no saborearlas. De modo, que mi separación de ella en absoluto abría para mí la esfera de los placeres posibles que había creído cerrada por su presencia. Por lo demás, el obstáculo que tal vez hubiera sido, en efecto, su presencia para mí a la hora de viajar, de gozar de la vida, me había ocultado simplemente, como siempre ocurre, los demás obstáculos, que reaparecían intactos, una vez desaparecido aquél. Así también en otro tiempo, cuando alguna visita amable me impedía trabajar, si el día siguiente me quedaba solo, tampoco trabajaba. Si una enfermedad, un duelo, un caballo desbocado nos hacen ver la muerte de cerca, habremos gozado intensamente de la vida, de la voluptuosidad, de países desconocidos de los que vamos a vernos privados y, una vez pasado el peligro, volvemos a encontrarnos con la misma vida triste en la que nada de todo eso existía para nosotros.

Desde luego, esas noches tan cortas duran poco. Acabaría llegando el invierno, en el que ya no habría de temer el recuerdo de los paseos con ella hasta el alba, demasiado temprano alzada, pero ¿acaso no me traerían las primeras heladas —conservado en su hielo— el germen de mis primeros deseos, cuando a medianoche mandaba a buscarla, porque me parecía tan larga la espera de su llamada al timbre, que ahora podría esperar eternamente en vano? ¿Acaso no me traerían el germen de mis primeras inquietudes, cuando en dos ocasiones creí que no vendría? En aquella época la veía muy poco, pero incluso aquellos intervalos de entonces entre sus visitas, que la hacían aparecer al cabo de varias semanas, desde una vida desconocida que yo no intentaba poseer, me garantizaban la calma, al impedir a las veleidades sin cesar interrumpidas de mis celos conglomerarse, formar un bloque, en mi

corazón. Así como aquellos intervalos habían sido tranquilizadores en aquella época, así también estaban, retrospectivamente, impregnados de sufrimiento desde que lo desconocido que ella hubiera podido hacer durante su duración había dejado de resultarme indiferente y sobre todo ahora que ya no podría esperar nunca más visita alguna de ella; de modo, que aquellas noches de enero en que ella venía —y que, por esa razón, me habían resultado tan dulces— me inspirarían ahora con su áspero cariz una inquietud que entonces no conocía y me traerían el primer germen —pero ahora pernicioso— de mi amor. Y entonces —al pensar en que volvería a ver comenzar ese tiempo frío que, desde la época de Gilberte y mis juegos en los Campos Elíseos, me había parecido siempre tan triste, en que volverían noches parecidas a aquella, nevada, en que había esperado en vano, durante muchas horas, a Albertine— yo, en aquellos momentos, lo que moralmente temía aún más, para mi pena, para mi corazón, como un enfermo que, por su parte, adopta el punto de vista del cuerpo respecto de su pecho, era el regreso del frío intenso y pensaba que lo más duro de pasar sería tal vez el invierno. Para que yo perdiera el recuerdo de Albertine, vinculado como estaba a todas las estaciones, habría tenido que olvidarlas todas, con el riesgo de empezar a conocerlas de nuevo, como un anciano aquejado de apoplejía y que vuelve a aprender a leer; habría tenido que renunciar a todo el universo. Sólo —me decía— una verdadera muerte de mí mismo podría (pero es imposible) consolarme de la suya. No es que yo pensara que la muerte propia sea imposible ni extraordinaria, sino que se consuma todos los días, sin que nos enteremos y, en caso necesario, contra nuestra voluntad, y sufriría la repetición de toda clase de días que no sólo la naturaleza, sino también circunstancias facticias, un orden más convencional, introducen en una estación. Pronto volvería la fecha en que había yo ido a Balbec, el verano anterior, y en que mi amor, que aún no era inseparable de los celos y no se inquietaba por lo que hiciera Albertine durante todo el día, iba a experimentar tantas evoluciones antes de volverse el tan diferente de los últimos

tiempos, tan particular, que aquel año final en que había empezado a cambiar y había concluido el destino de Albertine me parecía lleno, diverso, inmenso como un siglo. Después vendría el recuerdo de días más tardíos, pero en años anteriores: los domingos de mal tiempo, en que, sin embargo, todo el mundo había salido, en el vacío de la tarde, en que el sonido del viento y la lluvia me habría invitado en tiempos a hacer de «filósofo bajo los tejados», ¡con qué ansiedad vería acercarse la hora en que Albertine, tan poco esperada, había venido a verme, me había acariciado por primera vez y se había interrumpido cuando Françoise había traído la lámpara, en aquel tiempo dos veces muerto en que era ella la que sentía curiosidad por mí, en que mi cariño por ella podía abrigar legítimamente tanta esperanza! Incluso aquellas noches gloriosas, en una estación más avanzada, en que las oficinas, los pensionados entornados como capillas, bañados por un polvo dorado, dejan coronarse la calle con esas semidiosas que, mientras hablan no lejos de nosotros con sus semejantes, nos infunden la fiebre de penetrar en su existencia mitológica, ya sólo me recordaban la ternura de Albertine, que, junto a mí, me resultaba un impedimento para acercarme a ellas.

Por lo demás, al recuerdo de las horas incluso puramente naturales se sumaría por fuerza el paisaje moral que hace de ellas algo excepcional. Cuando más adelante oyera la corneta del cabrero, con un primer buen tiempo, casi italiano, el mismo día mezclaría sucesivamente con su luz la ansiedad de saber que Albertine estaba en el Trocadero, tal vez con Léa y las otras dos muchachas, y después con la dulzura familiar y doméstica, casi común, de una esposa que entonces me parecía molesta y a la que Françoise iba a traerme a casa de nuevo. Yo había creído que aquel mensaje telefónico de Françoise que me había transmitido el homenaje obediente de Albertine, quien volvía con ella, me enorgullecía, pero me había equivocado. Si me había embriagado, había sido porque me había hecho sentir que aquella a quien yo amaba era mía efectivamente, vivía sólo para mí e incluso a

distancia, sin que yo hubiera de ocuparme de ella, me consideraba su esposo y su dueño y volvía cuando yo se lo pedía. Así, aquel mensaje telefónico había sido una partícula de dulzura, procedente de lejos, emitida desde ese barrio del Trocadero, donde resultaba haber para mí veneros de felicidad que dirigían hacia mí moléculas tranquilizadoras, bálsamos calmantes, que devolvían por fin una tan grata libertad espiritual, que ya había podido esperar —mientras me entregaba sin la restricción de una sola inquietud a la música de Wagner— la llegada segura de Albertine, sin fiebre, con una absoluta falta de impaciencia, en la que no había sabido reconocer la felicidad y la causa de aquella felicidad de que ella volviese, me obedeciera y me perteneciese era el amor, no el orgullo. En aquel momento me habría dado completamente igual tener a mis órdenes a cincuenta mujeres que volvieran cuando se lo pidiese con una señal, no de Trocadero, sino de las Indias, pero aquel día, al saber que Albertine, mientras estaba yo solo en mi habitación haciendo música, venía, dócil, hacia mí, yo había respirado —diseminada como una polvareda al sol— una de esas substancias que —así como otras son saludables para el cuerpo— sientan bien al alma. Luego, media hora después, había habido la llegada de Albertine y después el paseo con ella, que yo había creído aburridos, porque iban acompañados para mí de la certidumbre, pero que, gracias a ésta precisamente, habían transcurrido —a partir del momento en que Françoise me había telefoneado que volvía con ella— con una calma dorada en las horas siguientes, las habían vuelto algo así como un segundo día muy diferente del primero, porque tenía un trasfondo moral muy distinto, que hacía de él un día original, que iba a sumarse a la diversidad de los por mí conocidos hasta entonces, un día que nunca habría podido yo imaginar —así como no podríamos imaginar el descanso de un día de verano, si días semejantes no existieran en la serie de los que hemos vivido—, un día del que no podía yo decir que lo recordara, pues a aquella calma se sumaba ahora un sufrimiento que hasta entonces no había sentido, pero mucho más adelante, cuando volví a recorrer en

sentido inverso las épocas por las que había pasado antes de amar tanto a Albertine, cuando mi cicatrizado corazón pudo separarse sin sufrimiento de Albertine, ya muerta, cuando pude recordar por fin sin sufrimiento aquel día en que Albertine había ido a hacer recados con Françoise, en lugar de quedarse en el Trocadero, rememoré con placer aquel día como perteneciente a una estación moral que no había yo conocido hasta entonces; lo recordé por fin exactamente, sin sumarle ya sufrimiento y, al contrario, como se recuerdan ciertos días de verano que nos parecieron demasiado calurosos cuando los vivimos y de los que hasta después no extraemos la ley sin aleación de oro fijo e indestructible azul.

De modo, que aquellos años no imponían sólo al recuerdo de Albertine, que los volvía tan dolorosos, los colores sucesivos, las modalidades diferentes, la ceniza de sus estaciones o sus horas —de los atardeceres de junio a las noches de invierno, de las luces de la luna sobre el mar al alba, al volver a casa, de la nieve de París a las hojas muertas de Saint-Cloud—, sino también de la idea particular que yo me hacía sucesivamente de ella, del aspecto físico con el que me la imaginaba, de la frecuencia mayor o menor con que la veía en aquella estación, que a consecuencia de ello resultaba como más dispersa o más compacta, de las ansiedades que había podido causarme con la espera, del deseo que tenía yo en determinado momento de ella, de esperanzas concebidas y después perdidas; todo aquello modificaba el carácter de mi tristeza retrospectiva tanto como las impresiones de luz o de perfumes asociados con ella y completaba cada uno de los años solares que había yo vivido y que, junto con sus primaveras, sus otoños, sus inviernos, eran ya tan tristes por el recuerdo inseparable de ella, al sumarle algo así como un año sentimental en el que las horas no estaban marcadas por la posición del sol, sino por la espera de una cita, en que la duración de los días o los avances de la temperatura se medían por el vuelo de mis esperanzas, los avances de nuestra intimidad, la transformación progresiva de su rostro, los viajes que ella había hecho, la frecuencia y el estilo de las cartas que me había dirigido durante una ausencia, su mayor o menor precipitación para verme al regreso. Por último, si aquellos cambios de tiempo, aquellos días diferentes, me devolvían —cada uno de ellos— otra Albertine, no era sólo por la evocación de los momentos semejantes, pero, como se recordará, siempre, antes incluso de que la amara, cada uno de ellos había hecho de mí un hombre diferente, con otros deseos porque tenía otras percepciones y que, por haber soñado la víspera con tempestades y acantilados exclusivamente, si la luz indiscreta de la primavera había deslizado un olor a rosas en el recinto mal cerrado de su sueño entreabierto, se despertaba a punto de salir para Italia. Incluso en mi amor, ¿acaso el estado

cambiante de mi atmósfera moral, la presión modificada de mis creencias, no habían disminuido su visibilidad un día, no la habían extendido indefinidamente otro día, no la habían embellecido otro, no la habían contraído hasta la tormenta otro? Somos sólo por lo que poseemos, sólo poseemos lo que tenemos en verdad presente, ¡y son tantos aquellos de nuestros recuerdos, de nuestros humores, de nuestras ideas que salen a hacer viajes lejos de nosotros, en los que los perdemos de vista! Entonces ya no podemos tenerlos en cuenta en ese total que es nuestro ser, pero tienen caminos secretos para entrar en nosotros y algunas noches, tras haberme dormido sin casi añorar ya —sólo se puede añorar lo que se recuerda— a Albertine, me encontraba, al despertar, con toda una flota de recuerdos que habían venido a patrullar en mí con mi más clara conciencia y yo distinguía a la perfección. Entonces yo lloraba por lo que veía tan bien y que la víspera era para mí una pura nada. El nombre de Albertine y su muerte habían cambiado de sentido; sus traiciones habían recuperado de pronto toda su importancia.

¿Cómo pudo parecerme muerta, cuando ahora, para pensar en ella, sólo disponía de las mismas imágenes que volvía a ver yo, unas tras otras, cuando estaba viva? Rápida e inclinada sobre la rueda mitológica de su bicicleta, ceñida los días de lluvia bajo la guerrera de caucho que hacía abombarse sus senos, con la cabeza enturbantada y tocada con serpientes, sembraba el terror en las calles de Balbec; las noches en que habíamos llevado champán a los bosques de Chantepie, con la voz provocativa y alterada, tenía en el rostro ese calor muy pálido y enrojecido sólo en los pómulos, que, por no distinguirla bien en la obscuridad del coche, acercaba yo a la luz de la luna para ver mejor y que ahora intentaba en vano recordar, volver a ver en una obscuridad que ya nunca acabaría. Así, como una estatuilla en el paseo hacia la isla y un sereno rostro fuerte y de grano grueso junto a la pianola, era, sucesivamente, pluviosa y rápida, provocativa y diáfana, inmóvil y sonriente, ángel de la música. Así, pues, cada una de ellas estaba vinculada con un momento, en cuya fecha me encontraba yo —cuando volvía a verla

— situado de nuevo. Es que esos momentos del pasado no están inmóviles: conservan en nuestra memoria el movimiento que los arrastraba hacia el futuro —hacia un futuro que se había vuelto, a su vez, pasado— y nos arrastraba con ellos. Nunca había acariciado yo a la Albertine revestida de caucho de los días de lluvia, quería pedirle que se quitara aquella armadura, sería conocer con ella el amor de los campos, la fraternidad del viaje, pero ya no era posible: estaba muerta. Tampoco había aparentado comprender, por miedo a pervertirla, las noches en que ella parecía ofrecerme placeres que, de lo contrario, tal vez no habría pedido a otras y que ahora excitaban en mí un deseo furioso. No habría podido experimentarlos semejantes con otra, pero podía recorrer el mundo sin encontrar a la que me los habría brindado, porque Albertine estaba muerta. Parecía que debiese yo elegir entre dos hechos y determinar cuál era el verdadero, en vista de que el de la muerte de Albertine —procedente para mí de una realidad que yo no había conocido: su vida en Turena— estaba en contradicción con todos mis pensamientos relativos a ella, mis deseos, mis penas, mi enternecimiento, mi furia, mis celos. Semejante riqueza de recuerdos tomados del repertorio de su vida, semejante profusión de sentimientos que evocaban, entrañaban, su vida, parecían abonar la incredulidad de que Albertine hubiera muerto. Semejante profusión de sentimientos se debía a que mi memoria, al conservar mi cariño, preservaba toda su variedad. No sólo Albertine era una sucesión de momentos: también lo era yo. Mi amor por ella no había sido fácil: a la curiosidad de lo desconocido se había sumado un deseo sensual y a un sentimiento de una dulzura casi familiar ora la indiferencia ora unos celos terribles. Yo no era un solo hombre, sino el desfile de un ejército compuesto en el que, según los momentos, había apasionados, indiferentes, celosos… y ninguno de estos últimos lo estaba de la misma mujer. Y seguramente a eso se debería un día la curación que yo no desearía. En una multitud se pueden substituir, sin que se note, los elementos, uno por uno, por otros, que otros más eliminan o refuerzan, de tal modo, que al final ha

habido un cambio inconcebible, si fuéramos uno solo. La complejidad de mi amor, de mi persona, multiplicaba, diversificaba, mis sufrimientos. Sin embargo, se podía situarlos siempre en los dos grupos cuya alternancia había constituido toda la vida de mi amor por Albertine, sucesivamente entregado a la confianza y a la sospecha celosa.

Si me costaba pensar que Albertine, tan viva en mí (en vista de que cargaba con un doble arnés del presente y del pasado), estaba muerta, tal vez fuera también contradictorio que esa sospecha de faltas de las que Albertine —ya despojada de la carne que las había gozado, del alma que había podido desearlas— ya no era capaz ni responsable me infundiese semejante sufrimiento, que yo habría bendecido sólo si hubiera podido ver en él la prueba de la realidad moral de una persona materialmente inexistente, en lugar del reflejo, destinado a extinguirse por sí mismo, de impresiones que ella me había causado en otro tiempo. Una mujer que ya no podía sentir placeres con otros no debería haber excitado ya mis celos, con sólo que mi cariño hubiera podido ponerse al día, pero eso era lo imposible, ya que sólo podía encontrar su objeto —Albertine— en los recuerdos en que ésta estaba viva. Como con sólo pensar en ella la resucitaba, sus traiciones nunca podían ser las de una muerta, pues el instante en que las había cometido pasaba a ser el instante actual, no sólo para Albertine, sino también para aquel de mis yoes, súbitamente evocado, que la contemplaba. De modo, que ningún anacronismo podía separar nunca a la pareja indisoluble en la que con cada nueva culpable se apareaba al instante un celoso lamentable y siempre contemporáneo. Yo la había mantenido encerrada en una casa durante los últimos meses, pero ahora, en mi imaginación, Albertine era libre; usaba mal esa libertad, se prostituía con unas, con otras. En tiempos pensaba yo sin cesar en el futuro incierto que se desplegaba ante nosotros, intentaba leer en él, y en aquel momento lo que tenía yo por delante como un doble del futuro —tan preocupante como un futuro, ya que era igualmente incierto, igualmente difícil de descifrar, igualmente misterioso, más cruel aún,

porque no disponía yo, como en el caso del futuro, de la posibilidad o la ilusión de actuar sobre él y también porque se desarrollaría tan lejos como mi propia vida, sin que mi compañera estuviese allí para calmar los sufrimientos que me causaba— ya no era el futuro de Albertine, sino su pasado. ¿Su pasado? Resulta difícil de decir, ya que para los celos no hay pasado ni futuro y lo que imaginan es siempre el presente.

Los cambios de la atmósfera provocan otros en el hombre interior, despiertan yoes olvidados, contrarían el adormecimiento de la costumbre, vuelven a dar fuerza a determinados recuerdos, a determinados sufrimientos. ¡Cuánto más aún para mí, si el tiempo nuevo que hacía me recordaba aquel en el que Albertine, en Balbec, había ido —sólo Dios sabe por qué— a dar, bajo la amenaza de lluvia, grandes paseos con su ceñido impermeable! Si hubiera vivido, seguramente hoy, con este tiempo tan semejante, habría salido a hacer una excursión análoga en Turena. Puesto que ya no podía hacerlo, aquella idea no debería haberme hecho sufrir, pero, como en el caso de los amputados, el menor cambio de tiempo renovaba mis dolores en el miembro que había dejado de existir.

De repente se trataba de un recuerdo que no había revivido en mí desde hacía mucho, pues había permanecido disuelto en la fluida e invisible extensión de mi memoria, que se cristalizaba. Así, varios años antes, al salir a relucir su bata para salir de la ducha, Albertine había enrojecido. En aquella época no estaba yo celoso de ella, pero después había querido preguntarle si podía recordar aquella conversación y decirme por qué había enrojecido. Me había preocupado tanto más cuanto que me habían dicho que las dos muchachas amigas de Léa iban a ese establecimiento balneario del hotel y, según decían, no sólo para darse duchas, pero, por miedo a enfadar a Albertine o en espera de una época mejor, había aplazado siempre el momento de comentarlo con ella y después lo había olvidado y de repente, poco tiempo después de la muerte de Albertine, me vino aquel recuerdo, impregnado de ese carácter a la vez irritante y solemne que tienen los enigmas que han quedado

para siempre insolubles por la muerte de la única persona que habría podido esclarecerlos. ¿No podría yo al menos intentar saber si Albertine nunca había hecho nada malo o sólo había parecido sospechosa en aquel establecimiento de las duchas? Enviando a alguien a Balbec, tal vez lo lograra. Estando viva ella, seguramente no habría podido enterarme de nada, pero, cuando ya no hay que temer el rencor del culpable, las lenguas se desatan curiosamente y cuentan fácilmente una falta. Como la imaginación —que ha permanecido rudimentaria, simplista (al no haber pasado por las innumerables transformaciones que remedan los modelos primitivos de los inventos humanos, apenas reconocibles, ya se trate del barómetro, del aerostato, del teléfono, etcétera, en sus perfeccionamientos posteriores)— sólo nos permite ver, por su propia naturaleza, pocas cosas a la vez, aquel recuerdo del establecimiento de las duchas ocupaba toda la esfera de mi visión interior.

A veces me tropezaba yo en las obscuras calles del sueño con una de esas pesadillas que no son demasiado graves, por una primera razón: la de que la tristeza que engendran sólo se prolonga una hora después del despertar, como las enfermedades causadas por una forma artificial de dormir, y por otra razón también, la de que los experimentamos muy raras veces, cada dos o tres años apenas. Además, no es seguro que los hayamos experimentado ya… y que no tengan, en realidad, ese aspecto de no ser la primera vez que los vemos, que proyecta en ellos una ilusión, una subdivisión (pues decir desdoblamiento no sería suficiente).

Seguramente, como abrigaba yo dudas sobre la vida y sobre la muerte de Albertine, hacía mucho que debería haber hecho investigaciones, pero la misma fatiga, la misma cobardía que me habían hecho someterme a Albertine, cuando ésta estaba allí, me impedían emprender nada desde que había dejado de verla y, sin embargo, de la debilidad arrastrada durante años surge a veces un fogonazo de energía. Al menos me decidí a hacer aquella investigación, totalmente parcial. Parecía que no hubiera habido

nada más en toda la vida de Albertine. Me preguntaba yo a quién podría enviar a probar a hacer una investigación *in situ*, en Balbec. Aimé me pareció una buena elección. Además de que conocía admirablemente el lugar, pertenecía a esa categoría de personas del pueblo atentas a su interés, fieles a aquellos a los que sirven, indiferentes a toda clase de moral de las que —porque, si les pagamos bien, con su obediencia a nuestra voluntad, suprimen todo lo que la obstaculizaría, pues se muestran tan incapaces de indiscreción, desidia o falta de probidad como desprovistas de escrúpulos— decimos: «Son buenas personas». En ésas podemos tener una confianza absoluta. Cuando Aimé partió, pensé cuánto más habría valido que lo que iba a intentar averiguar allí hubiera podido preguntárselo yo en aquel momento a la propia Albertine y, nada más haberme traído la idea de esa pregunta, que me habría gustado —que me parecía ir a— formularle, a Albertine a mi lado, no gracias a un esfuerzo de resurrección, sino como por el azar de uno de esos encuentros que, como ocurre en las fotografías no «estudiadas», en las instantáneas, dejan siempre a la persona más viva, al tiempo que imaginaba nuestra conversación, sentía su imposibilidad; acababa de abordar en un nuevo aspecto aquella idea de que Albertine —quien me inspiraba esa ternura que sentimos por las ausentes, cuya embellecida imagen, que también inspira la tristeza de que esa ausencia sea eterna y la pobrecita esté privada para siempre de la dulzura de la vida, no rectifica la vista— estaba muerta. Y al instante, mediante un desplazamiento brusco, de la tortura de los celos pasaba yo al tormento de la separación.

Lo que henchía mi corazón ahora era, en lugar de odiosas sospechas, el recuerdo enternecido de las horas de ternura confiada pasadas con la hermana a la que su muerte me había hecho perder en realidad, ya que mi pena no correspondía a lo que Albertine había sido para mí, sino a lo que, según me había convencido poco a poco mi corazón, deseoso de participar en las emociones más generales del amor, era ella; entonces me daba cuenta de que aquella vida que tanto me había aburrido —al menos así lo creía—

había sido, al contrario, deliciosa; a los menores momentos pasados hablando con ella de cosas incluso insignificantes, sentía yo ahora que se sumaba —amalgamada— una voluptuosidad que entonces no había yo advertido, cierto es, pero era ya la causa por la que siempre había yo buscado esos momentos con perseverancia y exclusión de todo lo demás; los menores incidentes que yo recordaba —un movimiento que había hecho en el coche junto a mí o para sentarse a la mesa enfrente de mí en su habitación— propagaban en mi alma corrientes de dulzura y tristeza que poco a poco la invadían enteramente.

Aquella habitación en la que cenábamos nunca me había parecido bonita, se lo decía simplemente para que estuviese contenta de vivir en ella. Ahora las cortinas, los asientos, los libros habían dejado de resultarme indiferentes. El arte no es el único que comunica encanto y misterio a las cosas más insignificantes; esa misma facultad de ponerlas en relación íntima con nosotros está reservada también al dolor. En el momento no había yo prestado la menor atención a aquella cena nuestra al regreso del Bois, antes de que yo fuera a casa de los Verdurin, hacia cuya belleza y grave dulzura dirigía ahora los ojos llenos de lágrimas. Una impresión del amor no guarda proporción con otras impresiones de la vida, pero no podemos notarla en medio de ellas. No es desde abajo —en el tumulto de la calle y el barullo de las casas vecinas—, sino desde las pendientes de un collado cercano —a una distancia, cuando nos hemos alejado, en que toda la ciudad ha desaparecido o ya sólo forma a ras del suelo un montón confuso— y en el recogimiento de la soledad y del atardecer como podemos evaluar —única, persistente y pura— la elevación de una catedral. Yo intentaba abrazar la imagen de Albertine por entre mis lágrimas, al pensar en todas las cosas serias y justas que ella había dicho aquella noche. Una mañana, creí ver la forma oblonga de una colina en la niebla, sentir el calor de una taza de chocolate, mientras me oprimía horriblemente el corazón aquel recuerdo de la tarde en que Albertine había venido a verme y yo la había abrazado por primera vez. Es

que acababa de oír el hipo de la estufa de agua que acababan de encender y tiré, irritado, una invitación de la Sra. Verdurin que me trajo Françoise. En vista de que Albertine estaba muerta, tan joven, y Brichot seguía cenando en casa de la Sra. Verdurin, quien seguía recibiendo y tal vez recibiría durante muchos años más, ¡cómo se me imponía con mayor fuerza la impresión que tuve, al ir a cenar por primera vez en la Raspelière, de que la muerte no golpea a todas las personas a la misma edad! Al instante aquel nombre de Brichot me recordó el fin de aquella velada, tras la cual éste me había acompañado y había yo visto desde abajo la luz de la lámpara de Albertine. Ya había vuelto a pensar en ello otras veces, pero no había abordado aquel recuerdo por el mismo ángulo, pues, si bien nuestros recuerdos son muy nuestros, lo son al modo de esas propiedades que tienen puertecitas ocultas que muchas veces ni siquiera nosotros mismos conocemos y que alguien de la vecindad nos abre; de modo, que hemos entrado en casa por una parte por la que nunca lo habíamos hecho. Entonces, al pensar en el vacío que encontraría ahora, al volver a casa, en que ya nunca más vería desde abajo la habitación de Albertine, cuya luz se había apagado para siempre, comprendí hasta qué punto me había equivocado aquella noche en la que, al separarme de Brichot, había creído sentir fastidio, pena, por no poder irme a pasear y hacer el amor en otra parte, y que se debía sólo a que, al creer tener asegurada enteramente la posesión del tesoro cuyos reflejos llegaban desde arriba hasta mí, había olvidado calcular su valor, por lo que me parecía, lógicamente, inferior a placeres, por pequeños que fueran, que, al intentar imaginarlos, evaluaba. Comprendí hasta qué punto aquella luz que me parecía proceder de una cárcel entrañaba para mí una plenitud de vida y de dulzura y no era sino la realización de lo que me había embriagado por un instante y después me había parecido imposible para siempre la noche en que Albertine se había acostado bajo el mismo techo que yo, en Balbec; comprendía que aquella vida que había llevado ella en París, en una casa mía que

era su casa, era precisamente la realización de aquella paz profunda con la que había soñado yo.

En caso de que la conversación que había tenido yo con Albertine al volver del Bois, antes de aquella última velada Verdurin, aquella conversación que había mezclado un poco a Albertine con la vida de mi inteligencia y, en ciertos aspectos, nos había vuelto idénticos uno al otro, no hubiera existido, yo no habría podido consolarme, pues no es que su inteligencia, su bondad para conmigo, hubieran sido —como veía al recordarlas con ternura— mayores seguramente que las de otras personas a las que había yo conocido: ¿acaso no me había dicho la Sra. de Cambremer en Balbec: «¡Cómo! ¡Podría usted pasar tiempo con Elstir, que es un genio, y lo pasa con su prima!»? La inteligencia de Albertine me gustaba, porque, por asociación, despertaba en mí lo que yo llamaba su dulzura, así como llamamos dulzura de una fruta a cierta sensación que pertenece exclusivamente a nuestro paladar, y, de hecho, cuando pensaba en la inteligencia de Albertine, mis labios se adelantaban instintivamente y saboreaban un recuerdo cuya realidad prefería yo que fuera exterior y consistiese en la superioridad objetiva de una persona. Cierto es que había yo conocido a personas con mayor inteligencia, pero el infinito del amor —o su egoísmo— hace que las personas a las que amamos sean aquellas cuya fisionomía intelectual y moral está menos objetivamente definida para nosotros; las retocamos sin cesar al albur de nuestros deseos y nuestros temores, no las separamos de nosotros, son sólo un lugar inmenso e impreciso en el que exteriorizar nuestras ternuras. No tenemos de nuestro propio cuerpo, al que afluyen perpetuamente tantos malestares y placeres, una silueta tan nítida como la de un árbol o una casa o un transeúnte y tal vez mi error hubiera consistido en no haber intentado conocer mejor a Albertine en sí misma. Así como durante mucho tiempo había tenido yo en cuenta, desde el punto de vista de su encanto, sólo las posiciones diferentes que ocupaba en mi recuerdo en el plano de los años y me había sorprendido ver que se

había enriquecido espontáneamente con modificaciones que sólo se debían a la diferencia de perspectivas, así también debería yo haber intentado comprender su carácter como el de una persona cualquiera y, al explicarme entonces por qué se obstinaba en ocultarme su secreto, tal vez habría dejado de prolongar entre nosotros, con aquel extraño enconamiento, aquel conflicto que había propiciado la muerte de Albertine, y entonces sentía, con gran compasión de ella, la vergüenza de haberla sobrevivido. En efecto, en las horas en que sufría menos me parecía que me beneficiaba en cierto modo de su muerte, pues una mujer es de mayor utilidad para nuestra vida, si, en lugar de un elemento de felicidad en ella, es un instrumento de pena y no hay una sola cuya posesión sea tan preciosa como la de las verdades que nos descubre al hacernos sufrir. En esos momentos, al unir la muerte de mi abuela y la de Albertine, me parecía que mi vida estaba maculada por un doble asesinato que sólo la cobardía del mundo podía perdonarme. Había soñado con ser comprendido por Albertine, con que me apreciara debidamente, creyendo que era por el gran gozo de ser comprendido, de ser apreciado debidamente, cuando, en realidad, tantas otras habrían podido hacerlo mejor. Deseamos ser comprendidos porque deseamos ser amados y deseamos ser amados porque amamos. La comprensión de los demás es indiferente y su amor resulta importuno. Mi alegría por haber poseído un poco de la inteligencia de Albertine y de su corazón no se debía a su valor intrínseco, sino a que esa posesión era un grado más en la posesión total de Albertine, que había sido mi objetivo y mi quimera desde el primer día en que la había visto. Cuando hablamos de la «bondad» de una mujer, tal vez estemos simplemente proyectando al exterior el placer que sentimos al verla, como los niños, cuando dicen: «Mi querida camita, mi querida almohadita, mis queridos majuelitos». Eso explica, por otra parte, que los hombres nunca digan de una mujer que no los engaña: «Es tan buena», y lo digan tan a menudo de una que los engaña. A la Sra. de Cambremer le parecía —y con razón— que el encanto

espiritual de Elstir era mayor, pero no podemos juzgar del mismo modo el de una persona que es, como todas las demás, exterior a nosotros, pintada en el horizonte de nuestro pensamiento, y el de una persona que, a consecuencia de un error de localización resultante de ciertos accidentes, pero tenaz, se ha alojado dentro de nuestro propio cuerpo, hasta el punto de que preguntarnos retrospectivamente si miraría a una mujer cierto día en el pasillo de un trenecito marítimo nos hace sentir los mismos sufrimientos que un cirujano que buscara una bala en nuestro corazón. Una simple medialuna, pero que comemos, nos hace sentir más placer que todos los hortelanos, gazapos y perdices que fueron servidos a Luis XV y la punta de la brizna de hierba que tiembla a unos centímetros de nuestros ojos, estando tumbados en la montaña, puede ocultarnos la vertiginosa aguja de una cima, si ésta está a varias leguas de distancia. Por lo demás, nuestro error no es el de apreciar la inteligencia, la bondad, de una mujer a la que amamos, por pequeñas que sean. Nuestro error es el de permanecer indiferentes a la bondad, a la inteligencia, de las demás. La mentira sólo empieza de nuevo a causarnos la indignación y la bondad el agradecimiento que deberían inspirarnos siempre, si proceden de una mujer a la que amamos y el deseo físico tiene el maravilloso poder de devolver su valor a la inteligencia y bases sólidas a la vida moral. Jamás volvería yo a encontrar esa cosa divina: una persona con quien pudiera hablar de todo, con quien pudiese confiarme. ¿Confiarme? Pero ¿es que no me demostraban otras personas más confianza que Albertine? ¿Acaso no tenía yo conversaciones más extensas con otras? Ahora bien, ¿qué importa la confianza, la conversación, cosas mediocres, sean más o menos imperfectas, con tal de que se mezcle con ellas el amor, que es lo único divino? Volvía a ver a Albertine sentarse a su pianola, rosada bajo su pelo negro; sentía en mis labios —que ella intentaba separar— su lengua, su maternal, incomestible, nutritiva y santa lengua, cuyos rocío y llama secretos hacían que, incluso cuando se limitaba a deslizarla por la superficie de mi cuello, de mi vientre, esas caricias

superficiales, pero en cierto modo hechas por el interior de su carne, exteriorizada como una tela que mostrara su forro, cobraran, incluso en los contactos más externos, como la misteriosa dulzura de una penetración.

Ni siquiera puedo decir que lo que me hacía sentir la pérdida de todos aquellos instantes tan dulces que nadie me devolvería jamás fuera la desesperación. Para estar desesperado, hay que tener apego aún a esta vida, que ya sólo podrá ser desgraciada. Yo estaba desesperado en Balbec, cuando había visto hacerse de día y había comprendido que ninguno más podría ser feliz para mí. Había seguido siendo igualmente egoísta desde entonces, pero el yo al que me sentía apegado en aquel momento, el yo que constituía esas reservas de vitalidad que ponen en juego el instinto de conservación, ya no estaba en la vida; cuando reflexionaba sobre mis fuerzas, mi potencia vital, lo mejor que había en mí, pensaba en cierto tesoro que había poseído (que había sido el único en poseer, ya que los demás no podían conocer exactamente el sentimiento, oculto en mí, que me había inspirado) y que nadie podía ya quitarme, en vista de que había dejado de poseerlo, y, a decir verdad, tan sólo lo había poseído porque había querido figurarme que lo poseía. No había cometido sólo la imprudencia —al mirar a Albertine con mis labios y al alojarla en mi corazón— de hacerla vivir dentro de mí ni otra consistente en mezclar un amor familiar con el placer de los sentidos. Había querido también convencerme de que nuestras relaciones eran el amor, de que practicábamos mutuamente las relaciones llamadas amorosas, porque ella me devolvía, dócil, los besos que yo le daba, y, por haber adquirido la costumbre de creerlo, no había yo perdido sólo a una mujer a quien amaba, sino también a una mujer que me amaba, mi hermana, mi hija, mi tierna amante, y, en resumidas cuentas, había tenido una felicidad y una desdicha que Swann no había conocido, pues precisamente, durante todo el tiempo en que había amado a Odette y había estado tan celoso de ella, apenas la había visto, ya que, ciertos días en que ella anulaba su cita en el último momento, le

resultaba tan difícil ir a su casa, pero después había sido suya, había pasado a ser su esposa y hasta su muerte. En cambio, yo, más feliz que Swann, mientras estaba tan celoso de Albertine, la había tenido en mi casa. Yo había realizado en verdad aquello con lo que Swann había soñado tanto tiempo y había logrado materialmente sólo cuando ya le resultaba indiferente. Ahora bien, a Albertine no la había conservado yo como él a Odette. Había huido, había muerto. Es que nada se repite nunca exactamente y las existencias más análogas —y que, gracias al parentesco de los caracteres y a la similitud de las circunstancias, se pueden elegir para presentarlas como simétricas una a la otra— siguen siendo opuestas en muchos sentidos. Al perder la vida, no habría yo perdido gran cosa; sólo habría perdido ya una forma vacía, el marco vacío de una obra maestra. Indiferente a lo que en adelante podía hacer entrar en ella, pero feliz y orgulloso al pensar en lo que había contenido, me apoyaba en el recuerdo de aquellas horas tan dulces y ese apoyo moral me infundía un bienestar que ni siquiera la cercanía de la muerte habría anulado.

¡Qué rauda acudía a verme en Balbec, cuando mandaba yo a buscarla, pues sólo se entretenía en ponerse perfume en el pelo para complacerme! Aquellas imágenes de Balbec y de París que me gustaba volver a ver así eran las páginas aún tan recientes y tan rápidamente pasadas de su corta vida. Todo aquello, que para mí no era sino recuerdo, había sido para ella acción, acción precipitada, como la de una tragedia, hacia una muerte rápida. Las personas tienen un desarrollo en nosotros, pero otro fuera de nosotros (lo había advertido yo perfectamente en aquellas noches en que notaba un enriquecimiento de cualidades que no se debía sólo a mi memoria), entre los cuales no deja de haber reacciones mutuas. Al intentar conocer a Albertine y después poseerla entera, de nada me había servido obedecer sólo a la necesidad de reducir, mediante la experiencia, a elementos mezquinamente semejantes a los de nuestro yo el misterio de todas las personas, pues no había podido hacerlo sin influir, a mi vez, en la vida de Albertine. Tal vez mi

fortuna, las perspectivas de un matrimonio brillante, la hubieran atraído, pero los celos la habían retenido; su bondad —o su inteligencia o el sentimiento de su culpabilidad o las habilidades de su astucia— la había hecho aceptar —y me había movido a volver cada vez más pura— una cautividad forjada simplemente por el desarrollo interno de mi labor mental, pero que no por ello había dejado de tener en la vida de Albertine consecuencias, destinadas, a su vez, a plantear, de rechazo, problemas nuevos y cada vez más dolorosos a mi psicología, ya que se había evadido de mi cárcel para ir a matarse con un caballo que, de no haber sido por mí, no habría poseído y dejarme, incluso muerta, sospechas cuya verificación, si debía llegar, me resultaría tal vez más cruel que el descubrimiento en Balbec de que Albertine había conocido a la Srta. Vinteuil, pues ya no estaría allí para calmarme. De modo, que esa larga queja del alma que cree vivir encerrada en sí misma sólo en apariencia es un monólogo, ya que los ecos de la realidad la hacen desviarse y semejante vida es como un ensayo de psicología subjetiva espontáneamente realizado, pero que proporciona a cierta distancia su «acción» a la novela puramente realista, de otra realidad, de otra existencia, cuyas peripecias contribuyen a modificar la curva y cambiar la dirección del ensayo psicológico. ¡Qué engranaje más ajustado, qué rápida evolución, los de nuestro amor y, pese a algunos retrasos, interrupciones y vacilaciones del comienzo, y, como en ciertos relatos de Balzac o algunas baladas de Schumann, cómo se precipitó el desenlace! Durante aquel último año —tan largo para mí como un siglo, de tanto como había cambiado Albertine de posiciones respecto de mi pensamiento desde Balbec hasta su marcha de París y también, independientemente de mí y con frecuencia sin que me enterara, había cambiado en sí misma— había que situar toda aquella grata vida de cariño que tan poco había durado y que, sin embargo, se me revelaba con una plenitud, casi una inmensidad, para siempre imposible y, aun así, indispensable para mí: indispensable sin haber sido tal vez en sí y ante todo algo necesario, ya que, si no hubiera

yo leído en un tratado de arqueología la descripción de la iglesia de Balbec, si Swann no hubiese orientado mis deseos hacia el bizantino normando, al decirme que aquella iglesia era casi persa, si una sociedad inmobiliaria, al construir en Balbec un hotel higiénico y cómodo, no hubiera animado a mis padres a satisfacer mi deseo y enviarme a Balbec, no habría conocido a Albertine. Cierto es que en aquel Balbec, desde tanto tiempo atrás deseado, no había encontrado yo la iglesia persa con la que soñaba ni las nieblas eternas. El hermoso tren mismo que salía a la 1.35 no había correspondido a lo que me imaginaba, pero, a cambio de lo que la imaginación hace esperar y que tanto trabajo inútil nos tomamos para intentar descubrir, la vida nos da algo que distábamos mucho de imaginar. ¡Quién me habría dicho en Combray, cuando esperaba con tanta tristeza las buenas noches de mi madre, que aquellas ansiedades se curarían y después renacerían un día no por mi madre, sino por una muchacha que al principio sólo sería, en el horizonte del mar, una flor que incitaría todos los días a mis ojos para que fueran a contemplarla, pero una flor pensante y en cuyo entendimiento deseaba yo tan puerilmente ocupar un lugar destacado, por lo que me hacía sufrir que no supiera de mi familiaridad con la Sra. de Villeparisis! Sí, por las buenas noches, por el beso de semejante extraña, era por los que, al cabo de unos años, iba a sufrir yo tanto como de niño cuando mi madre no iba a venir a verme. Ahora bien, si Swann no me hubiera hablado de Balbec, no habría yo conocido a aquella Albertine tan necesaria, de cuyo amor estaba ahora casi únicamente compuesta mi alma. Tal vez su vida habría sido más larga y la mía habría estado desprovista de lo que ahora constituía su martirio y, así, me parecía que por mi cariño exclusivamente egoísta había yo dejado morir a Albertine, así como había asesinado a mi abuela. Incluso más adelante, aun habiéndola conocido en Balbec, habría podido no amarla, como hice más adelante, pues, cuando renunciaba a Gilberte y sabía que un día podría amar a otra mujer, apenas me atrevía a dudar si, en cualquier caso en el pasado, habría podido amar sólo a Gilberte.

Ahora bien, en el caso de Albertine ya no me cabía duda, estaba seguro de que podría no haber sido a ella a quien amara, de que podría haber sido a otra. Habría bastado con que la Srta. de Stermaria, la noche en la que iba yo a cenar con ella en la isla del Bois, no hubiera anulado nuestra cita. Aún estaba a tiempo entonces y habría sido por la Srta. de Stermaria por la que se habría ejercido esa actividad de la imaginación que nos hace extraer de una mujer tal idea de individualidad, que nos parece única en sí y para nosotros predestinada y necesaria. Como máximo, situándome en un punto de vista casi fisiológico, podía yo decir que podría haber sentido aquel mismo amor exclusivo por otra mujer, pero no por cualquier otra mujer, pues Albertine, gruesa y morena, no se parecía a Gilberte, esbelta y pelirroja, pero, aun así, las dos tenían la misma salud robusta y en las mismas mejillas sensuales una mirada cuyo significado resultaba difícil de captar. Eran de esas mujeres a quienes no habrían mirado hombres que, por su parte, habrían hecho locuras por otras que no me «decían nada». Casi podía creer que la personalidad sensual y voluntariosa de Gilberte había emigrado al cuerpo de Albertine, un poco diferente, cierto es, pero no sin analogías —pensándolo bien y retrospectivamente— profundas. Un hombre tiene casi siempre la misma forma de constiparse, de caer enfermo, es decir, que necesita para ello determinado cúmulo de circunstancias; es natural que, cuando se enamore, sea de un tipo determinado de mujeres, muy abundante, por lo demás. Las primeras miradas de Albertine que me habían hecho soñar no eran absolutamente diferentes de las primeras miradas de Gilberte. Casi podía creer que la obscura personalidad, la sensualidad, el carácter voluntarioso y astuto de Gilberte habían vuelto a tentarme, encarnadas aquella vez en el cuerpo de Albertine, muy distinto y, sin embargo, no carente de analogías. Para Albertine, gracias a una vida en común totalmente distinta y en la que no había podido deslizarse —en un bloque de pensamientos en el que una dolorosa preocupación mantenía una cohesión permanente— ninguna fisura de distracción y olvido, su cuerpo en

vida no había cesado, como el de Gilberte, un día de ser aquel en que encontraba yo lo que —según reconocía *a posteriori*— eran para mí (y no habrían sido para otros) los atractivos femeninos, pero estaba muerta. Yo la olvidaría. ¿Quién sabe si entonces las mismas cualidades de sangre rica, de ensoñación inquieta no volverían un día a infundirme desasosiego? Pero, encarnadas aquella vez en aquella forma femenina, no podía yo preverlo. Con ayuda de Gilberte habría podido imaginar a Albertine y que la amaría tan poco como el recuerdo de la sonata de Vinteuil me habría permitido imaginar su septeto. Más aún, las primeras veces en que había visto yo a Albertine, había podido creer incluso que amaría a otras. Por lo demás, si la hubiera conocido un año antes, podría haberme parecido tan apagada como un cielo gris en el que no se ha alzado la aurora. Si bien yo había cambiado respecto de ella, también ella misma había cambiado y la muchacha que había venido a mi cama el día en que yo había escrito a la Srta. de Stermaria ya no era la misma que había conocido yo en Balbec, ya fuese por una simple explosión de la mujer que aparece en el momento de la pubertad o a consecuencia de circunstancias que nunca pude conocer. En todo caso, aun cuando aquella a la que yo iba a amar un día debía parecérsele en cierta medida —es decir, si mi elección de una mujer no era enteramente libre—, ésta se refería —dirigida de forma tal vez necesaria— a algo más amplio que un individuo, a un tipo de mujer, cosa que privaba de toda necesidad a mi amor por Albertine. Sabemos perfectamente que, si hubiéramos estado en una ciudad distinta de aquella en la que la conocimos, si nos hubiésemos paseado por otros barrios, si hubiéramos frecuentado otro salón, la mujer cuyo rostro tenemos ante nosotros más constantemente que la luz misma —ya que, incluso con los ojos cerrados, no cesamos ni un instante de adorar sus hermosos ojos, su bella nariz, de recurrir a todos los medios para volver a verlos—, esa mujer única, nunca habría sido otra. ¿Única, creemos? Es innombrable y, sin embargo, compacta, indestructible ante nuestros ojos, que la amaban, insubstituible durante mucho tiempo por otra. Es que esa mujer ha

suscitado, mediante llamadas mágicas, mil elementos de cariño existentes en nosotros en estado fragmentario y que ha juntado, unido, colmando todas las lagunas entre ellos y hemos sido nosotros mismos quienes, al atribuirle sus facciones, hemos proporcionado toda la materia sólida de la persona amada. A eso se debe que, aun cuando sólo seamos uno entre mil para ella y tal vez el último de todos, sea ella para nosotros la única, aquella hacia la cual tiende toda nuestra vida. Cierto es que yo había tenido incluso la sensación de que aquel amor no era necesario, no sólo porque podría haberse formado con la Srta. de Stermaria, sino también porque, aun cuando no hubiera sido así, al llegar a conocerlo, me pareció demasiado semejante al sentido por otras y también más vasto que ella, a quien envolvía, sin conocerla, como una marea en torno a un rompiente diminuto, pero, poco a poco, a fuerza de vivir con ella, ya no podía deshacerme de las cadenas que había forjado yo mismo, ya no podía liberarme; sin embargo, la costumbre de asociar a la persona de Albertine con el sentimiento que ésta no había inspirado me hacía creer que era especial de ella, así como la costumbre atribuye a la simple asociación de ideas entre dos fenómenos, como afirma cierta escuela filosófica, la fuerza y la necesidad ilusorias de una ley de causalidad. Yo había creído que mis relaciones, mi fortuna, me librarían de sufrir y tal vez demasiado eficazmente, ya que parecían dispensarme de sentir, amar, imaginar; envidiaba a una muchacha pobre del campo a quien la falta de relaciones, incluso de telégrafo, ofrece largos meses de sueños después de una pena que no puede aplacar artificialmente. Ahora bien, me daba cuenta de que, si en el caso de la Sra. de Guermantes, colmada de todo lo que podía hacer infinita la distancia entre ella y yo, había visto yo bruscamente suprimida dicha distancia por la opinión, la idea, según la cual las ventajas sociales son simple materia inerte y transformable, mis relaciones, mi fortuna, todos los medios materiales de que me hacían disfrutar tanto mi situación como la civilización de mi época, habían hecho retrasar, de forma semejante, aunque inversa, el momento de la lucha cuerpo a cuerpo

con la voluntad contraria, inflexible, de Albertine, quien no había recibido presión alguna. Desde luego, había podido intercambiar telegramas, comunicaciones telefónicas, con Saint-Loup, estar en relación constante con la estafeta de Tours, pero ¿acaso no había sido inútil su espera, nulo su resultado? ¿Y acaso no sufren menos las muchachas del campo, sin ventajas sociales, sin relaciones, o los seres humanos antes de esos perfeccionamientos de la civilización, porque desean menos, porque deploran menos, lo que siempre han sabido que era inaccesible y, por esa razón, ha quedado como irreal? Deseamos más a la persona que va a entregarse, la esperanza anticipa la posesión, pero la pesadumbre es también un amplificador del deseo. La negativa de la Srta. de Stermaria a acudir a cenar en la isla del Bois fue lo que impidió que fuera a ella a quien amase yo. También habría podido bastar para hacer que la amara, si después hubiese vuelto a verla a tiempo. En cuanto me había enterado de que no vendría, pensando en la hipótesis inverosímil —y que se había realizado— de que tal vez, por tener alguien celos de ella y alejarla de los demás, no volvería yo a verla jamás, había yo sufrido tanto, que habría dado cualquier cosa por verla y fue una de las angustias mayores que experimenté y que la llegada de Saint-Loup calmó. Ahora bien, a partir de cierta edad nuestros amores, nuestras amantes, son hijos de nuestra angustia; nuestro pasado —y las lesiones físicas en las que se inscribe— determina nuestro futuro. En el caso de Albertine en particular, que no fuera necesario que fuese a ella a quien yo amase estaba inscrito, incluso sin aquellos amores vecinos, en la historia de mi amor por ella, es decir, por ella y sus amigas, pues no era siquiera un amor como el que había sentido por Gilberte, sino creado por división entre varias muchachas. Era posible que por ella —y porque me parecían algo análogo a ella— me hubiesen gustado sus amigas. El caso es que, durante mucho tiempo, la vacilación entre todas ellas fue posible, mi elección se paseaba de una a otra y, cuando creía preferir a ésta, bastaba que aquélla me hiciera esperar, se negara a verme, para que sintiese por ella un principio

de amor. Muchas veces pudo ocurrir que, un poco antes de la visita de Andrée, que iba a venir a verme en Balbec, si Albertine había faltado a su palabra, mi corazón no cesara de palpitar; creía que nunca más volvería a verla y a ella era a la que amaba y, cuando llegaba Andrée, le decía sinceramente (como se lo dije en París, después de enterarme de que Albertine había conocido a la Srta. Vinteuil) lo que podía creer dicho a propósito, sin sinceridad, lo que habría dicho, en efecto, así y en los mismos términos, si la víspera hubiese sido yo feliz con Albertine: «¡Lástima! Si hubieras llegado antes… ahora amo a otra». Y aún, en aquel caso de Andrée substituida por Albertine, cuando me había enterado de que ésta había conocido a la Srta. Vinteuil, el amor había sido alternativo y, por consiguiente, sólo había habido, en resumidas cuentas, uno a la vez, pero antes había habido casos en que había reñido a medias con dos de las muchachas. La que diera los primeros pasos me devolvería la calma, a la otra es a la que amaría, si seguía enfadada, lo que no quiere decir que no sería con la primera con la que me comprometería definitivamente, pues me consolaría, aunque ineficazmente, de la duración de la segunda, a la que acabaría olvidando, si no volvía nunca más. Ahora bien, a veces, pese a estar convencido de que una u otra al menos iba a volver conmigo, ninguna de las dos lo hacía durante un tiempo. Así, pues, mi angustia era doble y doble mi amor, y me reservaba la posibilidad de dejar de amar a la que volviera, pero hasta entonces sufría por las dos. Es propio de cierta edad, que puede ser muy temprana, que, más que sufrir un abandono, nos desenamoremos de una persona, y de ésta, al haber quedado obscurecida su figura, su alma inexistente, nuestra preferencia reciente e inexplicada, acabemos sabiendo sólo una cosa: que, para dejar de sufrir, necesitaríamos que nos mandara a decir: «¿Me recibirías?». Mi separación de Albertine, el día en que Françoise me había dicho: «La señorita Albertine se ha marchado», era como una alegoría de tantas otras separaciones, pues con mucha frecuencia, para que descubramos

que estamos enamorados, tal vez incluso para que lleguemos a estarlo, debe llegar el día de la separación.

En esos casos, en los que una espera en vano, una negativa, es lo que determina una elección, la imaginación, fustigada por el sufrimiento, avanza tan aprisa en su labor, fabrica con una rapidez tan demencial un amor apenas comenzado y que aún resulta informe, destinado como está a seguir en estado de esbozo desde meses atrás, que a veces la inteligencia, al no haber podido alcanzar al corazón, exclama, asombrada: «Pero ¿estás loco? ¿Con qué pensamientos nuevos vives tan dolorosamente? Nada de eso es la vida real». Y, en efecto, en ese momento, si la infiel no nos infunde ánimos, unas distracciones agradables que nos calmaran físicamente el corazón bastarían para hacer abortar el amor. En todo caso, si bien aquella vida con Albertine no era en su esencia necesaria, había llegado a resultarme indispensable. Cuando me había enamorado de la Sra. de Guermantes, había temblado, al pensar que, con sus grandes medios de seducción —no sólo de belleza, sino también de posición, de riqueza—, habría tenido demasiada libertad para pertenecer a demasiadas personas y yo demasiado poco ascendiente sobre ella. Como Albertine era pobre, de orígenes obscuros, debía de estar deseosa de casarse conmigo y, sin embargo, no había podido poseerla para mí solo. Ya sea por las condiciones sociales o por las previsiones de la prudencia, en realidad, no tenemos influencia en la vida de otra persona. ¿Por qué no me había dicho: «Tengo esas inclinaciones»? Yo habría cedido, le habría permitido satisfacerlas. En una novela que había yo leído, había una mujer que, por mucho que se lo reprochara el hombre que la amaba, no se decidía a hablar. Al leerla, me había parecido absurda aquella situación; yo habría obligado —pensaba— a la mujer a hablar primero y después nos habríamos entendido. ¿Para qué servían aquellas desdichas inútiles? Pero ahora veía que no tenemos libertad para no forjárnoslas y de nada nos sirve conocer nuestra voluntad, pues las otras personas no la obedecen y, sin embargo, ¡cuántas veces, sin saberlo, sin quererlo, habíamos dicho

aquellas verdades dolorosas, ineluctables, que nos dominaban y nos cegaban, con palabras consideradas seguramente por nosotros mendaces, pero a las que el suceso había atribuido *a posteriori* su valor profético! Yo recordaba perfectamente las palabras que uno y otro habíamos pronunciado sin saber entonces la verdad que contenían, que habíamos dicho incluso creyendo hacer teatro y cuya falsedad era mínima, muy poco interesante, confinada enteramente en nuestra lastimosa insinceridad, en comparación con lo que contenían y desconocíamos: mentiras, errores, a este lado de la realidad profunda que no vislumbrábamos; verdad al otro lado, verdad de nuestros caracteres, cuyas leyes esenciales nos eludían y necesitan el tiempo para revelarse, verdad de nuestros destinos también. Había yo creído mentir, cuando le había dicho en Balbec: «Cuanto más te vea, más te amaré» (y, sin embargo, había sido aquella intimidad de todos los instantes la que, mediante los celos, me había apegado tanto a ella). «Creo que podría serte útil intelectualmente»; en París: «Intenta ser prudente. Piensa que, si te ocurriera un accidente, yo no podría consolarme» (y ella decía: «Pero podría tenerlo»); en París, la noche en que había yo fingido querer dejarla: «Déjame mirarte un poco más, porque pronto dejaré de verte y será para siempre»; y ella, cuando aquella misma noche había contemplado aquella habitación: «Pensar que no volveré a ver este cuarto, estos libros, esta pianola, toda esta casa, no puedo creerlo y, sin embargo, es verdad»; en sus últimas cartas, por último, cuando había escrito —probablemente pensando: «Es un puro camelo»—: *Te dejo lo mejor de mí misma* (¿y acaso no estaban ahora, confiadas, en efecto, a la fidelidad, a las fuerzas, frágiles —¡ay!— también, de mi memoria su inteligencia, su bondad, su belleza?) y: *Aquel instante, dos veces crepuscular, puesto que caía la noche e íbamos a separarnos, no se borrará de mi cabeza hasta que haya sido invadido por la noche completa*, frase escrita la víspera del día en que su cabeza había sido invadida, en efecto, por la noche completa y en que tal vez —en esos últimos fulgores tan rápidos, pero que la ansiedad del momento divide hasta el infinito—

no hubiera dejado de ver nuestro último paseo y en ese instante en que todo nos abandona y en que nos inventamos una fe, así como los ateos se vuelven cristianos en el campo de batalla, tal vez hubiera pedido socorro al amigo tan a menudo maldecido, pero tan respetado por ella, quien tenía, a su vez, pues todas las religiones se parecen, la crueldad de desear que también ella tuviera tiempo de reconocerse, de dedicarle su último pensamiento, de confesarse por fin con él, de morir en él, pero ¿para qué, ya que, aun cuando entonces hubiera tenido tiempo de reconocerse, no habríamos comprendido uno y otro en qué estribaba nuestra felicidad, cosa que deberíamos haber hecho, hasta que —y porque— hubiera dejado de ser posible, pues ya no podíamos realizarlo? Mientras las cosas son posibles, las aplazamos y no pueden cobrar esa fuerza de atractivos y esa aparente facilidad de realización hasta que, al haber sido proyectadas en el vacío ideal de la imaginación, quedan substraídas a la sumersión entorpecedora, afeadora, del medio vital. La idea de que moriremos es más cruel que la muerte, pero menos que la de que otro ha muerto, de que, vuelta de nuevo plana tras haber engullido a una persona, se extiende, sin siquiera un remolino en ese punto, una realidad de la que esa persona ha quedado excluida, en la que ya no existe voluntad alguna, conocimiento alguno y de la que es tan difícil remontarse hasta la idea de que esa persona ha vivido, de que resulta difícil, por el recuerdo aún muy reciente de su vida, pensar que es asimilable a las imágenes sin consistencia, a los recuerdos dejados por los personajes de una novela que hemos leído.

Al menos me alegraba de que, antes de morir, me hubiese escrito aquella carta y sobre todo me hubiese enviado el último mensaje, prueba de que, si hubiese vivido, habría vuelto. Me parecía que así era no sólo más dulce, sino también más hermoso, que el acontecimiento habría estado incompleto sin aquel telegrama, habría tenido más de arte y de destino. En realidad, igual lo habría tenido, si hubiera sido otro, pues todo acontecimiento es como un molde de una forma particular y, sea cual fuere, impone a la serie de

los hechos que ha venido a interrumpir y parece concluir un dibujo que creemos el único posible, porque no conocemos el que habría podido substituirlo. Yo me repetía: «¿Por qué no me dijo: “Tengo esas inclinaciones”? Yo habría cedido, le habría permitido satisfacerlas, en este momento volvería a besarla». ¡Qué tristeza haber de recordar que así me había mentido, al jurarme, tres días antes de separarse de mí, que nunca había tenido con la amiga de la Srta. Vinteuil las relaciones que, en el momento en que me lo juraba, su rubor había confesado! Pobrecilla, al menos había tenido la honradez de no pretender jurar que el placer de volver a ver a la Srta. Vinteuil y a su amiga nada tenía que ver con su deseo de ir aquel día a casa de los Verdurin. ¿Por qué no había llegado hasta el final de su confesión y había inventado entonces aquella novela inimaginable? Por lo demás, tal vez fuera un poco culpa mía que nunca hubiese querido —pese a todos mis ruegos, que iban a chocar contra su denegación— decirme: «Tengo esas inclinaciones». Tal vez fuera un poco culpa mía, porque en Balbec, el día en que, después de la visita de la Sra. de Cambremer, había tenido yo mi primera discusión con Albertine y distaba tanto de creer que pudiese tener, en todo caso, algo más que una amistad demasiado apasionada con Andrée, había expresado con demasiada vehemencia mi repugnancia por esa clase de costumbres, las había condenado de forma demasiado categórica. No podía recordar si Albertine había enrojecido cuando yo había tenido la ingenuidad de proclamar mi horror al respecto: no podía recordarlo, porque con frecuencia no deseamos saber hasta mucho después qué actitud adoptó una persona en un momento en que no prestamos la menor atención y que, más adelante, cuando volvemos a pensar en la conversación, aclararía una dificultad angustiosa, pero en nuestra memoria hay una laguna, no hay rastro de ella. Y en muchos casos no prestamos suficiente atención en aquel momento a lo que podía ya parecernos importante, no oímos bien una frase, no notamos un gesto o bien los hemos olvidado y, cuando, más adelante, presa de la avidez por descubrir una verdad, nos

remontamos de deducción en deducción, hojeando nuestra memoria como si fuera una recopilación de testimonios, cuando llegamos a esa frase, a ese gesto, que no conseguimos recordar, volvemos a empezar veinte veces el mismo trayecto, pero en vano, pues el camino no avanza más. ¿Habría enrojecido? No lo sé, pero era imposible que no hubiese podido oír y el recuerdo de aquellas palabras la había interrumpido más adelante, cuando tal vez estuviera a punto de confesarse conmigo. Y ahora ya no estaba en parte alguna, yo podría haber recorrido la Tierra de un polo al otro sin encontrar a Albertine; la realidad, que se había cerrado sobre ella, había vuelto a quedar unida, había borrado hasta el rastro de la persona que se había hundido hasta el fondo. Ya sólo era un nombre, como aquella Sra. de Charlus de la que quienes la habían conocido decían con indiferencia: «Era deliciosa», pero yo no podía concebir más de un instante la existencia de aquella realidad de la que Albertine no tenía conciencia, pues mi amiga existía demasiado en mí, en quien todos los sentimientos, todos los pensamientos se relacionaban con su vida. Tal vez si lo hubiera sabido, la habría emocionado saber que su amigo no la olvidaba, una vez acabada su vida, y habría sido sensible a cosas que antes la hubiesen dejado indiferente, pero, como quisiéramos abstenernos de infidelidades, por secretas que sean, de tanto como tememos que aquella a quien amamos no se abstenga de ellas, me horrorizaba pensar que, si los muertos viven en alguna parte, mi abuela conocía tanto mi olvido como Albertine mi recuerdo. Y, en resumidas cuentas, aun en el caso de una misma muerta, ¿acaso estamos seguros de que la alegría que sentiríamos, al enterarnos de que sabe ciertas cosas, compensaría el espanto de pensar que las sabe *todas*? Y, por sangriento que sea el sacrificio, ¿acaso no renunciaríamos a veces a conservarlas, después de su muerte, como amigas, por miedo a tenerlas también de jueces?

Mis curiosidades celosas sobre lo que había podido hacer Albertine eran infinitas. Pagué a una multitud de mujeres, que nada me enseñaron. Si dichas curiosidades eran tan vivas, es porque la

persona no muere en seguida para nosotros, permanece bañada en algo así como un aura de vida que nada tiene de una verdadera inmortalidad, pero permite que siga ocupando nuestros pensamientos como cuando vivía. Es como un viaje. Es una supervivencia muy pagana. A la inversa, cuando hemos dejado de amar, las curiosidades que inspira la persona mueren antes que ella misma. Así, yo ya no habría dado un solo paso para saber con quién se prometía Gilberte cierta noche en los Campos Elíseos. Ahora bien, comprendía perfectamente que esas curiosidades eran absolutamente semejantes, sin valor en sí mismas, sin posibilidad de durar, pero seguía sacrificándolo todo a la cruel satisfacción de esas curiosidades pasajeras, aun sabiendo de antemano que mi separación forzosa de Albertine, debida a su muerte, acabaría infundiéndome la misma indiferencia que mi separación voluntaria de Gilberte. Si ella hubiera podido saber lo que iba a ocurrir, habría permanecido junto a mí, pero eso equivalía a decir que, una vez que se hubiera visto muerta, habría preferido permanecer con vida junto a mí. Semejante suposición, en virtud de la propia contradicción que entrañaba, era absurda, pero no inofensiva, pues, al imaginar lo mucho que se habría alegrado Albertine —si hubiera podido saber, si hubiese podido comprender, retrospectivamente— de volver junto a mí, yo la veía ahí, quería abrazarla y —¡ay!— era imposible, nunca volvería: estaba muerta. Mi imaginación la buscaba en el cielo, las noches en que habíamos vuelto a mirarlo juntos; más allá de aquella luz de luna que le gustaba, intentaba yo elevar mi cariño hasta ella para que le resultara un consuelo por haber dejado de vivir y aquel amor por una persona que había quedado tan lejos era como una religión, mis pensamientos subían hacia ella como plegarias. El deseo es muy fuerte y engendra la creencia; yo había creído que Albertine no se marcharía, porque yo lo deseaba y, porque lo deseaba, creí que no había muerto; me puse a leer libros sobre las mesas giratorias, empecé a considerar posible la inmortalidad del alma, pero no me bastaba. Era necesario que, después de mi muerte, volviese a encontrármela con su cuerpo, como si la

eternidad se pareciese a la vida. ¿Qué digo «a la vida»? Era yo más exigente aún. Me habría gustado no estar para siempre privado por la muerte de los placeres que, sin embargo, no es la única en quitarnos, pues, sin ella, habrían acabado embotándose, habían empezado ya a estarlo por efecto de la costumbre antigua, de las nuevas curiosidades. Además, en la vida Albertine, incluso físicamente, habría cambiado poco a poco, día tras día me habría yo adaptado a su cambio, pero, al evocar mi recuerdo sólo ciertos momentos de ella, quería volver a verla tal como habría dejado de ser, si hubiese vivido; lo que quería era un milagro que satisficiese los límites naturales y arbitrarios de la memoria, que no puede salir del pasado. Sin embargo, yo imaginaba a aquella criatura viva con la ingenuidad de los teólogos antiguos, concediéndome sus explicaciones: ni siquiera las que pudiese darme, sino —mediante una contradicción interna— las que siempre me había denegado durante su vida. Y así, al ser su muerte como un sueño, mi amor le parecería una felicidad inesperada; de la muerte yo me quedaba exclusivamente con la comodidad y el optimismo de un desenlace que simplificara, que lo arreglase todo.

A veces no era tan lejos, no era en otro mundo donde imaginaba yo nuestra reunión. Así como en otro tiempo, cuando yo sólo conocía a Gilberte por jugar con ella en los Campos Elíseos, por la noche, en casa, me imaginaba que iba a recibir una carta de ella, en la que me confesaría su amor, que iba a entrar, como una misma fuerza de deseo, ateniéndose tan poco a las leyes físicas, que lo contrariarían, como la primera vez en relación con Gilberte, en la que, en definitiva, no se había equivocado, pues había tenido la última palabra, así también me hacía pensar ahora que iba a recibir una nota de Albertine en la que me informaría de que había tenido, en efecto, un accidente montando a caballo, pero que por razones novelescas (y como, en resumidas cuentas, ha ocurrido a veces en el caso de personas a las que durante mucho tiempo se había creído muertas) no había querido que yo me enterara de que se había curado y, ahora arrepentida, me pedía permiso para venir a

vivir siempre conmigo y, al hacerme comprender muy bien lo que pueden ser ciertas locuras agradables de personas que, por lo demás, parecen razonables, sentía yo coexistir en mí la certidumbre de que estaba muerta y la incesante esperanza de verla entrar.

Aún no había recibido noticias de Aimé, pese a que ya debía de haber llegado a Balbec. Desde luego, mi investigación se refería a un aspecto secundario y muy arbitrariamente elegido. Si la vida de Albertine había sido de verdad culpable, debía de haber habido en ella muchas otras cosas más importantes, las que el azar no me había permitido conocer, como en el caso de aquella conversación sobre el salto de la ducha gracias al rubor de Albertine, pero precisamente esas cosas no existían para mí, ya que no las veía. Ahora bien, de forma totalmente arbitraria había saltado yo hasta aquel día y, varios años después, intentaba reconstituirlo. Si a Albertine le habían gustado las mujeres, había miles de otros días de su vida cuyo empleo no conocía yo y que podía ser tan interesante para mí conocer; habría podido enviar a Aimé a muchos otros sitios de Balbec, a muchas otras ciudades distintas de ésta, pero, precisamente porque no sabía el empleo que les había dado, aquellos días no se presentaban a mi imaginación, carecían de existencia en ella. Las cosas, las personas, no empezaban a existir para mí hasta que cobraban en mi imaginación una existencia individual. Si había miles de otras semejantes, se volvían para mí representativas del resto. Si desde hacía mucho había yo deseado saber —puesto a sospechar sobre Albertine— lo que había ocurrido en el caso de la ducha, era de la misma forma que —en cuanto a deseos de mujeres y aun sabiendo que había un gran número de muchachas y doncellas que podían valer tanto como ellas y de las que el azar habría podido igualmente hacerme oír hablar— quería conocer —puesto que eran aquellas de las que Saint-Loup me había hablado, las que existían individualmente en mí— a la joven que iba a las casas de citas y a la doncella de la Sra. Putbus. Las dificultades que mi salud, mi indecisión, mi «procrastinación», como decía Saint-Loup, ponían a cualquier realización, me habían hecho

aplazar día tras día, mes tras mes, año tras año, el esclarecimiento de ciertas sospechas y la satisfacción de ciertos deseos, pero los conservaba en la memoria, al tiempo que me prometía no olvidarme de averiguar su realidad, porque eran los únicos que me obsesionaban (ya que los demás no carecían de forma para mí, no existían) y también porque el propio azar que los había elegido en medio de la realidad me garantizaba que sería sin duda con ellos, con un poco de la realidad, de la vida verdadera y codiciada, con los que entraría yo en contacto. Y, además, ¿es que acaso no basta un fenómeno menor, si está bien elegido, al experimentador para dilucidar una ley general que hará conocer la verdad sobre millares de fenómenos análogos? Aunque Albertine existiera en mi memoria sólo en el estado en que me había aparecido sucesivamente a lo largo de la vida, es decir, subdividida conforme a una serie de fracciones de tiempo, mi pensamiento, al restablecer la unidad en ella, rehacía una persona y sobre ésta quería yo emitir un juicio general, saber si me había mentido, si le gustaban las mujeres, si me había abandonado para frecuentarlas en libertad. Lo que dijera la encargada de las duchas tal vez pudiese zanjar para siempre mis dudas sobre las costumbres de Albertine.

¡Mis dudas! Yo había creído —¡ay!— que me resultaría indiferente, agradable incluso, dejar de ver a Albertine, hasta que su marcha me hubo revelado mi error. Asimismo, su muerte me había mostrado hasta qué punto me equivocaba al creer desear a veces su muerte y suponer que sería mi liberación. Del mismo modo comprendí, cuando recibí la carta de Aimé, que, si no había yo sufrido hasta entonces demasiado cruelmente a consecuencia de mis dudas sobre la virtud de Albertine, era porque en modo alguno lo eran en realidad. Mi felicidad, mi vida, necesitaban que Albertine fuese virtuosa, habían dejado establecido de una vez por todas que lo era. Provisto de esa creencia preservadora, podía dejar jugar sin peligro a mi cabeza tristemente con suposiciones a las que atribuía una forma, pero no fe. Me decía: «Tal vez le gusten las mujeres», como cuando se dice: «Podría morirme esta noche»; lo pensamos,

pero no lo creemos, hacemos proyectos para el día siguiente. Eso explica que, al abrigar injustificadamente dudas sobre si gustaban o no las mujeres a Albertine y creer, por consiguiente, que una culpabilidad en el haber de Albertine no me aportaría nada en lo que no hubiese pensado con frecuencia, pude experimentar ante las imágenes, insignificantes para otros, un sufrimiento inesperado, el más cruel que había sentido hasta entonces y que formaba con dichas imágenes, con la imagen —¡ay!— de la propia Albertine, como un precipitado —como se dice en química— en el que todo era indivisible y del que el texto de la carta de Aimé, que he separado de forma totalmente convencional, no puede dar la menor idea, ya que cada una de las palabras que la componen resultaba al instante, transformada, coloreada para siempre, por el sufrimiento que acababa de inspirar.

> Muy señor mío,
>
> El señor me perdonará por no haber escrito antes. La persona a la que el señor me había encargado ver se había ausentado durante dos días y, deseoso de responder a la confianza que el señor había puesto en mí, no quería volver con las manos vacías. Acabo de hablar por fin con esa persona que recuerda perfectamente a la (Srta. A.).

Aimé, que tenía cierto rudimento cultural, quería poner Srta. A. en cursiva o entre comillas, pero, cuando quería poner comillas, trazaba un paréntesis y, cuando quería poner algo entre paréntesis, lo ponía entre comillas. Así, Françoise decía que alguien permanecía en mi calle para referirse a que moraba en ella y que se podía «morar» dos minutos por «permanecer», pues las faltas de la gente del pueblo con mucha frecuencia consisten simplemente en intercambiar —como ha hecho, por lo demás, la lengua francesa— términos que a lo largo de los siglos han pasado a ocupar recíprocamente uno el lugar del otro.

> Según ella, lo que suponía el señor es absolutamente cierto. Para empezar, era ella la que atendía a la (Srta. A.), siempre que ésta iba a

los baños. La (Srta. A.) iba con mucha frecuencia a tomar la ducha con una mujer alta y mayor que ella, siempre vestida de gris y a la que la encargada de las duchas, aunque no sabía su nombre, conocía por haberla visto a menudo buscar a muchachas, pero desde que conocía a la (Srta. A.) había dejado de prestar atención a las otras. La (Srta. A.) y ella se encerraban siempre en la cabina, en la que permanecían mucho tiempo, y la señora de gris daba al menos diez francos de propina a la persona con la que yo he hablado. Como me ha dicho esa persona, ya puede usted imaginarse que, si sólo hubieran estado enhebrando perlas, no me habrían dado diez francos de propina. La (Srta. A.) acudía también a veces con una mujer de piel muy oscura y con un impertinente, pero la mayoría de las veces la (Srta. A.) acudía con muchachas más jóvenes que ella, sobre todo una muy pelirroja. Salvo la señora de gris, las personas con las que la (Srta. A.) acostumbraba a acudir no eran de Balbec y debían de llegar con frecuencia de bastante lejos. Nunca entraban juntas, sino que entraba la (Srta. A.) y decía que dejara la puerta de la cabina abierta, que esperaba a una amiga, y la persona con la que yo he hablado sabía lo que eso quería decir. Esa persona no ha podido darme otros detalles, porque no recordaba demasiado bien, «cosa comprensible después de tanto tiempo». Por lo demás, esa persona no intentaba averiguar nada, porque es muy discreta y le interesaba, pues la (Srta. A.) le hacía ganar mucho. Se sintió muy conmovida al enterarse de que había muerto. Es cierto que, al ser tan joven, es una gran desgracia para ella y para los suyos. Espero las órdenes del señor para saber si puedo marcharme de Balbec, donde no creo que me entere de nada más. Vuelvo a dar las gracias al señor por el viajecito que así me ha brindado y que me ha resultado muy agradable, sobre todo porque el tiempo no podría ser más favorable. La temporada se anuncia prometedora para este año. Esperan que el señor acuda este verano a hacer una aparición, aunque sea corta.

No encuentro nada más interesante que decir al señor, *etcétera*.

Para comprender la profundidad con la que aquellas palabras entraban en mí, conviene recordar que las preguntas que yo me hacía sobre Albertine no eran accesorias, indiferentes, cuestiones de detalle, las únicas, en realidad, que nos hacemos respecto de todas las personas que no son nosotros, lo que nos permite caminar, cubiertos con un pensamiento impermeable, en medio del sufrimiento, de la mentira, del vicio y de la muerte. No, en el caso de

Albertine era una cuestión esencial: en su fondo, ¿qué era, en qué pensaba, qué le gustaba? ¿Me mentía? ¿Habría sido mi vida con ella tan lamentable como la de Swann con Odette? Por eso, donde la respuesta de Aimé, aunque no fuese general, sino particular —y precisamente por eso— tocaba, era precisamente en las profundidades de Albertine y de mí.

Por fin veía yo ante mí, en aquella llegada de Albertine a la ducha por la callecita con la señora de gris, un fragmento de aquel pasado, que no me parecía menos misterioso, menos espantoso de lo que me temía cuando lo imaginaba encerrado en el recuerdo, en la mirada de Albertine. Seguramente, cualquier otro, aparte de mí, habría podido considerar insignificantes aquellos detalles a los que la imposibilidad en que me encontraba, por haber muerto Albertine, de que ésta los refutara confería algo así como una probabilidad. Es probable incluso que, aunque hubieran sido ciertas, aunque las hubiese confesado, para Albertine sus propias faltas —ya las considerara su conciencia inocentes o censurables, ya las considerase su sensualidad deliciosas o bastante insulsas— habrían estado desprovistas de esa inexpresable impresión de horror de la que no las separaba yo. Yo mismo, gracias a mi gusto por las mujeres y aunque no debían de haber sido lo mismo para Albertine, podía imaginar un poco lo que sentía y, desde luego, constituía ya un principio de sufrimiento imaginármela deseando como con tanta frecuencia lo había hecho yo, mintiéndome como tan a menudo le había mentido yo, interesada en tal o cual muchacha, metiéndose en gastos por ella, como yo por la Srta. de Stermaria, por tantas otras o por las campesinas con las que me encontraba en el campo. Sí, todos mis deseos me ayudaban en cierta medida a comprender los suyos; era ya un gran sufrimiento, en el que todos los deseos, cuanto más intensos habían sido, se convertían en tormentos tanto más crueles; como si en esa álgebra de la sensibilidad reaparecieran con el mismo coeficiente, pero con el signo menos en lugar del signo más. En el caso de Albertine, por lo que podía yo juzgar por mí mismo, sus faltas, fuera cual fuese la voluntad que

tuviera de ocultármelas, cosa que me hacía suponer que se consideraba culpable o temía apenarme, por haberlas preparado a su modo con la clara luz de la imaginación, en la que se fragua el deseo, le parecían, de todos modos, cosas de la misma naturaleza que el resto de la vida, placeres para ella que no había tenido el valor de denegarse, penas para mí que había procurado no causarme ocultándolos, pero placeres y penas que podían figurar en medio de los demás de la vida, pero a mí del exterior, de la carta de Aimé, me habían llegado —sin que estuviera prevenido, sin que hubiese podido yo mismo elaborarlas— aquellas imágenes de Albertine, al acudir a la ducha y preparar la propina.

Seguramente, porque en aquella llegada silenciosa y deliberada de Albertine con la mujer de gris veía yo las citas que se habían dado, esa convención de ir a hacer el amor en una cabina de duchas, que entrañaba una experiencia de la corrupción, la organización bien disimulada de toda una doble existencia, porque esas imágenes me aportaban la terrible noticia de la culpabilidad de Albertine, me habían causado inmediatamente un dolor físico del que no se separarían nunca más, pero en seguida el dolor había reaccionado sobre ellas; un hecho objetivo, como una imagen, es diferente según el estado interior con el que se lo aborde y el dolor es un modificador de la realidad tan potente como la embriaguez. Combinado con esas imágenes, el sufrimiento había hecho con ellas al instante algo absolutamente distinto de lo que pueden ser para cualquier otra persona una señora de gris, una propina, una ducha, la calle en la que se producía la llegada deliberada de Albertine con la señora de gris. Mi sufrimiento había alterado inmediatamente en su materia misma todas aquellas imágenes —panorama de una vida de mentiras y faltas como yo no había concebido nunca— y yo no las veía a la luz que ilumina los espectáculos de la Tierra: era un fragmento de otro mundo, de un planeta desconocido y maldito, una vista del infierno. El infierno era todo aquel Balbec, todos aquellos pueblos circunvecinos de donde, según la carta de Aimé, hacía acudir con frecuencia a las muchachas más jóvenes a las que

llevaba a la ducha. ¡Cómo quedaba ahora todo lo relativo a Balbec atrozmente impregnado de aquel misterio que en tiempos había yo imaginado en aquel país de Balbec y que se había disipado, cuando había yo vivido en él, que después había esperado volver a aprehender al conocer a Albertine, porque, cuando la veía pasar por la playa, cuando estaba lo bastante loco para desear que no fuera virtuosa, pensaba que debía de encarnarlo! Los nombres —Toutainville, Épreville, Incarville— de aquellas estaciones, que habían llegado a ser tan familiares, tan tranquilizadores, cuando los oía por la noche al volver de la casa de los Verdurin, me infundían —al pensar en que Albertine había vivido en una, se había paseado hasta la otra, había podido ir con frecuencia en bicicleta a la tercera — una ansiedad más cruel que la primera vez, en que las veía yo con tanto desasosiego desde el trenecito de vía estrecha, con mi abuela, antes de llegar a Balbec, que aún no conocía.

Una de las virtudes de los celos es la de revelarnos hasta qué punto la realidad de los fenómenos exteriores y los sentimientos del alma son algo desconocido que se presta a mil suposiciones. Creemos saber exactamente las cosas y lo que piensan las personas, por la sencilla razón de que no nos preocupan, pero, en cuanto sentimos el deseo de saber, como le ocurre al celoso, entonces se trata de un caleidoscopio vertiginoso en el que ya no distinguimos nada. ¿Con quién, en qué casa, qué día —aquel en que me había dicho tal cosa, en que, según recordaba, había dicho yo durante el día esto o lo otro— me había engañado Albertine? No lo sabía. Tampoco sabía qué sentía por mí, si estaba inspirado por el interés, por el cariño y, de repente, recordaba determinado incidente insignificante: por ejemplo, que Albertine había querido ir a Saint-Martin-le-Vêtu, porque, según decía, aquel nombre le interesaba y tal vez simplemente por haber conocido allí a alguna campesina, pero de nada servía que Aimé me hubiera comunicado las informaciones de la encargada de las duchas, pues Albertine iba a ignorar eternamente que así había sido, ya que en mi amor a Albertine la necesidad de saber siempre había sido menor que la

necesidad de demostrarle que sabía. Es que así se anulaba entre nosotros la separación de ilusiones diferentes, si bien nunca dio como resultado que me quisiera más, sino al contrario. Ahora bien, desde que había muerto, la segunda de esas necesidades estaba —mira por dónde— amalgamada con el efecto de la primera: imaginar la conversación en la que me habría gustado comunicarle aquello de lo que me había enterado tan acaloradamente como aquella en que le habría preguntado por lo que no sabía, es decir, verla junto a mí, oírla responderme con afabilidad, ver sus mejillas volver a hincharse, sus ojos perder la malicia y cobrar tristeza, es decir, seguir amándola y olvidar la furia de mis celos en la desesperación de mi aislamiento. El doloroso misterio de esa imposibilidad de no hacerle saber nunca aquello de lo que me había enterado y basar nuestras relaciones en la verdad de lo que acababa de descubrir (y que tal vez sólo hubiera podido descubrir porque estaba muerta) substituía el misterio más doloroso de su conducta por su tristeza. ¡Cómo! ¡Haber deseado tanto que Albertine, quien ya no existía, supiese que yo me había enterado de la historia de la sala de las duchas! Era una más de las consecuencias de esa imposibilidad en que nos encontramos, cuando tenemos que reflexionar sobre la muerte, imaginar algo diferente de la vida. Albertine ya no existía, pero para mí era la persona que me había ocultado sus citas con mujeres en Balbec y creía haber logrado ocultármelas. Cuando pensamos en lo que ocurrirá después de nuestra muerte, ¿acaso no proyectamos por error a nosotros mismos vivos en ese momento? ¿Y acaso es mucho más ridículo, en una palabra, lamentar que una mujer que ya no existe ignore que nos hemos enterado de lo que hacía seis años atrás que desear que dentro de un siglo, cuando hayamos muerto, siga hablando el público favorablemente de nosotros mismos? Si bien hay más fundamento real en lo segundo que en lo primero, no por ello dejaban de deberse los pesares de mis celos al mismo error óptico que en los demás hombres el deseo de gloria póstuma. Sin embargo, si bien esa impresión de lo que de solemnemente definitivo había en mi separación de Albertine había

substituido por un momento a la idea de esas faltas, no hacía sino agravarlas, al conferirles un carácter irremediable. Yo me veía perdido en la vida como en una playa ilimitada en la que estaba solo y en la que, siguiera la dirección que siguiese, nunca la encontraría. Por fortuna, encontré muy a propósito en mi memoria —pues siempre hay toda clase de cosas, unas peligrosas, otras saludables, en ese revoltijo en el que los recuerdos sólo se van aclarando uno por uno— y descubrí —como un obrero el objeto que le será útil para lo que quiere hacer— unas palabras de mi abuela. A propósito de una historia inverosímil que la duquesa había contado a la Sra. de Villeparisis, me había dicho: «Es una mujer que debe de tener la enfermedad de la mentira». Aquel recuerdo me resultó de mucha ayuda. ¿Qué alcance podía tener lo que había dicho la encargada de las duchas a Aimé, en vista de que, a fin de cuentas, no había visto nada? Se puede ir a tomar duchas con amigas sin que por ello se deba pensar en malas acciones. Tal vez la encargada de las duchas, para jactarse, exagerara a fin de obtener una mayor propina. Yo había oído a Françoise sostener en cierta ocasión que mi tía Léonie había afirmado delante de ella tener «un millón que gastar al mes», lo que constituía una auténtica locura, y, en otra ocasión, que había visto a mi tía Léonie dar a Eulalie cuatro billetes de mil francos, cuando, en realidad, un billete de cincuenta francos plegado en cuatro me parecía ya poco verosímil, y así buscaba yo y poco a poco logré deshacerme de la dolorosa certidumbre que tanto me había costado adquirir, bamboleándome siempre entre el deseo de saber y el miedo a sufrir. Entonces pudo renacer mi cariño, pero al instante, junto con ella, la tristeza de estar separado de Albertine, con lo que tal vez me sintiera aún más desdichado que en los momentos recientes en los que lo que me torturaba eran los celos, pero éstos renacieron de pronto al pensar en Balbec, por haber vuelto a ver de repente y por casualidad la imagen —que hasta entonces nunca me había hecho sufrir y me parecía incluso una de las más inofensivas de mi memoria— del comedor de Balbec por la noche con toda aquella población amontonada al otro lado de la

vidriera, como delante del cristal iluminado de un acuario, conglomerado en el que se rozaban (nunca se me había ocurrido) las pescadoras y las hijas del pueblo con las pequeñas burguesas envidiosas de aquel lujo nuevo en Balbec —y del que, si no la fortuna, al menos la avaricia y la tradición privaban a sus padres—, entre las cuales estaría, seguro, casi todas las noches Albertine, a la que yo no conocía aún y que tal vez se ligara allí a alguna muchacha con la que se reuniría unos minutos después en la obscuridad, en la arena, o en una cabina abandonada, al pie del acantilado. Después la que renacía era mi tristeza: acababa de oír como una condena al exilio el sonido del ascensor que, en lugar de detenerse en mi piso, seguía subiendo. Sin embargo, la única persona cuya vista podía yo haber deseado nunca más vendría: estaba muerta. Y, aun así, cuando el ascensor se detenía en mi piso, mi corazón palpitaba y por un instante pensaba yo: «¡Si todo esto fuera un simple sueño! Tal vez sea ella, va a llamar, vuelve, Françoise va a entrar a decirme con más espanto que cólera, pues es más supersticiosa aún que vengativa y temería menos a la viva que a la que tal vez considere una resucitada: “El señor nunca adivinaría quién ha venido”». Yo intentaba no pensar en nada, coger un periódico, pero la lectura de aquellos artículos escritos por personas que no sentían un dolor real me resultaba insoportable. Uno decía sobre una canción insignificante: «Dan ganas de *llorar*», mientras que, si Albertine hubiera vivido, yo la habría escuchado con mucha alegría. Otro, pese a ser un gran escritor, por haber sido aclamado al apearse de un tren, decía que había recibido muestras de simpatía *inolvidables*, mientras que yo, si las hubiese recibido, ni siquiera habría pensado un instante en ellas, y un tercero aseguraba que, sin la enojosa política, la vida de París sería «absolutamente deliciosa», mientras que yo sabía perfectamente que, aun sin política, esta vida sólo podía resultarme atroz y me habría parecido deliciosa, aun con política, si hubiera vuelto a ver a Albertine. El cronista cinegético decía (era el mes de mayo): «Esta época es en verdad dolorosa o, mejor dicho, siniestra para el verdadero cazador,

pues no hay nada, absolutamente nada, a lo que disparar», y el cronista del «Salón»: «Ante esa forma de organizar una exposición, sentimos un inmenso desánimo, una tristeza infinita…». Si bien la fuerza de lo que sentía yo me presentaba como mendaces y pálidas las expresiones de quienes no tenían felicidades ni desdichas verdaderas, las líneas más insignificantes que se podían relacionar, por remotamente que fuera, con Normandía o Niza o con los establecimientos hidroterápicos o con la Berma o con la princesa de Guermantes o con el amor o con la ausencia o con la infidelidad, volvían, en cambio, a colocar bruscamente delante de mí, sin que hubiese tenido tiempo de apartarme, la imagen de Albertine y volvía a echarme a llorar. Por lo demás, habitualmente ni siquiera podía leer esos periódicos, pues el simple gesto de abrir uno me recordaba a la vez que hacía otros semejantes cuando vivía Albertine y que ésta ya no vivía; los dejaba caer sin fuerzas para abrirlos hasta el final. Cada una de las impresiones evocaba otra idéntica, pero herida, porque se había suprimido de ella la existencia de Albertine; de modo, que nunca tenía valor para vivir hasta el final aquellos minutos mutilados. Incluso cuando poco a poco fue dejando de estar presente en mi pensamiento y omnipotente en mi corazón, sufría de pronto, si debía entrar —como en la época en que ella estaba allí— en su habitación a buscar luz o a sentarme junto a la pianola. Durante mucho tiempo vivió —dividida en diosecillos familiares— en la llama de la vela, el pomo de la puerta, el respaldo de una silla y otras esferas más inmateriales, como una noche de insomnio o la emoción que me infundía la primera vista de una mujer que me había gustado. Aun así, las pocas frases que mis ojos leían en un día o que mi pensamiento recordaba haber leído me infundían con frecuencia unos celos crueles. Para ello, no necesitaban tanto brindarme un argumento válido a favor de la inmoralidad de las mujeres cuanto devolverme una impresión antigua vinculada con la existencia de Albertine. Entonces, sus faltas, transportadas a un momento olvidado cuya intensidad no había debilitado para mí la costumbre de pensar en ellas y en el que

aún vivía Albertine, cobraban un cariz más cercano, más angustioso, más atroz. Entonces volvía a preguntarme si las revelaciones de la encargada de las duchas eran falsas. Una buena forma de saber la verdad habría sido la de enviar a Aimé a Touraine a pasar unos días cerca de la quinta de la Sra. Bontemps. Si a Albertine le gustaban los placeres que una mujer obtiene con las mujeres, si me había abandonado para no verse privada por más tiempo de ellos, nada más quedar libre debía de haber intentado entregarse a ellos y haberlo logrado en un país que conocía y que, si no hubiera pensado encontrar en él más facilidades que en mi casa, no habría elegido para retirarse. Seguramente nada tenía de extraordinario que la muerte de Albertine hubiera cambiado tan poco mis preocupaciones. Cuando nuestra amante está viva, una gran parte de los pensamientos que constituyen lo que llamamos amor se nos ocurren durante las horas en que no está junto a nosotros. Así, nos acostumbramos a tener de objeto de ensoñación a una persona ausente y que, aunque sólo lo esté unas horas, durante ellas es un simple recuerdo. Por eso, la muerte no cambia gran cosa. Cuando volvió Aimé, le pedí que saliera para Châtellerault y, así, puedo decir que todo aquel año mi vida siguió colmada —no sólo por mis pensamientos, mis tristezas, la emoción que me inspiraba un nombre asociado, por remotamente que fuera, con cierta persona, sino también por todas mis acciones, por las investigaciones que hacía, por el empleo que daba a mi dinero— por un amor, por una auténtica unión y su objeto era una muerta. Se dice a veces que, si una persona era un artista y puso algo de esmero en su obra, puede subsistir algo de ella después de su muerte. Tal vez sea del mismo modo que algo así como un esqueje tomado de una persona y transplantado en el corazón de otra continúa prosiguiendo su propia vida en éste cuando la persona de la que procedía ha perecido.

Aimé fue a alojarse junto a la quinta de la Sra. Bontemps; conoció a una doncella y a un alquilador de automóviles al que Albertine solicitaba uno con frecuencia para pasar todo el día. Aquellas personas no habían notado nada. En una segunda carta,

Aimé me decía haberse enterado por una lavanderita de la ciudad de que Albertine tenía una forma particular de apretarle el brazo, cuando aquélla le llevaba la ropa. *Pero, según decía, aquella señorita nunca le había hecho nada más*. Envié a Aimé el dinero para pagar su viaje, para pagar el daño que acababa de hacerme con su carta, y, sin embargo, yo me esforzaba por curarlo pensando que se trataba de una familiaridad que no demostraba ningún deseo vicioso, cuando recibí un telegrama de Aimé: HE SABIDO LAS COSAS MÁS INTERESANTES. TENGO MUCHAS NOTICIAS PARA EL SEÑOR. SIGUE CARTA. El día siguiente, llegó una carta cuyo sobre bastó para hacerme estremecer; había reconocido que era de Aimé, pues todas las personas, incluso las más humildes, tienen bajo su dependencia esos pequeños seres familiares, a la vez vivos y acostados como con un entumecimiento en el papel: los caracteres de su escritura, que sólo ellos poseen.

> Al principio, la lavanderita no quiso decirme nada, me aseguraba que la Srta. Albertine nunca había hecho otra cosa que pellizcarle el brazo, pero, para hacerla hablar, la llevé a cenar y le di de beber. Entonces me contó que la Srta. Albertine se veía con frecuencia con ella a orillas del Loira, cuando iba a bañarse, que la Srta. Albertine, quien tenía la costumbre de levantarse muy temprano para ir a bañarse, acostumbraba a encontrarse con ella al borde del agua, en un lugar en el que los árboles son tan espesos, que no se ve nada detrás de ellos, aparte de que a esa hora no hay nadie que pueda ver. Luego la lavandera llevaba a sus amiguitas y se bañaban y después, como ya hacía mucho calor allí, incluso bajo los árboles, se quedaban en la ribera para secarse, acariciándose, haciéndose cosquillas, jugando. La lavanderita me confesó que le gustaba mucho divertirse con sus amiguitas y que, al ver a la Srta. Albertine frotarse siempre contra ella con su bata, le había dicho que se la quitara y le hacía caricias con la lengua a lo largo del cuello y los brazos e incluso en la planta de los pies, que la Srta. Albertine le ofrecía. También la lavandera se desnudaba y jugaban a empujarse en el agua. Aquella noche no me dijo nada más, pero, con mi absoluta voluntad de cumplir sus órdenes y dispuesto a hacer cualquier cosa para satisfacerlo, me acosté con la lavanderita. Me preguntó si quería que me hiciera lo que hacía a la Srta. Albertine, cuando ésta se quitaba el traje de baño y añadió: (Si

> hubiese usted visto cómo se agitaba, aquella señorita, y me decía: (¡Ah! Me haces sentirme en la gloria), y estaba tan nerviosa, que no podía por menos de morderme). Vi aún la señal en el brazo de la lavanderita y comprendo el placer de la Srta. Albertine, pues esa chiquilla es muy hábil, la verdad.

Yo había sufrido mucho en Balbec cuando Albertine me había explicado su amistad con la Srta. Vinteuil, pero entonces estaba allí Albertine para consolarme. Después, cuando, por haber intentado demasiado conocer las acciones de Albertine, había logrado que se marchara de mi casa, cuando Françoise me había anunciado que ya no estaba y me había encontrado solo, había sufrido más, pero al menos la Albertine a la que había yo amado seguía dentro de mi corazón. Ahora, en su lugar —para castigarme por haber llevado demasiado lejos una curiosidad a la que, contrariamente a lo que había supuesto, la muerte no había puesto fin— con lo que me encontraba era con una muchacha diferente, que multiplicaba las mentiras y los engaños, mientras que la otra me había tranquilizado con tanta dulzura al jurarme no haber conocido nunca aquellos placeres, que, con la embriaguez de su libertad recuperada, había ido a saborear hasta el desmayo, hasta morder a aquella lavanderita con la que se reunía a la salida del sol, a orillas del Loira, y a la que decía: «Me haces sentirme en la gloria». Era una Albertine diferente, no sólo en el sentido en que entendemos esta palabra, cuando se refiere a los demás. Si los demás son distintos de lo que hemos creído, como esa diferencia no nos atañe profundamente y el péndulo de la intuición sólo puede proyectar hacia fuera una oscilación igual a la que ha ejecutado en el sentido interior, situamos esas diferencias en regiones superficiales de ellos. En tiempos, cuando yo me enteraba de que a una mujer le gustaban las mujeres, no por ello me parecía una mujer diferente, con una esencia particular, pero, si se trata de una mujer a la que amamos, para librarnos del dolor que sentimos ante la idea de que así pueda ser, intentamos saber no sólo lo que ha hecho, sino también lo que sentía al hacerlo, qué idea tenía de lo que hacía; entonces,

descendiendo cada vez más por la profundidad del dolor, alcanzamos el misterio, la esencia. Yo sufría hasta el fondo de mí mismo, incluso en el cuerpo, en el corazón, mucho más de lo que me habría hecho sufrir el miedo a perder la vida, por aquella curiosidad en la que colaboraban todas las fuerzas de mi inteligencia y mi inconsciente y así, en las profundidades mismas de Albertine, proyectaba ahora todo lo que averiguaba sobre ella. Y el dolor que había hecho penetrar, así, en mí hasta semejante profundidad la realidad del vicio de Albertine me prestó mucho más adelante un último servicio. El daño que me había hecho Albertine, como el que yo había hecho a mi abuela, fue un último vínculo entre ella y yo y que sobrevivió incluso al recuerdo, pues, con la conservación de energía con la que cuenta todo lo físico, el sufrimiento ni siquiera necesita las lecciones de la memoria: así, un hombre que ha olvidado las hermosas noches pasadas a la luz de la luna en los bosques sufre aún el reúma que pescó en ellos.

Aquellas inclinaciones que ella negaba y tenía y cuyo descubrimiento por mi parte no se debía a un frío razonamiento, sino al intenso dolor sentido al leer estas palabras: «Me haces sentirme en la gloria», y que les atribuía una particularidad cualitativa, no se añadían sólo a la imagen de Albertine como se añade al ermitaño la concha nueva que arrastra tras sí, sino mucho más como una sal que entra en contacto con otra sal y cambia su color y más aún: su naturaleza. Cuando la lavanderita debía de haber dicho a sus amiguitas: «Fijaos, yo no lo habría creído, pero la señorita “entiende” también», para mí no era sólo un vicio primero insospechado por ellas y que añadían a la persona de Albertine, sino también el descubrimiento de que era otra persona, una persona como ellas, que hablaba la misma lengua, lo que, al hacerla compatriota de otras, me la volvía aún más ajena para mí, demostraba que lo que yo había recibido de ella, lo que llevaba en el corazón, era sólo un poquito de ella y que el resto, que cobraba tanta extensión por no ser sólo esa cosa ya tan misteriosamente importante, un deseo individual, sino también por ser común a otras,

me lo había ocultado siempre, me había mantenido aparte, como una mujer que me hubiese ocultado que era de un país enemigo y espía e incluso hubiese actuado más traicioneramente aún que una espía, pues ésta sólo engaña sobre su nacionalidad, mientras que Albertine lo hacía sobre su humanidad más profunda, sobre lo que no pertenecía a la humanidad común, sino a una raza extraña que se mezcla con ella, se oculta en ella y nunca se funde con ella. Precisamente había visto yo dos cuadros de Elstir en los que en un paisaje frondoso aparecen mujeres desnudas. En uno de ellos, una de las muchachas alza el pie, como Albertine debía de hacerlo, cuando se lo ofrecía a la lavandera. Con el otro empuja al agua a la otra muchacha que se resiste, alegre, con el muslo alzado y el pie apenas sumergido en el agua azul. Ahora recordaba yo que, así alzado, el muslo formaba el mismo meandro de cuello de cisne con el ángulo de la rodilla que el que formaba la caída del muslo de Albertine, cuando estaba a mi lado en la cama, y con frecuencia había querido yo decirle que me recordaba a aquellos cuadros, pero no lo había hecho para no despertar en ella la imagen de cuerpos desnudos de mujeres. Ahora la veía yo junto a la lavandera y sus amigas recomponer el grupo que tanto me había gustado cuando estaba sentado en medio de las amigas de Albertine en Balbec, y, si hubiera sido exclusivamente un aficionado sensible a la belleza, habría reconocido que Albertine lo recomponía mil veces más hermoso, ahora que sus elementos eran las estatuas desnudas de diosas como las que los grandes escultores diseminaban en Versalles bajo los bosquecillos o daban en los estanques a lavar y a bruñir con las caricias del agua. Ahora, junto a la lavandera, la veía yo como una muchacha al borde del agua, con su doble desnudez de mármoles femeninos, en medio de las tufaradas, de las vegetaciones, y sumergidas en el agua como bajorrelieves náuticos. Al recordar que Albertine estaba sobre mi cama, creía ver su muslo curvado, lo veía, era un cuello de cisne, buscaba la boca de la otra muchacha. Entonces yo no veía siquiera un muslo, sino el atrevido cuello de un cisne, como el que en un estudio estremecido busca la

boca de una Leda que vemos con toda la palpitación específica del placer femenino, porque sólo hay un cisne y parece más sola, así como descubrimos en el teléfono las inflexiones de una voz que no distinguimos, mientras no esté disociada de un rostro en el que objetivamos su expresión. En ese estudio, el placer, en lugar de ir hacia la mujer que lo inspira y que está ausente, substituida por un cisne inerte, se concentra en la que lo siente. A veces se interrumpía la comunicación entre mi corazón y mi memoria. Lo que Albertine había hecho con la lavandera ya sólo me lo indicaban abreviaciones casi algebraicas, que nada significaban ya para mí, pero cien veces por hora se restablecía la corriente interrumpida y mi corazón ardía sin piedad con un fuego del infierno, mientras veía a Albertine resucitada por mis celos, viva de verdad, ponerse rígida con las caricias de la lavanderita, a la que decía: «Me haces sentirme en la gloria». Como estaba viva en el momento en el que cometía su falta, es decir, en el momento en que me encontraba yo mismo, no me bastaba con conocer dicha falta, me habría gustado que ella lo supiera. Por eso, si bien en aquellos momentos lamentaba que no volvería a verla, esa pena llevaba la marca de mis celos y, por ser muy diferente de la —desgarradora— de los momentos en que la amaba, era la de no poder decirle: «Tú creías que no me enteraría nunca de lo que hiciste después de separarte de mí, pero, mira, lo sé todo: a la lavandera al borde del Loira le decías: “Me haces sentirme en la gloria”, y he visto el mordisco que le diste». Desde luego, yo pensaba: «¿Por qué he de atormentarme? La que recibió placer con la lavandera ya no existe, por lo que no era una persona cuyas acciones conserven valor. Ella no piensa que yo lo sé, pero tampoco que no sé, puesto que no piensa». Pero ese razonamiento me convencía menos que la vista de su placer, que me remitía al momento en que ella lo había sentido. Lo que sentimos existe sólo para nosotros y lo proyectamos en el pasado, en el futuro, sin dejarnos detener por las barreras ficticias de la muerte. Si bien mi pena por que hubiera muerto sufría en aquellos momentos la influencia de mis celos y cobraba aquella

forma tan particular, aquella influencia se extendió, naturalmente, a mis sueños de ocultismo, de inmortalidad, que eran un simple esfuerzo para intentar realizar lo que deseaba. Por eso, en aquellos momentos, si hubiese podido evocarla haciendo girar una mesa, como en tiempos lo consideraba posible Bergotte, o encontrándomela en el otro mundo, como pensaba el padre X***, sólo lo habría deseado para repetirle: «Lo sé por la lavandera. Tú decías: “Me haces sentirme en la gloria”; y he visto el mordisco que le diste». Lo que vino en mi ayuda contra aquella imagen de la lavandera fue —cuando hubo durado un poco, desde luego— aquella imagen misma, porque sólo conocemos de verdad lo nuevo, lo que introduce bruscamente en nuestra sensibilidad un cambio de tono que nos sorprende, lo que la costumbre no ha substituido aún por sus pálidos facsímiles, pero sobre todo aquel fraccionamiento de Albertine en numerosas partes, en numerosas Albertines, era su modo de existencia en mí. Volvieron momentos en que ella había sido buena o inteligente o seria o incluso amante sobre todo de los deportes. ¿Y acaso no era lógico que aquel fraccionamiento me calmara? Pues, si bien no era en sí algo real, si se debía a la forma sucesiva de las horas en que se me había presentado ella, forma que permanecía sola en mi memoria, como la curvatura de las proyecciones de mi linterna mágica se debía a la curvatura de los cristales coloreados, ¿acaso no representaba a su modo una verdad muy objetiva, a saber, que cada uno de nosotros no es uno, sino que contiene numerosas personas todas las cuales no tienen el mismo valor moral y que, si bien había existido la Albertine viciosa, no por ello dejaba de poder haber habido otras, aquella a la que le gustaba charlar conmigo sobre Saint-Simon en su habitación, la que la noche en que le había dicho yo que debíamos separarnos había comentado con tanta tristeza: «Esta pianola, esta habitación, pensar que no voy a volver a ver nunca todo esto», y, cuando había visto la emoción que mi mentira había acabado infundiéndome, había exclamado: «¡Oh, no! Cualquier cosa, menos causarte pena; de acuerdo, no intentaré volver a verte»? Entonces dejé de estar solo:

sentí que desaparecía aquel tabique que nos separaba. Puesto que había vuelto aquella Albertine buena, había yo recuperado a la única persona a la que podía pedir el antídoto de los sufrimientos que Albertine me causaba. Cierto es que yo seguía deseando hablarle de la historia de la lavandera, pero ya no al modo de un cruel triunfo y para mostrarle aviesamente que lo sabía. Como habría hecho, si Albertine hubiese estado viva, le pregunté con cariño si era verdad la historia de la lavandera. Me juró que no, que Aimé no era veraz y que, como quería parecer que se había ganado con creces el dinero que yo le había dado, no había querido volver con las manos vacías y había hecho decir lo que él quería a la lavandera. Seguramente Albertine no había cesado de mentirme. Sin embargo, yo tenía la sensación de que en el flujo y reflujo de sus contradicciones había habido cierta progresión debida a mí. No habría jurado que ella no me hubiera hecho confidencias al comienzo (tal vez —cierto es— involuntarias, en una frase que se le escapara): ya no lo recordaba. Y, además, tenía unas formas tan extrañas de llamar a ciertas cosas, que podían significar «sí» o «no», pero la sensación que había tenido de mis celos la había movido después a retractarse con horror de lo que al principio había confesado de buen grado. Por lo demás, Albertine ni siquiera necesitaba decirme eso. Para estar convencido de su inocencia, me bastaba con abrazarla y, en vista de que había caído el tabique que nos separaba, semejante al —impalpable y resistente— que, después de una riña, se eleva entre dos enamorados y contra el cual chocarían los besos, podía hacerlo. No, no necesitaba decirme nada. Que hubiera hecho lo que hubiese querido, la pobrecilla: había sentimientos que, por encima de lo que nos dividía, podían unirnos. Si la historia era verdadera y si Albertine me había ocultado sus inclinaciones, era para no causarme pena. Me encantó oírselo decir a aquella Albertine. Por lo demás, ¿acaso había conocido jamás a otra? Las dos mayores causas de errores en nuestras relaciones con otra persona son tener buen corazón o amarla. Amamos por una sonrisa, por una mirada, por un hombro. Con eso basta, por lo que en las largas horas de esperanza o

tristeza fabricamos a una persona, componemos un carácter y, cuando más adelante frecuentamos a la persona amada, podemos tan poco —sean cuales fueren las crueldades ante las que nos encontremos— suprimir ese buen carácter, esa naturaleza de mujer que nos ama, a la persona que tiene semejante mirada, semejante hombro, como privar de su primer rostro, cuando es vieja, a una persona que conocemos desde su juventud. Evoqué la hermosa mirada, buena y piadosa, de aquella Albertine, sus gruesas mejillas, su cuello con grandes granos. Era la imagen de una muerta, pero, como vivía, me resultó cómodo hacer inmediatamente lo que habría hecho sin falta, si hubiera estado viva junto a mí (lo que haría, si alguna vez hubiera de volver a encontrármela en otra vida): la perdoné.

Los instantes que había vivido junto a aquella Albertine me resultaban tan preciosos, que me habría gustado no dejar escapar ninguno. Ahora bien, a veces, así como se recuperan las migajas de una fortuna disipada, volvía a encontrar algunos que habían parecido perdidos: al anudar un pañuelo en torno a mi cuello, en lugar de colocármelo por delante, recordé un paseo en el que no había vuelto a pensar nunca y en el que, para que el aire frío no pudiera llegarme a la garganta, Albertine me lo había dispuesto de ese modo, después de haberme besado. Aquel paseo tan sencillo, devuelto a mi memoria por un gesto tan humilde, me dio el placer de esos objetos íntimos que han pertenecido a una muerta querida, tan caros para nosotros, y que nos trae su anciana doncella; mi pena resultaba tanto más intensificada cuanto que nunca había vuelto a pensar en aquel pañuelo.

Ahora Albertine, suelta de nuevo, había reanudado su vuelo; hombres y mujeres la seguían. Vivía en mí. Yo me daba cuenta de que aquel gran amor prolongado por Albertine era como la sombra del sentimiento que había abrigado para con ella, reproducía sus diversos elementos y obedecía a las mismas leyes que la realidad sentimental que reflejaba, más allá de la muerte, pues tenía yo la sensación muy clara de que, si bien podía dejar algún intervalo entre

mis pensamientos sobre Albertine, si hubieran sido demasiados, habría dejado de amarla; con ese corte se me habría vuelto indiferente, como me resultaba ahora mi abuela. Demasiado tiempo transcurrido sin pensar en ella habría roto en mi recuerdo la continuidad que es el principio mismo de la vida, si bien se puede reanudar al cabo de cierto intervalo temporal. ¿Acaso no había sido así con mi amor por Albertine, cuando vivía, que había podido reanudarse después de un intervalo bastante largo durante el cual no había yo pensado en ella? Ahora bien, mi recuerdo debía obedecer a las mismas leyes, no poder soportar más largos intervalos, pues lo único que hacía —como una aurora boreal— era reflejar después de la muerte de Albertine el sentimiento que yo había abrigado para con ella: era como la sombra de mi amor.

Otras veces mi pena cobraba tantas formas, que a veces yo ya no la reconocía; yo deseaba tener un gran amor, quería buscar a una persona que viviese junto a mí, me parecía la señal de que ya no amaba a Albertine, cuando, en realidad, era la de que seguía amándola, pues esa necesidad de sentir un gran amor era tan sólo —como la de besar las gruesas mejillas de Albertine— una parte de mi pena. Cuando la hubiera olvidado, podría parecerme más sensato, más feliz, vivir sin amor. Así, la añoranza de Albertine, por ser la que hacía nacer en mí la necesidad de una hermana, la volvía insaciable y, a medida que se debilitara, la necesidad de una hermana, que no era sino una forma inconsciente, resultaría menos imperiosa y, sin embargo, aquellos dos restos de mi amor no siguieron, en su disminución, una marcha igualmente rápida. Había horas en las que estaba decidido a casarme, de tanto como el primero sufría un profundo eclipse, mientras que el segundo, al contrario, conservaba una gran fuerza, y, en cambio, más adelante, cuando ya se habían apagado mis recuerdos celosos, a veces volvía a subirme de repente hasta el corazón el cariño a Albertine y entonces, al pensar en mis amores a otras mujeres, me decía que ella los habría entendido y compartido y su vicio se volvía como un motivo de amor. A veces mis celos renacían en momentos en que

ya no me acordaba de Albertine, aunque de ella fuera de quien entonces me sentía celoso. Creía estarlo de Andrée, a propósito de la cual me habían hablado de una aventura que estaba viviendo, pero Andrée tan sólo era para mí un testaferro, un camino de enlace, una toma de corriente que me unía indirectamente con Albertine. Así, en sueños atribuimos otro rostro, otro nombre, a una persona, pese a que no nos equivocamos sobre su identidad profunda. En una palabra, pese a los flujos y reflujos que contrariaban en esos casos particulares aquella ley general, los sentimientos que me había dejado Albertine se resistieron más a morir que el recuerdo de su causa primera y no sólo los sentimientos, sino también las sensaciones. Diferente a ese respecto de Swann, quien, cuando había empezado a dejar de amar a Odette, ni siquiera había podido ya recrear en sí la sensación de su amor, yo me sentía reviviendo aún un pasado que ya no era sino la historia de otro; mientras que la extremidad superior de mi yo, en cierto modo dividido en dos partes, estaba ya dura y fría, seguía ardiendo en su base siempre que una chispa hacía pasar por ella la antigua corriente, incluso cuando hacía mucho que mi entendimiento había dejado de concebir a Albertine, y, como ninguna imagen de ella acompañaba las crueles palpitaciones que la suplían, las lágrimas que provocaba en mis ojos un viento frío que soplaba como en Balbec sobre los manzanos ya rosados, llegaba a preguntarme si no se debería el renacimiento de mi dolor a causas totalmente patológicas y si lo que yo tomaba por la reviviscencia de un recuerdo y el último período de un amor no sería más bien el comienzo de una enfermedad del corazón.

En ciertas afecciones hay accidentes secundarios que el enfermo se muestra demasiado proclive a confundir con la enfermedad misma. Cuando cesan, lo asombra encontrarse menos alejado de la curación de lo que había creído. Así había sido el sufrimiento causado —la «complicación» ocasionada— por las cartas de Aimé sobre el establecimiento de las duchas y las lavanderas, pero un médico del alma que me hubiese visitado

habría concluido que, en lo demás, mi propia pena iba mejorando. Seguramente en mí, como yo era un hombre, uno de esos seres anfibios que están simultáneamente sumergidos en el pasado y en la realidad actual, existía una contradicción entre el recuerdo vivo de Albertine y el conocimiento que tenía de su muerte, pero esa contradicción era en cierto modo la inversa de la de otro tiempo. La idea de que Albertine había muerto —y que en los primeros tiempos venía a combatir tan furiosamente en mí la idea de que estaba viva, que me veía obligado a escapar de ella, como los niños a la llegada de la ola, gracias incluso a esos asaltos incesantes— había acabado conquistando en mí el puesto que hasta hacía poco ocupaba la idea de su vida. Sin que me diese cuenta, en aquel momento esa idea de la muerte de Albertine —y no ya el recuerdo presente de su vida— era lo que constituía en gran parte el fondo de mis ensoñaciones inconscientes; de modo, que, si las interrumpía de repente para reflexionar sobre mí mismo, lo que me causaba asombro no era, como en los primeros días, que Albertine, tan viva en mí, pudiese no existir más en la Tierra, pudiera estar muerta, hubiese permanecido tan viva en mí. Revestido, como una mampostería, con la contigüidad de los recuerdos que se siguen uno a otro, el negro túnel bajo el cual soñaba despierto mi pensamiento desde hacía demasiado tiempo para que le prestara atención siquiera se interrumpía bruscamente con un intervalo de sol, que acunaba a lo lejos un universo sonriente y azul, en el que Albertine ya no era sino un recuerdo indiferente y lleno de encanto. ¿Será ésa —me decía yo— la verdadera? ¿O lo era la persona que, en la obscuridad por la que avanzaba yo desde hacía tanto tiempo, me parecía la única realidad? Algo así como una multiplicación de mí mismo me hacía parecer el personaje que había sido yo hacía tan poco tiempo aún y que vivía exclusivamente en la perpetua espera del momento en que Albertine vendría a darle las buenas noches y besarlo como una parte débil ya y a medias despojada de mí y, como una flor que se entreabre, sentía yo el frescor rejuvenecedor de una exfoliación. Por lo demás, aquellas breves

iluminaciones tal vez contribuyeran precisamente a hacerme tomar mayor conciencia de mi amor por Albertine, como ocurre con todas las ideas demasiado constantes, que necesitan una oposición para afirmarse. Quienes vivieron durante la guerra de 1870, por ejemplo, dicen que la idea de la guerra había acabado pareciéndoles natural —no porque no pensaran demasiado en ella, sino— porque no dejaban de hacerlo y, para entender hasta qué punto es la guerra un fenómeno extraño y considerable, era necesario que, al distraerlos algo de su obsesión permanente, olvidaran por un instante que la guerra reinaba, se encontrasen semejantes a lo que eran cuando había paz, hasta que de repente sobre ese vacío momentáneo se destacara, por fin nítida, la realidad monstruosa que desde hacía mucho habían dejado de ver, al no ver otra cosa.

Si al menos aquella retirada en mí de los diferentes recuerdos de Albertine no se hubiera hecho por etapas, sino simultánea y parejamente, de frente, en toda la línea de la memoria, el olvido —al alejarse los recuerdos de sus traiciones al mismo tiempo que los de su dulzura— me habría brindado sosiego, pero no fue así. Como en una playa en la que la marea baja de forma irregular, me sentía asaltado por el mordisco de una de mis sospechas, cuando ya la imagen de su dulce presencia se había retirado demasiado lejos de mí para poder brindarme su remedio. Las traiciones me habían hecho sufrir porque, por lejano que fuera el año en que hubiesen sucedido, para mí no eran antiguas, pero me hicieron sufrir menos cuando llegaron a serlo, es decir, cuando me las imaginé con menos intensidad, pues el alejamiento de algo está más en proporción con la capacidad visual de la memoria que contempla que con la distancia real de los días transcurridos, como el recuerdo de un sueño de la noche pasada, que, con su imprecisión y su desdibujamiento, puede parecernos más lejano que un suceso que data de varios años atrás. Ahora bien, aunque la idea de la muerte de Albertine fuera logrando avances en mí, el reflujo de la sensación de que estaba viva, aunque no los detenía, los contrarrestaba e impedía que fueran regulares y ahora me doy cuenta de que,

durante aquel período (seguramente por aquel olvido de las horas en que había estado enclaustrada en mi casa y que, a fuerza de borrar en ella el sufrimiento de las faltas que me parecían casi indiferentes, porque sabía que no las cometía, habían llegado a ser como otras tantas pruebas de inocencia), tuve el martirio de vivir habitualmente con una idea tan nueva como la de que Albertine había muerto (hasta entonces yo partía siempre de la idea de que estaba viva), con una idea que me habría parecido igualmente imposible de soportar y que, sin que lo advirtiera, al ir formando poco a poco el fondo de mi conciencia, substituía a la idea de que Albertine era inocente: la de que era culpable. Cuando creía dudar de ella, creía, al contrario, en ella; asimismo, tomé como punto de partida de mis otras ideas, la certidumbre —con frecuencia desmentida, como lo había sido la idea contraria— de su culpabilidad, al tiempo que me imaginaba seguir dudando. Debí de sufrir mucho durante aquel período, pero comprendo que había de ser así. Sólo curamos de un sufrimiento a condición de sentirlo plenamente. Al proteger a Albertine de todo contacto, al hacerme la falsa ilusión de que era inocente, como también, más adelante, al tomar como base de mis razonamientos la idea de que vivía, no hacía sino retrasar la hora de la curación, porque retrasaba las largas horas que debían transcurrir antes del fin de los sufrimientos necesarios. Ahora bien, cuando la costumbre ejerciera su dominio sobre esa idea de la culpabilidad de Albertine, lo haría siguiendo las mismas leyes que yo había experimentado durante mi vida. Así como el nombre de Guermantes había perdido el significado y el encanto de un camino bordeado de nenúfares y de la vidriera de Gilberto el Malvado; la presencia de Albertine, los de las ondulaciones azules del mar; y los nombres de Swann, del ascensorista, de la princesa de Guermantes y de tantos otros, todo lo que habían significado para mí, pues dichos encanto y significado dejaban en mí una simple palabra que —como alguien que, para capacitar a un sirviente, le da las instrucciones y unas semanas después se retira— les parecía demasiado grande para vivir por sí

sola, así también la dolorosa fuerza de la culpabilidad de Albertine sería expulsada de mí por la costumbre. Por lo demás, hasta entonces, como durante un ataque por dos flancos a la vez, en esa acción de la costumbre dos aliados se prestarían ayuda recíproca. Precisamente porque aquella idea de la culpabilidad de Albertine llegaría a ser para mí más probable, más habitual, resultaría menos dolorosa, pero, por otra parte, por serlo menos, las objeciones puestas a su certeza y que inspiraba a mi inteligencia exclusivamente mi deseo de no sufrir demasiado decaerían una tras otra y, con cada acción que precipitara la otra, yo pasaría rápidamente de la certeza de la inocencia de Albertine a la de su culpabilidad. Tenía yo que vivir con la idea de la muerte de Albertine, con la idea de sus faltas, para que dichas ideas llegaran a serme habituales, es decir, para que pudiera olvidarlas y con ello también —por fin— a la propia Albertine.

Aún no había llegado a eso. Unas veces era mi memoria, que aguzaba una excitación intelectual —por ejemplo, una lectura—, la que renovaba mi pena; otras veces era, al contrario, mi pena, provocada, por ejemplo, por la angustia de un tiempo tormentoso, la que hacía subir más, más cerca de la luz, algún recuerdo de nuestro amor. Por lo demás, aquellas recuperaciones de mi amor por la Albertine muerta podían producirse después de un intervalo de indiferencia sembrado de otras curiosidades, como —tras el largo intervalo que había comenzado después del beso rechazado de Balbec y durante el cual yo me había interesado mucho más por la Sra. de Guermantes, por Andrée, por la Srta. de Stermaria— se había reanudado cuando había empezado de nuevo a verla con frecuencia. Ahora bien, incluso entonces preocupaciones diferentes podían precipitar una separación —con una muerta, esta vez— en la que me resultaba más indiferente. Todo ello por la misma razón: la de que para mí estaba viva. E incluso más adelante, cuando la quería menos, siguió siendo para mí uno de esos deseos de los que nos cansamos en seguida, pero que se reanudan, cuando los hemos dejado descansar un tiempo. Perseguía a una viva y luego a

otra y después volvía con mi muerta. Con frecuencia era en las partes más obscuras de mí mismo, cuando ya no podía hacerme una idea clara de Albertine, en las que un nombre acudía por casualidad a provocar en mí reacciones dolorosas que yo ya no consideraba posibles, como esos moribundos en los que el cerebro ha dejado de pensar y hacen contraer uno de sus miembros pinchándolo con una aguja. Y, durante largos períodos, esas excitaciones se me producían tan raras veces, que pasaba yo a buscar por mí mismo las ocasiones de una pena, de un ataque de celos, para intentar apegarme al pasado, para recordarla mejor, pues, como la añoranza de una mujer es la simple reviviscencia de un amor y sigue sometida a las mismas leyes que éste, la intensidad de la mía aumentaba con las causas que en vida de Albertine habrían aumentado mi amor por ella y en cuya primera fila habían figurado siempre los celos y el dolor, pero lo más frecuente era que aquellas ocasiones —pues una enfermedad, una guerra, pueden durar mucho más de lo que la sensatez más previsora había imaginado— nacían sin que yo lo supiera y me causaban choques tan violentos, que pensaba mucho más en protegerme contra el sufrimiento que en solicitarles un recuerdo.

Por lo demás, no hacía falta que una palabra —como, por ejemplo, Chaumont (e incluso una sílaba común a dos nombres diferentes bastaba a mi memoria —como a un electricista que se contenta con el menor cuerpo buen conductor— para restablecer el contacto entre Albertine y mi corazón)— se refiriera a una sospecha para que la despertara, para ser la contraseña, el mágico Sésamo, que entreabría la puerta de un pasado ya vano, porque, de tanto haberlo visto, había dejado, literalmente, de poseerlo, me había visto privado de él, había creído que mediante esa ablación había cambiado mi propia personalidad en su forma, como una figura que perdiera, junto con un ángulo, un lado; ciertas frases, por ejemplo, en las que figuraba el nombre de una calle, de un camino por el que Albertine podía haber pasado, bastaban para encarnar unos celos virtuales, inexistentes, en busca de un cuerpo, de una morada, de

alguna fijación material, de alguna realización particular. Con frecuencia era simplemente durante el sueño cuando esas «reanudaciones», esos *da capo* del sueño, que pasaban de una vez varias páginas de la memoria, varias hojas del calendario, me hacían volver, retroceder, hasta una impresión dolorosa, pero antigua, que desde hacía mucho había cedido el lugar a otras y volvía a estar presente. Por lo general, iba acompañada de toda una puesta en escena torpe, pero sorprendente, que, al crearme una falsa ilusión, ponía ante mis ojos, hacía oír a mis oídos, lo que en adelante databa de aquella noche. Por lo demás, ¿acaso no ocupa el sueño, en la historia de un amor y sus luchas contra el olvido, un lugar mayor incluso que la víspera, al no tener en cuenta las divisiones infinitesimales del tiempo, suprimir las transiciones, oponer los grandes contrastes, deshacer en un instante la labor de consuelo tan lentamente elaborado durante el día y facilitarnos, por la noche, un encuentro con aquella a la que habríamos acabado olvidando, si bien con la condición de no volver a verla? Pues, digan lo que digan, en sueños podemos tener perfectamente la impresión de que lo que en ellos ocurre es real. Sólo resultaría imposible por razones procedentes de nuestra experiencia de la víspera y que en ese momento se nos oculta. De modo, que esa vida inverosímil nos parece verdadera. A veces, por un defecto de la iluminación interior, que hacía desaparecer, traidor, el cuarto, al infundirme mis recuerdos, bien escenificados, una falsa ilusión de vida, creía en verdad haber dado una cita a Albertine, volver a encontrarla, pero entonces me sentía incapaz de dirigirme hacia ella, de proferir las palabras que quería decirle, de encender de nuevo, para verla, el candelabro que se había apagado: imposibilidades que eran simplemente en mi sueño la inmovilidad, el mutismo, la ceguera del durmiente, así como vemos bruscamente, en la proyección defectuosa de una linterna mágica, una gran sombra —la de la linterna misma o la del operador, debería estar oculta— borrar la silueta de los personajes. Otras veces, Albertine se encontraba en mi sueño y quería de nuevo abandonarme, sin que su resolución

lograra emocionarme. Es que de mi memoria había podido filtrarse en la obscuridad de mi sueño un rayo avisador y lo que —alojado en Albertine— quitaba a sus actos futuros, a la marcha que anunciaba, toda importancia era la idea de que estaba muerta, pero ese recuerdo, con frecuencia más claro incluso, de que Albertine estaba muerta se combinaba, sin destruirla, con la sensación de que estaba viva. Mientras yo hablaba con ella, mi abuela iba y venía en el fondo de la habitación. Una parte de su barbilla había caído hecha añicos como un mármol roído, pero no me parecía nada extraordinario. Decía yo a Albertine que tenía preguntas que hacerle sobre el establecimiento de las duchas de Balbec y cierta lavandera de Turena, pero lo dejaba para más adelante, puesto que disponíamos de todo el tiempo del mundo y nada apremiaba. Me juraba que no hacía nada malo y que la víspera simplemente había besado en los labios a la Srta. Vinteuil. «¡Cómo! ¿Está aquí?». «Sí y, además, ya es hora de despedirme de ti, pues tengo que ir a verla ahora». Y, como desde que Albertine había muerto yo ya no la tenía presa en mi casa, como en los últimos tiempos de su vida, su visita a la Srta. Vinteuil me inquietaba. Yo no quería transparentarlo, Albertine me decía que lo único que había hecho había sido besarla, pero debía de empezar de nuevo a mentir, como en la época en que lo negaba todo. En aquella ocasión probablemente no se contentaría sólo con besar a la Srta. Vinteuil. Seguramente, desde cierto punto de vista yo no tenía motivos para inquietarme así, ya que, según dicen, los muertos no pueden sentir nada, hacer nada. Eso dicen, pero eso no impedía que mi abuela, que estaba muerta, siguiera viviendo desde hacía varios años y en aquel momento iba y venía por la habitación y seguramente, una vez que me hubiese yo despertado, aquella idea de una muerta que seguía viviendo debería haberme resultado tan imposible de entender como de explicar, pero la había concebido ya tantas veces, a lo largo de aquellos pasajeros períodos de locura que son nuestros sueños, que había acabado familiarizándome con ella; la memoria de los sueños puede volverse duradera, si se repiten con bastante frecuencia, y me imagino que,

aunque hoy esté curado y haya recuperado la cordura, aquel hombre que, para explicar a unos visitantes de un hospital de alienados que él, por su parte, no había perdido la razón, pese a lo que afirmaba el doctor, avisaba con su sana mentalidad sobre las locas quimeras de cada uno de los enfermos y concluía así: «Así, el que tiene un aspecto parecido al de todo el mundo no les parecía loco, pero lo está, porque se cree Jesucristo, cosa imposible, ¡porque Jesucristo soy yo!», debe de comprender un poco mejor que los demás lo que quería decir durante un período —pese a ser ya cosa del pasado— de su vida mental. Y, mucho después de que hubiera acabado mi sueño, yo seguía atormentado por aquel beso que, según me había dicho con palabras que me parecía oír aún —y, en efecto, debían de haber pasado muy cerca de mis oídos, ya que había sido yo mismo quien las había pronunciado—, había dado Albertine. Durante todo el día seguía hablando con Albertine, preguntándole, la perdonaba, reparaba el olvido de cosas que siempre había querido decirle, mientras vivía, y de repente me sentía aterrado al pensar que ninguna realidad correspondía ya a la persona evocada por la memoria, a quien se dirigían todas aquellas palabras, que estaban destruidas las diferentes partes del rostro a las que tan sólo el empuje continuo de la voluntad de vivir, hoy aniquilada, había atribuido la unidad de una persona. Otras veces, sin haber soñado, en cuanto me despertaba, sentía que el viento había cambiado de dirección en mí; soplaba frío y constante en otra dirección procedente del fondo del pasado y me traía el repique de horas lejanas, pitidos de partida que yo no solía oír. Un día intenté tomar un libro, una novela de Bergotte que me había gustado muy en particular. Sus simpáticos personajes me gustaban mucho y, tras recuperar en seguida el encanto del libro, empecé a desear, como un placer personal, que la mujer mala fuera castigada; se me humedecieron los ojos cuando se materializó la felicidad de los dos prometidos. «Pero entonces», exclamé con desesperación, «¡de que yo conceda tanta importancia a lo que Albertine pudo haber hecho no puedo sacar la conclusión de que su personalidad es algo real

que no se puede abolir, que un día volveré a encontrar tal cual en el cielo, si tanto deseo, con tanta impaciencia espero, con lágrimas acojo, el éxito de una persona que sólo ha existido en la imaginación de Bergotte, a quien nunca he visto y cuyo rostro tengo libertad para imaginarme como me plazca!». Por lo demás, en aquella novela había muchachas seductoras, correspondencias amorosas, alamedas desiertas para concertar citas, lo que me recordaba que se puede amar clandestinamente y despertaba mis celos, como si Albertine hubiera podido pasearse aún por alamedas desiertas, y también aparecía en ella un hombre que volvía a ver, al cabo de cincuenta años, a una mujer a quien había amado de joven, no la reconocía y se aburría junto a ella, cosa que me recordaba que el amor no dura para siempre y me trastornaba, como si estuviera yo destinado a estar separado de Albertine y a volver a verla con indiferencia en mi vejez. Y, si veía un mapa de Francia, mis aterrados ojos se las arreglaban para no reconocer Turena a fin de no inspirarme celos ni —para no hacerme sufrir— la Normandía en que estaban marcadas al menos Balbec y Doncières, entre las cuales situaba yo todos aquellos caminos que habíamos recorrido tantas veces juntos. En medio de otros nombres de ciudades y pueblos de Francia, que eran simplemente visibles o audibles, el de Tours, por ejemplo, parecía compuesto de forma diferente, no ya por imágenes inmateriales, sino por substancias venenosas que actuaban de forma inmediata sobre mi corazón, cuyos latidos aceleraban y volvían dolorosos, y, si esa fuerza se extendía hasta ciertos nombres, que había vuelto tan diferentes de los demás, ¿cómo, al permanecer más cerca de mí, al limitarme a la propia Albertine, podía extrañarme que aquella irresistible fuerza ejercida sobre mí y para cuya producción cualquier otra mujer habría servido, hubiera sido el resultado de un enmarañamiento y contacto de sueños, deseos, hábitos, ternuras, con la interferencia necesaria de sufrimientos y placeres alternados? Y así seguía después de su muerte, pues la memoria bastaba para alimentar la vida real, que es mental. Yo recordaba a Albertine apeándose del vagón y

diciéndome que tenía ganas de ir a Saint-Martin-le-Vêtu y volvía a verla también antes, con su gorrita bajada hasta las mejillas; volvía a encontrar posibilidades de felicidad, hacia las cuales me lanzaba, al tiempo que pensaba: «Habríamos podido ir hasta Infreville, hasta Doncières». No había una estación cerca de Balbec en la que no volviera a verla, por lo que aquella tierra, como un país mitológico conservado, me devolvía —vivas y crueles— las leyendas más antiguas, más encantadoras, más borradas por lo que había seguido, de mi amor. ¡Ah! ¡Qué sufrimiento, si hubiese tenido jamás que acostarme de nuevo en aquella cama de Balbec, en torno a cuyo marco de cobre, como en torno a un eje inmutable, de barras fijas, se había desplazado, había evolucionado, mi vida, apoyando sucesivamente en él conversaciones alegres con mi abuela, el horror de su muerte, las dulces caricias de Albertine, el descubrimiento de su vicio y ahora una vida nueva en la que, al ver las estanterías acristaladas en las que se reflejaba el mar, sabía yo que Albertine no volvería a entrar jamás! ¿Acaso no era aquel hotel de Balbec como ese único decorado de teatros de provincias en el que se representan desde hace años las obras más diferentes, que ha servido para una comedia, para una primera tragedia, para otra, para una obra puramente poética, aquel hotel que ya se remontaba hasta una época bastante lejana de mi pasado? El hecho de que aquella única parte siguiera siendo la misma, con sus paredes, su biblioteca, su espejo, durante nuevas épocas de mi vida, me hacía comprender mejor que en total era el resto, yo mismo, lo que había cambiado y me daba, así, la impresión de que los misterios de la vida, del amor, de la muerte, en los que los niños, con su optimismo, creen no participar, no son partes reservadas, sino que vemos, con orgullo doloroso, que han acabado confundiéndose, a lo largo de los años, con nuestra propia vida.

A veces intentaba coger los periódicos, pero su lectura me resultaba odiosa y, además, es que no es inofensiva. En efecto, en nosotros de cada una de las ideas, como de una encrucijada, parten tantas rutas diferentes, que en el momento en que menos me lo

esperaba me encontraba ante un nuevo recuerdo. El título de la melodía de Fauré, *El secreto*, me había conducido al *Secreto del rey* del duque de Broglie y el nombre de éste al de Chaumont o bien la expresión «Viernes Santo» me había hecho pensar en el Gólgota y éste en su etimología, que parece el equivalente de *Calvus mons*, Chaumont, pero, fuera cual fuese el camino por el que hubiera yo llegado a esa ciudad, en aquel momento me sentía presa de una conmoción tan cruel, que en adelante pensaba mucho más en protegerme contra el dolor que en pedirle recuerdos. Unos instantes después de la conmoción, la inteligencia, que, como el sonido del trueno, no viaja tan deprisa, me facilitaba el motivo. Chaumont me había hecho pensar en las Buttes-Chaumont, adonde, según me había dicho la Sra. Bontemps, iba Andrée a menudo con Albertine, mientras que ésta me había dicho no haber estado nunca allí. A partir de cierta edad, nuestros recuerdos están tan entrecruzados unos con otros, que la cosa en la que pensamos, el libro que leemos, carece casi de importancia. Hemos puesto parte de nosotros mismos por doquier, todo es fecundo, todo es peligroso y podemos hacer descubrimientos tan preciosos en los *Pensamientos* de Pascal como en un anuncio de jabón.

Seguramente un caso como el de las Buttes-Chaumont, que en su momento me había parecido fútil, era en sí mismo mucho menos grave, menos decisivo contra Albertine que la historia de la duquesa o de la lavandera, pero, ante todo, un recuerdo que nos llega fortuitamente encuentra en nosotros una capacidad intacta para imaginar —es decir, en este caso para sufrir— que hemos utilizado en parte, cuando hemos sido nosotros, en cambio, quienes hemos aplicado voluntariamente nuestro entendimiento para recrear un recuerdo, y, además, es que a estos últimos (la duquesa, la lavandera) —siempre presentes, aunque desdibujados en mi memoria, como esos muebles situados en la penumbra de una galería y con los que, sin distinguirlos, procuramos no chocar— ya me había acostumbrado. En cambio, hacía mucho que no había pensado en las Buttes-Chaumont o, por ejemplo, en la mirada de

Albertine en el espejo del casino de Balbec o en la mirada inexplicada de Albertine la noche en que yo la había esperado tanto después de la velada de Guermantes, todas aquellas partes de su vida que permanecían fuera de mi corazón y que me habría gustado conocer para que pudiesen asimilarlo, anexionarlo, reunirse con los recuerdos más dulces que formaba en él una Albertine interior y de verdad poseída. Al levantar un ángulo del velo de la costumbre (la embrutecedora costumbre que, durante toda nuestra vida, nos oculta casi todo el universo y en una noche profunda substituye, bajo su etiqueta invariable, los venenos más peligrosos o más embriagadores de la vida por algo anodino que no brinda delicias), volvían hasta mí como el primer día, con la fresca y penetrante novedad de una estación que reaparece, de un cambio en la rutina de nuestras horas, que también en la esfera de los placeres —si montamos en coche un primer día hermoso de primavera o salimos de casa a la salida del sol— nos hacen notar nuestras acciones insignificantes con una exaltación lúcida gracias a la cual ese intenso minuto prevalece sobre el total de los días anteriores. Los días antiguos van cubriendo poco a poco los anteriores y quedan, a su vez, sepultados bajo los siguientes, pero cada uno de los antiguos ha quedado depositado en nosotros como en una biblioteca inmensa en la que hay ejemplares antiquísimos y que seguramente nadie irá a pedir. Sin embargo, si ese día antiguo, tras atravesar la translucidez de las épocas siguientes, vuelve a subir a la superficie, nos invade y nos cubre completamente, los nombres recuperan por un momento su antiguo significado, las personas su antiguo rostro y nosotros nuestra alma de entonces y sentimos —con un sufrimiento vago, pero ya soportable y que no durará— los problemas que tanto nos angustiaban entonces y ya insolubles desde hace mucho. Nuestro yo está compuesto de la superposición de nuestros estados sucesivos, pero ésta no es inmutable como la estratificación de una montaña. Perpetuamente hay elevaciones que hacen aflorar capas antiguas a la superficie. Volvía yo a encontrarme esperando la llegada de Albertine tras la velada en

casa de la princesa de Guermantes. ¿Qué habría hecho aquella noche? ¿Me habría engañado? ¿Con quién? Las revelaciones de Aimé, aunque las aceptara, no reducían en nada para mí el interés ansioso, desolado, de esa pregunta inesperada, como si cada Albertine diferente, cada recuerdo nuevo, planteara un problema de celos particular al que no pudieran aplicarse las soluciones de los demás.

Pero no me habría gustado saber sólo con qué mujer había pasado aquella noche, sino qué placer particular representaba para ella, lo que sentía en aquel momento. A veces en Balbec, Françoise, tras ir a buscarla, me había dicho que la había encontrado asomada a la ventana, con expresión preocupada, que buscaba algo, como si esperara a alguien. Supongamos que descubriese yo que la joven esperada era Andrée, ¿cuál era el estado de ánimo en que Albertine la esperaba, aquel estado de ánimo oculto tras la mirada inquieta y que algo buscaba? ¿Qué importancia tenía aquel placer para Albertine? ¿Qué lugar ocupaba en sus preocupaciones? Al recordar mis propias agitaciones, siempre que me había fijado en una muchacha que me gustaba, a veces sólo cuando había oído hablar de ella sin haberla visto, mi interés por resaltar mi atractivo, mis sudores fríos, bastaba —para torturarme— que imaginara esa misma emoción voluptuosa en Albertine, como —gracias al aparato cuya invención había deseado mi tía Léonie después de la visita de determinado facultativo que se había mostrado escéptico ante la realidad de su enfermedad— se habría podido hacer experimentar al médico —para que se enterara bien— todos los sufrimientos de su enfermo. Y ya era suficiente para torturarme, para decirme que, en comparación con aquello, las conversaciones serias conmigo sobre Stendhal y Victor Hugo debían de haber tenido muy poca importancia para ella, para sentir su corazón atraído por otras personas, separarse del mío, encarnarse en otro lugar, pero la propia importancia que aquel deseo debía de tener para ella y las reservas que se formaban en torno a él no podían revelarme lo que era cualitativamente y, menos aún, cómo lo calificaba ella cuando se

hablaba a sí misma. En el caso del sufrimiento físico, al menos no tenemos que elegir nosotros mismos nuestro dolor. La enfermedad lo determina y nos lo impone, pero en el de los celos tenemos que probar, en cierto modo, sufrimientos de todo tipo y de todas las dimensiones, antes de detenernos ante el que parece poder convenirnos, ¡y qué dificultad tanto mayor cuando se trata de un sufrimiento como éste, el de sentir a aquella a la que amábamos experimentando placer con personas distintas de nosotros, experimentando sensaciones que nosotros no podemos ofrecerle o que al menos —por su configuración, su imagen, sus actitudes— representa algo totalmente distinto de nosotros! ¡Ah! ¡Cuánto mejor habría sido que Albertine hubiera amado a Saint-Loup! ¡Cuánto menos —me parece— habría yo sufrido!

Cierto es que ignoramos la sensibilidad particular de todas las personas, pero por lo general ni siquiera sabemos que es así, pues esa sensibilidad de los demás nos resulta indiferente. Por lo que se refiere a Albertine, mi desdicha o mi felicidad habría dependido de cuál fuera dicha sensibilidad; yo sabía perfectamente que la desconocía y ya eso me resultaba doloroso. Una vez tuve la ilusión de ver y otra la de oír los deseos, los placeres desconocidos, que sentía Albertine, de verlos, cuando, algún tiempo después de la muerte de Albertine, vino Andrée a mi casa. Por primera vez me pareció hermosa, me decía yo que seguramente aquel pelo casi rizado, aquellos ojos obscuros y ojerosos eran lo que tanto había gustado a Albertine, la materialización delante de mí de lo que entrañaba su ensoñación amorosa, de lo que veía mediante las miradas anticipadoras del deseo el día en que había querido volver tan precipitadamente de Balbec. Como una obscura flor desconocida, que me trajeran de allende la tumba, de una persona en la que no había podido yo descubrirla, me parecía ver ante mí —exhumación inesperada de una reliquia inestimable— el deseo encarnado de Albertine que Andrée era para mí, así como Venus era el deseo de Júpiter. Andrée añoraba a Albertine, pero yo tuve la sensación inmediata de que su amiga no la echaba de menos.

Alejada por fuerza de su amiga por la muerte, parecía haberse resignado fácilmente a una separación definitiva que yo no me habría atrevido a pedirle cuando Albertine estaba viva, pues habría temido enormemente no obtener su consentimiento. En cambio, parecía aceptar sin dificultad aquella renuncia, pero precisamente en el momento en que ya no podía servirme. Andrée me entregaba a Albertine, pero muerta, y tras haber perdido para mí no sólo su vida, sino también, retrospectivamente, un poco de su realidad, al ver yo que no era indispensable, única, para Andrée, quien había podido substituirla por otras.

En vida de Albertine, no me habría yo atrevido a pedir a Andrée confidencias sobre el carácter de su amistad entre ellas y con la amiga de la Srta. Vinteuil, pues no estaba seguro de que al final no repitiera a Albertine todo lo que yo le dijese. En aquel momento, semejante interrogatorio, aunque no fuera a dar resultado, carecería al menos de peligros. Hablé a Andrée, pero no en tono interrogativo, sino como si supiese desde siempre, tal vez por Albertine, la inclinación que ella misma, Andrée, sentía hacia las mujeres y de sus propias relaciones con la Srta. Vinteuil. Confesó todo aquello sin la menor dificultad, sonriendo. De aquella confesión podía yo sacar consecuencias crueles: primero, porque Andrée, tan afectuosa y coqueta con muchas jóvenes en Balbec, no habría dado pie a nadie para que supusiera en ella costumbres que en modo alguno negaba; así, pues, por analogía, al descubrir aquella Andrée nueva, podía yo pensar que Albertine las habría confesado con la misma facilidad a cualquier otro distinto de mí, a quien notaba celoso, pero, por otra parte, al haber sido Andrée la mejor amiga de Albertine y por la cual probablemente había vuelto ésta a propósito de Balbec, la conclusión que había de resultarme ineludible —ahora que Andrée confesaba sus inclinaciones— era la de que Albertine y Andrée siempre habían tenido relaciones. Cierto es que, como delante de un extraño no siempre nos atrevemos a conocer el presente que nos confía y cuyo envoltorio no desharemos hasta que se haya marchado, mientras Andrée estuvo allí, no entré yo en mí mismo

para examinar el dolor que me infundía y que causaba ya —no dejaba yo de sentirlo— a mis servidores físicos —los nervios, el corazón— grandes trastornos que, por educación, fingí no notar y estuve hablando, al contrario, lo más cordialmente del mundo con la muchacha visitante sin desviar las miradas hacia aquellos accidentes interiores. Me resultó particularmente penoso oír a Andrée decirme refiriéndose a Albertine: «Ah, sí, le gustaba mucho que fuéramos a pasear por el valle de Chevreuse». Me pareció que al vago e inexistente universo en que se daban los paseos de Albertine y Andrée acababa de añadir esta última, mediante una creación posterior y diabólica, un valle maldito. Tenía yo la sensación de que Andrée iba a decirme todo lo que hacía con Albertine y, al tiempo que procuraba —por educación, por habilidad, por amor propio, tal vez por agradecimiento— mostrarme cada vez más afectuoso, mientras que el margen que había podido conceder a la inocencia de Albertine se reducía cada vez más, me parecía notar que, pese a mis esfuerzos, conservaba yo el aspecto paralizado de un animal en torno al cual el ave fascinadora, sin apresurarse, porque está segura de alcanzar cuando quiera a la víctima, que ya no podrá escapar, describe lentamente un círculo progresivamente más estrecho. Sin embargo, yo la miraba y con la jovialidad, la naturalidad y la seguridad que queda a las personas que quieren fingir no temer que las hipnoticen, dije a Andrée esta frase incidental: «Nunca te había hablado de esto por miedo a disgustarte, pero, ahora que nos resulta grato hablar de ella, no puedo dejar de decirte que desde hacía mucho conocía las relaciones de esa clase que tenías con Albertine; por lo demás, te gustará, aunque ya lo supieras: Albertine te adoraba». Dije a Andrée que habría sido una gran curiosidad para mí que me dejara verla (aun limitándose simplemente a caricias que no la cohibieran demasiado delante de mí) hacerlo con las amigas de Albertine que tenían aquellas inclinaciones y nombré a Rosemonde, a Berthe, todas las amigas de Albertine, para enterarme. «Aparte de que por nada del mundo haría lo que dices delante de ti», me respondió

Andrée, «no creo que ninguna de las que has citado tenga esas inclinaciones». Al tiempo que me acercaba, a mi pesar, al monstruo que me atraía, respondí: «¡Cómo! ¡No pretenderás hacerme creer que de toda vuestra panda sólo lo hacías con Albertine!». «Pero ¡si nunca lo hice con Albertine!». «Vamos, queridita Andrée, ¿por qué habías de negar cosas que yo sé desde hace al menos tres años? No me parecen mal: al contrario. Precisamente a propósito de la noche en que ella tenía tanto interés en ir el día siguiente contigo a casa de la Sra. Verdurin, tal vez recuerdes…». Antes de que hubiera yo continuado la frase, vi pasar por los ojos de Andrée —que ponía puntiagudos, como esas piedras que, precisamente por eso, resultan difíciles de utilizar para los joyeros— una mirada preocupada, como esas cabezas de privilegiados que levantan una esquina del telón antes de que comience la representación de una obra y la sueltan al instante para no ser vistos. Aquella mirada inquieta desapareció, todo había vuelto al orden, pero yo tenía la sensación de que todo lo que viera a continuación estaría facticiamente preparado para mí. En aquel momento me vi en el espejo; me llamó la atención cierto parecido entre Andrée y yo. Si no hubiera cesado desde hacía mucho de afeitarme el bigote y si sólo hubiese tenido una sombra, el parecido habría sido completo. Tal vez al contemplar en Balbec mi bigote, que apenas volvía a crecer, fue cuando Albertine tuvo de repente aquel deseo impaciente, furioso, de volver a París. «Pero es que no puedo decir lo que no es verdad por la simple razón de que a ti no te parezca mal. Te juro que nunca hice nada con Albertine y estoy convencida de que ella detestaba esas cosas. Las personas que te hayan dicho eso te han mentido, tal vez con un fin interesado», me dijo con expresión inquisitiva y desconfiada. «En fin, de acuerdo, ya que no quieres decírmelo», respondí, pues prefería dar la impresión de que no quería ofrecer una prueba que no poseía. Sin embargo, pronuncié vagamente y por si acaso el nombre de Buttes-Chaumont. «Puede que fuera a Buttes-Chaumont con Albertine, pero ¿es que se trata de un lugar que tenga algo particularmente malo?». Le pregunté si

podría hablar al respecto con Gisèle, quien en aquella época había conocido mucho a Albertine, pero Andrée me declaró que, después de una infamia que acababa de hacerle poco antes Gisèle, pedirle un favor era lo único que siempre se negaría a hacer por mí. «Si la ves», añadió, «no le digas lo que te he contado, de nada serviría convertirla en mi enemiga. Sabe lo que pienso de ella, pero siempre he preferido evitar las riñas violentas, que sólo producen reconciliaciones, y, además, es que es peligrosa, pero, como comprenderás, cuando se ha tenido ante los ojos la carta que yo recibí hace ocho días y en la que mentía con tamaña perfidia, nada, ni las más bellas acciones del mundo, puede borrar ese recuerdo». En una palabra, si, como Andrée tenía esas inclinaciones hasta el punto de no ocultarlas y, pese a que Albertine había abrigado sin lugar a dudas un gran afecto por ella, nunca había tenido relaciones carnales con ella y siempre había ignorado que tuviera esas inclinaciones, quería decir que no las tenía y nunca había tenido con nadie las relaciones que más que con ninguna otra habría preferido tener con Andrée. Por eso, cuando ésta se hubo marchado, me di cuenta de que su rotunda afirmación me había calmado, pero tal vez estuviera dictada por el deber al que Andrée se creía obligada para con la muerta, cuyo recuerdo subsistía aún en ella, de no dejar creer lo que seguramente Albertine le había pedido, en vida, que negara.

En otra ocasión creí sorprender la presencia —de modo distinto que por los ojos, pues creí oírlos— de aquellos placeres de Albertine que, tras haber intentado imaginar con tanta frecuencia, había creído ver por un instante al contemplar a Andrée. En una casa de citas había encargado yo que acudieran dos lavanderitas de un barrio al que iba con frecuencia Albertine. Por efecto de las caricias de una, la otra empezó de repente a emitir algo que al principio no pude distinguir, pues nunca entendemos exactamente el significado de un sonido original, expresivo de una sensación que no experimentamos. Si lo oímos en una habitación contigua y sin ver nada, podemos confundir con una risa loca lo que el sufrimiento arranca a un enfermo al que están operando sin haberlo dormido y,

en cuanto al sonido que emite una madre a la que comunican que su hijo acaba de morir, puede parecernos —si no sabemos de qué se trata— tan difícil de aplicarle una traducción humana como el que emite un animal o un arpa. Hace falta un poco de tiempo para comprender que esos dos sonidos expresan lo que —por analogía con lo que hemos podido sentir nosotros mismos, pese a ser muy diferente— llamamos sufrimiento y también necesité tiempo para comprender que aquel sonido expresaba lo que —por analogía también con lo que yo mismo había sentido, pese a ser muy diferente— yo llamaba placer y éste debía de ser muy fuerte para agitar hasta tal punto a la persona que lo sentía y hacerla emitir aquel lenguaje desconocido que parece designar y comentar todas las fases del delicioso drama que vivía aquella mujercita y que ocultaba a mi vista el telón bajado por siempre jamás para los demás sobre lo que ocurre en el misterio íntimo de cada persona. Por lo demás, aquellas dos nenas nada pudieron decirme, porque no sabían quién era Albertine.

Los novelistas afirman con frecuencia en una introducción que, al viajar por un país, se han encontrado con alguien que les ha contado la vida de una persona. Entonces ceden la palabra a ese conocido y el relato que les hace es precisamente su novela. Así, la vida de Fabrice del Dongo fue contada a Stendhal por un canónigo de Padua. ¡Cuánto nos gustaría —cuando amamos a alguien, es decir, cuando la existencia de otra persona nos parece misteriosa— encontrar a semejante narrador informado! Y, desde luego, existe. ¿Acaso nosotros mismos no contamos con frecuencia y sin pasión alguna la vida de tal o cual mujer a uno de nuestros amigos o a un extraño que nada sabían de sus amores y nos escuchan con curiosidad? Para el hombre que yo era cuando hablaba a Bloch de la princesa de Guermantes, de la Sra. Swann, existía esa persona que habría podido hablarme de Albertine, esa persona existe siempre… pero nunca nos la encontramos. Me parecía que, si hubiera yo podido encontrar a mujeres que la hubiesen conocido, habría averiguado todo lo que ignoraba. Sin embargo, a unos

extraños les habría parecido que nadie tanto como yo podía conocer su vida. ¿Acaso no conocía incluso a su mejor amiga, Andrée? Así, creemos que el amigo de un ministro ha de saber la verdad sobre ciertos asuntos o se librará de verse implicado en un proceso. Sólo por la experiencia, el amigo sabe que, siempre que hablaba de política con el ministro, éste no pasaba de las generalidades y le decía, como máximo, lo que aparecía en los periódicos o que, si había tenido algún problema con sus reiteradas gestiones ante el ministro, siempre había obtenido un «no está en mi mano», sobre lo cual el propio amigo carecía de poder. Yo pensaba: «¡Si hubiera podido conocer a tales testigos!», de los cuales no habría podido obtener, en ese caso, más que de Andrée, depositaria, a su vez, de un secreto que no quería revelar. Para mí, diferente también a ese respecto de Swann, quien, cuando dejó de estar celoso, no volvió a sentir curiosidad por lo que hubiera podido hacer Odette con Forcheville, aun después de haber superado los celos, sólo habría tenido atractivo conocer a la lavandera de Albertine, a personas de su barrio, reconstruir su vida en él, sus intrigas, y, como el deseo siempre procede de un prestigio previo, como había ocurrido en el caso de Gilberte, de la duquesa de Guermantes, fue a mujeres de su medio —en los barrios en los que había vivido en tiempos Albertine, y cuya presencia era la única que podía desear— a las que busqué. Aun cuando nada pudiesen comunicarme, eran las únicas por las que podía sentirme atraído por haber sido aquellas a las que había conocido Albertine, mujeres de su medio o de los medios que frecuentaba con gusto: en una palabra, las que tenían para mí el prestigio de parecérsele o de ser de las que le habrían gustado. Al recordarme, así, ya fuera a Albertine o al tipo de mujer que seguramente prefería, aquellas mujeres despertaban en mí un sentimiento cruel, de celos o de pena, que más adelante, cuando ésta se calmó, se convirtió en una curiosidad no exenta de encanto, y, entre ellas, sobre todo las muchachas del pueblo, porque su vida era tan diferente de la que yo conocía. Seguramente sólo en el pensamiento poseemos las cosas y, si no sabemos entender un

cuadro, no lo poseemos por tenerlo en el comedor, ni tampoco un país por residir en él y sin contemplarlo siquiera, pero, en fin, en tiempos tenía yo la ilusión de aprehender de nuevo Balbec, cuando Albertine venía a verme en París y yo la abrazaba, del mismo modo que entraba en contacto muy estrecho —y, por lo demás, furtivo— con la vida de Albertine, la atmósfera de los talleres, una conversación en un mostrador, el alma de los tugurios, cuando abrazaba a una obrera. Andrée, aquellas otras mujeres, todo aquello relacionado con Albertine —como ésta había estado, a su vez, relacionada con Balbec— eran de esos substitutos de placeres que se reemplazan uno a otro en una degradación sucesiva, que nos permiten prescindir de aquel que ya no podemos obtener —viaje a Balbec o amor de Albertine—, de esos placeres (así como el de ir a ver en el Louvre un Tiziano que en tiempos estuvo allí consuela de no poder ir a Venecia) que, separados unos de otros por matices indiscernibles, hacen de nuestra vida algo así como una sucesión de zonas concéntricas, contiguas, armónicas y degradadas, en torno a un deseo primero que ha dado el tono, ha eliminado lo que no se funde con él, ha difundido el color dominante (como me había ocurrido también, por ejemplo, con la duquesa de Guermantes y con Gilberte). Andrée y aquellas mujeres eran, para el deseo —que, como sabía, yo ya no podría satisfacer nunca más— de tener junto a mí a Albertine, lo que una noche, antes de que la conociera de otro modo que de vista, había sido la insolación tortuosa y fresca de un racimo de uvas.

En cambio, las particularidades físicas y sociales de Albertine, pese a las cuales la había yo amado, asociadas entonces al recuerdo de mi amor, orientaban mi deseo hacia lo que en otro tiempo habría elegido menos naturalmente: mujeres morenas de la pequeña burguesía. Cierto es que lo que comenzaba parcialmente a renacer en mí era aquel inmenso deseo que mi amor a Albertine no había podido saciar, aquel inmenso deseo de conocer la vida que experimentaba en tiempos en los caminos de Balbec, en las calles de París, aquel deseo que tanto me había hecho sufrir, cuando, al

suponer que existía también en el corazón de Albertine, había querido yo privarla de los medios de satisfacerlo con otros distintos de mí. Ahora que podía yo soportar la idea de su deseo, como éste despertaba al instante el mío y aquellos dos inmensos apetitos coincidían, me habría gustado que hubiéramos podido entregarnos juntos a él y me decía: «Esa muchacha le habría gustado», y, mediante ese brusco rodeo, al pensar en ella y en su muerte, me sentía demasiado triste para seguir persiguiendo mi deseo. Así como en tiempos la parte de Méséglise y la de Guermantes habían constituido el fundamento de mi gusto por el campo y me habrían impedido ver encanto profundo en un país en el que no hubiera una iglesia antigua, acianos y ranúnculos, así también mi amor a Albertine me hacía buscar exclusivamente cierto tipo de mujeres, al relacionarlas en mí con un pasado colmado de encanto; como antes de amarla, empezaba a sentir la necesidad de armónicos de ella intercambiables con mi recuerdo, que había llegado poco a poco a ser menos exclusivo. Ya no habría podido encontrarme a gusto junto a una rubia y orgullosa duquesa, porque no habría despertado en mí ninguna de las emociones que partían de Albertine, de mi deseo de ella, de los celos que había sentido de sus amores, de mis sufrimientos por su muerte. Es que, para ser fuertes, nuestras sensaciones deben desencadenar en nosotros algo diferente de ellas, un sentimiento que no podrá satisfacerse con el placer, pero se suma al deseo, lo hincha, lo hace aferrarse desesperadamente al placer. A medida que dejaba de hacerme sufrir el amor que Albertine había podido sentir por ciertas mujeres, unía a éstas con mi pasado, les infundía más realidad, así como el recuerdo de Combray infundía más realidad a los ranúnculos, a los majuelos, que a las flores nuevas. Ni siquiera a propósito de Andrée me decía yo ya con rabia: «Albertine la amaba», sino, al contrario, para explicarme a mí mismo mi deseo, con expresión enternecida: «Albertine la quería mucho». Entonces comprendí a los viudos a los que se considera consolados y que demuestran, al contrario, ser inconsolables, porque se vuelven a casar con su cuñada.

Así, mi amor, que tocaba a su fin, parecía hacer posibles para mí nuevos amores y Albertine —como esas mujeres durante mucho tiempo amadas por sí mismas y que más adelante, al notar que el gusto de su amante se debilita, conservan su poder contentándose con el papel de alcahuetas— me brindaba —como la Pompadour para Luis XV— nuevas muchachas. En el pasado, mi tiempo estaba dividido en períodos en los que deseaba a tal mujer o a tal otra. Cuando se calmaban los placeres violentos brindados por una, deseaba a la que daba una ternura casi pura hasta que la necesidad de caricias más sabias volviera a traer el deseo de la primera. Ahora aquellas alternancias se habían acabado o al menos uno de los períodos se prolongaba indefinidamente. Lo que me habría gustado habría sido que la nueva viniera a vivir en mi casa y por las noches, antes de despedirse de mí, me diese un beso familiar de hermana. De modo, que, si no hubiera tenido la experiencia de la presencia insoportable de otra, habría podido creer que añoraba más un beso que ciertos labios, un placer más que un amor, una costumbre más que una persona. También me habría gustado que la nueva pudiera interpretarme obras de Vinteuil como Albertine, hablar conmigo —como ésta— de Elstir. Todo ello era imposible. Aquellos nuevos amores no serían equiparables con el de ella —pensaba yo—, ya fuese porque un amor al que se sumaban todos aquellos episodios —visitas a museos, veladas de conciertos, toda una vida complicada que permite correspondencias, conversaciones, un coqueteo previo a las propias relaciones, una amistad seria después— cuente con más recursos que el amor a una mujer que sólo sepa entregarse, como una orquesta más que como un piano, o porque, más profundamente, mi necesidad del mismo tipo de cariño que me daba Albertine, la de una muchacha bastante culta y que al mismo tiempo fuera una hermana, fuese —como la necesidad de mujeres del mismo medio que Albertine— una simple reviviscencia del recuerdo de esta última, del recuerdo de mi amor por ella. Y una vez más comprendía, en primer lugar, que el recuerdo no es inventivo, que no puede desear otra cosa, ni siquiera nada mejor que los que

hemos poseído, y, en segundo lugar, que es espiritual, por lo que la realidad no puede brindarle el estado que busca, y, por último, que, al proceder de una persona muerta, el renacimiento que encarna es menos el de la necesidad de amar, en el que hace pensar, que el de la necesidad de la ausente. De modo, que incluso el parecido con Albertine de la mujer que había yo elegido, el parecido de su ternura, si llegaba a obtenerla, con la de Albertine, me hacían sentir aún más la ausencia de lo que había yo buscado sin saberlo y que era indispensable para que renaciese mi felicidad, lo que yo había buscado, es decir, la propia Albertine, el tiempo que habíamos vivido juntos, el pasado que yo buscaba sin saberlo. Cierto es que en los días despejados París se me presentaba innumerablemente florecido con todas las muchachas que —más que desearlas yo— echaban raíces en la obscuridad del deseo y de las veladas desconocidas de Albertine. Eran como aquella de la que me había dicho muy al principio, cuando no desconfiaba de mí: «Es preciosa, esa nena, ¡qué pelo más bonito tiene!». Todas las curiosidades que había yo sentido en tiempos sobre su vida, cuando aún la conocía sólo de vista, y, por otra parte, todos mis deseos de la vida se confundían en aquella única curiosidad: la de la forma como Albertine sentía placer, verla con otras mujeres, tal vez porque así, cuando se hubieran marchado, yo me quedaría solo con ella, el último y el amo, y, al ver sus vacilaciones sobre si valía la pena pasar la velada con tal o cual, su saciedad, cuando la otra se hubiera marchado, tal vez su decepción, habría yo esclarecido y reducido a sus justas proporciones los celos que me inspiraba Albertine, porque, al verla así sentirlos, me habría hecho idea —y habría descubierto el límite— de sus placeres.

¡De cuántos placeres, de qué dulce vida, nos privó —me decía yo— con aquella arisca terquedad al negar su inclinación! Y, al buscar una vez más cuál había podido ser el motivo de aquella obstinación, recordé de repente algo que le había dicho yo en Balbec el día en que me había regalado un lápiz. Al reprocharle que no me hubiera dejado besarla, le había dicho que lo consideraba tan

natural como innoble me parecía que una mujer tuviese relaciones con otra mujer. Tal vez Albertine lo hubiera —¡ay!— recordado.

Me traía conmigo a las muchachas que menos me hubiesen gustado, acariciaba guedejas virginales, admiraba una naricita bien modelada, una palidez española. Cierto es que en tiempos, incluso en el caso de una mujer a la que simplemente divisaba por un camino de Balbec o en una calle de París, había advertido la individualidad de mi deseo y que intentar satisfacerlo con otro objeto era falsearlo, pero la vida, al descubrirme poco a poco la permanencia de nuestras necesidades, me había enseñado que, a falta de una persona, hay que contentarse con otra y tenía la sensación de que lo que había yo pedido a Albertine otra, la Srta. de Stermaria, habría podido dármelo, pero se había tratado de Albertine y entre la satisfacción de mis necesidades de cariño y las particularidades de su cuerpo se había constituido un entretejido de recuerdos tan inextricable, que ya no podía yo separar el deseo de cariño de todo aquel bordado de recuerdos del cuerpo de Albertine. Sólo ella podía brindarme aquella felicidad. La idea de su unicidad ya no era un *a priori* metafísico extraído de la individualidad de Albertine, como en tiempos en el caso de las viandantes, sino un *a posteriori* constituido por la imbricación contingente, pero indisoluble, de mis recuerdos. Ya no podía yo desear ternura sin necesitarla, sin sufrir por su ausencia. Por eso, el propio parecido de la mujer elegida, de la ternura solicitada, con la felicidad que había yo conocido me hacía sentir aún más todo lo que les faltaba para que pudiera renacer. Ese mismo vacío que sentía en mi habitación desde que Albertine se había marchado y que había creído colmar abrazando a otras mujeres volvía a encontrármelo en ellas. Éstas, por su parte, nunca me habían hablado de la música de Vinteuil, de las *Memorias* de Saint-Simon, no se habían puesto un perfume demasiado fuerte para venir a verme, no habían jugado a mezclar sus pestañas con las mías, cosas importantes, todas ellas, porque permiten —así parece— soñar sobre el propio acto sexual y hacerse la ilusión del amor, pero, en realidad, porque formaban parte del

recuerdo de Albertine y a ella era a la que me habría gustado encontrar. Lo que aquellas mujeres tenían de Albertine me hacía sentir mejor que lo que de ella les faltaba y que lo era todo y no volvería a ser nunca, ya que Albertine estaba muerta, y así mi amor a Albertine, al que se debía mi atracción por aquellas mujeres, me las volvía indiferentes y mi añoranza de Albertine y la persistencia de mis celos, cuya duración había superado ya mis previsiones más pesimistas, seguramente nunca habrían cambiado demasiado, si su existencia, aislada del resto de mi vida, hubiera estado sometida exclusivamente a la intervención de mis recuerdos, a las acciones y reacciones de una psicología aplicable a estados inmóviles y no se hubiera visto arrastrada hacia un sistema más vasto en el que las almas se mueven en el tiempo como los cuerpos en el espacio. Así como hay una geometría en el espacio, así también hay una psicología en el tiempo, en la que los cálculos de una psicología plana dejan de ser exactos por no tenerse en cuenta en ellos el tiempo y una de las formas que éste reviste, el olvido, cuya fuerza empezaba yo a sentir y que es un instrumento tan potente de adaptación a la realidad, porque destruye poco a poco en nosotros el pasado superviviente, en constante contradicción con ella. Y yo habría podido en verdad adivinar antes que un día dejaría de amar a Albertine. Cuando —por la diferencia existente entre lo que la importancia de su persona y de sus acciones era para mí y para los demás— había comprendido que el mío no era tanto un amor a ella cuanto un amor en mí, habría podido deducir diversas consecuencias de ese carácter subjetivo de mi amor y que, al ser un estado mental, podía en particular sobrevivir mucho tiempo a la persona, pero también que, al no tener con dicha persona vínculo alguno verdadero, al carecer de soporte alguno fuera de sí, había de resultar un día, como todos los estados mentales, incluso los más duraderos, inservible, quedar «substituido», y que ese día todo lo que me parecía vincularme tan dulce e indisolublemente con el recuerdo de Albertine habría dejado de existir para mí. La desdicha de las personas es la de ser para nosotros simples láminas de

colecciones muy utilizables en nuestro pensamiento. Precisamente por eso basamos en ellas proyectos que tienen el ardor del pensamiento, pero éste se fatiga, el recuerdo se destruye: llegaría un día en que con gusto daría yo a la primera que llegara la habitación de Albertine, así como había regalado sin el menor pesar a Albertine la canica de ágata u otros regalos de Gilberte.

CAPÍTULO SEGUNDO

LA SEÑORITA DE FORCHEVILLE

No es que no siguiera amando a Albertine, pero ya no era del mismo modo en los últimos tiempos; no, era al modo de tiempos más antiguos, en que todo lo relacionado con ella —lugares y personas — me hacía sentir una curiosidad en la que había más encanto que sufrimiento y, en efecto, tenía la sensación de que, antes de olvidarla del todo, antes de volver a la indiferencia inicial, debería — como un viajero que vuelve por el mismo camino a su punto de partida— cruzar en sentido contrario todos los sentimientos por los que había pasado antes de llegar a mi gran amor, pero esas etapas, esos momentos del pasado, no están inmóviles, han conservado la terrible fuerza, la afortunada ignorancia, de la esperanza que se lanzaba entonces hacia un tiempo ahora convertido en pasado, pero que una alucinación nos hace por un instante confundir retrospectivamente con el futuro. Leía yo una carta de Albertine en la que me había anunciado su visita por la noche y sentía por un segundo la alegría de la espera. En aquellos regresos por la misma línea de un país al que nunca volveremos, en el que reconocemos el nombre, el aspecto, de todas las estaciones por las que ya hemos pasado a la ida, a veces, mientras estamos detenidos en una de ellas, tenemos por un instante la falsa ilusión de volver a partir, pero en la dirección del lugar del que procedemos, como la teníamos la primera vez. Esa impresión desaparece en seguida, pero por un

segundo nos habíamos sentido de nuevo dirigidos hacia él: así es la crueldad del recuerdo.

Y, sin embargo, si bien no podemos —antes de volver a la indiferencia de la que partimos— dejar de recorrer en sentido contrario las distancias que habíamos atravesado para llegar al amor, el trayecto, la línea, que seguimos no son forzosamente los mismos. Tienen en común no ser directos, porque el olvido avanza tan poco regularmente como el amor, pero no necesariamente siguen las mismas vías y en la que yo seguí al regreso hubo, ya muy cerca de la llegada, cuatro etapas que recuerdo en particular, seguramente porque en ellas vi cosas que no formaban parte de mi amor a Albertine o que al menos estaban relacionadas con él tan sólo en la medida en que lo que ya había en nuestra alma antes de un gran amor se asocia con él, ya sea alimentándolo, combatiéndolo o haciendo con él, para nuestra inteligencia analizadora, contraste e imagen.

La primera de dichas etapas comenzó al principio del invierno, un hermoso domingo de Todos los Santos, en que había yo salido. Al acercarme al Bois, recordé con tristeza el regreso de Albertine del Trocadero, pues era un día idéntico, pero sin ella: con tristeza y, sin embargo, no sin placer, de todos modos, pues la repetición en tono menor, en tono desolado, del mismo motivo que había llenado el día de otro tiempo, la falta incluso de la llamada de teléfono de Françoise, de aquella llegada de Albertine, no eran algo negativo, sino que, con la supresión en la realidad de lo que yo recordaba, daban al día cierto cariz doloroso y lo convertían en algo más bello que un día unido y simple, porque lo que ya no figuraba en él, lo que se le había arrancado, seguía impreso como en un vaciado. En el Bois, iba yo canturreando frases de la sonata de Vinteuil. Ya no sufría demasiado al pensar en que Albertine me la había tocado tantas veces, pues casi todos mis recuerdos de ella habían entrado en ese segundo estado químico en el que ya no causan una ansiosa opresión en el corazón, sino dulzura. A veces, en los pasajes que ella tocaba más a menudo, en que solía hacer cierto comentario que

entonces me parecía encantador, sugerir determinada reminiscencia, yo pensaba: «Pobrecita», pero sin tristeza, atribuyendo simplemente al pasaje musical otro valor, un valor en cierto modo histórico y curioso, como el que el cuadro de Carlos I por Van Dyck, ya de por sí tan hermoso, adquiere aún más por haber entrado a formar parte de las colecciones nacionales por el deseo por parte de la Sra. Du Barry de impresionar al Rey. Cuando la frasecita, antes de desaparecer del todo, se deshizo en sus diversos elementos en los que flotó aún por un instante dispersa, no fue para mí, como para Swann, una mensajera de Albertine que desaparecía. Las asociaciones de ideas que la frasecita había inspirado en mí y en Swann no fueron exactamente las mismas. Yo había sido sensible sobre todo a la elaboración, a los ensayos, a las repeticiones, a la «evolución» de una frase que se producía durante la sonata, como aquel amor se había producido durante mi vida, y ahora, al saber que todos los días desaparecía un elemento más —el de los celos y después algún otro— de mi amor, al volver, en una palabra, poco a poco con un recuerdo vago al débil esbozo del comienzo, lo que me parecía ver disgregarse delante de mí —en la frasecita dispersa— era mi amor.

Al recorrer los senderos separados de un bosque, tapizados con una gasa que todos los días disminuía, tenía la sensación de que el recuerdo de un paseo en el que Albertine iba junto a mí en el coche, en el que había vuelto a casa conmigo, en el que yo tenía la sensación de que envolvía mi vida, flotaba ahora a mi alrededor, en la incierta bruma de las ramas ensombrecidas en medio de las cuales el sol en el ocaso hacía brillar, como suspendida en el vacío, la dispersa horizontalidad de los follajes dorados. Por lo demás, yo temblaba por momentos, como todos aquellos en quienes una idea fija atribuye a todas las mujeres paradas en la esquina de una alameda el parecido, la posible identidad, con aquella en la que piensan. «¡Tal vez sea ella!». Nos volvemos, el coche sigue avanzando y no retrocedemos. Yo no me contentaba con ver aquellos follajes con los ojos de la memoria; me interesaban, me

emocionaban, como esas páginas puramente descriptivas en medio de las cuales un artista, para volverlas más completas, introduce una ficción, toda una novela, y aquella naturaleza cobraba, así, el único encanto de melancolía que podía llegar hasta mi corazón. Dicho encanto se debía —así me pareció— a que yo seguía amando igual a Albertine, mientras que la razón verdadera era, al contrario, la de que el olvido seguía avanzando en mí, de que el recuerdo de Albertine ya no me resultaba cruel, es decir, que había cambiado, pero, por claras que sean nuestras impresiones, como claro me parecía entonces el motivo de mi melancolía, no sabemos remontarnos hasta el significado más alejado: como esos trastornos que el médico escucha contar a su enfermo y con ayuda de los cuales se remonta hasta una causa más profunda, ignorada por el paciente, así también nuestras impresiones, nuestras ideas, sólo tienen valor de síntomas. Como la impresión de encanto y dulce tristeza que sentía mantenía alejados mis celos, mis sentidos se despertaban. Una vez más, como cuando había dejado de ver a Gilberte, el amor a la mujer se elevaba de mí, libre de toda asociación exclusiva con cierta mujer ya amada, y flotaba como esas esencias liberadas por destrucciones anteriores y que vagan en suspenso por el aire primaveral, deseosas de unirse a una nueva criatura. En ninguna parte nacen tantas flores, aunque se llamen «nomeolvides», como en un cementerio. Yo contemplaba a las muchachas con las que florecía innumerablemente aquel hermoso día, como habría hecho en tiempos con el coche de la Sra. de Villeparisis o aquel con el que había acudido junto a Albertine en un domingo idéntico. Al instante, con la mirada que acababa yo de enfocar en tal o cual de ellas se emparejaba inmediatamente la —curiosa, furtiva, atrevida, reflejo de pensamientos inaprensibles— que les habría dirigido a escondidas Albertine y que, al geminar la mía con un ala misteriosa, rápida y azulina, hacía pasar por aquellas alamedas, hasta entonces tan naturales, el estremecimiento de un incógnito con el que mi propio deseo no habría bastado para renovarlas, si se hubiera quedado solo, pues, para mí, nada tenía de

extraño, y a veces la lectura de una novela un poco triste me hacía volver bruscamente atrás con el pensamiento. Es que ciertas novelas son como grandes duelos momentáneos, anulan la costumbre, vuelven a ponernos en contacto con la realidad de la vida, pero sólo por unas horas, como una pesadilla, ya que las fuerzas de la costumbre, el olvido que producen, la alegría que infunden por la impotencia del cerebro para luchar contra ellas y recrear lo verdadero, acaban prevaleciendo infinitamente sobre la sugestión casi hipnótica de un libro hermoso, que, como todas las sugestiones, tiene efectos muy breves. Por lo demás, en Balbec, cuando había yo deseado conocer a Albertine la primera vez, ¿acaso no había sido porque me había parecido representativa de aquellas muchachas cuya vista me había hecho detenerme tan a menudo en las calles, en los caminos, y que, para mí, podía resumir su vida? ¿Y acaso no era natural que ahora la estrella de mi amor, que tocaba a su fin y en la que se habían condensado, se dispersara de nuevo en aquel polvo diseminado de nebulosas? Todas me parecían Albertine, pues la imagen que llevaba dentro de mí me hacía volver a verla por doquier, e incluso, al torcer en una alameda, una que montaba en un automóvil me la recordó tanto, era tan claramente de la misma corpulencia, que por un instante me pregunté si no sería ella la que acababa de ver, si no me habrían engañado al relatarme su muerte. Volvía a verla, así, en un ángulo de una alameda, tal vez en Balbec, volviendo a montar en un coche del mismo modo, cuando tanta confianza tenía en la vida, y no contemplaba yo el gesto de aquella muchacha, al volver a montar en el coche, con los ojos como la apariencia superficial que tan prontamente se oculta durante un paseo: al haber pasado a ser algo así como un acto duradero, me parecía extenderse también por el pasado, por aquel lado que acababa de añadírsele y que tan voluptuosa, tan tristemente, se apoyaba en mi corazón.

Pero la muchacha ya había desaparecido. Un poco más lejos, vi un grupo de tres muchachas algo mayores, tal vez mujeres jóvenes, cuyos elegantes y enérgicos andares correspondían tan bien a los

que me habían seducido el primer día en que había visto a Albertine y sus amigas, que seguí a aquellas nuevas muchachas pisándoles los talones y en el momento en que montaron en un coche busqué desesperadamente otra en todas las direcciones y la encontré, pero demasiado tarde. No volví a verlas, pero, unos días después, cuando volvía a casa, divisé a las tres muchachas a las que había seguido en el Bois cuando salían bajo la bóveda de nuestra casa. Eran exactamente —sobre todo las dos morenas, sólo un poco mayores— de esas muchachas de la alta sociedad que con frecuencia, al verlas desde mi ventana o cruzármelas por la calle, me habían hecho concebir mil proyectos y amar la vida y a las que no había podido conocer. La rubia tenía un aire un poco más delicado, casi doliente, que me gustaba menos. Sin embargo, fue ésta la causa de que no me contentara con contemplarlas por un instante, sino que me detuve y les lancé esa clase de miradas que, con su inmovilidad imposible de distraer, su aplicación como a un problema, parecen tener conciencia de que se trata de ir mucho más lejos de lo que se ve. Seguramente las habría dejado desaparecer como a tantas otras, pero en el momento en que pasaron por delante de mí, la rubia —¿sería porque yo las contemplaba con tanta atención?— me lanzó una primera mirada furtiva y después, tras haberme adelantado y volviendo la cabeza hacia mí, otra que acabó de encenderme. Sin embargo, como dejó de ocuparse de mí y volvió a ponerse a charlar con sus amigas, seguramente mi ardor habría acabado decayendo, si no lo hubiera centuplicado el siguiente suceso.

Tras preguntar al portero quiénes eran, me dijo: «Han preguntado por la señora duquesa. Creo que sólo una de ellas la conoce y las otras la han acompañado simplemente hasta la puerta. Éste es su nombre, que no sé si he escrito bien». Y leí: *Srta. Déporcheville*, que me resultó fácil corregir: d'Éporcheville, es decir, el nombre más o menos, por lo que recordaba yo, de la joven de familia excelente y vagamente emparentada con los Guermantes de la que me había hablado Robert por habérsela encontrado en

una casa de citas y con la que había tenido relaciones. Entonces entendí el significado de su mirada, por qué se había vuelto a hurtadillas de sus compañeras. ¡Cuántas veces había pensado yo en ella, imaginándomela conforme al nombre que me había comunicado Robert! Y, mira por dónde, acababa de verla, en nada diferente de sus amigas, exceptuada aquella mirada con disimulo, reveladora de aspectos secretos de su vida que, evidentemente, sus amigas ignoraban y que me la presentaban como más accesible —casi a medias mía— y más dulce de lo que suelen ser las jóvenes de la aristocracia. Su intención era la de que, entre ella y yo, había en común de antemano las horas que habríamos podido pasar juntos, si ella hubiese tenido libertad para darme una cita. ¿Acaso no era eso lo que su rostro había querido expresarme con una elocuencia que sólo resultó clara para mí? Mi corazón palpitaba con todas sus fuerzas, yo no habría podido decir exactamente cómo era la Srta. d'Éporcheville, volvía a ver vagamente un rostro rubio divisado de lado, pero ya estaba locamente enamorado de ella. De repente me di cuenta de que mi razonamiento daba por sentado que la Srta. d'Éporcheville era —de las tres— precisamente la rubia que se había vuelto y me había mirado dos veces. Ahora bien, el portero no me lo había dicho. Volví a la portería, volví a preguntarle y me dijo que no podía informarme al respecto, porque era la primera vez que habían acudido y estando él ausente, pero iba a ir a preguntar a su mujer, que estaba fregando la escalera de servicio y ya las había visto otra vez. ¿Quién no tiene a lo largo de su vida esa clase de incertidumbres, más o menos semejantes a aquéllas y deliciosas? Un amigo caritativo al que han descrito una muchacha vista en un baile ha deducido que debía de ser una de sus amigas y nos invita junto con ella, pero, entre tantas otras y con un simple retrato de palabra, ¿no podría haber habido un error? ¿No será la joven a la que vamos a ver dentro de un rato otra distinta de la que deseamos? O, al contrario, ¿no iremos a ver que nos ofrece la mano sonriendo precisamente la que deseábamos que fuera? Esta última posibilidad es bastante frecuente y, sin estar siempre justificada por

un razonamiento tan convincente como el relativo a la Srta. d'Éporcheville, es resultado de algo así como una intuición y también de ese soplo de suerte que a veces nos favorece. Entonces, al verla, nos decimos: «Sí que era ella». Recordé que en la pandilla de muchachas que se paseaban a la orilla del mar, yo había adivinado la que precisamente se llamaba Albertine Simonet. Aquel recuerdo me causó un dolor agudo, pero breve, y, mientras el portero buscaba a su mujer, yo pensaba sobre todo —recordando a la Srta. d'Éporcheville y también que en esos minutos de espera en los que un nombre, una información, que, sin saber por qué, hemos atribuido a un rostro, se encuentra por un instante libre y flota entre varios, listo, si se adhiere a uno nuevo, para volver desconocido, inocente, inasible el primero, sobre el que nos habían informado retrospectivamente— en que el portero tal vez fuese a informarme de que la Srta. d'Éporcheville era, al contrario, una de las dos morenas. En ese caso, se desvanecía la persona en cuya existencia creía yo, a la que ya amaba y que deseaba a toda costa poseer, aquella rubia y solapada Srta. d'Éporcheville a la que la respuesta fatal iba a disociar en dos elementos distintos, unidos por mí arbitrariamente al modo de un novelista que funde varios elementos tomados de la realidad para crear un personaje imaginario, y que, tomados cada cual por su lado, perdían —al no corroborar el nombre la intención de la mirada— todo significado. En ese caso mis argumentos quedaban destruidos, pero ¡cómo resultaron fortificados, cuando el portero volvió a decirme que la Srta. d'Éporcheville era la rubia, efectivamente!

De modo, que ya no podía yo creer en una homonimia. Habría sido demasiada casualidad que de aquellas tres muchachas una se llamara Srta. d'Éporcheville, que fuese precisamente —lo que constituía una primera verificación tópica de mi suposición— la que me había mirado de aquel modo, casi sonriéndome, y que no fuera la que iba a las casas de citas.

Entonces comenzó una jornada de una tremenda agitación. Antes incluso de ir a comprar todo lo que consideraba necesario

para acicalarme con vistas a causar mejor impresión dos días después, cuando iría a ver a la Sra. de Guermantes, en cuya casa encontraría también a una muchacha fácil y fijaría una cita con ella (pues encontraría, seguro, la forma de hablar con ella en un ángulo del salón), fui —para mayor seguridad— a telegrafiar a Robert a fin de preguntarle el nombre exacto y la descripción de la muchacha con la esperanza de recibir su respuesta antes del día en que, según me había dicho el portero, iba a volver aquélla a ver a la Sra. de Guermantes y decidí ir —independientemente de lo que pudiera sucederme hasta entonces, aunque debiese hacer que me bajaran en silla de mano, en caso de estar enfermo— a hacer una visita (no pensaba ni por un segundo en ninguna otra cosa: ni siquiera en Albertine) a la misma hora a la duquesa. No telegrafié a Saint-Loup porque aún abrigara dudas sobre la identidad de la persona y la joven vista y aquella de la que éste me había hablado siguiesen siendo distintas para mí. No me cabía duda de que eran una sola, pero, con mi impaciencia por esperar al día señalado, me resultaba grato —era ya para mí como un poder secreto sobre ella— recibir un telegrama relativo a ella y con muchos detalles. En la oficina de telégrafos, mientras redactaba mi telegrama con la animación de un hombre enardecido por la esperanza, noté cuánto menos desarmado estaba entonces que en mi infancia y respecto de la Srta. d'Éporcheville que de Gilberte. A partir del momento en que mi único esfuerzo había sido el de escribir mi mensaje, el empleado lo tomaría, las redes más rápidas de comunicación eléctrica lo transmitirían por toda Francia y el Mediterráneo y todo el pasado juerguista de Robert se aplicaría a identificar a la persona que acababa yo de conocer, estaría al servicio de la novela que acababa yo de esbozar y en la que ya no necesitaba siquiera pensar, pues la respuesta iba a encargarse de concluirla en un sentido o en otro antes de que transcurrieran veinticuatro horas. En cambio, en tiempos, cuando en casa, a solas, tras regresar de los Campos Elíseos con Françoise, abrigaba deseos impotentes y no podía recurrir a los medios prácticos de la civilización, amaba como un

salvaje o incluso —pues no tenía libertad de movimiento— como una flor. A partir de aquel momento, seguía, febril, el paso del tiempo; la posible ausencia de cuarenta y ocho horas, si accedía al deseo de mi padre de acompañarlo en un viaje y que me habría hecho perderme la visita a la casa de la duquesa, me inspiró tal rabia y desesperación, que mi madre se interpuso y consiguió que mi padre renunciara a mi compañía, pero durante varias horas no pudo apaciguarse mi cólera, mientras que mi deseo de la Srta. d'Éporcheville se había centuplicado por el obstáculo interpuesto entre nosotros, por el miedo que había sentido por un instante a que aquellas horas de mi visita a la casa de la Sra. de Guermantes —a las que no cesaba yo de sonreír por adelantado como a un bien seguro que nadie podría quitarme— no fueran reales. Algunos filósofos dicen que el mundo exterior no existe y que dentro de nosotros mismos es como desarrollamos nuestra vida. Sea como fuere, el amor, incluso en sus comienzos más humildes, es un ejemplo llamativo de lo poco que es la realidad para nosotros. Si hubiera tenido que dibujar de memoria un retrato de la Srta. d'Éporcheville, dar su descripción, sus señas, me habría resultado imposible, como también reconocerla incluso por la calle. La había divisado de perfil, en movimiento, me había parecido bonita, sencilla, alta y rubia, y no habría podido decir nada más, pero todas las reacciones del deseo, de la ansiedad, del golpe mortal asestado por el miedo a no verla, si mi padre me obligaba a acompañarlo, todo ello asociado a una imagen que, en resumidas cuentas, yo no conocía y respecto de la cual me bastaba con saber que era agradable, constituía ya un amor. Por fin, la mañana siguiente, después de una noche de insomnio, recibí el telegrama de Saint-Loup: DE L'ORGEVILLE, BAJITA, MORENA, REGORDETA, EN ESTE MOMENTO ESTÁ EN SUIZA. ¡No era ella!

Al entrar en mi habitación con el correo, mi madre lo dejó sobre mi cama con negligencia, como pensando en otra cosa y, al retirarse en seguida para dejarme solo, sonrió en el momento de salir y yo, como conocía las astucias de mi querida mamá y sabía que siempre

se podía leer en su cara sin miedo a equivocarse, si se tomaba como clave el deseo de agradar a los demás, sonreí y pensé: «En el correo hay algo interesante para mí y mamá ha fingido esa expresión indiferente y distraída para que mi sorpresa sea completa y para no hacer como las personas que nos quitan la mitad del placer al anunciárnoslo y no se ha quedado ahí, porque teme que por amor propio disimule yo el placer que sentiría y, por tanto, lo sienta menos intensamente». Sin embargo, al dirigirse a la puerta para salir, se había topado con Françoise, quien entraba en mi cuarto con el telegrama en la mano. En cuanto me lo hubo dado, mi madre obligó a Françoise a dar media vuelta y se la llevó afuera, asustada, ofendida y sorprendida. Es que Françoise consideraba que su cargo entrañaba el privilegio de entrar a cualquier hora en mi habitación y quedarse en ella cuanto gustara, pero en su rostro ya habían desaparecido el asombro y la cólera bajo la sonrisa negra y viscosa de una piedad transcendente que, para curar su herida, segregaba su amor propio herido. Para no sentirse despreciada, nos despreciaba. Además, sabía que éramos unos amos, seres caprichosos, que no brillan por su inteligencia y sienten placer al imponer mediante el miedo a personas de talento, a sirvientes, para demostrar claramente que son los amos, deberes absurdos como hacer hervir el agua en época de epidemia, barrer mi habitación con un trapo mojado y salir de ella en el preciso momento en que tenía intención de quedarse. Mi madre había dejado el correo muy cerca de mí para que no pudiese pasarme inadvertido, pero noté que sólo eran periódicos. Seguramente había en ellos algún artículo de un escritor que me gustaba y, como escribía poco, sería una sorpresa para mí. Me acerqué a la ventana y aparté las cortinas. Por encima del día pálido y brumoso, el cielo, que estaba rosa como lo están a esa hora en las cocinas los hornos que se encienden, me embargó de esperanza y del deseo de pasar la noche y despertar en la pequeña estación montañesa en la que había visto a la lechera de mejillas rosadas. Abrí *Le Figaro*. ¡Qué rabia! Precisamente el primer artículo tenía el mismo título que el que yo había enviado y no había

aparecido, pero no sólo el título, resulta que había algunas palabras absolutamente iguales. Eso era demasiado. Iba yo a enviar una protesta. Y oía a Françoise, quien, indignada por que la hubieran expulsado de mi habitación, donde creía tener entrada libre, mascullaba: «¡Hay que ver qué pena! Un niño al que ha visto una nacer. No lo vi cuando su madre lo hacía, claro está, pero, cuando lo conocí, para ser exactos, ¡no hacía ni cinco años que había nacido!». Pero no eran unas palabras, era todo, estaba mi firma… ¡Era mi artículo, que por fin había aparecido! Ahora bien, mi pensamiento, que, tal vez ya en aquella época hubiera empezado a envejecer y a cansarse un poco, siguió por un instante razonando como si no hubiese comprendido que era mi artículo, como los ancianos que se ven obligados a terminar hasta el final un movimiento iniciado, aunque haya pasado a ser inútil, aunque un obstáculo imprevisto, ante el cual deberían retirarse inmediatamente, lo vuelva peligroso. Después pensé en el pan espiritual que es un periódico, aún caliente y húmedo de la prensa reciente y de la niebla de la mañana, desde cuya aurora se distribuye a las criadas, que lo llevan a su señor junto con el café con leche, pan milagroso, multiplicable, que es a la vez uno y diez mil y sigue siendo el mismo para cada cual, aun entrando a la vez, innumerable, en todas las casas.

Lo que tenía yo en la mano no era determinado ejemplar del periódico, sino uno cualquiera de los diez mil, no sólo lo escrito por mí, sino también lo escrito por mí y leído por todos. Para apreciar exactamente el fenómeno que se producía en aquel momento en las otras casas, no debía leer aquel artículo como autor, sino como uno de los demás lectores del periódico; lo que tenía en la mano no era sólo lo que yo había escrito: era el símbolo de la encarnación en tantas inteligencias. Por eso, para leerlo debía yo dejar por un momento de ser el autor y ser uno cualquiera de los lectores del periódico, pero ante todo había un primer motivo de inquietud. ¿Vería el artículo el lector no avisado? Desplegué distraídamente el periódico, como haría ese lector no avisado, y poniendo incluso

expresión de ignorar lo que venía aquella mañana en mi periódico y de tener prisa por ver las noticias mundanas o la política, pero mi artículo era tan largo, que mi mirada, que lo evitaba (para respetar la verdad y no poner la suerte de mi parte, así como alguien que espera cuenta muy despacio a propósito), captó un fragmento de pasada, pero muchos que ven el primer artículo —e incluso lo leen — no miran la firma. Yo mismo no podría decir de quién era el primer artículo de la víspera y entonces me prometí leerlos siempre y también el nombre de su autor, pero, como un amante celoso que no engaña a su amante para creer en su fidelidad, pensé con tristeza en que mi atención futura no forzaría, no habría forzado, en reciprocidad la de los otros. Además, no había que olvidar a los que habían salido de caza, los que se habían marchado demasiado temprano de su casa. En fin, algunos lo leerán, de todos modos. Hice como ellos y comencé. Aun sabiendo que muchas personas que leyeran aquel artículo lo considerarían detestable, en el momento en que lo leí lo que veía en cada una de las palabras me parecía estar en el papel, no podía creer que cada una de las personas, al abrir los ojos, vería directamente aquellas imágenes que yo veía, creyendo que el pensamiento del autor es aprehendido directamente por el lector, cuando, en realidad, lo que se crea en su cabeza es otro pensamiento, con la misma ingenuidad que quienes creen que la palabra misma que hemos pronunciado es la que avanza tal cual a lo largo de los hilos del teléfono: en el momento en que quería ser un lector cualquiera, mi entendimiento rehacía, al leerlo, mi artículo. Si bien el Sr. de Guermantes no comprendía determinada frase que gustaría a Bloch, podría, en cambio, divertirse con determinada reflexión que Bloch desdeñaría. Así, al presentarse un nuevo aficionado para cada parte que el lector anterior parecía dejar de lado, todo el artículo resultaba elevado a las nubes por una multitud y se imponía a mi propia desconfianza de mí mismo, que ya no necesitaba apoyarlo. Es que, en realidad, con el valor de un artículo, por notable que pueda ser, ocurre como con esas frases de citas de la Cámara en las que las palabras «Ya

veremos», pronunciadas por el ministro, sólo adquieren toda su importancia enmarcadas así: «EL PRESIDENTE DEL CONSEJO, MINISTRO DEL INTERIOR Y DE CULTOS: Ya veremos. (*Sonoras exclamaciones de la extrema izquierda. "¡Muy bien! ¡Muy bien!", en algunos bancos de la izquierda y del centro.*)». (Fin más hermoso que su centro, digno de su comienzo): una parte de su belleza —y se trata de la tara original de ese tipo de literatura, sin exceptuar los célebres *Lunes*— radica en la impresión que produce en los lectores. Es una Venus colectiva, de la que sólo tenemos un miembro mutilado, si nos atenemos al pensamiento del autor, pues sólo se realiza completa en la cabeza de sus lectores. En ellos se consuma y, como una multitud, aunque sea selecta, no es artística, el carácter último que le concede resulta siempre un poco vulgar. Así, Sainte-Beuve, el lunes, podía imaginarse a la Sra. de Boige en su cama de altas columnas leyendo su artículo del *Constitutionnel* y apreciando determinada frase hermosa en la que aquél se había recreado largo rato y que, si no hubiera considerado oportuno abarrotar con ella su sección fija para que el efecto fuese mayor, tal vez nunca habría salido de su magín. Seguramente el canciller, al leerlo por su cuenta, lo comentaría con su vieja amiga en la visita que le haría un poco después y, al conducirlo por la noche en su coche, el duque de Noailles, con pantalón gris, le diría lo que habían opinado al respecto en la sociedad, en caso de que una nota de la Sra. de Arbouville no se lo hubiera ya comunicado. Y, apoyando mi propia desconfianza de mí mismo en aquellas diez mil aprobaciones que me respaldaban, la lectura que estaba yo haciendo en aquel momento me infundía tanta sensación de fuerza y esperanza de talento como desconfianza me había inspirado cuando lo escrito por mí iba sólo dirigido a mí. Veía en aquella misma hora mi pensamiento —o incluso, a falta de éste para quien no podía comprenderlo, la repetición de mi nombre y como una evocación embellecida de mi persona— brillar sobre tantas personas, colorear su pensamiento en una aurora que me embargaba con más fuerza y alegría triunfal que la aurora innumerable que al mismo tiempo se

mostraba rosa en todas las ventanas. Veía yo a Bloch, los Guermantes, Legrandin, Andrée, sacar de cada una de las frases las imágenes que el artículo contenía y, en el preciso momento en que intentaba yo ser un lector cualquiera, leía como autor, pero no sólo como autor. Para que la persona imposible que intentaba ser reuniese todos los contrarios que podían resultarme más favorables, si bien leía como autor, me juzgaba como lector, sin ninguna de las exigencias que puede tener para un escrito quien lo compara con el ideal que ha querido expresar en él. Esas frases de mi artículo, cuando las escribí, eran tan deficientes en comparación con mi pensamiento, tan complicadas y opacas en comparación con mi armoniosa y transparente visión, tan llenas de lagunas que no había logrado yo colmar, que su lectura me resultaba un sufrimiento, su único efecto había sido el de acentuar en mí la sensación de mi impotencia y mi incurable falta de talento, pero después, al esforzarme por ser lector, si descargaba en los otros el doloroso deber de juzgarme, al menos conseguía hacer tabla rasa de lo que me había propuesto al leer lo que había escrito. Leía el artículo esforzándome por convencerme de que era de otro. Entonces todas mis imágenes, todas mis reflexiones, todos mis epítetos, tomados en sí mismos y sin el recuerdo del fracaso que representaban para mis intenciones, me encantaban por su brillo, su originalidad, su profundidad y, cuando notaba una deficiencia demasiado grande, me decía, refugiándome en el alma de un lector cualquiera maravillado: «¡Bah! ¿Cómo puede notar eso un lector? Algo falta ahí, es posible, pero, si no los satisface, ¡allá ellos! Hay bastantes cosas bonitas así, más de las que suele haber».

Por eso, nada más acabar aquella lectura reconfortante, yo, que no había tenido el valor de releer mi manuscrito, deseé volver a empezarla inmediatamente, pues nada hay como un antiguo artículo propio del que podemos decir que, «cuando lo hemos leído, podemos releerlo». Me prometí encargar a Françoise que comprara otros ejemplares: para dárselos —le diría— a amigos, pero, en realidad, para tocar con el dedo el milagro de la multiplicación de mi

pensamiento y leer, como si fuera otro señor que acabara de abrir *Le Figaro*, en otro número, las mismas frases. Precisamente aquel mismo día debía ir yo —para reunirme con la Srta. d'Éporcheville— a visitar a los Guermantes, a los que no veía desde hacía un tiempo infinito y gracias a ellos vería la opinión reinante sobre mi artículo.

Pensaba yo en determinada lectora en cuya habitación me habría gustado tanto penetrar y a quien el periódico llevaría —ya que no mi pensamiento, que ella no podría comprender— al menos mi nombre, como una alabanza de mí, pero las alabanzas concedidas a lo que no gusta vinculan el corazón tan poco como los pensamientos de una inteligencia en la que no podemos penetrar con la nuestra. En cuanto a otros amigos, yo pensaba que, si el estado de mi salud seguía agravándose y no podía volver a verlos, sería agradable continuar escribiendo, para tener aún, así, acceso ante ellos, para hablarles entre líneas, hacerlos pensar en mí, gustarles, ser recibido en su corazón. Lo pensaba porque, como hasta entonces las relaciones mundanas habían formado parte de mi vida cotidiana, me asustaba un futuro en el que dejarían de figurar y aquel expediente que me permitía seguir conservando la atención de mis amigos en mí, tal vez inspirarles admiración, hasta el día en que me encontrara lo bastante bien para empezar a verlos de nuevo, me consolaba; lo pensaba, pero notaba que no era cierto, que, si me gustaba imaginarme su atención como objeto de mi placer, éste era interior, espiritual, último, que ellos no podían darme y que yo no podía encontrar charlando con ellos, sino escribiendo lejos de ellos, y que, si empezaba a escribir, para verlos indirectamente, para que tuvieran una mejor idea de mí, para prepararme una situación mejor en la alta sociedad, tal vez hacerlo me quitaría las ganas de verlos y ya no tendría yo deseos de gozar de la situación que la literatura tal vez me hubiera brindado en la alta sociedad, pues ya no encontraría placer en ésta, sino en la literatura.

Por eso, después de almorzar, cuando fui a casa de la Sra. de Guermantes, no fue tanto por la Srta. d'Éporcheville, que, a

consecuencia del telegrama de Saint-Loup, había perdido lo mejor de su personalidad, cuanto para ver en la duquesa misma a una de esas lectoras de mi artículo que me permitirían imaginar lo que podía haber pensado de él el público, los abonados y compradores de *Le Figaro*. Por lo demás, no dejaba de causarme placer ir a casa de la Sra. de Guermantes. Por mucho que me dijese que lo que diferenciaba para mí aquel salón de los demás era la larga estancia que había tenido en mi imaginación, yo —aun conociendo las causas de dicha diferencia— no la anulaba. Por lo demás, para mí existían varios nombres de Guermantes. Si bien el que mi memoria había inscrito exclusivamente como en una agenda de direcciones no iba acompañado de poesía alguna, otros más antiguos, los que se remontaban a la época en que no conocía yo a la Sra. de Guermantes, podían volver a formarse en mí, sobre todo cuando hacía mucho que yo no la había visto y la cruda claridad de la persona de rostro humano no apagaba los misteriosos rayos del nombre. Entonces volvía a ponerme a pensar en la morada de la Sra. de Guermantes como en algo situado más allá de la realidad, del mismo modo que me ponía a pensar de nuevo en el brumoso Balbec de mis primeros sueños y, como si desde entonces no hubiera hecho aquel viaje, en el tren de la una y cincuenta, como si no lo hubiese tomado. Olvidaba por un instante que todo aquello —como sabía— no existía, así como pensamos a veces en la persona amada, al olvidar por un instante que está muerta. Después, la idea de la realidad volvió, al entrar en la antesala de la duquesa, pero me consolé pensando que, pese a todo, ella era para mí el mejor punto de intersección entre la realidad y el sueño.

Al entrar en el salón, vi a la muchacha rubia que durante veinticuatro horas había yo confundido con aquella de la que Saint-Loup me había hablado. Ella misma fue la que pidió a la duquesa que «volviera a presentarme» y, en efecto, nada más entrar tuve la impresión de conocerla muy bien, pero la duquesa la disipó al decirme: «¡Ah! Ya conoce usted a la Srta. de Forcheville». Ahora bien, yo estaba seguro, al contrario, de no haber sido presentado

nunca a una muchacha de ese nombre, quien me habría llamado la atención, por lo muy familiar que resultaba a mi memoria desde que me habían relatado retrospectivamente los amores de Odette y los celos de Swann. En sí misma, mi doble equivocación de nombre —haber recordado «de l'Orgeville» como «d'Éporcheville» y haber reconstituido en «Éporcheville» lo que era, en realidad, «Forcheville»— nada tenía de extraordinario. Nuestro error es creer que las cosas se presentan habitualmente tal como son —los nombres tal como se escriben, las personas tal como la fotografía y la psicología dan de ellas una idea inmóvil— en realidad, pero, de hecho, nada de todo eso es lo que solemos percibir. Vemos, oímos, concebimos el mundo totalmente del revés. Repetimos un nombre tal como lo hemos oído hasta que la experiencia haya rectificado nuestro error, cosa que no siempre ocurre. Todo el mundo en Combray habló durante veinticinco años a Françoise de la Sra. Sazerat y Françoise siguió diciendo Sra. Sazerin, no por aquella voluntaria y orgullosa perseverancia en sus errores que era habitual en ella, se fortalecía con nuestra contradicción y constituía lo único de los principios igualitarios de 1789 que ella había sumado en su tierra a la Francia de Saint-André-des-Champs (sólo reclamaba un derecho de ciudadana: el de no pronunciar como nosotros y sostener que «agua», «hacha» y «águila» eran de género masculino), sino porque, en realidad, siguió oyendo siempre Sazerin. Ese error perpetuo que es precisamente la «vida» no atribuye sus mil formas sólo al universo visible y al audible, sino también al social, al sentimental, al histórico, etcétera. La princesa de Luxemburgo tiene una simple situación de casquivana para la mujer del primer presidente, cosa que, por lo demás, carece de demasiada importancia; lo que tiene un poco más es que Odette sea una mujer difícil para Swann, a partir de lo cual éste construye toda una novela que se vuelve más peligrosa, aun cuando comprenda su error; lo que la tiene mayor es que, según los alemanes, los franceses sólo piensen en la revancha. Sólo tenemos visiones informes, fragmentadas, del universo, que completamos mediante

asociaciones de ideas arbitrarias, creadoras de sugestiones peligrosas. Así, pues, no debería yo haber tenido demasiado motivo de asombro al oír el nombre de Forcheville (y ya me preguntaba si sería una pariente del Forcheville del que tanto había oído yo hablar), si la joven rubia no se hubiera apresurado a decirme, seguramente deseosa de prevenir con tacto preguntas que le habrían resultado desagradables: «¿No recuerdas que en tiempos nos conocimos mucho? Venías a casa: tu amiga Gilberte. Ya he visto que no me reconocías». (Lo dijo como si me hubiera reconocido al instante en el salón, pero la verdad es que lo había hecho en la calle y me había saludado y, más adelante, la Sra. de Guermantes me dijo que, según le había contado, como algo muy gracioso y extraordinario, yo la había seguido y rozado, por haberla tomado por una casquivana). Hasta después de que se hubiera marchado no supe por qué se llamaba Srta. de Forcheville. Después de la muerte de Swann, Odette, que asombró a todo el mundo con su manifestación de un profundo dolor, prolongado y sincero, se encontraba en la posición de una vida muy rica. Forcheville se casó con ella, tras haber emprendido una larga gira de castillos y haberse asegurado de que su familia recibiría a su mujer. (Dicha familia creó algunas dificultades, pero cedió por el interés de no tener que sufragar más los gastos de un pariente necesitado y que iba a pasar de una situación rayana en la miseria a la opulencia). Poco después, un tío de Swann, que había acumulado una enorme herencia gracias a la sucesiva desaparición de numerosos parientes, murió y dejó toda su fortuna a Gilberte, quien pasaba a ser, así, una de las más ricas herederas de Francia, pero en el momento en que, a consecuencia del caso Dreyfus, había nacido un movimiento antisemita paralelo a un movimiento de penetración más abundante de los israelitas en la alta sociedad. Los políticos no se habían equivocado al pensar que el descubrimiento del error judicial asestaría un golpe al antisemitismo, pero, provisionalmente al menos, resultaba, al contrario, aumentado y exasperado un antisemitismo en la alta sociedad. Forcheville, quien, como hasta el

menor noble, había obtenido en conversaciones de familia la certidumbre de que su nombre era más antiguo que el de La Rochefoucauld, consideraba que, al casarse con la viuda de un judío, había hecho el mismo acto de caridad que un millonario que recoge a una prostituta en la calle y la saca de la miseria y del fango. Estaba dispuesto a hacer extensiva su bondad a la persona de Gilberte, cuyos numerosos millones ayudarían —pero cuyo absurdo nombre de Swann molestaría— al matrimonio. Declaró que la adoptaba. Sabido es que la Sra. de Guermantes, para asombro —que, por lo demás, solía y le gustaba provocar— de su sociedad, se había negado, después de que se casara Swann, a recibir a su hija, además de a su mujer. Aquella negativa había sido en apariencia algo tanto más cruel cuanto que lo que durante mucho tiempo había representado para Swann su posible matrimonio con Odette había sido la posibilidad de presentar a su hija a la Sra. de Guermantes y seguramente debía de saber —él, quien tanto había vivido ya— que esas representaciones nunca se realizan por diferentes razones, pero hay una por la cual pensó poco en lamentar esa presentación: la de que —sea cual fuere la imagen: desde la trucha que comer a la puesta de sol, que mueve a un sedentario a tomar el tren, hasta el deseo de poder asombrar una noche a una orgullosa cajera deteniéndose delante de ella con su suntuoso equipo de pesca, que mueve a un hombre sin escrúpulos a cometer un asesinato o a desear la muerte y la herencia de los suyos, según sea más bravo o más perezoso, sea más consecuente en la aplicación de sus ideas o se contente con acariciar el primer eslabón— el acto destinado a permitirnos alcanzar la imagen —ya sea éste el viaje, el matrimonio, el crimen, etcétera— nos modifica lo bastante profundamente para que dejemos de conceder importancia a la razón que nos ha movido a realizarlo. Puede incluso que no nos venga nunca más a la cabeza la imagen que se representaba quien aún no era viajero o un marido o un criminal o un aislado (que se puso a trabajar para lograr la gloria y con ello se desprendió del deseo de gloria), etcétera. Por lo demás, si pusiésemos obstinación en no haber querido actuar en

vano, es probable que el efecto de sol no se volviera a dar, que, por tener frío en ese momento, deseáramos una sopa junto al fuego y no una trucha al aire libre, que nuestro equipo dejase indiferente a la cajera, quien tal vez tuviese, por razones muy diferentes, una gran consideración por nosotros y, por tanto, esa brusca riqueza le inspirara desconfianza. En una palabra, hemos visto al Swann casado atribuir importancia sobre todo a las relaciones de su mujer y su hija con la Sra. Bontemps, etcétera.

A todas las razones, debidas a la forma Guermantes de entender la vida mundana, que habían movido a la duquesa a adoptar la decisión de no dejar que le presentaran nunca a la Sra. y a la Srta. Swann, podemos añadir también la afortunada seguridad con la que las personas que no aman se mantienen apartadas de lo que censuran en los enamorados y que el amor de éstos explica. «¡Oh! Yo no quiero saber nada con eso; si al pobre Swann le divierte hacer tonterías y arruinar su existencia, es asunto suyo, pero con esas cosas nunca se sabe, todo eso puede acabar muy mal, conque, ¡allá ellos!». Es el *suave mari magno* que el propio Swann me aconsejaba respecto de los Verdurin, cuando hacía mucho que había dejado de estar enamorado de Odette y ya no le interesaba el pequeño clan. A eso se debe que resulten tan sensatos los juicios de terceros sobre las pasiones que no experimentan y las complicaciones de conducta que provocan. La Sra. de Guermantes había dedicado incluso a la exclusión de la Sra. y la Srta. Swann una perseverancia que había asombrado. Cuando la Sra. Molé y la Sra. de Marsantes habían empezado a hacer amistad con la Sra. Swann y a llevar a su casa un gran número de mujeres de la alta sociedad, no sólo se había mantenido inflexible la Sra. de Guermantes, sino que, además, se las había arreglado para cortar los lazos y que su prima, la princesa de Guermantes, la imitara. Uno de los días más graves de la crisis, en que, durante el ministerio de Rouvier, se creyó que iba a haber guerra entre Francia y Alemania, estando el Sr. de Bréauté y yo cenando solos en casa de la Sra. de Guermantes, encontré a la duquesa con expresión preocupada.

Como era bastante aficionada a la política, yo creí que con ello quería mostrar su miedo a la guerra, así como —un día en que había venido a la mesa tan preocupada y sólo respondía con monosílabos— había contestado —a alguien que le preguntaba tímidamente por el objeto de su preocupación— con expresión grave: «China me inquieta». Ahora bien, al cabo de un momento, la Sra. de Guermantes, al explicar, a su vez, la expresión preocupada que yo había atribuido al miedo a una declaración de guerra, dijo al Sr. de Bréauté: «Dicen que Marie-Aynard quiere hacer un hueco a los Swann. Es absolutamente necesario que yo vaya mañana por la mañana a ver a Marie-Gilbert para que me ayude a impedirlo. Si no, se acabó la sociedad. El caso Dreyfus es muy bonito, pero entonces a la tendera de la esquina le bastará con declararse nacionalista y querer que, a cambio, la recibamos en casa». Y ante aquellas palabras tan frívolas en comparación con las que esperaba, yo había sentido el asombro del lector que, al buscar en la sección habitual de *Le Figaro* las últimas noticias de la guerra ruso-japonesa, se encuentra, en su lugar, con la lista de las personas que han hecho regalos de boda a la Srta. de Mortemart, pues la importancia de una boda aristocrática ha obligado a situar al final del periódico las batallas por tierra y por mar. Por lo demás, la duquesa acababa sintiendo, con su perseverancia mantenida más allá de toda medida, una satisfacción de orgullo que no perdía oportunidad de expresarse. «Babal», decía, «afirma que somos las dos personas más elegantes de París, porque sólo él y yo no nos dejamos saludar por la Sra. y la Srta. Swann. Ahora bien, asegura que la elegancia consiste en no conocer a la Sra. Swann». Y la duquesa se reía con todo su corazón.

Sin embargo, cuando Swann hubo muerto, ocurrió que la decisión de no recibir a su hija ya había acabado de dar a la Sra. de Guermantes todas las satisfacciones de orgullo, independencia, *self-government* y persecución que podía obtener al respecto y a las cuales había puesto fin la desaparición de la persona que le brindaba la deliciosa sensación de que ella se le resistía, de que él

no lograba hacerle revocar sus decretos. Entonces la duquesa había pasado a la promulgación de otros decretos que, al aplicarse a personas vivas, pudiesen hacerla sentirse dueña de obrar como le pareciese. No pensaba en la pequeña Swann, pero, cuando le hablaban de ella, la duquesa sentía una curiosidad, como de un lugar nuevo, que ya no servía para disimular a sí misma el deseo de resistirse a la pretensión de Swann. Por lo demás, tantos sentimientos diferentes pueden contribuir a formar uno solo, que no se podría decir si había algo de afecto a Swann en ese interés. Seguramente —pues en todas las capas de la sociedad una vida mundana y frívola paraliza la sensibilidad y priva de la capacidad para resucitar a los muertos— la duquesa era de las que necesitan la presencia —esa presencia que, como buena Guermantes, se pintaba sola para prolongar— para querer de verdad, pero también, cosa más rara, para detestar un poco. De modo, que con frecuencia sus buenos sentimientos para con las personas, suspendidos en vida de éstas por la irritación que tales o cuales de sus actos le causaban, renacían después de su muerte. Entonces sentía casi un deseo de reparación, porque ya sólo las imaginaba —y, por lo demás, muy vagamente— con sus cualidades y desprovistas de las pequeñas satisfacciones, las pequeñas pretensiones, que la irritaban cuando vivían, cosa que atribuía a veces, pese a la frivolidad de la Sra. de Guermantes, cierta nobleza —mezclada con mucha bajeza— a su conducta. Es que, mientras que las tres cuartas partes de los seres humanos halagan a los vivos y ya no tienen en cuenta en modo alguno a los muertos, ella hacía con frecuencia, después de su muerte, lo que habrían deseado aquellos a los que había tratado mal en vida.

En cuanto a Gilberte, todas las personas que la querían y sentían un poco de amor propio en su lugar no habrían podido alegrarse del cambio de disposiciones de la duquesa para con ella, salvo pensando que Gilberte, al rechazar desdeñosamente iniciativas amistosas que llegaban después de veinticinco años de ultrajes, había podido por fin vengar estos últimos.

Lamentablemente, los reflejos morales no son siempre idénticos a lo que el sentido común se imagina. Quien por una injuria intempestiva ha creído perder para siempre sus ambiciones ante una persona que le interesa las salva, al contrario, con ella. Gilberte, bastante indiferente para con las personas que eran amables con ella, no cesaba de pensar con admiración en la insolente Sra. de Guermantes, de preguntarse por las razones de esa insolencia, e incluso en cierta ocasión había querido escribir —cosa que habría hecho morir de vergüenza ajena a todas las personas que le tenían algo de amistad— a la duquesa para preguntarle qué tenía contra una joven que nada le había hecho. Los Guermantes habían adquirido, para ella, unas proporciones que su nobleza no habría bastado para darles. Los ponía por encima no sólo de toda la nobleza, sino incluso de todas las familias reales.

Antiguas amigas de Swann se ocupaban mucho de Gilberte. En la aristocracia se enteraron de la última herencia que acababa de recibir, notaron lo bien educada que era y lo encantadora que podía ser. Afirmaban que una prima de la Sra. de Guermantes, la princesa de Nièvre, pensaba en Gilberte para su hijo. La Sra. de Guermantes detestaba a la Sra. de Nièvre. Dijo por doquier que semejante matrimonio sería un escándalo. La Sra. de Nièvre, asustada, aseguró que nunca lo había pensado. Un día, como hacía bueno y el Sr. de Guermantes iba a salir con su mujer después del almuerzo, la Sra. de Guermantes estaba arreglándose el sombrero delante del espejo, sus azules ojos se miraban a sí mismos y contemplaban su pelo aún rubio y la doncella sostenía en la mano varias sombrillas entre las cuales elegiría su señora. El sol entraba a raudales por la ventana y habían decidido aprovechar tan hermoso día para ir a hacer una visita a Saint-Cloud. El Sr. de Guermantes, ya preparado, con guantes grises perla y la chistera en la cabeza, pensaba: «Oriane sigue siendo sorprendente, la verdad. Me parece deliciosa». Y, al ver que su mujer parecía tener buena disposición, dijo: «A propósito, tenía que darte un recado de la Sra. de Virelef. Quería preguntarte si podría ir el lunes a la Ópera, pero, como la

acompaña la joven Swann, no se atrevía y me ha rogado que tanteara el terreno. No emito opinión alguna, me limito a transmitírtelo. Dios mío, me parece que podríamos…», añadió evasivamente, pues, como la disposición de los dos para con una persona era colectiva y nacía idéntica en cada uno de ellos, sabía por sí mismo que la hostilidad de su mujer para con la Srta. Swann había decaído y sentía curiosidad por conocerla. La Sra. de Guermantes acabó de arreglarse el velo y eligió una sombrilla. «Pues como gustes, ¿cómo va a importarme? No veo inconveniente alguno a que conozcamos a esa nena. Sabes perfectamente que nunca he tenido nada *contra* ella. Simplemente no quería que pareciéramos recibir a los matrimonios desafortunados de mis amigos. Eso es todo». «Y tenías toda la razón», respondió el duque. «Eres la sensatez misma, amiga mía, y, además, estás arrebatadora con ese sombrero». «Eres muy amable», dijo la Sra. de Guermantes sonriendo a su marido, al tiempo que se dirigía hacia la puerta, pero, antes de montar en el coche, quiso darle aún algunas explicaciones: «Ahora hay muchas personas que van a ver a su madre; por lo demás, ésta tiene la buena ocurrencia de estar enferma las tres cuartas partes del año. Al parecer, la nena es muy maja. Todo el mundo sabe que nosotros queríamos mucho a Swann. Parecerá de lo más natural». Y partieron juntos para Saint-Cloud.

Un mes después, la joven Swann, que aún no se llamaba Forcheville, almorzaba en casa de los Guermantes. Hablaron de mil cosas; al final del almuerzo, Gilberte dijo tímidamente: «Creo que ustedes conocieron muy bien a mi padre». «Ya lo creo que sí», dijo la Sra. de Guermantes con un tono melancólico con el que demostraba comprender la pena de la hija y con un exceso de intensidad intencionado con el que parecía simular no estar segura de recordar muy exactamente al padre. «Lo conocimos muy bien, lo recuerdo *muy bien*». (Y podía recordarlo, en efecto, pues había ido a verla casi todos los días durante veinticinco años). «Sé muy bien quién era, se lo voy a decir», añadió, como si hubiese querido explicar a la hija a quién había tenido por padre y dar a aquella

muchacha informaciones sobre él, «era un gran amigo de mi suegra y también tenía una gran amistad con mi cuñado Palamède». «También venía aquí, almorzaba aquí incluso», añadió el Sr. de Guermantes por ostentación de modestia y prurito de exactitud. «¿Recuerdas, Oriane? ¡Qué hombre más bueno era el padre de usted! ¡Cómo se notaba que debía de ser de una familia honrada! Por lo demás, en tiempos conocí a su padre y a su madre. ¡Qué buenas personas tanto ellos como él!». Daba la sensación de que, si hubieran estado, los padres y el hijo, aún con vida, el duque de Guermantes no habría vacilado en recomendarlos para un empleo de jardineros. Y así es como habla el Faubourg Saint-Germain a un burgués de los demás burgueses, ya sea para halagarlo por la excepción hecha —mientras charlan— con el interlocutor o la interlocutora o más bien, o al mismo tiempo, para humillarlo. Así es como un antisemita habla a un judío —en el momento mismo en que lo cubre con su afabilidad— mal de los judíos, de una forma general, que permite ser hiriente sin ser grosero.

Pero, como sabía en verdad colmarte de atenciones, cuando te veía, al no poder entonces resignarse a dejarte marchar, la Sra. de Guermantes era también esclava de aquella necesidad de la presencia. Swann había podido dar a veces —con la embriaguez de la conversación— a la duquesa la falsa ilusión de que tenía amistad con él, pero ya no podía. «Era encantador», dijo la duquesa con una sonrisa triste, al tiempo que fijaba en Gilberte una mirada muy dulce, que, por si acaso, por si aquella muchacha era sensible, le mostraría que era comprendida y que, si se hubiera encontrado a solas con ella y si las circunstancias lo hubiesen permitido, a la Sra. de Guermantes le habría gustado revelar toda la profundidad de su sensibilidad, pero el Sr. de Guermantes —ya fuera porque pensara que precisamente las circunstancias se oponían a semejantes efusiones o porque considerase que la exageración de los sentimientos era cosa de mujeres y los hombres tenían tan poco que ver con ello como con sus demás atribuciones, salvo la cocina y los vinos que se había reservado, pues tenía más luces para ellos

que la duquesa— consideró oportuno no alimentar —mezclándose en ella— aquella conversación, que escuchaba con visible impaciencia. Por lo demás, la Sra. de Guermantes, una vez pasado aquel acceso de sensibilidad, añadió con una frivolidad mundana, dirigiéndose a Gilberte: «Hombre, mire, era un gran amigo de mi cuñado Charlus y también muy amigo de Voisenon (el castillo del príncipe de Guermantes)», no sólo como si el hecho de conocer al Sr. de Charlus y al príncipe hubiera sido para Swann una casualidad, como si el cuñado y el primo de la duquesa hubiesen sido dos hombres con los que Swann hubiera hecho amistad en determinada circunstancia, cuando, en realidad, Swann tenía amistad con todos los miembros de aquella misma sociedad, sino también como si la Sra. de Guermantes hubiese querido hacer comprender a Gilberte quién era más o menos su padre, «situárselo» mediante uno de esos rasgos característicos con ayuda de los cuales —cuando queremos explicar cómo es que mantenemos relaciones con alguien a quien no deberíamos conocer o para singularizar nuestro relato— invocamos el patrocinio particular de cierta persona. En cuanto a Gilberte, se sintió tanto más contenta de ver decaer la conversación de la que precisamente deseaba cambiar a toda costa, pues había heredado de Swann ese tacto exquisito con una inteligencia encantadora que reconocieron y apreciaron el duque y la duquesa, quienes pidieron a Gilberte que volviera pronto. Por lo demás, con la minuciosidad de las personas cuya vida carece de objeto, advertían sucesivamente, en las personas con las que trababan amistad, cualidades de lo más sencillas y exclamaban ante ellas con la ingenua maravilla de un habitante de una ciudad que descubre en el campo una brizna de hierba o, al contrario, magnificando con un microscopio, comentando sin fin, cogiendo ojeriza a los menores defectos y con frecuencia en una misma persona sucesivamente. En el caso de Gilberte, fueron en primer lugar sus encantos, sobre los cuales se ejerció la perspicacia ociosa del Sr. y de la Sra. de Guermantes: «¿Has notado cómo pronuncia ciertas palabras?», dijo, después de

su marcha, la duquesa a su marido. «Era muy propio de Swann, creía estar oyéndolo». «Yo iba a comentarte lo mismo, Oriane». «Es aguda, son exactamente los giros de su padre». «A mí me parece muy superior incluso. Recuerda lo bien que ha contado esa historia de balneario, tiene un brío del que Swann carecía». «¡Oh! Y eso que era muy ingenioso». «Pero si no digo que no fuera ingenioso, digo que no tenía brío», dijo el Sr. de Guermantes con tono gemebundo, pues su gota lo ponía nervioso y, cuando no había ningún otro a quien manifestar su irritación, lo hacía con la duquesa, pero, como no estaba capacitado para entender bien las causas, prefería adoptar un aire de incomprendido.

Aquellas buenas disposiciones del duque y la duquesa hicieron que en adelante se dijeran a veces, en caso necesario, a Gilberte las palabras «su pobre padre de usted», que, por lo demás, no servían, pues precisamente por aquella época Forcheville había adoptado a la joven. Ésta decía: «Mi padre», a Forcheville, encantaba a las viudas nobles por su educación y su elegancia y se reconocía que, si bien Forcheville se había comportado admirablemente con ella, la pequeña tenía mucho corazón y sabía recompensarlo. Seguramente porque a veces podía —y deseaba— dar muestras de mucha soltura, se me había dado a conocer y delante de mí había hablado de su padre verdadero, pero se trataba de una excepción y delante de ella ya no se atrevían a pronunciar el nombre de Swann. Precisamente acababa yo de notar, al entrar en el salón, dos dibujos de Elstir que en otro tiempo estaban relegados en un despacho de arriba, en el que los había yo visto por casualidad. Ahora Elstir estaba de moda. La Sra. de Guermantes no podía consolarse de haber regalado tantos cuadros suyos a su prima, no porque estuvieran de moda, sino porque ahora los apreciaba. En efecto, la moda se debe al entusiasmo de una serie de personas de las que los Guermantes son representativos, pero no podía pensar en comprar otros cuadros de él, pues desde hacía un tiempo habían subido hasta alcanzar precios de locura. Quería tener al menos algo de Elstir en su salón y había mandado bajar a él

aquellos dos dibujos que, según declaraba, «prefer[ía] a su pintura». Gilberte reconoció aquella factura. «Parecen obras de Elstir», dijo. «Pues claro», respondió atolondradamente la duquesa, «fue precisamente su… fueron unos amigos nuestros quienes nos aconsejaron comprarlas. Es admirable. En mi opinión, es superior a su pintura». Yo, que no había oído aquel diálogo, fui a mirar el dibujo. «Hombre, es el Elstir que…». Vi las señales desesperadas de la Sra. de Guermantes. «¡Ah, sí! El Elstir que yo admiraba arriba. Está mucho mejor que en ese pasillo. A propósito de Elstir, lo cité ayer en un artículo de *Le Figaro*. ¿Lo leyó usted?». «¿Ha publicado usted un artículo en *Le Figaro*?», exclamó la duquesa con la misma vehemencia que si hubiera exclamado: «Pero si es mi prima». «Sí, ayer». «¿En *Le Figaro*? ¿Está seguro? Me extrañaría mucho, pues los dos tenemos nuestro propio ejemplar y, si le hubiera pasado inadvertido a uno, el otro lo habría visto, ¿verdad, Oriane? No había nada». El duque mandó a buscar *Le Figaro* y sólo se rindió ante la evidencia, como si hasta entonces hubiera existido más bien la posibilidad de que yo me hubiese equivocado al citar el periódico en que se había publicado. «¡Cómo! No comprendo. Entonces, ¿ha publicado usted un artículo en *Le Figaro*?», me dijo la duquesa, haciendo un esfuerzo para hablar de una cosa que no le interesaba. «Pero, vamos a ver, Basin, ya lo leerás después». «No, no, el duque está muy bien así, con su gran barba sobre el periódico», dijo Gilberte. «Yo voy a leerlo en cuanto vuelva a casa». «Sí, ahora que todo el mundo se la afeita, él lleva barba», dijo la duquesa, «nunca hace las cosas como los demás. Cuando nos casamos, no sólo se afeitaba la barba, sino también el bigote. Los campesinos que no lo conocían no creían que fuera francés. Entonces se llamaba príncipe Des Laumes». «¿Existe aún un príncipe Des Laumes?», preguntó Gilberte, quien estaba interesada en todo lo que se refiriera a personas que no habían podido saludarla durante tanto tiempo. «No, no», respondió con mirada melancólica y cariñosa la duquesa. «¡Un título tan bonito! ¡Uno de los títulos franceses más bonitos!», dijo Gilberte, pues cierta clase de trivialidades acuden inevitablemente,

cuando suena la hora, a la boca de ciertas personas inteligentes. «Pues sí, sí, yo también lo siento. A Basin le gustaría que el hijo de su hermana lo heredara, pero no es lo mismo; en el fondo, podría ser porque no es forzosamente el primogénito, puede pasar del primogénito al menor. Como le decía, entonces Basin iba totalmente afeitado; un día en una peregrinación —¿recuerdas, querido?», dijo a su marido, «¿aquel peregrinaje a Paray-le-Monial?— mi cuñado Charlus, que gusta bastante de hablar con los campesinos, decía a uno, a otro: "¿De dónde eres tú?", y, como es muy generoso, les daba algo, los llevaba a tomar una copa, pues nadie es a la vez más alto y más sencillo que Memé. Lo verá usted no querer saludar a una duquesa que no le parece serlo bastante y colmar de atenciones al lacayo encargado de los perros. Entonces dije a Basin: "A ver, Basin, háblales un poco también". Mi marido, que no siempre es muy inventivo…». «Gracias, Oriane», dijo el duque sin interrumpir la lectura de mi artículo, en la que estaba absorto, «… vio a un campesino y le repitió textualmente la pregunta de su padre: "Y tú, ¿de dónde eres?". "Yo soy de Laumes". "¿Eres de Laumes? Pues mira, yo soy tu príncipe". Entonces el campesino miró la cara totalmente afeitada de Basin y le respondió: "No es verdad. Usted es un *English*"». Se veían así —en aquellos relatos mínimos de la duquesa— aquellos grandes títulos eminentes, como el de príncipe Des Laumes, surgir en su lugar apropiado, en su estado antiguo y su color local, como en ciertos libros de horas se reconoce, en medio de la muchedumbre de la época, la flecha de Bourges. Trajeron tarjetas que un lacayo acababa de entregar. «No sé qué le ha dado, no la conozco. A ti te debo esto, Basin. Sin embargo, no te han salido bien precisamente esa clase de relaciones, pobrecito mío», y volviéndose hacia Gilberte: «No sabría explicarle a usted siquiera quién es, seguro que no la conoce usted, se llama Lady Rufus Israël». Gilberte enrojeció intensamente: «No la conozco», dijo (cosa que era tanto más falsa cuanto que Lady Israël se había reconciliado, dos años antes de la muerte de Swann, con él y tuteaba a Gilberte), «pero sé muy bien, por otras personas,

quién es, la persona a la que se refiere usted». Es que Gilberte se había vuelto muy esnob. Así, un día en que una muchacha había preguntado —ya fuese maliciosa o torpemente— cuál era el nombre de su padre, no el adoptivo, sino el verdadero, con su turbación y para desnaturalizarlo un poco lo había pronunciado, en lugar de Suann, Svann, cambio cuyo carácter peyorativo —pues convertía aquel nombre de origen inglés en alemán— advirtió un poco después, e incluso había añadido, envileciéndose para ensalzarse: «Se han contado muchas cosas muy diferentes sobre mi nacimiento, pero yo debo pasarlo todo por alto».

Por grande que fuera la vergüenza que Gilberte debía de sentir en ciertos instantes —al pensar en sus padres (pues incluso la Sra. Swann representaba —y era— para ella una buena madre)— de semejante forma de concebir la vida, hay que suponer, por desgracia, que seguramente había tomado sus elementos de sus padres, pues no nos hacemos a nosotros mismos completamente, sino que a cierta suma de egoísmo existente en la madre va a sumarse un egoísmo distinto, inherente a la familia del padre, lo que no siempre representa una simple adición ni sirve sólo de múltiplo siquiera, sino que crea un egoísmo nuevo, infinitamente más poderoso y temible. Y, desde que el mundo es mundo, si familias en las que existe determinado defecto con una forma se aliaran con familias en las que el mismo defecto exista con otra, cosa que crea una variedad particularmente completa y detestable en el hijo, los egoísmos acumulados (por hablar aquí sólo de eso) cobrarían tal poder, que, si del propio mal no naciesen —aptas para reducirlo a sus proporciones justas— las restricciones naturales análogas a las que impiden a la proliferación infinita de infusorios aniquilar nuestro planeta, a la fecundación unisexuada de las plantas provocar la extinción del reino vegetal, etcétera, la Humanidad entera resultaría destruida. De vez en cuando, una virtud se combina con ese egoísmo para constituir un poder nuevo y desinteresado. Las combinaciones mediante las cuales a lo largo de las generaciones la química moral fija así —y vuelve inofensivos— los elementos que

iban resultando demasiado temibles son infinitas y atribuirían una variedad apasionante a la historia de las familias. Por lo demás, con esos egoísmos acumulados, como los que debía de haber en Gilberte, coexiste cierta virtud encantadora de los padres; interviene un momento para hacer por sí sola un intermedio, desempeñar su conmovedor papel con una sinceridad completa. Seguramente Gilberte no llegaba tan lejos como cuando insinuaba que tal vez fuera la hija natural de algún gran personaje, pero la mayoría de las veces disimulaba su origen. Tal vez le resultara demasiado desagradable, sencillamente, confesarlos y prefiriera que se supiesen por mediación de otros. Tal vez creyera de verdad ocultarlos, con esa creencia incierta, pero distinta de la duda, que reserva una posibilidad a lo que se desea y de la que Musset ofrece un ejemplo cuando habla de la esperanza en Dios.

«No la conozco personalmente», prosiguió Gilberte. Sin embargo, ¿abrigaría la esperanza —al hacerse llamar Srta. de Forcheville— de que se ignorara que era la hija de Swann? Tal vez fuese así en relación con ciertas personas que con el tiempo llegarían a ser —así lo esperaba— casi todo el mundo. No debía de hacerse grandes ilusiones sobre su número actual y seguramente sabía que muchas personas debían de susurrar: «Es la hija de Swann». Pero sólo lo sabía con esa misma ciencia que nos habla de personas que se matan por estar sumidas en la miseria, mientras vamos al baile, es decir, una ciencia lejana y vaga, que no queremos substituir por un conocimiento más preciso debido a una impresión directa. Como el alejamiento vuelve las cosas más pequeñas, más inciertas, menos peligrosas, Gilberte consideraba inútil que el descubrimiento de que era una Swann de nacimiento se produjese en su presencia. Gilberte pertenecía —o al menos perteneció durante aquellos años— a la variedad más difundida de los avestruces humanos, los que no ocultan la cabeza con la esperanza de no ser vistos, cosa que consideran poco verosímil, sino de no ver que los ven, lo que les parece ya no poca cosa y les permite encomendarse a la suerte para lo demás. Gilberte prefería no estar

cerca de las personas en el momento en que descubrían que era una Swann de nacimiento y, como estamos próximos a las personas que imaginamos y podemos imaginarnos a las personas leyendo su periódico, Gilberte prefería que los periódicos la llamaran Srta. de Forcheville. Cierto es que para los escritos que eran responsabilidad suya —sus cartas— preparó por algún tiempo la transición firmando G. S. Forcheville. La verdadera hipocresía en esa firma se manifestaba mucho menos en la supresión de las otras letras del nombre de Swann que de las del nombre de Gilberte. En efecto, al reducir el nombre de pila inocente a una simple G, la Srta. de Forcheville parecía insinuar a sus amigos que la misma amputación aplicada al nombre de Swann se debía también al deseo de abreviarlo. Atribuía incluso importancia particular a la S y la convertía en algo así como una larga cola que servía para tachar la G, pero —se notaba— transitoria y destinada a desaparecer como la que —aún larga en el simio— ha dejado ya de existir en el hombre.

Aun así, en su esnobismo había la inteligente curiosidad de Swann. Recuerdo que aquella tarde preguntó a la Sra. de Guermantes si no habría conocido al Sr. Du Lau y, como la duquesa respondió que estaba enfermo y no salía, Gilberte preguntó cómo era, pues había oído —añadió enrojeciendo ligeramente— hablar mucho de él. (El marqués Du Lau había sido, en efecto, uno de los amigos más íntimos de Swann antes del matrimonio de éste y tal vez incluso lo hubiera vislumbrado Gilberte alguna vez, pero en un momento en el que no se interesaba por aquella sociedad). «¿Pueden el Sr. de Bréauté o el príncipe de Agrigento dar una idea al respecto?», preguntó. «¡Oh, no! En absoluto», exclamó la Sra. de Guermantes, que estaba muy al corriente de esas diferencias provinciales y hacía retratos sobrios, pero embellecidos por su dorada y ronca voz, bajo el dulce florecimiento de sus ojos de violeta. «No, en absoluto. Du Lau era el gentilhombre de Périgord, encantador, con todos los exquisitos modales y el desparpajo de su provincia. En Guermantes, cuando estaba el rey de Inglaterra, de

quien Du Lau era muy amigo, después de la caza había una merienda; era la hora en que Du Lau acostumbraba a ir a quitarse sus botines y ponerse gruesos calcetines de lana. Pues bien, la presencia del rey Eduardo y de todos los grandes duques en modo alguno lo cohibía y volvía a bajar al gran salón de Guermantes con sus calcetines de lana. Le parecía que, por ser el marqués Du Lau d'Allemans, no tenía por qué reprimirse ante el rey de Inglaterra. Aquel encantador Quasimodo de Bretueil y él eran los dos que más me gustaban. Por lo demás, eran grandes amigos de…» (iba a decir de «su padre de usted» y se interrumpió en seco). «No, eso no tiene la menor relación ni con Gri-Gri ni con Bréauté. Es el verdadero gran señor de Périgord. Por lo demás, Memé cita una página de Saint-Simon sobre un marqués de Allemans, es exactamente así». Yo cité las primeras palabras del retrato: «El Sr. d'Allemans, que era un hombre muy distinguido entre la nobleza de Périgord, por la suya y por su mérito, y estaba considerado por todos cuantos allí vivían un árbitro general a quien todo el mundo recurría por su probidad, su capacidad y la suavidad de sus modales y como un gallo de provincias…». «Sí, algo hay de eso», dijo la Sra. de Guermantes, «tanto más cuanto que Du Lau siempre ha sido rojo como un gallo». «Sí, recuerdo haber oído citar ese retrato», dijo Gilberte, sin añadir que quien lo había hecho había sido su padre, gran admirador, en efecto, de Saint-Simon.

También le gustaba hablar del príncipe de Agrigento y del Sr. de Bréauté por otra razón. El príncipe de Agrigento lo era por herencia de la casa de Aragón, pero su señorío es de Poitou. En cuanto a su castillo, aquel al menos en el que residía, no era un castillo de su familia, sino de la familia de un primer marido de su madre y estaba situado a la misma distancia más o menos de Martinville y de Guermantes. Por eso Gilberte hablaba de él y del Sr. de Bréauté como de vecinos del campo que le recordaban a su antigua provincia. Materialmente, había una parte de mentira en aquellas palabras, ya que había sido sólo en París —y por mediación de la condesa Molé— donde había conocido al Sr. de Bréauté, viejo

amigo, por lo demás, de su padre. En cuanto al placer de hablar de los alrededores de Tansonville, podía ser sincero. Para ciertas personas, el esnobismo es análogo a esas bebidas agradables en las que se mezclan substancias útiles. Gilberte se interesaba por determinada mujer elegante porque tenía libros soberbios y cuadros de Nattier que mi antigua amiga seguramente no habría ido a ver a la Biblioteca Nacional del Louvre y me imagino que, pese a la proximidad mayor aún, la atractiva influencia de Tansonville se ejerció menos —en el caso de Gilberte— en la Sra. Sazerat o en la Sra. Goupil que en el Sr. de Agrigento. «¡Oh! Pobre Babal y pobre Gri-Gri», dijo la Sra. de Guermantes, «están mucho más enfermos que Du Lau y temo que no les quede mucho tiempo ni a uno ni a otro».

Cuando el Sr. de Guermantes hubo terminado la lectura de mi artículo, me expresó cumplidos, mitigados, por lo demás. Lamentaba la forma un poco tópica de ese estilo en el que había «ampulosidad, metáforas como en la anticuada prosa de Chateaubriand»; en cambio, me felicitó sin reservas por «hacer algo»: «Me gusta que se haga algo con los diez dedos. No me gustan los inútiles que siempre están dándose importancia o haciendo aspavientos. ¡Tonta calaña!». Gilberte, que adquiría con extrema rapidez los modales de la alta sociedad, declaró lo orgullosa que iba a sentirse al decir que era amiga de un autor. «Ya lo creo que voy a decir que tengo el placer, *el honor*, de conocerte». «¿Quiere usted venir con nosotros, mañana, a la Ópera Cómica?», me preguntó la duquesa y yo pensé que sería seguramente en aquel mismo palco en el que la había yo visto por primera vez y que entonces me había parecido inaccesible como el reino submarino de las Nereidas, pero respondí con voz triste: «No, no voy al teatro. He perdido a una amiga a la que quería mucho». Tenía casi lágrimas en los ojos al decírselo, pero, aun así, por primera vez casi me daba cierto placer hablar de ello. A partir de aquel momento fue cuando empecé a escribir a todo el mundo que acababa de sentir una gran pena y a dejar de sentirla.

Cuando Gilberte se hubo marchado, la Sra. de Guermantes me dijo: «No ha entendido usted mis señales: eran para que no hablara de Swann». Y, cuando me disculpé, añadió: «Pero ¡si lo entiendo muy bien! Yo misma he estado a punto de nombrarlo, he tenido el tiempo justo para corregirme, es espantoso, menos mal que me he detenido a tiempo. Ya sabes que es muy molesto», dijo a su marido para mitigar un poco mi falta con apariencia de creer que había yo obedecido a una propensión común a todos y a la que resultaba difícil resistirse. «¿Qué quieres que haga?», respondió el duque. «Lo que puedes hacer es mandar que vuelvan a poner esos dibujos arriba, ya que te recuerdan a Swann. Si no piensas en Swann, no hablarás de él».

El día siguiente, recibí dos cartas de felicitación que me asombraron mucho, una de ellas de la Sra. Goupil, señora de Combray a la que no había yo vuelto a ver desde hacía muchos años y a quien, incluso en Combray, no había dirigido ni tres veces la palabra. Había encontrado *Le Figaro* en una biblioteca. Así, cuando nos ocurre algo en la vida que tiene un poco de resonancia, nos llegan noticias de personas situadas tan lejos de nuestras relaciones y cuyo recuerdo es ya tan antiguo, que parecen situadas a una gran distancia, sobre todo en el sentido de la profundidad. Una amistad de colegio olvidada —y que tenía veinte ocasiones de recordarnos— nos da señales de vida, no sin compensaciones, por lo demás. Así, Bloch, cuya opinión sobre mi artículo tanto me habría gustado saber, no me escribió. Cierto es que había leído aquel artículo e iba a confesármelo más adelante, pero por carambola. En efecto, varios años después publicó, a su vez, un artículo en *Le Figaro* y deseó inmediatamente indicarme aquel acontecimiento. Como lo que consideraba un privilegio le correspondía también a él, pues la envidia que lo había hecho fingir ignorar mi artículo cedió como se eleva un compresor, me habló de él de forma muy diferente a como deseaba oír hablar del suyo: «He sabido que tú también», me dijo, «habías escrito un artículo, pero no me pareció oportuno hablarte de él, por temor a ser desagradable, pues no se debe

hablar a los amigos de las cosas humillantes que les ocurren y una de ellas es la de publicar un artículo en el periódico del sable y el hisopo, de los *five o'clock*, sin olvidar la pila de agua bendita». Su carácter seguía siendo el mismo, pero su estilo se había vuelto menos precioso, como les ocurre a ciertos escritores que, cuando, por haber dejado de componer poemas simbolistas, escriben folletines, abandonan el manierismo.

Para consolarme por su silencio, releí la carta de la Sra. de Goupil, pero carecía de calidez, pues, si bien la aristocracia tiene ciertas fórmulas que erigen empalizadas entre sí, entre el *Señor* del comienzo y los *sentimientos distinguidos* del final, gritos de alegría, de admiración, pueden brotar como flores y hacer inclinarse por encima de la empalizada su perfume encantador, pero el convencionalismo burgués encierra el propio interior de las cartas en una red de *su éxito tan legítimo* o como máximo *su hermoso éxito*. Unas cuñadas, fieles a la educación recibida y reservadas dentro de su blusa como Dios manda, creen haberse expansionado con la desgracia o el entusiasmo, si han escrito *mis mejores pensamientos*. El de *mi madre se suma a mí* es un superlativo con el que raras veces nos vemos agraciados. Recibí otra carta, además de la de la Sra. Goupil, pero el nombre, Sautton, me resultaba desconocido. Era una escritura popular, un lenguaje encantador. Sentí muchísimo no poder descubrir quién me había escrito.

Dos días después por la mañana, me alegré de que Bergotte fuera un gran admirador de mi artículo, que no había podido leer sin sentir envidia. Sin embargo, al cabo de un momento mi alegría decayó. En efecto, Bergotte no me había escrito absolutamente nada. Yo me había limitado a preguntarme si le habría gustado aquel artículo, temiendo que no. A aquella pregunta, la Sra. de Forcheville me había respondido que lo admiraba infinitamente, le parecía propio de un gran escritor, pero me lo había dicho mientras yo dormía: era un sueño. Casi todos responden a las preguntas que nos formulamos con afirmaciones complejas, puestas en escena con varios personajes, pero que carecen de futuro.

En cuanto a la Srta. de Forcheville, no podía yo por menos de pensar en ella con desconsuelo. ¡Cómo! Pese a ser la hija de su gran amigo Swann, quien tan dichoso habría sido viéndola en casa de los Guermantes, éstos se habían negado a recibirla y después —tras haber pasado el tiempo que renueva para nosotros, insufla otra personalidad, según lo que se dice de ellas, a las personas a las que no hemos visto desde hace mucho, desde que nosotros mismos, por haber cambiado de vida, hemos adquirido gustos nuevos— la habían buscado espontáneamente, pero, cuando Swann decía a veces a aquella hija, al tiempo que la estrechaba contra sí y la besaba: «Es bueno, querida, tener una hija como tú; un día, cuando yo ya no esté en este mundo, si se habla aún de tu pobre papá, será sólo contigo y por ti», con lo que abrigaba para después de su muerte una temerosa y ansiosa esperanza de supervivencia en su hija, se equivocaba tanto como el viejo banquero que, tras haber hecho testamento a favor de una bailarina a la que mantiene y que se comporta muy bien, se dice que sólo es para ella un gran amigo, pero que ella seguirá fiel a su recuerdo. Ella se comportaba muy bien, pero no por ello dejaba de acariciar con el pie bajo la mesa a los amigos del viejo banquero que le gustaban, pero todo ello muy oculto, con una apariencia excelente. Llevará el luto por ese hombre excelente, se sentirá liberada de él, aprovechará no sólo el dinero líquido, sino también las propiedades, los automóviles, que le ha dejado, hará borrar por todas partes las iniciales del antiguo propietario, que le dan un poco de vergüenza, y nunca asociará al goce del don la añoranza del donante. Las ilusiones del amor paterno tal vez no sean menores que las del otro; muchas hijas consideran a su padre simplemente el viejo que les deja su fortuna. La presencia de Gilberte en un salón en lugar de ser una oportunidad para que se hablara aún algunas veces de su padre era un obstáculo para que se aprovecharan aquellas —cada vez más escasas— que se podrían haber tenido de hacerlo. Incluso a propósito de las palabras que había pronunciado, de los objetos que había donado, se adoptó la costumbre de dejar de nombrarlo y

aquella que debería haber rejuvenecido —si no perpetuado— su memoria resultó apresurar y consumar la obra de la muerte y del olvido.

Y no sólo en relación con Swann consumaba Gilberte poco a poco la labor del olvido: había apresurado en mí dicha labor respecto de Albertine. Por efecto del deseo y, por consiguiente, del deseo de felicidad que Gilberte había despertado en mí durante las pocas horas en que yo la había confundido con otra, ciertos sufrimientos, preocupaciones dolorosas, que poco antes obsesionaban aún mi pensamiento, me habían abandonado y se habían llevado consigo todo un bloque de recuerdos —probablemente pulverizados desde hacía mucho y precarios— relativos a Albertine. Es que, si bien recuerdos que estaban vinculados con ella habían contribuido primero a mantener en mí la pena por su muerte, la propia pena había asentado, a su vez, los recuerdos. De modo, que la modificación de mi estado sentimental, tal vez vagamente preparada día tras día por las continuas disgregaciones del olvido, pero realizada bruscamente en su conjunto, me dio la impresión —que recuerdo haber experimentado aquel día por primera vez— del vacío, de la supresión en mí de toda una porción de mis asociaciones de ideas, que experimenta un hombre una de cuyas arterias cerebrales, desgastada desde hacía mucho, se ha roto y en el cual toda una parte de la memoria queda abolida o paralizada. Yo había dejado de amar a Albertine. Como máximo, algunos días, cuando hacía uno de esos tiempos que, al modificar, al despertar, nuestra sensibilidad, vuelven a ponernos en relación con la realidad, me sentía cruelmente triste pensando en ella. Sufría por un amor que había dejado de existir. Así también los amputados, con ciertos cambios de tiempo, sienten dolor en la pierna que han perdido.

La desaparición de mi sufrimiento —y de todo lo que éste entrañaba— me dejaba disminuido, como con frecuencia ocurre con la curación de una enfermedad que ocupaba un lugar importante en nuestra vida. Seguramente porque los recuerdos no siguen siendo

siempre verdaderos y porque la vida está hecha de la perpetua renovación de las células es por lo que el amor no es eterno, pero dicha renovación, en el caso de los recuerdos, resulta retardada, de todos modos, por la atención que detiene, que paraliza, por un momento lo que debe cambiar y, como con la pena ocurre lo mismo que con el deseo de las mujeres, que engrandecemos al pensar en ellos, tener mucho que hacer volvería más fácil —tanto como la castidad— el olvido.

En virtud de otra reacción, si no cabe duda de que es el tiempo el que trae progresivamente el olvido (aunque fue la distracción —el deseo de la Srta. d'Éporcheville— el que me devolvió de repente el olvido efectivo y sensible), éste no deja de alterar profundamente la noción del tiempo. En el tiempo hay errores ópticos, como los hay en el espacio. La persistencia en mí de una veleidad antigua de trabajar, de reparar el tiempo perdido, de cambiar de vida o, mejor dicho, comenzar a vivir, me infundía la falsa ilusión de que seguía siendo igualmente joven: sin embargo, el recuerdo de todos los acontecimientos que se habían sucedido en mi vida —y también en mi corazón, pues, cuando hemos cambiado mucho, nos vemos inducidos a suponer que hemos vivido más tiempo— durante aquellos últimos meses de la vida de Albertine había hecho que me parecieran mucho más largos que un año y aquel olvido de tantas cosas, al separarme de los espacios vacíos, de acontecimientos muy recientes que me hacían parecer antiguos, ya que había tenido lo que se llama «el tiempo» para olvidarlos, su interpolación, fragmentada, irregular, en medio de mi memoria —como una bruma espesa sobre el océano, que suprime los puntos de referencia de las cosas— era la que descomponía, dislocaba, mi sensación de las distancias —aquí estrechadas, allá distendidas— en el tiempo y me hacía creer —ora mucho más lejos ora mucho más cerca— cosas que no lo estaban en realidad y, como en los nuevos espacios aún no recorridos, que se extendían ante mí, no habría más rastros de mi amor a Albertine que en los tiempos perdidos que acababa de atravesar de mi amor a mi abuela, al ofrecer una sucesión de

períodos bajo los cuales, después de cierto intervalo, nada de lo que sostenía el precedente subsistía en el que le seguía, mi vida me pareció algo desprovisto del apoyo de un yo individual idéntico y permanente, algo tan inútil en el futuro como largo en el pasado, algo que la muerte podría terminar aquí o allá, sin concluirlo en modo alguno, así como esos cursos de Historia de Francia que en Retórica se interrumpen indiferentemente, según la fantasía de los programas o de los profesores: en la revolución de 1830, en la de 1848 o al final del Segundo Imperio.

Tal vez la fatiga y la tristeza que entonces sentí se debieran menos a haber amado en vano lo que ya estaba olvidando que a empezar a complacerme con nuevos vivos, puras personas de la alta sociedad, simples amigos de los Guermantes, tan poco interesantes por sí mismos. Tal vez me consolara más fácilmente de comprobar que aquella a la que había amado ya no era, al cabo de cierto tiempo, sino un pálido recuerdo que de volver a ver en mí esa vana actividad que nos hace perder el tiempo tapizando nuestra vida con una vegetación humana vivaz, pero parásita, que también pasará a ser nada, cuando haya muerto, que ya es extraña a todo lo que hemos conocido y a la que, sin embargo, intenta gustar nuestra charlatana, melancólica y coqueta senilidad. La persona nueva que soportaría fácilmente vivir sin Albertine había hecho su aparición en mí, ya que había podido hablar de ella en casa de la Sra. de Guermantes con palabras afligidas, sin sufrimiento profundo. Aquellos nuevos yoes que deberían llevar un nombre distinto del precedente, su posible aparición, por su indiferencia para con lo que yo amaba, siempre me habían horrorizado: en tiempos a propósito de Gilberte, cuando su padre me decía que, si me iba a vivir a Oceanía, no querría nunca más volver; muy recientemente, cuando había leído, con el corazón tan en un puño, las memorias de un escritor mediocre que, tras verse separado por la vida de una mujer a quien había adorado de joven, volvía a encontrarse con ella de viejo sin placer, sin ganas de volver a verla. Ahora bien, esa persona tan temida, tan benefactora y que no era sino uno de esos yoes de

recambio que el destino mantiene en reserva para nosotros y con el que, sin escuchar nuestras plegarias más que un médico clarividente y tanto más autoritario, substituye, a nuestro pesar, mediante una intervención oportuna, el yo en verdad demasiado herido, me aportaba, al contrario, junto con el olvido, una supresión casi completa del sufrimiento, una posibilidad de bienestar. Por lo demás, hace ese recambio de vez en cuando, como el desgaste y la refacción de los tejidos, pero sólo le prestamos atención, si el antiguo entrañaba un gran dolor, un cuerpo extraño e hiriente, que nos asombra no volver a encontrar, con nuestra maravilla de habernos vuelto otro, un otro para el que el sufrimiento de su predecesor ya es sólo ajeno, aquel del que podemos hablar con conmiseración, porque no lo sentimos. Incluso nos es igual haber pasado por tantos sufrimientos, pues recordamos sólo confusamente haberlos padecido. Es posible que igualmente nuestras pesadillas por la noche sean espantosas, pero, al despertar, somos otra persona a la que nada importa que aquella a quien sucede haya debido huir en sueños de unos asesinos.

Seguramente aquel yo conservaba aún algún contacto con el antiguo, así como un amigo, pese a sentir indiferencia ante un duelo, habla de él a las personas presentes con la tristeza conveniente y regresa de vez en cuando a la habitación en la que el viudo que le ha encargado recibir en su lugar sigue haciendo oír sus sollozos. Yo los emitía de nuevo cuando volvía a ser por un momento el antiguo amigo de Albertine, pero solía pasar enteramente a un personaje nuevo. No porque los otros hayan muerto se debilita nuestro afecto por ellos, sino porque nosotros mismos morimos. Albertine no tenía nada que reprochar a su amigo. Quien usurpaba su nombre era simplemente su heredero. Sólo se puede ser fiel a aquello que se recuerda y sólo se recuerda lo que se ha conocido. Mi nuevo yo, mientras crecía a la sombra del antiguo, había oído hablar a éste con frecuencia de Albertine; por mediación de él, de los relatos sobre ella que recogía, creía

conocerla, le resultaba simpática, la amaba, pero era simplemente un cariño de segunda mano.

Otra persona en la que la labor del olvido en lo relativo a Albertine se consumó probablemente con mayor rapidez en aquella época y de paso me permitió darme cuenta un poco más adelante de un nuevo avance que dicha labor había hecho en mí (y se trata de mi recuerdo de una segunda etapa antes del olvido definitivo) fue Andrée. En efecto, no puedo presentar el olvido de Albertine como causa —si no única, si no principal incluso, al menos condicionante y necesaria— de una conversación que Andrée tuvo conmigo unos seis meses después de aquella que he relatado y en la que sus palabras fueron tan diferentes de lo que me había dicho la primera vez. Recuerdo que fue en mi habitación, porque en aquel momento sentía placer en tener semirrelaciones carnales con ella, por el carácter colectivo que había tenido al comienzo y que volvía a cobrar ahora mi amor a las muchachas de la panda, durante mucho tiempo indiviso entre ellas y por un momento asociado únicamente a la persona de Albertine, durante los últimos meses que habían precedido y seguido a su muerte.

Estábamos en mi cuarto por otro motivo más, que me permite situar muy exactamente esa conversación. Es que me había yo visto expulsado del resto del piso, porque era el día de mi madre, un día en que mi madre había ido a almorzar a casa de la Sra. Sazerat. Como era el día en que había vacilado a la hora de ir a casa de la Sra. Sazerat, pero, como, incluso en Combray, ésta sabía siempre invitar con personas aburridas, mi madre, convencida de que no se divertiría, había contado con que podría volver temprano sin perderse ningún placer. En efecto, había vuelto a tiempo y sin lamentarlo, pues la Sra. Sazerat había tenido sólo invitados fastidiosos a quienes dejaba helados ya tan sólo la voz particular que adoptaba cuando recibía y que mi madre llamaba su «voz del miércoles». Por lo demás, mi madre la apreciaba mucho, la compadecía por su infortunio —a consecuencia de las calaveradas de su padre, arruinado por la duquesa de X***—, que la obligaba a

vivir casi todo el año en Combray, con algunas semanas en casa de su prima en París y un gran «viaje de placer» cada diez años. Recuerdo que la víspera —ante mi ruego, repetido desde hacía meses y también porque la princesa no cesaba de reclamarla— mi madre había ido a ver a la princesa de Parma, quien, por su parte, no hacía visitas y en cuya casa se solía dejar la tarjeta simplemente, pero había insistido en que mi madre fuera a verla, ya que el protocolo impedía que ella viniese a nuestra casa. Mi madre había vuelto muy descontenta: «Me has hecho cometer una pifia», me dijo. «La princesa de Parma, nada más saludarme, se ha vuelto hacia las señoras con las que estaba hablando sin ocuparse de mí y, al cabo de diez minutos, como no me había dirigido la palabra, me he marchado, sin que me diese la mano siquiera. Me he sentido muy enojada; en cambio, cuando me marchaba, me he encontrado delante de la puerta con la duquesa de Guermantes, quien ha estado muy amable y me ha hablado mucho de ti. ¡Qué idea tan singular tuviste, al hablarle de Albertine! Según me ha contado, le dijiste que su muerte había sido una pena enorme para ti». (Se lo había dicho, en efecto, a la duquesa, pero ni siquiera lo recordaba y apenas había insistido al respecto: es que las personas más distraídas prestan con frecuencia singular atención a palabras que dejamos escapar, que nos parecen totalmente naturales y excitan profundamente su curiosidad). «Nunca volveré a la casa de la princesa de Parma. Me has hecho cometer una tontería».

Ahora bien, el día siguiente, aquel en que mi madre recibía, Andrée vino a verme. No tenía mucho tiempo, pues debía ir a buscar a Gisèle, con quien tenía mucho interés en cenar. «Conozco sus defectos, pero, de todos modos, es mi mejor amiga y la persona a la que tengo más afecto», me dijo y pareció incluso tener cierto temor a que pudiera yo expresar mi deseo de cenar con ellas. Andrée sentía avidez por las personas y un tercero que la conocía demasiado bien, como yo, al impedirle entregarse, le obstaculizaba la posibilidad de saborear junto a ellas un placer completo.

Cierto es que, cuando llegó, yo había salido, por lo que estaba esperándome, e iba yo a pasar por mi saloncito para reunirme con ella, cuando advertí —al oír una voz— que había otra visita para mí. Con la prisa por ver a Andrée, que estaba en mi habitación, y sin saber quién era la otra persona, quien, evidentemente, no la conocía, ya que la habían hecho entrar en otra habitación, escuché por un instante a la puerta del saloncito, pues mi visitante no estaba solo, sino hablando a una mujer: *¡Oh, querida, está en mi corazón!*, le canturreaba, citando los versos de Armand Silvestre. «Sí, seguirás siendo siempre mi queridita, pese a todo lo que has podido hacerme:

> *»Les morts dorment en paix dans le sein de la terre.*
> *Ainsi doivent dormir nos sentiments éteints.*
> *Ces reliques du coeur ont aussi leur poussière;*
> *Sur leurs restes sacrés ne portons pas les mains.*[4]

»Es un poco anticuado, pero ¡qué bonito! Y también lo que habría podido decirte ya el primer día:

> *»Tu les fera pleurer, enfant belle et chérie…*[5]

»¡Cómo! ¿No lo conoces?

> *»… Tous ces bambins, hommes futurs,*
> *Qui suspendent déjà leur jeune rêverie*
> *Aux cils câlins de tes yeux purs*[6]*.*

»¡Ah! Había creído poder decirme por un instante:

> *»Le premier soir qu'il vint ici*
> *De fierté je n'eus plus souci.*
> *Je lui disais: "Tu m'aimeras*
> *Aussi longtemps que tu pourras".*
> *Je ne dormais bien qu'en ses bras»*[7]*.*

Con la curiosidad de saber a qué mujer se dirigía aquel diluvio de poemas, abrí —aun a riesgo de retrasar por un instante mi urgente visita a Andrée— la puerta. Estaba recitándolos el Sr. de Charlus a un militar, en quien reconocí en seguida a Morel y que partía para el período de ejercicios de reservista. Este último ya no tenía buenas relaciones con el Sr. de Charlus, pero volvía a verlo de vez en cuando para pedirle un favor. El Sr. de Charlus, que por lo general daba al amor una forma más masculina, tenía también sus momentos de languidez. Por lo demás, en su infancia, para poder comprender y sentir los versos de los poetas, se había visto obligado a suponerlos dirigidos —no a una bella infiel, sino— a un joven. Me separé de ellos lo antes que pude, si bien noté que hacer visitas con Morel era una inmensa satisfacción para el Sr. de Charlus, quien así sentía por un instante la ilusión de haber vuelto a casarse y, por lo demás, al esnobismo de las reinas sumaba el de los sirvientes.

El recuerdo de Albertine había llegado a ser tan fragmentario en mí, que ya no me causaba tristeza y ya era tan sólo una transición a nuevos deseos, como un acorde que prepara cambios de armonía e incluso —descartada toda idea de capricho sensual y pasajero, dado que yo seguía fiel al recuerdo de Albertine— me sentía más contento de tener junto a mí a Andrée que si hubiera recuperado milagrosamente a Albertine, pues aquélla podía decirme más cosas sobre ésta de lo que sabía yo por ella misma. Ahora bien, los problemas relativos a Albertine seguían presentes en mis cavilaciones, mientras que mi cariño por ella, tanto físico como moral, ya había desaparecido, y ahora mi deseo de conocer su vida —por haber disminuido— era, en comparación, mayor que la necesidad de su presencia. Por otra parte, la idea de que una mujer hubiera tenido tal vez relaciones con Albertine ya sólo me inspiraba el deseo de tenerlas yo también con ella. Se lo dije a Andrée, mientras la acariciaba. Entonces, sin procurar ni lo más mínimo que sus palabras guardaran coherencia con las de unos meses antes, Andrée me dijo sonriendo a medias: «¡Ah, sí! Pero tú eres un

hombre, por lo que no podemos hacer juntos las mismas cosas exactamente que hacía yo con Albertine». Y, ya fuera porque pensara que así intensificaba mi deseo (con la esperanza de recibir confidencias que, como le había dicho en una ocasión anterior, me gustarían sobre las relaciones que hubiera tenido una mujer con Albertine) o mi pena o que tal vez destruía una sensación de superioridad que podía atribuirme por haber sido el único en mantener relaciones con Albertine, añadió: «Ah, pasamos horas divinas las dos: era tan cariñosa, tan apasionada. Por lo demás, no sólo conmigo le gustaba obtener placer. En casa de la Sra. Verdurin había conocido a un chico guapo, llamado Morel. En seguida se entendieron. Él se encargaba de camelar —por haber recibido de ella el permiso para obtener también su placer con ellas, pues le gustaban las nenas novatas y, en cuanto las había introducido por el mal camino, dejárselas a continuación— a pescadorcitas de una playa alejada, lavanderitas, que se enamoriscaban de un joven, pero no habrían respondido a las insinuaciones de una muchacha. En cuanto la nena estaba bien sometida a su dominio, la llevaba a un lugar totalmente seguro, en el que la entregaba a Albertine. Por miedo a perder a aquel Morel, quien, por lo demás, participaba también, la nena obedecía siempre y, por lo demás, lo perdía, de todos modos, pues, por miedo a las consecuencias y también porque con una o dos veces tenía bastante, él se largaba dejando una dirección falsa. En cierta ocasión, tuvo la audacia de llevar a una, junto con Albertine, a una casa de citas en Couliville, en la que cuatro o cinco la tomaron juntas o sucesivamente. Era su pasión, como también la de Albertine, pero después ésta tenía unos remordimientos atroces. Creo que contigo había dominado su pasión y aplazaba un día tras otro la posibilidad de entregarse a ella. Además, su amistad contigo era tal, que sentía escrúpulos, pero era seguro que, si llegaba a separarse de ti, volvería a empezar. Abrigaba la esperanza de que la salvaras, de que te casases con ella. En el fondo, tenía la sensación de que se trataba de algo así como una locura criminal y con frecuencia me pregunté si, después,

tras haber provocado un suicidio en una familia, no se mataría ella misma. He de confesar que al comienzo de su estancia en tu casa no había renunciado enteramente a sus juegos conmigo. Había días en que parecía necesitarlos tanto, que una vez, cuando habría resultado tan fácil fuera, no se resignó a despedirse de mí antes de haberme tumbado junto a sí aquí, en tu casa. No tuvimos suerte, estuvimos a punto de ser sorprendidas. Aprovechó que Françoise había bajado para un recado y tú no habías vuelto. Entonces apagó todas las luces —para que, cuando abrieras con tu llave, perdieses un poco de tiempo antes de encontrar el interruptor— y no cerró la puerta de su habitación. Te oímos subir, yo tuve el tiempo justo para arreglarme y bajar, precipitación muy inútil, pues por una increíble casualidad tú te habías olvidado la llave y tuviste que llamar al timbre, pero, de todos modos, nos pusimos muy nerviosas y, para ocultar nuestro apuro, las dos, sin haber podido consultarnos, tuvimos la misma idea: fingir temer el olor de la jeringuilla, que, al contrario, adorábamos. Tú traías una larga rama de ese arbusto, lo que me permitió apartar la cara y ocultar mi turbación, pero no me impidió decirte, con una torpeza absurda, que tal vez Françoise hubiera vuelto a subir y podría abrirte, cuando, en realidad, un segundo antes acababa de decirte la mentira de que acabábamos de volver de paseo y, a nuestra llegada, Françoise aún no había bajado (cosa que era cierta), pero lo malo fue lo de apagar —creyendo que tenías la llave— la luz, pues temimos que, al subir, la vieses volver a encenderse o, al menos, vacilamos demasiado, y durante tres noches Albertine no pudo pegar ojo, por el miedo permanente a que desconfiaras y preguntases a Françoise por qué no había encendido la luz antes de marcharse. Es que Albertine te temía mucho y a veces aseguraba que eras pérfido, malvado, y en el fondo la detestabas. Al cabo de tres días, comprendió por tu calma que no se te había ocurrido preguntar nada a Françoise y pudo recuperar el sueño, pero no volvió a reanudar sus relaciones conmigo, ya fuera por miedo o por remordimiento, pues afirmaba quererte mucho o tal vez amara a otro. En todo caso, nunca más

pudo oír hablar de la jeringuilla sin ponerse como un tomate y pasarse la mano por la cara con la intención de ocultar su rubor».

Hay ciertas desdichas que, como ciertas felicidades, llegan demasiado tarde, no cobran en nosotros toda la grandeza que habrían tenido algún tiempo antes: como la que significaba para mí la terrible revelación de Andrée. Seguramente, incluso cuando las malas noticias deben entristecernos, ocurre que con la diversión, el desarrollo equilibrado de la conversación, pasan por delante de nosotros sin detenerse y —ocupados con las mil cosas por responder, transformados por el deseo de gustar a las personas presentes, protegidos por unos instantes en ese nuevo ciclo contra los afectos, los sufrimientos que ha abandonado para entrar en él y que volverá a experimentar, cuando el corto hechizo se haya roto— no tenemos tiempo de recogerlas. Sin embargo, si dichos afectos, dichos sufrimientos, son demasiado predominantes, entramos simplemente distraídos en la zona de un mundo nuevo y momentáneo en el que, por mantenernos demasiado fieles al sufrimiento, no podemos dejar de ser quienes somos; entonces las palabras se comunican inmediatamente con nuestro corazón, que no ha permanecido al margen, pero desde hacía un tiempo las relativas a Albertine carecían ya —como un veneno evaporado— de su poder tóxico para mí. La distancia era ya demasiado grande; como un paseante que, al ver, por la tarde, un creciente lunar nebuloso en el cielo, piensa: «¡Eso es la inmensa Luna!», yo pensaba: «¡Cómo! Esa verdad que tanto he buscado y tanto he temido es sólo esas pocas palabras dichas en una conversación, ¡que ni siquiera puedo pensar del todo por no estar solo!». Después me cogía de verdad desprevenido, porque me había cansado mucho con Andrée. La verdad es que me habría gustado tener más fuerza para dedicarla a semejante verdad; seguía siéndome exterior, pero era porque aún no había encontrado un lugar para ella en mi corazón. Nos gustaría que se nos revelara la verdad mediante señales nuevas, no mediante una frase semejante a la que nos habíamos dicho tantas veces. La costumbre de pensar impide a

veces experimentar la realidad, inmuniza contra ella, la hace parecer pensamiento otra vez. No hay idea que no entrañe su posible refutación ni una palabra que no entrañe la palabra contraria.

En todo caso, de ser cierto, ahora se trataba de toda esa inútil verdad sobre la vida de una amante que ha dejado de existir y que vuelve a subir a la superficie desde las profundidades, que aparece, una vez que ya no podemos hacer nada por ella. Entonces (pensando seguramente en alguna otra a la que ahora amamos y con quien podría ocurrir lo mismo, pues de la que hemos olvidado ya no nos ocupamos), somos presa de la desolación. Nos decimos: «¡Si viviera!». Nos decimos: «¡Si la que vive pudiese comprender todo eso y que, cuando haya muerto, sabré todo lo que me oculta!». Pero es un círculo vicioso. Si hubiera podido lograr que Albertine viviese, por la misma razón habría hecho que Andrée no me hubiese revelado nada. Es un poco como el eterno «ya verás cuando ya no te quiera», que es tan cierto y tan absurdo, ya que, en efecto, si hubiéramos dejado de amar, obtendríamos mucho, pero que ya no nos interesaría obtener. Es incluso lo mismo enteramente, pues la mujer a la que volvemos a ver, cuando ya no la amamos, si nos lo cuenta todo, es que, en efecto, ya no es ella o ya no somos nosotros: la persona que amaba ha dejado de existir. También en ese caso ha pasado la muerte y lo ha vuelto todo fácil e inútil. Yo hacía aquellas reflexiones situándome en la hipótesis de que Andrée fuera veraz, cosa posible, y estaba dispuesta a sincerarse conmigo precisamente porque ahora manteníamos relaciones, por esa faceta Saint-André-des-Arts que al principio había tenido Albertine conmigo. En aquel caso la ayudaba haber dejado de temer a Albertine, pues la realidad de las personas sólo sobrevive para nosotros poco después de su muerte y, al cabo de unos años, son como esos dioses de las religiones abolidas a los que se ofende sin miedo, porque se ha dejado de creer en su existencia, pero que Andrée hubiera dejado de creer en la realidad de Albertine podía tener por efecto —además de haber dejado de temer traicionar una verdad que había prometido no revelar— inventar una mentira que

calumniaba retrospectivamente a su supuesta cómplice. ¿Le permitiría esa ausencia de miedo revelar por fin, al decírmelo, la verdad o inventar una mentira, si, por alguna razón, me consideraba embargado de felicidad y de orgullo y quería apenarme? ¿Estaría irritada conmigo (irritación suspendida, mientras me había visto desdichado, desconsolado) porque yo había tenido relaciones con Albertine y me envidiaría tal vez —creyendo que yo me consideraba, por esa razón, más favorecido que ella— una ventaja que tal vez no hubiese obtenido ella ni deseado siquiera? Así, yo la había visto con frecuencia decir que tenían cara de muy enfermas a personas cuyo saludable aspecto —y sobre todo la conciencia que de ella tenían— la exasperaba y decir, con la esperanza de enojarlas, que, por su parte, se encontraba muy bien, cosa que no dejó de proclamar, cuando estaba de lo más enferma, hasta el día en que, con el distanciamiento de la muerte, dejó de preocuparle que los felices se encontraran bien y supieran que ella estaba muriéndose, pero ese día quedaba aún lejos. Tal vez estuviese irritada contra mí, sin que yo supiera por qué razón, así como en tiempos se había puesto furiosa con el joven —tan experto en asuntos deportivos y tan ignorante de todo lo demás— que habíamos conocido en Balbec y que más adelante empezó a vivir con Rachel y sobre el cual Andrée prodigaba expresiones difamatorias, con el deseo de ser procesada por denuncia calumniosa para poder expresar contra su padre acciones deshonrosas cuya falsedad no podría éste demostrar. Ahora bien, tal vez su rabia contra mí estuviera renaciendo, después de haber cesado por haberme visto tan triste. En efecto, a aquellos mismos a los que, con los ojos centelleantes de rabia, había deseado deshonrar, matar, contribuir a condenar, aunque fuera con falsos testimonios, dejaba de desearles nada malo y estaba dispuesta a colmarlos de buenas acciones, si se enteraba de que estaban tristes, humillados. Es que no era fundamentalmente mala y, si bien su naturaleza no aparente, un poco profunda, no era la amabilidad que inspiraban al principio sus delicadas atenciones, sino más bien la envidia y el orgullo, su tercera naturaleza, más

profunda aún, la verdadera, pero no del todo realizada, se inclinaba hacia la bondad y el amor al prójimo. Sólo, que —como todas las personas que desean substituir cierto estado por otro mejor, pero, al conocerlo sólo por el deseo, no comprenden que la primera condición para ello es la de romper con el primero— Andrée —como los neurasténicos o los morfinómanos que desearían ser curados, pero sin que se los privara de sus manías o su morfina, como los corazones religiosos o los talentos de artistas apegados al mundo que desean la soledad, pero no quieren aceptar que entrañe una renuncia absoluta a su vida anterior— estaba dispuesta a amar a todas las criaturas, pero con la condición de haber logrado primero no imaginarlas triunfantes y, por eso, humillarlas previamente. No comprendía que se debía amar incluso a los orgullosos y vencer su orgullo con el amor y no con un orgullo más fuerte. Es que era como los enfermos que quieren la curación mediante los propios medios que alimentan la enfermedad, que les gustan y, si renunciaran a ellos, en seguida dejarían de gustarles: como querer aprender a nadar y al tiempo mantener un pie en tierra.

Por lo que se refiere al joven deportivo, sobrino de los Verdurin, a quien había yo conocido en mis dos estancias en Balbec, conviene decir accesoriamente y por anticipación que, un poco después de la visita de Andrée, cuyo relato reanudaremos dentro de un instante, ocurrieron cosas que causaron una gran impresión. En primer lugar, aquel joven (tal vez como recuerdo de Albertine, a la que —cosa que no sabía yo entonces— había amado) se prometió con Andrée y se casó con ella, pese a la desesperación de Rachel, a quien no tuvo en cuenta en modo alguno. Entonces (es decir, unos meses después de las visitas a que me refiero) Andrée dejó de decir que era un miserable y más adelante me di cuenta de que lo había dicho porque estaba loca por él y creía que él no quería saber nada con ella, pero otro suceso llamó aún más la atención. Aquel joven dirigió la representación de pequeñas escenas, con decorados y vestuario suyos, que han entrañado para el arte contemporáneo una revolución al menos semejante a la representada por los Ballets

Rusos. En una palabra, los jóvenes más autorizados consideraron sus obras capitales, casi geniales, y, por lo demás, yo comparto su opinión, con lo que ratifico, para asombro mío incluso, la antigua opinión de Rachel. Las personas que lo habían conocido en Balbec, atento sólo a comprobar si el corte de los trajes de las personas que debía frecuentar era elegante o no, pasar todo el tiempo entregado al bacará, a las carreras, al golf o al polo, y sabían que en los estudios siempre había sido un desastre e incluso lo habían expulsado del instituto (para fastidiar a sus padres, había estado viviendo dos meses en la gran casa de citas en la que el Sr. de Charlus había creído sorprender a Morel) pensaron que tal vez sus obras fueran de Andrée, quien por amor quería cederle la gloria o que —más probablemente— pagaba con su gran fortuna personal, tan sólo mermada ligeramente por sus locuras, a algún profesional, genial y menesteroso, para hacerlas (pues esa clase de sociedad rica —no desbastada por la frecuentación de la aristocracia y que no tiene la menor idea de lo que es un artista, quien, para ellos, es tan sólo ora un actor al que encargan recitar monólogos para los esponsales de su hija y entregan en seguida su remuneración discretamente en un salón contiguo ora un pintor en cuya casa la hacen posar, una vez casada, antes de que tenga hijos y cuando aún está de lo más presentable— cree de buen grado que todas las personas de la alta sociedad que escriben, componen o pintan, encargan sus obras a otros y pagan por tener fama de autor, como otros para obtener un escaño de diputado), pero todo ello era falso y aquel joven era, en efecto, el autor de aquellas obras admirables. Cuando lo supe, no pude por menos de vacilar entre diversas suposiciones: o bien había sido, en efecto, durante muchos años el «bruto basto» que parecía y algún cataclismo fisiológico había despertado en él el genio adormecido, como a la Bella Durmiente del Bosque, o bien en aquella época de su retórica tempestuosa, de sus calabazas en el bachillerato, de sus grandes pérdidas en el juego en Balbec, de su miedo a montar en el tren-tranvía con fieles de su tía Verdurin por la horrible forma de vestir de éstos, era ya un

hombre genial, tal vez despreocupado de su genio, por haberlo dejado, como la llave, bajo la puerta con la efervescencia de las pasiones juveniles, o bien era incluso un hombre genial ya consciente y tan atrasado en clase, porque, mientras el profesor decía trivialidades sobre Cicerón, él leía a Rimbaud o a Goethe. Cierto es que nada hacía suponer esa hipótesis, cuando yo lo conocí en Balbec, donde sus preocupaciones me parecieron versar sólo sobre la idoneidad de los caballos de carreras y la preparación de cócteles, pero se trata de una objeción irrefutable. Podía ser muy vanidoso, cosa que no está reñida con la genialidad, e intentar brillar del modo que consideraba más apropiado para deslumbrar en el ambiente en el que vivía y que en modo alguno era el de demostrar un conocimiento profundo de *Las afinidades electivas*, sino conducir una yunta de cuatro. Por lo demás, no estoy seguro de que —ni siquiera cuando hubo llegado a ser el autor de esas hermosas obras tan originales— le hubiese gustado mucho, fuera de los teatros en los que era conocido, saludar a alguien que no fuese vestido de *smoking*, como los fieles al principio, cosa que no revelaría en él tontería, sino vanidad e incluso cierto sentido práctico, cierta clarividencia para adaptar su vanidad a la mentalidad de los imbéciles cuya estima le interesaba y para los cuales el *smoking* tal vez brille más que la mirada de un pensador. A saber si, visto desde fuera, determinado hombre de talento o incluso un hombre sin talento, pero que guste de los asuntos de la inteligencia —yo, por ejemplo—, no habría causado —a quien se lo hubiera encontrado en Rivebelle, en el hotel de Balbec, en el malecón de Balbec— el efecto del más perfecto y presuntuoso imbécil, sin contar con que, para Octave, los asuntos del arte debían de ser algo tan íntimo, tan encerrado en los más secretos pliegues de sí mismo, que seguramente no se le habría ocurrido hablar de ellos como lo habría hecho Saint-Loup, por ejemplo, para quien las artes tenían el mismo prestigio que las yuntas para Octave. Además, podía tener la pasión del juego y, según dicen, la ha conservado. Aun así, si la piedad que hizo revivir la obra desconocida de Vinteuil salió del medio, tan

turbio, de Montjouvain, no menos me asombró pensar que las obras maestras tal vez más extraordinarias de nuestra época no procedieran del Premio Nacional de Bachillerato, de una educación modélica, académica, a lo Broglie, sino de la frecuentación de las zonas de pesaje de caballos y de los grandes bares. En todo caso, en aquella época las razones que me movían en Balbec a desear conocerlo y a Albertine y a sus amigas a procurar que así no fuese eran igualmente ajenas a su valor y sólo habrían podido poner de relieve el eterno malentendido de un «intelectual» (representado en aquel caso por mí) y de la alta sociedad (representada por la panda) respecto de una persona mundana (el joven jugador de golf). Yo no presentía en modo alguno su talento y, para mí, su prestigio —del mismo tipo que en otro tiempo el de la Sra. Blatin— consistía en ser, dijeran ellas lo que dijesen, el amigo de mis amigas y más de su panda que yo. Por otra parte, Albertine y Andrée —quienes con ello simbolizaban la incapacidad de los miembros de la alta sociedad para formular un juicio válido sobre los asuntos de la inteligencia y su propensión a aceptar en ese ámbito falsas esperanzas— no sólo no distaban de considerarme estúpido, porque sentía curiosidad por semejante imbécil, sino que, además, los asombraba sobre todo que, puestos a elegir a un jugador de golf, me hubiera inclinado por el más insignificante. Si al menos hubiese querido hacer amistad con el joven Gilbert de Belloeuvre, muchacho que, fuera del golf, tenía conversación, había tenido un accésit en el Premio Nacional de Bachillerato y componía versos agradables (ahora bien, era, en realidad, más idiota que nadie), podía pasar o, si mi objeto era «hacer un estudio», «para un libro», Guy Saumoy, que estaba completamente loco y había raptado a dos muchachas, era al menos un tipo curioso que podía «interesarme». Aquellos dos me los habrían «permitido», pero en el otro, ¿qué atractivo podía ver? Era el clásico «bruto inmenso», el clásico «bruto basto».

Volviendo a la visita de Andrée, después de la revelación que acababa de hacerme sobre sus relaciones con Albertine, añadió que la razón principal por la que Albertine me había dejado era por lo

que pudiesen pensar sus amigas de la panda y otras más, al verla vivir así, en casa de un joven con quien no estaba casada: «Ya sé que era en casa de tu madre, pero eso no importa. No sabes lo que es todo ese mundo de las chicas, lo que se ocultan unas a otras, cómo temen la opinión ajena. He visto a algunas mostrarse de una severidad terrible con algunos muchachos simplemente porque conocían a sus amigas y temían que se repitieran ciertas cosas y el azar me las ha mostrado muy diferentes, muy a su pesar». Unos meses antes, aquel saber que parecía tener Andrée sobre los móviles a los que obedecen las muchachas de la pandilla no habría parecido el más precioso del mundo. Tal vez lo que decía bastara para explicar que Albertine, quien se me había entregado después en París, se me hubiera negado en Balbec, donde veía yo constantemente a sus amigas, cosa que yo consideraba —absurdamente— tan gran ventaja para mis relaciones con ella. Tal vez por haber visto algunas muestras de confianza con Andrée por mi parte o porque hubiese yo dicho imprudentemente a ésta que Albertine iba a acostarse en el Gran Hotel fuera por lo que ésta, quien, una hora antes, tal vez estuviera dispuesta a concederme ciertos placeres como la cosa más sencilla, había cambiado bruscamente y había amenazado con llamar al timbre, pero entonces debía de haberse mostrado fácil con otros. Aquella idea despertó mis celos y dije a Andrée que quería pedirle algo. «¿Lo hacíais en ese piso de tu abuela?». «¡Oh, no! No habríamos estado tranquilas». «Anda, pues yo creía, me parecía…». «Por lo demás, a Albertine le gustaba hacerlo sobre todo en el campo». «¿Dónde?». «En tiempos, cuando no tenía tiempo para ir lejos, íbamos a las Buttes-Chaumont, conocía una casa allí o, si no, bajo los árboles, donde no había nadie; también en la gruta del Petit Trianon». «Ya lo ves: ¿cómo puedo creerte? No hace un año me juraste que no habías hecho nada en las Buttes-Chaumont». «Temía apenarte». Como ya he dicho, pensé —sólo, que mucho más tarde— que, al contrario, aquella segunda vez, el día de las confesiones, Andrée había intentado apenarme y, si aún hubiera amado tanto a Albertine,

en seguida se me habría ocurrido la idea, mientras hablaba, porque habría sentido la necesidad, pero la declaración de Andrée no me hacía bastante daño para que me resultara indispensable considerarla inmediatamente mendaz. En una palabra, si lo que decía Andrée era verdad —y al principio no lo puse en duda—, la Albertine real que descubría yo, después de haber conocido tantas apariencias diversas de ella, difería muy poco de la muchacha orgiástica aparecida y adivinada, el primer día, en el malecón de Balbec y que posteriormente me había ofrecido tantas facetas, así como va modificándose sucesivamente la disposición de los edificios de una ciudad, hasta aplastar, borrar, el monumento capital que se veía sólo a lo lejos, al acercarnos a ella, pero cuyas proporciones verdaderas, cuando la conocemos bien y la juzgamos exactamente, eran las que la perspectiva del primer vistazo había indicado, pues el resto, por donde habíamos pasado, no era otra cosa que esa serie sucesiva de líneas de defensa que todas las personas levantan contra nuestra visión y que debemos salvar una tras otra, a costa de a saber cuántos sufrimientos, antes de llegar al corazón. Por lo demás, si bien no necesité creer absolutamente en la inocencia de Albertine, porque mi sufrimiento había disminuido, puedo decir, recíprocamente, que, si no sufrí demasiado por aquella revelación, fue porque, desde hacía un tiempo, la creencia que me había yo forjado de la inocencia de Albertine había quedado substituida poco a poco y sin que me diera cuenta por la —siempre presente en mí— de su culpabilidad. Ahora bien, si yo ya no creía en la inocencia de Albertine, era porque ya no la necesitaba, ya no tenía el deseo apasionado de creerlo. El deseo es el que engendra la creencia y, si por lo general no nos damos cuenta, es porque la mayoría de los deseos creadores de creencias sólo desaparecen —al contrario del que me había convencido de que Albertine era inocente— junto con nosotros mismos. A tantas pruebas que corroboraban mi primera versión había yo preferido estúpidamente las simples afirmaciones de Albertine. ¿Por qué hube de creerla? La mentira es esencial para la Humanidad. Tal vez desempeñe en ella

un papel tan importante como la búsqueda del placer y, por lo demás, va dirigida por dicha búsqueda. Se miente para proteger el placer propio o el honor, si la divulgación del placer es contraria a este último. Mentimos toda la vida incluso —o sobre todo o tal vez sólo— a quienes nos aman. En efecto, éstos son los únicos que nos hacen temer por nuestro placer y desear su estima. Al principio había yo creído culpable a Albertine y sólo mi deseo, que empleó en una labor de duda las fuerzas de mi inteligencia, me había descaminado. Tal vez vivamos rodeados de indicaciones eléctricas, sísmicas, que hemos de interpretar de buena fe para conocer la verdad de los caracteres. Si debo decirlo, por mucho que, pese a todo, me entristecieran las palabras de Andrée, me parecía más hermoso que la realidad resultara concordar, por fin, con lo que mi instinto había presentido en principio más que con el miserable optimismo al que más adelante había yo cedido cobardemente. Prefería que la vida estuviera a la altura de mis intuiciones. Por lo demás, ¿acaso no coincidían éstas —que yo había tenido el primer día en la playa, cuando había creído que aquellas muchachas encarnaban el frenesí del placer, el vicio, y también la noche en que había visto a la institutriz de Albertine hacer entrar a aquella muchacha apasionada en el hotelito, así como se mete a empujones una fiera en su jaula, a la que, pese a las apariencias, no habrá después modo de domesticar— con lo que me había dicho Bloch, cuando me había vuelto tan hermosa la Tierra, al mostrarme en ella —y hacerme estremecer en todos mis paseos, en cada encuentro— la universalidad del deseo? Tal vez valiera más que, pese a todo, yo no hubiese encontrado de nuevo —verificadas— aquellas intuiciones primeras hasta ahora. Mientras conservaba todo mi amor a Albertine, me habrían hecho sufrir demasiado y era mejor que sólo subsistiese de ellas un rastro, mi perpetua sospecha de las cosas que no veía y que, sin embargo, ocurrieron continuamente tan cerca de mí y tal vez otro rastro más, anterior, mayor, que era *mi propio amor*. En efecto, ¿acaso no era, pese a todas las denegaciones de mi razón, conocer en todo su horror a Albertine, elogiarla, amarla?

¿Y acaso no es el amor, incluso en los momentos en que se adormece la desconfianza, su persistencia y una transformación? ¿Acaso no es una prueba de clarividencia (ininteligible para el amante mismo), ya que el deseo, al orientarse siempre hacia lo más opuesto a nosotros, nos obliga a amar lo que nos hará sufrir? Desde luego, en el encanto de una persona —en sus ojos, en su boca, en su talle— intervienen elementos desconocidos para nosotros que son los que pueden hacernos más desdichados, por lo que sentirnos atraídos por esa persona, comenzar a amarla, es, por inocente que la supusiéramos, leer ya, en una versión diferente, todas sus traiciones y sus faltas.

¿Y guardaban aquellos encantos que, para atraerme, materializaban así las partes novicias, peligrosas, mortales, de una persona una relación de causalidad más directa que la exuberancia seductora y el jugo envenenado de ciertas flores venenosas? Tal vez fuera —me decía yo— el propio vicio de Albertine, causa de mis sufrimientos futuros, el que había producido en ella aquellos modales buenos y francos, que infundían la ilusión de vivir con ella la misma camaradería leal y sin restricciones que con un hombre, así como un vicio paralelo había producido en el Sr. de Charlus una finura femenina de sensibilidad y gracia. En medio de la más completa ceguera, la perspicacia subsiste en forma de predilección y ternura, por lo que no es adecuado hablar en materia de amor de mala elección, ya que, en cuanto la hay, sólo puede ser mala. «¿Dabais aquellos paseos a las Buttes-Chaumont cuando venías a buscarla a casa?». «¡Oh, no! Desde el día en que Albertine volvió de Balbec contigo, salvo lo que te he contado, nunca volvió a estar conmigo. Ni siquiera volvió a permitirme que le hablara de esas cosas». «Pero, querida Andrée, ¿por qué me mientes de nuevo? Por una de las mayores casualidades, pues nunca intento saber nada, me he enterado hasta con los detalles más precisos de las cosas de esa clase que Albertine hacía —puedo precisártelo— al borde del agua con una lavandera, tan sólo unos días antes de su muerte». «¡Ah! Tal vez después de haberte dejado, eso no lo sé.

Tenía la sensación de que no iba a poder —no podría nunca más— recuperar tu confianza». Estas últimas palabras me abrumaron. Después volví a pensar en la rama de jeringuilla, recordaba que unos quince días después, como mis celos cambiaban sucesivamente de objeto, había yo preguntado a Albertine si había tenido alguna vez relaciones con Andrée y me había respondido: «¡Oh, nunca! Desde luego, adoro a Andrée; siento un afecto profundo por ella, pero como a una hermana, y, aunque tuviera las inclinaciones que tú pareces creer, es la última persona en la que habría pensado para eso. Puedo jurártelo por todo lo más sagrado, por mi tía, por la tumba de mi pobre madre». Yo la creí y, sin embargo, aunque no hubiera sentido desconfianza por la contradicción entre sus semiconfesiones de otro tiempo sobre cosas que había negado después, nada más ver que no me resultaban indiferentes, debería haber recordado yo el convencimiento de Swann sobre el platonismo de las amistades del Sr. de Charlus, como me lo afirmó la noche misma en que había yo visto al chalequero y al barón en el patio; debería haber pensado que hay dos mundos, uno delante de otro: uno constituido por las cosas que las personas mejores, más sinceras, dicen y detrás el compuesto por la sucesión de lo que esas mismas personas hacen, por lo que, cuando una mujer casada nos dice de un joven: «¡Oh! Es totalmente cierto que siento una amistad inmensa por él, pero es algo muy inocente, muy puro, podría jurarlo por el recuerdo de mis padres», deberíamos —en lugar de vacilar— jurarnos a nosotros mismos que probablemente sale del cuarto de baño, adonde, después de cada una de las citas que ha tenido con ese joven, se precipita, para no tener hijos. La rama de jeringuilla me infundía una tristeza mortal y también que Albertine me hubiera creído, me hubiese calificado de pérfido y hubiera dicho que yo la detestaba y tal vez más que nada sus mentiras, tan inesperadas, que me costaba asimilarlas a mi pensamiento. Un día me había contado que había estado en un campo de aviación, que era amiga del aviador (seguramente para desviar mis sospechas de las mujeres, por pensar que yo sentía

menos celos de los hombres), que resultaba divertido ver lo maravillada que estaba Andrée ante aquel aviador, ante todas las cortesías que dedicaba a Albertine, hasta el punto de que Andrée había querido dar un paseo en avión con él. Ahora bien, todo aquello era totalmente inventado, Andrée nunca había ido a aquel campo de aviación, etcétera.

Cuando Andrée se hubo marchado, llegó la hora de la cena. «Nunca adivinarías quién me ha visitado durante al menos tres horas», me dijo mi madre. «Cuento tres horas, pero tal vez hayan sido más, había llegado casi al mismo tiempo que la primera persona, que era la Sra. de Cottard, después ha visto, sin moverse, entrar y salir a mis diferentes visitas —y he tenido más de treinta— y no me ha dejado hasta hace un cuarto de hora. Si no hubieras estado con tu amiga Andrée, te habría mandado llamar». «Pero bueno, ¿quién era?». «Una persona que nunca hace visitas». «¿La princesa de Parma?». «Está visto que tengo un hijo más inteligente de lo que creía. No es un placer hacerte buscar un nombre, pues lo encuentras en seguida». «¿Se ha disculpado por su frialdad de ayer?». «No, eso habría sido una estupidez, su visita era precisamente para disculparse; a tu pobre abuela le habría parecido muy bien. Al parecer, hacia las dos ha preguntado, por mediación de un lacayo, si tenía yo un día en el que recibiese. Le han respondido que era precisamente hoy y ha subido». Mi primera idea, que no me atreví a decir a mi madre, fue la de que la princesa de Parma, rodeada la víspera de personas brillantes con las que tenía mucha amistad y con las que le gustaba charlar, había sentido, al ver entrar a mi madre, un despecho que no había intentado disimular. Y era algo muy del estilo de las grandes señoras alemanas —a las que, por lo demás, habían adoptado mucho los Guermantes, auténtico depósito de cadáveres— que creían poder reparar con una amabilidad escrupulosa, pero mi madre creyó —y también yo después— que la princesa de Parma pura y simplemente no la había reconocido, no había considerado que debiera ocuparse de ella, que, después de que se marchara mi madre, se había enterado

de quién era, ya fuese por mediación de la duquesa de Guermantes, a quien mi madre se había encontrado abajo, o por la lista de las visitantes a las que los ujieres, antes de que entraran, preguntaban su nombre para inscribirlo en un registro. Le había parecido poco amable mandar a decir o decir a mi madre: «No la he reconocido», pero había pensado, cosa que no se ajustaba menos a la cortesía de las cortes alemanas y a los modales Guermantes que mi primera versión, que una visita, cosa excepcional por parte de la Alteza, y sobre todo de varias horas, proporcionaría a mi madre, en forma indirecta e igualmente persuasiva, esa explicación, como así fue, en efecto, pero no me detuve a pedir a mi madre un relato de la princesa, pues acababa de recordar varios hechos relativos a Albertine sobre los cuales quería —y había olvidado— preguntar a Andrée. Por lo demás, ¡qué poco sabía, sabría jamás, de aquella historia de Albertine, la única que me habría interesado en particular, que al menos empezaba a interesarme de nuevo en ciertos momentos! Es que el hombre es ese ser sin edad fija, ese ser que tiene la facultad de volverse de nuevo en unos segundos muchos años más joven y que, rodeado de las paredes del tiempo en que ha vivido, flota en él, pero como en un estanque en el que el nivel cambiara constantemente y le pusiera al alcance ora una época ora otra. Escribí a Andrée para pedirle que volviese. No pudo hacerlo hasta una semana después. Casi ya al comienzo de su visita, le dije: «En una palabra, puesto que afirmas que Albertine ya no hacía esa clase de cosas, cuando vivía aquí, para hacerlo más libremente fue, según tú, para lo que me abandonó, pero ¿con qué amiga?». «Desde luego que no, no fue por nada de todo eso». «Entonces, ¿porque yo era demasiado desagradable?». «No, no lo creo. Creo que se vio obligada a dejarte por su tía, quien tenía proyectos para ella sobre ese canalla, ya sabes, ese joven al que tú llamabas “Estoy en las últimas”, ese joven que amaba a Albertine y la había solicitado. Al ver que tú no te casabas con ella, temieron que la chocante prolongación de su estancia en tu casa impidiera a ese joven casarse con ella. La Sra. Bontemps, a quien el joven no

dejaba de presionar, pidió a Albertine que volviera. Ésta, en el fondo, necesitaba a su tío y a su tía y, cuando supo que la obligaban a tomar una decisión, te dejó». Con mis celos, yo nunca había pensado en aquella explicación, sino sólo en los deseos de Albertine sobre las mujeres y en mi vigilancia, y había olvidado que existía también la Sra. Bontemps, quien podía considerar extraño un poco más tarde lo que había chocado a mi madre desde el comienzo. Al menos la Sra. Bontemps temía que chocara a aquel posible prometido que ésta le reservaba como una pera para la sed, si yo no me casaba con ella. Es que Albertine, al contrario de lo que había creído en tiempos la madre de Andrée, había encontrado, en una palabra, un buen partido burgués y, cuando había querido ir a ver a la Sra. Verdurin, cuando le había hablado en secreto, cuando se había enfadado tanto de que yo hubiera ido a aquella velada sin avisarla, la intriga que había entre la Sra. Verdurin y ella tenía por objeto la de hacer que se reuniera —no con la Srta. Vinteuil, sino— con el sobrino que amaba a Albertine y para quien la Sra. Verdurin, con esa satisfacción de contribuir a la realización de uno de esos matrimonios que sorprenden por parte de ciertas familias en cuya mentalidad no entra completamente, no perseguía un matrimonio rico. Ahora bien, yo no había vuelto a pensar en aquel sobrino, que tal vez hubiese sido el despabilador, gracias al cual ella me había besado por primera vez, y había que substituir todo el plan de las inquietudes de Albertine, que yo había preparado, por otro o superponerle otro, pues tal vez no lo excluyera, ya que el gusto por las mujeres no impide casarse a una mujer. ¿Sería de verdad aquel matrimonio la razón de la marcha de Albertine y no había querido decirlo por amor propio, para no parecer que dependía de su tía o para forzarme a casarme con ella? Estaba yo empezando a darme cuenta de que el sistema de las numerosas causas de una sola acción, al que Albertine era adepta en sus relaciones con sus amigas, cuando hacía creer a cada una de ellas que por ella era por la que había acudido, era como un simple símbolo artificial, querido, de los diferentes aspectos que adopta una acción según el punto de

vista en que nos situemos. No fue la primera vez ni la última en que sentí asombro y vergüenza, en cierto modo, de no haber pensado ni una sola vez que Albertine estaba en mi casa en una posición falsa que podía molestar a su tía. ¡Cuántas veces me ha ocurrido, tras haber intentado comprender las relaciones entre dos personas y las crisis que entrañan, oír de repente a una tercera hablarme de ellas desde su punto de vista —por tener relaciones más intensas aún con una de las dos—, que tal vez fuera la causa de la crisis! Y, si los actos resultan así de inciertos, ¿cómo no habrían de serlo las personas? Al oír a las personas según las cuales Albertine era una tunanta que había intentado conseguir casarse con tal o cual, no resulta difícil suponer cómo habrían calificado su vida en mi casa y, sin embargo, había sido, en mi opinión, una víctima, tal vez no totalmente pura, pero en ese caso culpable por otras razones, por los vicios de los que no se hablaba.

Pero sobre todo hay que pensar esto: por una parte, la mentira es con frecuencia un rasgo de carácter; por otra, en mujeres que, de lo contrario, no serían mentirosas, es una defensa natural, improvisada, y después organizada cada vez mejor, contra un peligro súbito y que podría destruir cualquier vida: el amor. Por otra parte, no siempre es casualidad que los hombres intelectuales y sensibles se entreguen siempre a mujeres insensibles e inferiores y, sin embargo, no las rechacen, si la prueba de que en modo alguno son amados los cura de sacrificarlo todo para conservarlas junto a sí. Si digo que semejantes hombres necesitan sufrir, expreso algo exacto, al suprimir las verdades preliminares que hacen de esa necesidad —involuntaria en cierto sentido— de sufrir una consecuencia perfectamente comprensible de ellas, sin contar con que las personas enteras son poco comunes: una persona muy intelectual y sensible tendrá generalmente poca voluntad, será juguete de la costumbre y de ese miedo a sufrir en el minuto siguiente que condena a los sufrimientos perpetuos y en esas condiciones nunca querrá repudiar a la mujer que no lo ama. Asombrará que se contente con tan poco amor, pero tal vez habría

que imaginar el dolor que puede causarle su amor y por el que no se debe compadecerlo demasiado, pues con esas terribles conmociones que nos provocan el amor desdichado, la partida, la muerte de una amante ocurre como con esos ataques de parálisis que al principio nos fulminan, pero después de los cuales los músculos suelen recuperar poco a poco su elasticidad, su energía vital. Además, ese dolor no carece de compensación. Esas personas intelectuales y sensibles suelen ser poco dadas a la mentira. Ésta las coge tanto más desprevenidas cuanto que, incluso cuando son muy inteligentes, viven en el mundo de lo posible, reaccionan poco, viven con el dolor que una mujer acaba de infligirles en lugar de con la clara percepción de lo que ésta quería, de lo que hacía, de aquel a quien amaba, con la que cuentan las personas voluntariosas y que la necesitan para precaverse contra el futuro, en lugar de llorar el pasado. Así, pues, esas personas se sienten engañadas sin saber demasiado cómo. Con ello la mujer mediocre, amada —cosa que resultaba asombrosa— por ellas les enriquece mucho más su universo que una mujer inteligente. Detrás de cada una de sus palabras sienten una mentira; detrás de cada casa a la que dice haber ido, otra casa; detrás de cada acción, de cada persona, otra acción, otra persona. Seguramente no saben cuáles, no tienen la energía, tal vez no tendrían la posibilidad, de llegar a saberlo. Una mujer mentirosa con un truco extraordinariamente sencillo puede embaucar, sin molestarse en cambiarlo, a gran número de personas y, más aún, a la misma, que debería haberlo descubierto. Todo eso crea frente al intelectual sensible un universo rebosante de profundidades que sus celos desearían sondear y que no dejan de interesar a su inteligencia.

Sin ser precisamente de ésos, tal fuera yo a saber, ahora que Albertine estaba muerta, el secreto de su vida, pero ¿acaso no demuestra eso, esas indiscreciones que sólo se producen después de que haya acabado la vida terrenal de una persona, que nadie cree, en el fondo, en una vida futura? Si esas indiscreciones son verdaderas, deberíamos temer el resentimiento de aquella cuyas

acciones descubrimos tanto en el día en que la encontraremos en el Cielo como cuando vivía y nos creíamos obligados a ocultar nuestro secreto, y, si esas indiscreciones son falsas, inventadas, porque ya no está presente para desmentirlas, deberíamos temer más aún la cólera de la muerta, si creyéramos en el Cielo, pero nadie cree en él. De modo, que era posible que en el corazón de Albertine se hubiera representado un gran drama entre quedarse y abandonarme, pero que el abandonarme tuviera que ver con su tía o con aquel joven y no con las mujeres, en las que tal vez no hubiera pensado. Lo más grave para mí fue que Andrée, quien, pese a no tener ya nada más que ocultarme sobre las costumbres de Albertine, me juró que nada había habido de esa clase entre ésta, por un lado, y la Srta. Vinteuil y su amiga, por otro (la propia Albertine ignoraba sus inclinaciones, cuando las había conocido, y éstas, por ese miedo a equivocarnos en el sentido que deseásemos que engendra tantos errores como el propio deseo, la consideraban muy hostil a esas cosas. Tal vez mucho después se hubieran enterado de su coincidencia de gustos con ellas, pero entonces ya conocían demasiado a Albertine y ésta las conocía demasiado a ellas, para poder siquiera pensarlo juntas). En una palabra, yo seguía sin comprender mejor por qué me había dejado Albertine. Si bien la cara de una mujer es difícilmente aprehensible para los ojos que no pueden aplicarse a toda esa superficie en movimiento, a los labios, y más aún a la memoria, si bien unas nubes la modifican según su posición social, según la altura en que estén situados, ¡qué cortina tanto más espesa aún hay entre las acciones de ella que no vemos y sus móviles! Los móviles están en un plano más profundo, que no vislumbramos, y, por lo demás, engendran acciones distintas de aquellas que conocemos y con frecuencia en absoluta contradicción con ellas. ¿En qué época no ha habido un hombre público, considerado un santo por sus amigos, y que, según se descubre, ha cometido fraudes, ha robado al Estado, ha traicionado a su patria? ¡Cuántas veces un gran señor es robado todos los años por un intendente al que ha criado y del que habría

jurado que era un buen hombre y tal vez lo fuese! Ahora bien, esa cortina que oculta los móviles de los demás, ¡cuánto más impenetrable se vuelve, si sentimos amor por una persona! Es que nubla nuestro juicio y también las acciones de la que, al sentirse amada, deja de repente de conceder valor a lo que, de lo contrario, lo habría tenido para ella, como la fortuna, por ejemplo. Tal vez la mueva también a fingir en parte ese desdén por la fortuna la esperanza de obtener más haciendo sufrir. También puede mezclarse con lo demás el regateo e incluso hechos positivos de su vida, una intriga que no confió a nadie por miedo de que nos la revelaran, que muchos, aun así, tal vez habrían conocido, si hubieran tenido el mismo deseo apasionado de conocerla que nosotros conservando mayor libertad mental, despertando en la interesada menos sospechas, una intriga que algunos tal vez no hayan ignorado, pero no los conocemos y no sabríamos dónde encontrarlos. Y, entre todas las razones para tener con nosotros una actitud inexplicable, hay que incluir esas singularidades de carácter que incitan a una persona —ya sea por negligencia de su interés, por odio, por amor de la libertad, por bruscos impulsos de cólera o por miedo a lo que pensarán ciertas personas— a hacer lo contrario de lo que pensábamos y, además, hay que tener en cuenta las diferencias de ambiente, de educación, en las que no queremos creer, porque, cuando hablamos, las borramos de las palabras, pero que volvemos a encontrar cuando estamos solos para dirigir los actos de cada cual desde un punto de vista tan opuesto, que no hay un verdadero encuentro posible.

«Pero, mi querida Andrée, vuelves a mentir. Acuérdate —tú misma me lo confesaste, yo te telefoneé la víspera, ¿recuerdas?— de que Albertine había tenido tanto interés —y ocultándomelo como algo que yo no debía saber— en ir a la recepción de los Verdurin a la que debía acudir la Srta. Vinteuil». «Sí, pero Albertine ignoraba absolutamente que la Srta. Vinteuil iba a asistir». «¡Cómo! Tú misma me dijiste que, unos días antes, se había visto con la Sra. Verdurin. Por lo demás, Andrée, es inútil que nos engañemos uno al otro. Una

mañana encontré un papel en la habitación de Albertine: una nota de la Sra. Verdurin en la que la apremiaba a acudir a la recepción». Y le mostré aquella nota que, en efecto, Françoise se las había arreglado para hacerme ver colocándola encima de las cosas de Albertine unos días antes de su marcha y —me temo— para hacer creer a Albertine que yo había estado hurgando entre sus cosas, hacerle saber, en cualquier caso, que yo había visto aquel papel, y yo me había preguntado con frecuencia si aquella astucia de Françoise no habría influido en gran medida en la marcha de Albertine, al ver que ya no podía ocultarme nada y sentirse desanimada, vencida. Le enseñé el papel: *No tengo el menor remordimiento, completamente disculpada por ese sentimiento tan familiar*. «Tú sabes perfectamente, Andrée, que Albertine siempre había dicho que la amiga de la Srta. Vinteuil era, en efecto, para ella una madre, una hermana». «Pero ¡si es que has entendido mal esa nota! La persona a la que la Sra. Verdurin quería hacer coincidir en su casa con Albertine en modo alguno era la amiga de la Srta. Vinteuil, sino el prometido, el de “Estoy en las últimas”, y el sentimiento familiar es el que la Sra. Verdurin profesaba a ese canalla, quien es, en efecto, sobrino suyo. Sin embargo, creo que después Albertine supo que iba a asistir la Srta. Vinteuil: la Sra. Verdurin pudo hacérselo saber de pasada. Desde luego, la idea de que volvería a ver a su amiga le daba placer, le recordaba un pasado agradable, pero, como te alegrarías tú, si fueras a ir a un lugar, al saber que Elstir estaría en él, pero no más, ni siquiera tanto. No, si Albertine no quería decirte por qué quería ir a casa de la Sra. Verdurin, es porque había un ensayo al que la Sra. Verdurin había convocado a muy pocas personas, entre ellas ese sobrino suyo a quien, al parecer, conociste en Balbec, a quien la Sra. Bontemps quería casar con Albertine y con quien Albertine quería hablar. Era un canalla de cuidado. Y, además, es que no es necesario buscar tantas explicaciones», añadió Andrée. «Dios sabe cuánto quería yo a Albertine y lo buena persona que era ella, pero sobre todo desde que tuvo la fiebre tifoidea (un año antes de que tú

nos conocieras a todas nosotras) era un verdadero cerebro quemado. De repente le asqueaba lo que hacía, tenía que cambiar y al instante incluso y seguramente ni siquiera ella sabía por qué. ¿Recuerdas el primer año en que viniste a Balbec, el año en que nos conociste? Un buen día encargó que le enviaran un telegrama en el que le pedían que volviera a París: apenas si tuvimos tiempo de hacer sus maletas. Ahora bien, no tenía ningún motivo para marcharse. Todos los pretextos que dio eran falsos. París le resultaba pesadísimo en aquel momento. Estábamos aún todas en Balbec. El golf no había cerrado e incluso las pruebas para la gran copa que tanto le habían interesado aún no habían acabado. Seguro que habría sido ella quien la habría conseguido. Sólo faltaban ocho días. Bueno, pues, se marchó corriendo. Con frecuencia volví a hablar con ella de eso. Ella misma decía que no sabía por qué se había marchado, que había sido por añoranza (de París, ¡imagínate si era probable!), que no se encontraba a gusto en Balbec, que había gente que se burlaba —le parecía— de ella». Y yo pensaba que lo que de cierto había en las palabras de Andrée era que, si bien las impresiones distintas que produce en tal o cual persona una misma obra, las diferencias de sentimiento, la imposibilidad de persuadir a una persona que no nos quiere, se explican por diferencias de mentalidad, también hay las diferencias entre los caracteres, las particularidades de un carácter que asimismo motivan una acción. Después dejaba yo de pensar en aquella explicación y me decía cuán difícil es saber la verdad en la vida. Yo había advertido perfectamente el deseo de Albertine —y su disimulo — de ir a casa de la Sra. Verdurin y no me había equivocado, pero es que, cuando disponemos así de un hecho, los otros de los que sólo tenemos siempre las apariencias —como el revés del tapiz, el revés real de la acción, de la intriga, además del de la inteligencia del corazón— se nos escapan y sólo vemos pasar siluetas insípidas de las que pensamos: «Es esto, es aquello: ha sido por ella o por tal otra». La revelación de que la Srta. Vinteuil iba a acudir me había parecido la explicación, tanto más cuanto que Albertine se había

adelantado y me lo había dicho. ¿Y acaso más adelante no se había negado a jurarme que la presencia de la Srta. Vinteuil no le daba el menor placer? Y entonces recordé a propósito de aquel joven esto, que había olvidado: poco tiempo antes, cuando Albertine vivía aún en mi casa, me lo había yo encontrado y, al contrario de su actitud en Balbec, había estado excesivamente amable, afectuoso incluso, conmigo, me había suplicado que le dejara venir a verme, cosa que yo le había denegado por muchas razones. Ahora bien, entonces comprendí que, al saber que Albertine vivía en mi casa, simplemente había querido ponerse a bien conmigo a fin de tener todas las facilidades para verla y quitármela y concluí que era un miserable. Ahora bien, cuando algún tiempo después me interpretaron las primeras obras de aquel joven, seguramente seguí pensando que, si tanto había querido venir a mi casa, había sido por Albertine y, aun considerándolo culpable, recordé que, si en tiempos había ido yo a Doncières, para ver a Saint-Loup, había sido en realidad porque amaba a la Sra. de Guermantes. Cierto es que no era el mismo caso: como Saint-Loup no amaba a la Sra. de Guermantes, tal vez hubiese en mi cariño un poco de duplicidad, pero en modo alguno traición. Ahora bien, después pensé que ese cariño a quien posee el bien que deseamos no dejamos de sentirlo, aun cuando esa persona lo aprecie y desee conservarlo. Seguramente en ese caso hay que luchar contra una amistad que conducirá derecha a la traición y creo que eso es lo que yo siempre he hecho, pero para quienes no tienen la fuerza para hacerlo, no se puede decir que la amistad que fingen al poseedor sea una pura astucia; la sienten sinceramente y por eso la manifiestan con un ardor que, una vez perpetrada la traición, hace que el marido o el amante engañado pueda decir con estupefacto coraje: «¡Si hubieras oído las protestas de afecto que me prodigaba ese miserable! Que vengan a robar a un hombre su tesoro es algo que aún entiendo, pero que sientan la diabólica necesidad de asegurarle primero su amistad es un grado de ignominia y perversidad que no se puede imaginar». Ahora bien, no, no hay placer en la perversidad ni

mentira totalmente lúcida siquiera. El afecto de esa clase que me había manifestado aquel día el seudoprometido de Albertine tenía otra disculpa, pues era algo más complejo que una simple derivación del amor a Albertine. Hacía poco que se consideraba, que se confesaba, que quería ser proclamado, un intelectual. Por primera vez existían para él valores distintos de los deportivos o juerguistas. Como Elstir y Bergotte me estimaban, como Albertine le había hablado seguramente de cómo juzgaba yo a los escritores y de cómo se imaginaba ella que habría podido escribir yo mismo, de repente me había yo convertido (para el hombre nuevo que él se consideraba por fin) en alguien interesante, con quien sería grato tener amistad, a quien le habría gustado confiar sus proyectos, tal vez pedir que le presentara a Elstir. De modo, que era sincero al preguntarme si podía venir a mi casa, al expresarme una simpatía a la que razones intelectuales, al mismo tiempo que un reflejo de Albertine, infundían sinceridad. Seguramente no era *para eso* para lo que deseaba tanto venir a mi casa y lo habría dejado todo por ello, pero tal vez él mismo ignorara esa razón última que no hacía sino elevar a algo así como un paroxismo apasionado las dos primeras y las otras dos existían realmente, como había podido existir realmente en Albertine, cuando había querido ir, la tarde del ensayo, a casa de la Sra. Verdurin, el placer perfectamente honesto que habría sentido al volver a ver a unas amigas de la infancia, quienes eran para ella tan poco viciosas como ella para ellas, al charlar con ellas, al mostrarles, con su simple presencia en casa de los Verdurin, que la pobre muchacha que habían conocido estaba ahora invitada en un salón destacado, el placer también que tal vez habría sentido al oír la música de Vinteuil. Si todo aquello era cierto, el rubor que había cubierto la cara de Albertine, cuando yo había hablado de la Srta. Vinteuil, se debía a que me había referido a aquella reunión vespertina que ella había querido ocultarme para que no me enterara de aquel proyecto de matrimonio. La negativa de Albertine a jurarme que no sentiría el menor placer al volver a ver en dicha recepción a la Srta. Vinteuil había aumentado en aquel

momento mi tormento, había reforzado mis sospechas, pero me demostraba retrospectivamente que había querido ser sincera e incluso por algo inocente, tal vez precisamente porque era algo inocente. Ahora bien, quedaba lo que Andrée me había dicho sobre sus relaciones con Albertine. Sin embargo, tal vez sin llegar incluso hasta el extremo de creer que Andrée las inventaba enteramente para que yo no fuera feliz y no pudiese creerme superior a ella, podía yo aún suponer que había exagerado un poco también lo que hacía con Albertine y que ésta atenuaba un poco, mediante restricción mental, lo que había hecho con Andrée, recurriendo jesuíticamente a ciertas definiciones que yo había cometido la estupidez de formular al respecto, por considerar que sus relaciones con Andrée no quedaban fuera del ámbito sobre el que debía confesar y que podía negarlas sin mentir, pero ¿por qué había yo de creer que era ella y no Andrée la que mentía? La verdad y la vida son muy arduas y de ellas me quedaba, sin que, en resumidas cuentas, las conociera, una impresión en la que tal vez prevaleciese aún la fatiga sobre la tristeza.

CAPÍTULO TERCERO

ESTANCIA EN VENECIA

Mi madre me había llevado a pasar unas semanas en Venecia y —como, además de en las cosas más humildes, puede haber belleza en las más preciosas— allí disfruté con impresiones análogas a las que en tiempos había tenido con tanta frecuencia en Combray, pero transpuestas de un modo diferente y más rico. Cuando, a las diez de la mañana, venían a abrir mis postigos, veía llamear, en el lugar del mármol negro que se volvían, al resplandecer, las pizarras de Saint-Hilaire, el ángel de oro del campanario de San Marcos. Rutilante con un sol que impedía mirarlo fijamente, me hacía con los brazos abiertos de par en par una promesa de gozo —para cuando estuviera, media hora después, en la Piazzetta— más segura que la que pudo habérsele encargado anunciar en tiempos a los hombres de buena voluntad. Mientras estaba yo tumbado, era lo único que podía divisar, pero, como el mundo es simplemente una gran esfera solar en la que un solo segmento soleado nos permite ver la hora, ya en la primera mañana pensé en las tiendas de Combray, en la plaza de la Iglesia, que los domingos estaban a punto de cerrar, cuando yo llegaba a la misa, mientras que la paja del mercado olía intensamente bajo el sol, que ya calentaba, pero ya el segundo día lo que vi al despertarme, aquello por lo que me levanté (porque había substituido en mi memoria y en mi deseo a los recuerdos de Combray), fueron las impresiones de la primera salida a Venecia, en la que la vida cotidiana no era menos real que en Combray, en la

que, como en Combray los domingos por la mañana, daba un gran placer bajar a una calle en fiesta, pero toda ella de agua de zafiro, refrescada por soplos tibios, y un color tan resistente, que mis cansados ojos, para relajarse y sin temer a que disminuyera, podían apoyar en él las miradas. Como en Combray la buena gente de la Rue de l'Oiseau, también en aquella nueva ciudad salían los habitantes de las casas, alineadas unas junto a otras, a la calle Mayor, pero aquel papel de casas que proyectan un poco de sombra a sus pies estaba confiado en Venecia a palacios de pórfiro y jaspe, por encima de cuya cimbrada puerta la cabeza de un dios barbudo (al superar el alineamiento, como la aldaba de una puerta en Combray), volvía más obscuro con su reflejo —no el ocre del sol, sino— el espléndido azul del agua. En la Piazza, la sombra que habrían dado en Combray el toldo de la tienda de novedades y el rótulo del peluquero eran las florecitas azules que siembra a sus pies en el desierto del enlosado soleado el relieve de una fachada renacentista. No es que, cuando el sol caía con fuerza, no hubiera que bajar —tanto en Venecia como en Combray— persianas al borde del canal, pero estaban tendidas entre los cuadrilóbulos y los follajes de las ventanas góticas. Lo mismo puedo decir de la de nuestro hotel, delante de cuyas balaustradas me esperaba mi madre contemplando el canal con una paciencia de la que no habría dado muestras en tiempos en Combray, cuando, tras infundirme esperanzas que después no se habían realizado, no quería dejarme ver cuánto me quería. Ahora comprendía perfectamente que su aparente frialdad ya no habría cambiado gran cosa y el cariño que me prodigaba era como esos alimentos prohibidos que dejan de denegarse a los enfermos, cuando ya no cabe duda de que no podrán curarse. Cierto es que —de las humildes particularidades a que debía su individualidad la ventana de la habitación de mi tía Léonie, en la Rue de l'Oiseau, de su asimetría, debida a la desigual distancia entre las dos ventanas contiguas, de la excesiva altura de su apoyo de madera y la barra acodada que servía para abrir los postigos, de las dos cortinas de raso azul y escarchado que un

alzapaño dividía y mantenía separadas— existía un equivalente en aquel hotel de Venecia, donde oía yo aquellas palabras tan particulares, tan elocuentes, que nos hacen reconocer desde lejos la morada en la que volvemos a almorzar y más adelante permanecen en nuestro recuerdo como un testimonio de que durante cierto tiempo fue la nuestra, pero la misión de expresarlas no correspondía en Venecia, como en Combray y prácticamente por doquier, a las cosas más sencillas o incluso las más feas, sino a la ojiva, aún semiárabe, de una fachada que figura en todos los museos en reproducciones de yeso y en todos los libros de arte ilustrados como una de las obras maestras de la arquitectura doméstica en la Edad Media; desde muy lejos y cuando apenas había dejado atrás San Giorgio Maggiore, columbraba aquella ojiva, que me había visto, y el ímpetu de sus arcos rotos añadía a su sonrisa de bienvenida la distinción de una mirada más elevada y casi incomprendida y —como detrás de sus balaustradas de mármol de diversos colores, mi madre estaba leyendo, mientras me esperaba, con el rostro cubierto por un velo de tul de un blanco tan desgarrador como el de su pelo, para mí, quien comprendía que mi madre lo había añadido, al tiempo que ocultaba las lágrimas, a su sombrero de paja un poco para parecer «bien vestida» ante la gente del hotel, pero sobre todo para parecerme menos de luto, menos triste, casi consolada de la muerte de mi abuela, como, al no haberme reconocido en seguida, en cuanto la llamaba desde la góndola, enviaba hacia mí, desde el fondo de su corazón, su amor, que sólo se detenía allí donde ya no quedaba materia para sostenerlo, en la superficie de su mirada apasionada que ponía lo más próxima posible a mí, que intentaba elevar, adelantando los labios, en una sonrisa que parecía besarme, en el marco y bajo el dosel de la sonrisa, más discreta, de la ojiva iluminada por el sol de mediodía— aquella ventana ha adquirido en mi memoria la dulzura de las cosas que tuvieron al mismo tiempo que nosotros, junto a nosotros, su papel en determinada hora que sonaba, la misma para nosotros y para ellas, y, por rebosantes de formas admirables que estén esos cruceros, aquella ventana ilustre

conserva para mí el aspecto íntimo de un hombre genial con quien hubiéramos pasado un mes en unas vacaciones y hubiésemos trabado con él cierta amistad y, si después, siempre que veo la reproducción en yeso de dicha ventana en un museo, he de contener las lágrimas, es simplemente porque me dice precisamente lo que más puede emocionarme: «Recuerdo perfectamente a su madre».

Y, para ir a buscar a mi madre, que se había separado de la ventana, sentía yo, al abandonar el calor del aire libre, esa sensación de frescor sentida en tiempos en Combray, cuando subía a mi habitación, pero en Venecia era una corriente de aire marino la que lo mantenía, no ya en una escalerita de madera con peldaños muy juntos, sino en las nobles superficies de peldaños de mármol salpicados en todo momento por un sol glauco y que a la útil lección de Charin, recibida en tiempos, añadían la de Veronese y, puesto que en Venecia son las obras de arte, las cosas magníficas, las encargadas de darnos las impresiones familiares de la vida, sería esquivar el carácter de esa ciudad —con el pretexto de que la Venecia de ciertos pintores es fríamente estética en su parte más célebre (exceptuemos los espléndidos estudios de Maxime Dethomas)— representarla sólo en sus aspectos miserables, allí donde lo que constituye su esplendor se borra, y, para volverla más íntima y verdadera, darle un parecido con Aubervilliers. El error de muy grandes artistas, por una reacción muy natural contra la Venecia facticia de los malos pintores, fue el de haberse apegado únicamente a la Venecia —que consideraron más realista— de los humildes *campi*, de los pequeños *rii*, abandonados. Era la que yo exploraba con frecuencia por las tardes, si no salía con mi madre. En efecto, allí encontraba más fácilmente a esas mujeres del pueblo —las cerilleras, las ensartadoras de perlas, las trabajadoras del cristal o del encaje, las obreritas con grandes mantones negros con franjas— a las que nada me impedía amar, porque había olvidado en gran medida a Albertine, y que me parecían más deseables que otras, porque aún la recordaba un poco. Por lo demás, ¿quién

habría podido decirme exactamente lo que había —en aquella búsqueda apasionada que hacía yo de las venecianas— de ellas mismas, de Albertine, de mi antiguo deseo en otro tiempo del viaje a Venecia? Nuestro menor deseo, aun siendo único como un acorde, admite en sí las notas fundamentales sobre las cuales está construida toda nuestra vida y a veces, si suprimimos una de ellas, pese a no oírla, a no tener conciencia de ella, a que no guarda la menor relación con el objeto, veríamos desaparecer todo nuestro deseo de dicho objeto. Había muchas cosas que yo no intentaba dilucidar en la emoción que sentía al correr en busca de venecianas. Mi góndola seguía los canalitos; como la misteriosa mano de un genio que me hubiera conducido por los rodeos de aquella ciudad de Oriente, parecían, a medida que avanzaba, abrirme un camino, excavado en pleno corazón de un barrio que dividían apartando apenas, con un fino surco arbitrariamente trazado, las altas casas con ventanitas morunas y, como si el guía mágico hubiera tenido una vela entre los dedos y me hubiese iluminado al pasar, hacían brillar delante de ellas un rayo de sol al que abrían paso. Se notaba que entre las pobres viviendas que el canalito acababa de separar —y que sin él habrían formado un todo compacto— no se había reservado espacio alguno. De modo, que el campanario de la iglesia o los emparrados de los jardines dominaban en vertical el *rio*, como en una ciudad inundada, pero, en el caso de las iglesias, como en el de los jardines, gracias a la misma transposición que en el Gran Canal, el mar se prestaba tan bien a desempeñar la función de vía de comunicación, de calle, grande o pequeña, que, a cada lado del *canaletto*, las iglesias subían desde el agua en aquel antiguo barrio populoso y pobre, convertidas en parroquias humildes y frecuentadas, con la impronta de su necesidad, de la frecuentación de numerosas personas modestas, y los jardines atravesados por la abertura del canal dejaban arrastrar hasta el agua sus hojas o sus frutos asombrados y en el borde de la casa cuya arenisca estaba aún groseramente rugosa, como si acabara de ser aserrada bruscamente, unos pilluelos sorprendidos y en equilibrio dejaban

colgar en vertical sus piernas con mucho aplomo, al modo de marineros sentados en un puente móvil cuyas dos mitades acabaran de separarse y hubiesen dejado pasar el mar entre ellas. A veces aparecía un monumento más hermoso que se encontraba allí como una sorpresa en una caja que acabáramos de abrir, un templete de marfil con sus órdenes corintios y su estatua alegórica en el frontón, un poco desorientado entre las cosas corrientes en medio de las cuales se encontraba, pues, aunque procuráramos dejarle sitio, el peristilo que le reservaba el canal mantenía el aspecto de un muelle de desembarco para hortelanos. Tenía yo la impresión, que aumentaba aún más mi deseo, de no estar fuera, sino de entrar cada vez más en el fondo de algo secreto, pues todas las veces encontraba algo nuevo que iba a situarse a uno u otro lado de mí, pequeño monumento o *campo* imprevisto, sin perder la apariencia asombrada de las cosas bellas que vemos por primera vez y cuyo destino y utilidad aún no entendemos bien. Yo volvía a pie por pequeños *calli*, paraba a muchachas del pueblo, como habría podido hacer Albertine, y me habría gustado que ésta me acompañara. Sin embargo, no podían ser las mismas; en la época en que Albertine había estado en Venecia, habrían sido aún niñas, pero, después de haber sido en tiempos infiel —en un primer sentido y por cobardía— a cada uno de mis deseos concebido como único, ya que había buscado un objeto análogo y no el mismo, que no abrigaba esperanza de volver a encontrar, ahora buscaba sistemáticamente a mujeres a las que Albertine no había conocido, si bien ya no buscaba a las que en tiempos había deseado. Cierto es que con frecuencia recordaba, con una intensidad de deseo increíble, a determinada chiquilla de Méséglise o de París, la lechera a la que había visto al pie de una colina, por la mañana, en mi primer viaje hacia Balbec, pero las recordaba —¡ay!— tal como eran entonces, es decir, tal como habían dejado ya de ser, seguro. De modo, que, si en tiempos me había visto obligado a atenuar mi impresión de la unicidad de un deseo buscando, en lugar de una colegiala perdida de vista, a otra análoga, ahora —para volver a

encontrar a las muchachas que habían turbado mi adolescencia o la de Albertine— había de acceder a una derogación más del principio de individualidad del deseo: a las que debía buscar no era a las que tenían dieciséis años entonces, sino a las que los tenían en el presente, pues ahora, a falta de lo más particular de la persona y que había yo perdido, lo que me gustaba era la juventud. Sabía que la juventud de aquellas a las que había conocido ya sólo existía en mi ardiente recuerdo y no era a ellas —por deseoso que estuviera de alcanzarlas, cuando volvía a presentármelas mi memoria— a las que debía recoger, si de verdad quería cosechar la juventud y la flor del año.

El sol estaba aún alto en el cielo cuando iba a reunirme de nuevo con mi madre en la Piazzetta. Llamábamos a una góndola. «¡Cuánto le habría gustado a tu pobre abuela esta grandeza tan sencilla!», me decía mi madre, al tiempo que señalaba el palacio ducal, que contemplaba el mar con el pensamiento que le había confiado su arquitecto y conservaba fielmente en la muda espera de los dogos desaparecidos. «Le habría gustado incluso la dulzura de esos colores rosados, porque carece de afectación. ¡Cuánto le habría gustado Venecia a tu abuela y qué familiaridad, que puede rivalizar con la de la naturaleza, habría encontrado en todas estas bellezas rebosantes de cosas que no necesitan arreglo alguno, que se presentan tal cuales, el palacio ducal con su forma cúbica, las columnas —que, según dices, son las del palacio de Herodes— en plena Piazzetta y —aún menos estudiados, situados ahí como a falta de otro sitio— los pilares de San Juan de Acre y esos caballos en el balcón de San Marcos! Tu abuela habría sentido tanto placer al ver el sol ponerse sobre el palacio de los dogos como sobre una montaña». Y había, en efecto, una parte de verdad en lo que decía mi madre, pues, mientras la góndola que nos llevaba de vuelta remontaba el Gran Canal, contemplábamos la fila de los palacios entre los cuales pasábamos reflejar la luz y la hora en sus rosados flancos y caminar con ellas, menos al modo de viviendas privadas y monumentos célebres que como una cadena de acantilados de

mármol al pie de la cual se va al atardecer a pasear en barca por un canal para ver la puesta del sol. Por eso, las moradas dispuestas a ambos lados del canal recordaban a parajes de la naturaleza, pero de una que hubiera creado sus obras con una imaginación humana. Ahora bien, al mismo tiempo (por el carácter de las impresiones, siempre urbanas, que Venecia infunde casi en pleno mar, en esas olas en las que el flujo y el reflujo se dejan sentir dos veces al día y que sucesivamente cubren con la marea alta y descubren con la marea baja las magníficas escaleras exteriores de los palacios), como habríamos hecho en París por los bulevares, en los Campos Elíseos, en el Bois, en toda avenida ancha y de moda, nos cruzábamos, a la polvorienta luz del atardecer, con las mujeres más elegantes, casi todas extranjeras, que, blandamente apoyadas en los cojines de su carroza flotante, se ponían a la cola, se detenían delante de un palacio en el que tenían una amiga a la que ir a ver, mandaban preguntar si estaba en casa y, mientras esperaban la respuesta, preparaban, por si acaso, su tarjeta para dejarla, como habrían hecho a la puerta del palacete de Guermantes, buscaban en su guía de qué época, de qué estilo, era el palacio, no sin ser sacudidas, como en las cimas de una ola azul, por aquel remolino centelleante y encabritado, que se espantaba al quedar encerrado entre la danzante góndola y el resonante mármol, y así los paseos, aunque sólo fuera para ir a hacer visitas o recados, resultaban triples y únicos en esa Venecia en la que las simples idas y venidas mundanas adquieren al mismo tiempo la forma y el encanto de una visita a un museo y una bordada en el mar.

Varios de los palacios del Gran Canal estaban transformados en hoteles y —por gusto por el cambio o por amabilidad para con la Sra. Sazerat, con la que nos habíamos encontrado (la conocida imprevista e inoportuna a la que siempre encontramos estando de viaje) y a la que mi madre había invitado— una noche quisimos probar a cenar en un hotel que no era el nuestro y en el que, según decían, la cocina era mejor. Mientras mi madre pagaba al gondolero y entraba con la Sra. Sazerat en el salón que había reservado, yo

quise echar un vistazo a la gran sala del restaurante con hermosos pilares de mármol y en tiempos cubierta toda ella de frescos, después mal restaurados. Dos camareros estaban charlando en un italiano que traduzco:

«¿Comen hoy los viejos en su habitación? Nunca avisan. ¡Qué pesadez! Nunca sé si debo reservarles la mesa (*non so se bisogna conservar loro la tavola*). Pero, bueno, si bajan y se la encuentran ocupada, ¡allá ellos! No comprendo por qué reciben a *forestieri* así en un hotel tan elegante. No se parecen a los de aquí».

Pese a su desdén, al camarero le habría gustado saber lo que debía decidir respecto de la mesa e iba a pedir al ascensorista que subiera a informarse en su piso, cuando, antes de que hubiese tenido tiempo para hacerlo, recibió la respuesta: acababa de divisar a la señora anciana, quien entraba. Pese a la expresión de tristeza y fatiga que infunde el entorpecimiento debido a los años y pese a alguna clase de eczema, de lepra roja, que le cubría la cara, no me costó reconocer bajo su toca —con su saya negra confeccionada en donde W***, pero, para los profanos, semejante a la de una portera vieja— a la marquesa de Villeparisis. Quiso la casualidad que el lugar en que me encontraba yo, de pie, examinando los vestigios de un fresco, quedara, a lo largo de las hermosas paredes de mármol, detrás exactamente de la mesa en que acababa de sentarse la Sra. de Villeparisis.

«Entonces el Sr. de Villeparisis no tardará en bajar. En el mes que llevan aquí, no han comido ni una sola vez el uno sin el otro», dijo el camarero.

Yo me preguntaba cuál de sus parientes sería aquel con el que ella viajaba y al que llamaban Sr. de Villeparisis, cuando vi, al cabo de unos instantes, dirigirse hacia la mesa y sentarse junto a ella a su viejo amante, el Sr. de Norpois.

Su extrema ancianidad había debilitado la sonoridad de su voz, pero, en cambio, había infundido a su lenguaje, en tiempos tan marcado por la reserva, una auténtica intemperancia. Tal vez hubiera que buscar la causa en ambiciones para cuya realización ya

no le quedaba demasiado tiempo —tenía la sensación— y que le infundían tanta mayor vehemencia y fogosidad o tal vez en que, al haber quedado apartado de una política en la que ardía en deseos de participar, creía, con la ingenuidad del deseo, lograr mandar al retiro, mediante las sangrantes críticas que dirigía contra ellos, a quienes estaba seguro de substituir. Así, vemos a políticos convencidos de que al gabinete del que no forman parte no le quedan ni tres días de vida. Por lo demás, sería exagerado creer que el Sr. de Norpois había perdido enteramente las tradiciones del lenguaje diplomático. En cuanto se hablaba de los «grandes asuntos», volvía a ser, como vamos a ver, el hombre al que hemos conocido, pero el resto del tiempo se desahogaba con éste o aquél mediante esa violencia senil de ciertos octogenarios que los lanza sobre mujeres a las que ya no pueden hacer demasiado daño.

La Sra. de Villeparisis guardó, durante unos minutos, el silencio de una señora anciana a quien la fatiga de la vejez ha vuelto difícil la operación de remontarse desde el recuerdo del pasado al presente. Después, a propósito de esas cuestiones totalmente prácticas en las que se refleja la prolongación de un amor mutuo, dijo:

«¿Has pasado por donde Salviati?».

«Sí».

«¿Lo mandarán mañana?».

«He traído yo mismo la copa. Te la enseñaré después de la cena. Veamos el menú».

«¿Has dado la orden en la Bolsa para mis Suez?».

«No. En este momento la atención de la Bolsa está centrada en los valores del petróleo, pero no hay por qué apresurarse, dadas las excelentes disposiciones del mercado. Aquí tienes el menú. De entrada hay salmonetes. ¿Quieres que los pida?».

«Para mí, sí, pero a ti te los han prohibido. Pide mejor un *risotto*, aunque la verdad es que no saben hacerlo».

«No importa. Camarero, tráiganos primero unos salmonetes para la señora y un *risotto* para mí».

Un nuevo y largo silencio.

«Mira, te he traído periódicos: el *Corriere della Sera*, la *Gazzetta del Popolo*, etcétera. ¿Sabías que se habla mucho de un cambio diplomático cuyo primer chivo expiatorio sería Paléologue, notoriamente insuficiente en Servia? Puede que sea substituido por Lozé y estaría por cubrir el puesto de Constantinopla, pero», se apresuró a añadir con acritud el Sr. de Norpois, «para una embajada de semejante envergadura y en la que resulta totalmente evidente que Gran Bretaña deberá tener siempre —ocurra lo que ocurra— el primer puesto en la mesa de las deliberaciones, sería prudente recurrir a hombres con experiencia, mejor equipados para resistir las trampas de los enemigos de nuestro aliado británico que diplomáticos de la joven escuela, quienes se tragarían ciegamente el anzuelo». La volubilidad irritada con la cual el Sr. de Norpois pronunció esas últimas palabras se debía sobre todo a que los periódicos, en lugar de pronunciar su nombre como les había recomendado él que hicieran, daban como «gran favorito» a un joven ministro de Asuntos Exteriores. «¡Dios sabe lo lejos que están los hombres de edad de ponerse —a consecuencia de no sé qué maniobras tortuosas— en el lugar de neófitos más o menos incapaces! He conocido a muchos de esos supuestos diplomáticos del método empírico que ponían todas sus esperanzas en un globo sonda que no tardé en desinflar. No me cabe duda de que, si el Gobierno tiene la falta de cordura de volver a poner las riendas del Estado en manos turbulentas, a la llamada del deber un novato responderá siempre: “Presente”. Pero ¿quién sabe si no ocurriría lo mismo el día en que fueran a buscar a algún veterano?» (¡y el Sr. de Norpois parecía saber muy bien a quién se refería!) «¿rebosante de saber y destreza? A mi juicio, cada cual puede tener su forma de ver las cosas, el puesto de Constantinopla no debería ser aceptado hasta después de haberse solucionado nuestras dificultades pendientes con Alemania. No debemos nada a nadie y resulta inadmisible que cada seis meses vengan a reclamarnos —mediante maniobras dolosas y en defensa propia, no sé qué finiquito— siempre expuesto por una prensa de paniaguados. Eso tiene que

acabarse y, naturalmente, un hombre de gran valor y que ha demostrado sus aptitudes, un hombre que sería escuchado, por decirlo así, por el Emperador, gozaría de mayor autoridad que nadie para poner el punto final al conflicto».

Un señor que estaba acabando de cenar saludó al Sr. de Norpois.

«¡Ah! Pero ¡si es el príncipe Foggi!», dijo el marqués.

«¡Ah! No sé exactamente a quién te refieres», suspiró la Sra. de Villeparisis.

«Pero claro que sí. Es el príncipe Odon, el propio cuñado de tu prima Doudeauville. ¿No recuerdas que estuve cazando con él en Bonnétable?».

«¡Ah! Odon, ¿es el que se dedicaba a la pintura?».

«Pero ¡qué va! Es el que se casó con la hermana del gran duque N***».

El Sr. de Norpois decía todo aquello con el tono, bastante desagradable, de un profesor descontento con su alumno y, con sus azules ojos, miraba fijamente a la Sra. de Villeparisis.

Cuando el príncipe se hubo acabado su café y abandonó su mesa, el Sr. de Norpois se levantó, se dirigió apresuradamente hacia él y, con gesto majestuoso, se apartó y, tras eclipsarse, se lo presentó a la Sra. de Villeparisis y, durante los pocos minutos en que el príncipe permaneció de pie junto a ellos, el Sr. de Norpois no cesó un instante de vigilar a la Sra. de Villeparisis con su azul pupila, por complacencia o severidad de viejo amante y sobre todo por temor a que ella se entregara a uno de sus errores lingüísticos que él había saboreado, pero que temía. En cuanto ella decía al príncipe algo inexacto, rectificaba sus palabras y miraba fijamente a la marquesa, abrumada y dócil, con la continua intensidad de un magnetizador.

Un camarero vino a decirme que mi madre estaba esperándome, me reuní con ella y me disculpé ante la Sra. Sazerat diciendo que me había divertido ver a la Sra. de Villeparisis. Al oír ese nombre, la

Sra. Sazerat empalideció y pareció a punto de desmayarse. Procurando dominarse, dijo:

«¿La Sra. de Villeparisis, la Srta. de Bouillon?», me preguntó.

«Sí».

«¿Podría yo columbrarla un segundo? Es el sueño de mi vida».

«Entonces no pierda demasiado tiempo, señora, pues no tardará en haber acabado de cenar, pero ¿cómo puede interesarle tanto?».

«Es que la Sra. de Villeparisis fue en primeras nupcias la duquesa de Havré, hermosa como un ángel, mala como un demonio, que volvió loco a mi padre, lo arruinó e inmediatamente después lo abandonó. Bueno, pues, aunque se comportara con él como la mujerzuela más baja, fuera la causa de que yo y los míos tuviésemos que vivir humildemente en Combray, ahora que mi padre ya está muerto, mi consuelo es que amara a la mujer más hermosa de su época y, como nunca la he visto, pese a todo será un gusto…».

Llevé a la Sra. Sazerat, trémula de emoción, hasta el restaurante y le mostré a la Sra. de Villeparisis.

Pero, como los ciegos que dirigen los ojos a un punto diferente del que deben, la Sra. Sazerat no centró sus miradas en la mesa en que cenaba la Sra. de Villeparisis y, mientras buscaba en otro punto de la sala, dijo:

«Pero debe de haberse marchado, no la veo donde me dice usted».

Y seguía buscando, persiguiendo la visión detestada, adorada, que vivía en su imaginación desde hacía tanto tiempo.

«No, no, mire, en la segunda mesa».

«Es que no contamos a partir del mismo punto. Tal como yo cuento, la segunda mesa es una en la que sólo hay, junto a un señor mayor, una jorobadita, coloradota, horrible».

«¡Ésa es!».

Sin embargo, como la Sra. de Villeparisis había pedido al Sr. de Norpois que rogara al príncipe Foggi que se sentara con ellos, siguió una amable conversación entre los tres, hablaron de política: el

príncipe declaró que le resultaba indiferente la suerte del Gobierno y que aún se quedaría una buena semana en Venecia. Esperaba que en ese tiempo se evitaría una crisis ministerial. En un primer momento, el príncipe Foggi creyó que aquellas cuestiones políticas no interesaban al Sr. de Norpois, pues éste, quien hasta entonces se había expresado con tanta vehemencia, había guardado de pronto un silencio casi angélico que parecía no poder explayarse, si volvía la voz, sino en un inocente y melodioso canto de Mendelssohn o de César Franck. El príncipe pensaba también que aquel silencio se debía a la reserva de un francés que delante de un italiano no quiere hablar de los asuntos de Italia. Ahora bien, el príncipe estaba totalmente equivocado. El silencio, la expresión de indiferencia, nunca había sido en el Sr. de Norpois señal de tal, sino preludio habitual de una inmisión en asuntos importantes. El marqués ambicionaba, como hemos visto, nada menos que Constantinopla, con una solución previa de los asuntos alemanes, para lo cual contaba con presionar al gobierno de Roma. En efecto, el marqués consideraba que un acto por su parte de alcance internacional podía ser la digna coronación de su carrera, tal vez el comienzo incluso de nuevos honores, de funciones difíciles a las que no había renunciado. Es que lo primero que hace la vejez es incapacitarnos, pero no nos priva de desear. Sólo en un tercer período quienes han llegado a muy viejos renuncian al deseo, así como hubieron de abandonar la acción. Ya ni siquiera se presentan a elecciones fútiles en las que con tanta frecuencia intentaron triunfar, como la de Presidente de la República. Se contentan con salir, comer, leer los periódicos, se sobreviven a sí mismos.

El príncipe, para que el marqués se sintiera cómodo y demostrarle que lo consideraba como un compatriota, se puso a hablar de los posibles sucesores, cuya tarea sería difícil, del Presidente del Consejo. Cuando el príncipe Foggi hubo citado más de veinte nombres de políticos que le parecían ministrables y que el antiguo embajador escuchó con los párpados entornados bajo sus azules ojos y sin hacer el menor gesto, el Sr. de Norpois rompió por

fin el silencio para pronunciar estas palabras que durante veinte años iban a alimentar la conversación de las cancillerías y más adelante, cuando se las hubo olvidado, serían exhumadas por alguna personalidad que firmara con «Un informado» o «Testis» o «Machiavelli» en un periódico en el que el olvido mismo en que habían caído les brindaba la posibilidad de causar de nuevo sensación. Así, pues, el príncipe Foggi acababa de citar más de veinte nombres delante del diplomático, tan inmóvil y mudo como un sordo, cuando el Sr. de Norpois levantó ligeramente la cabeza y, con la forma como había redactado sus intervenciones diplomáticas más cargadas de consecuencias, si bien aquella vez con una audacia mayor y una brevedad menor, preguntó con finura: «¿Y nadie ha pronunciado el nombre del Sr. Giolitti?». Aquellas palabras hicieron caer la venda de los ojos del príncipe Foggi; oyó un murmullo celestial. Después el Sr. de Norpois se apresuró a hablar de esto y lo otro, dejó de temer hacer ruido, así como, cuando se ha terminado la última nota de un aria sublime de Bach, ya no se teme hablar en voz alta, ir a buscar la ropa al vestuario. Incluso recalcó aún más el corte, al rogar al príncipe que presentara sus respetos a Sus Majestades el Rey y la Reina, cuando tuviera ocasión de verlos, expresión de despedida que correspondía a lo que son al final de un concierto estas palabras gritadas: «El cochero Auguste de la Rue de Belloy». Ignoramos cuáles fueron exactamente las impresiones del príncipe Foggi. Seguro que estaba encantado de haber oído esta obra maestra: «¿Y el Sr. Giolitti? ¿Nadie pronunció su nombre?». Pues el Sr. de Norpois, en quien la edad había apagado o desordenado las cualidades más hermosas, había perfeccionado, en cambio, al envejecer, los «aires de bravura», así como ciertos músicos de edad, presa de la decadencia en todo lo demás, adquieren hasta el último día un virtuosismo perfecto para la música de cámara del que hasta entonces habían carecido.

El caso es que el príncipe Foggi, quien pensaba pasar quince días en Venecia, volvió a Roma aquel mismo día y unos días después fue recibido en audiencia por el Rey a propósito de las

propiedades que, como creemos haber dicho ya, poseía en Sicilia. El Gobierno vegetó más tiempo del que se pensaba. A su caída, el Rey consultó a diversos estadistas sobre el jefe que convenía dar al nuevo gabinete y después mandó llamar al Sr. Giolitti, quien aceptó. Tres meses después, un periódico contó la entrevista del príncipe Foggi con el Sr. de Norpois. Se transmitía la conversación tal como acabamos de reproducirla, con la diferencia de que, en lugar de decir: «El Sr. de Norpois preguntó con finura», se leía: «dijo con esa fina y encantadora sonrisa en él proverbial». El Sr. de Norpois consideró que «con finura» tenía ya una fuerza explosiva suficiente para un diplomático y que aquel añadido era, como mínimo, intempestivo. No había dejado de pedir que el Quai d'Orsay lo desmintiera oficialmente, pero éste no sabía cómo salir del apuro. En efecto, después de que se revelara la entrevista, el Sr. Barrère telegrafiaba varias veces en una hora a París para quejarse de que hubiera un embajador oficioso en el Quirinal y para transmitir el descontento que había habido al respecto en toda Europa. Aquel descontento era inexistente, pero los diversos embajadores eran demasiado educados para desmentir al Sr. Barrère, quien les aseguraba que todo el mundo estaba indignado. Como el Sr. Barrère sólo escuchaba su propio pensamiento, consideraba aquel silencio cortés una adhesión. En seguida telegrafiaba a París: HE ESTADO CONVERSANDO DURANTE UNA HORA CON EL MARQUÉS VISCONTI-VENOSTA, etcétera. Sus secretarios iban de cabeza.

Sin embargo, el Sr. de Norpois tenía a su disposición un periódico francés muy antiguo y que incluso en 1870, cuando era ministro plenipotenciario de Francia en un país alemán, le había hecho un gran favor. Dicho periódico estaba admirablemente redactado (sobre todo el primer artículo, sin firma), pero interesaba mil veces más cuando ese primer artículo (denominado «premier-Paris» en aquellos tiempos lejanos y hoy llamado, sin que se sepa por qué, «editorial») estaba, al contrario, mal compuesto, con infinitas repeticiones de palabras. Entonces todo el mundo notaba emocionado que el artículo había sido «inspirado»: tal vez por el Sr.

de Norpois, tal vez por otro gran maestro del momento. Para dar una idea anticipada de los acontecimientos de Italia, vamos a mostrar cómo se sirvió el Sr. de Norpois de aquel periódico en 1870, inútilmente, parecerá, ya que, de todos modos, la guerra estalló: muy eficazmente, pensaba el Sr. de Norpois, cuyo axioma era el de que ante todo hay que preparar a la opinión pública. Sus artículos, en los que cada una de las palabras estaba medida, se parecían a esas notas optimistas a las que sigue inmediatamente la muerte del enfermo. El Sr. de Norpois (permaneciendo en la sombra, naturalmente) había considerado un deber enviar a aquel famoso periódico el siguiente editorial:

«En círculos autorizados parece prevalecer la opinión de que desde ayer, a media tarde, la situación, sin tener, desde luego, carácter alarmante, podría considerarse grave e incluso, en ciertos aspectos, prestarse al calificativo de crítica. Al parecer, el señor marqués de Norpois ha celebrado varias conversaciones con el ministro de Prusia a fin de examinar con espíritu de firmeza y conciliación y de forma totalmente concreta los diferentes motivos de fricción existentes, si podemos decirlo así. Lamentablemente, a la hora de cierre no nos ha llegado la noticia de que Sus Excelencias hayan podido ponerse de acuerdo sobre una fórmula que pueda servir de base para un instrumento diplomático.

»Última hora: en los círculos bien informados se ha sabido con satisfacción que parece haberse producido una ligera distensión en las relaciones franco-prusianas. Parece atribuirse una importancia muy particular al hecho de que el Sr. de Norpois se haya reunido *unter den Linden* con el embajador de Inglaterra, con quien ha conversado unos veinte minutos. Los círculos bien informados consideran satisfactoria esa noticia». (Entre paréntesis habían añadido después de «satisfactoria» la palabra alemana equivalente: *befriedigend*). Y el día siguiente se leía en el periódico: «Parece que, pese a todo el tacto del Sr. de Norpois, a quien todo el mundo se complace en rendir homenaje por la hábil energía con la que ha

sabido defender los derechos imprescriptibles de Francia, la ruptura no tiene —por decirlo así— casi posibilidad alguna de evitarse».

El periódico no podía por menos de añadir, tras semejante editorial, algunos comentarios, enviados, naturalmente, por el Sr. de Norpois. Tal vez haya advertido el lector en las páginas anteriores que el «condicional» era uno de los modos gramaticales del embajador en la literatura diplomática. («Se atribuiría una importancia particular» por «al parecer, se atribuye una importancia particular»)[8]. Pero el presente de indicativo usado, en lugar de con su sentido habitual, con el del antiguo optativo no era menos caro al Sr. de Norpois. Los comentarios que seguían al editorial eran los siguientes:

«Nunca ha dado el público muestras de una calma tan admirable». (Al Sr. de Norpois le habría gustado que hubiera sido cierto, pero temía todo lo contrario). «Está harto de las agitaciones estériles y ha sabido con satisfacción que el gobierno de Su Majestad se haría cargo de sus responsabilidades, según las eventualidades que podrían producirse. El público no pide» (optativo) «menos. A su magnífica sangre fría, que es ya un indicio de éxito, añadiremos, además, una noticia muy oportuna para tranquilizar a la opinión pública, si fuera necesario. En efecto, se asegura que el Sr. de Norpois, quien por razones de salud debía venir, desde hacía mucho, a París para someterse a un pequeño tratamiento, parece haber abandonado Berlín, donde su presencia ha dejado de parecerle útil. Última hora: Su Majestad el Emperador ha abandonado esta mañana Compiègne con destino a París para entrevistarse con el Sr. de Norpois, el ministro de la Guerra y el mariscal Bazaine, en quien la opinión pública tiene particular confianza. S. M. el Emperador ha anulado la cena que iba a ofrecer a su cuñada la duquesa de Alba. Esa medida ha causado por doquier, en cuanto se ha conocido, una impresión particularmente favorable. El Emperador ha pasado revista a las tropas, cuyo entusiasmo es indescriptible. Algunos cuerpos del ejército, tras la orden de movilización lanzada inmediatamente después de la

llegada de los soberanos a París, están preparados, a todo evento, para partir en dirección al Rhin».

* * *

A veces, en el crepúsculo, al volver al hotel, tenía la sensación de que la Albertine de otro tiempo, pese a resultarme invisible, estaba encerrada en el fondo de mí mismo como en los «plomos» de una Venecia interior, cuya endurecida tapa hacía deslizar a veces un incidente hasta ofrecer una abertura a aquel pasado.

Así, por ejemplo, hubo una noche en que una carta de mi agente de Bolsa reabrió por un instante para mí las puertas de la cárcel en que Albertine estaba viva en mí, pero tan lejos, tan profunda, que me resultaba inaccesible. Desde su muerte yo no había vuelto a ocuparme de las especulaciones que había hecho con vistas a tener más dinero para ella. Ahora bien, había pasado el tiempo; grandes certezas de la época anterior resultaban desmentidas por ésta, como había ocurrido en tiempos al Sr. Thiers, al decir que los ferrocarriles nunca podrían dar buen resultado, y los títulos de los que el Sr. de Norpois nos había dicho: «Su rendimiento no es demasiado elevado, desde luego, pero al menos el capital nunca se depreciará» eran, en muchos casos, los que más habían bajado. Tan sólo por los consolidados ingleses y las Refinerías Say tenía yo que pagar a los agentes de Bolsa diferencias tan considerables, además de intereses y dobles prórrogas, que de repente me dio por decidirme a venderlo todo y me encontré con que ya sólo poseía la quinta parte apenas de lo que había heredado de mi abuela y que aún conservaba en vida de Albertine. Por lo demás, en Combray cundió la noticia entre los que quedaban de nuestra familia y nuestras relaciones y, como sabían que yo frecuentaba al marqués de Saint-Loup y a los Guermantes, pensaron: «A eso conducen los sueños de grandeza». Les habría asombrado mucho enterarse de

que por una muchacha de condición tan modesta como Albertine, casi una protegida del antiguo profesor de piano de mi abuela, Vinteuil, había hecho yo aquellas especulaciones. Por lo demás, en aquella vida de Combray, en la que todo el mundo es clasificado para siempre por sus rentas de las que se tiene noticia, como en una casta india, no habrían podido hacerse idea de la gran libertad que reinaba en el mundo de los Guermantes, en el que no se atribuía la menor importancia a la fortuna y se podía considerar la pobreza tan desagradable —pero en modo alguno rebajaba más, afectaba más, a la situación social— como una enfermedad del estómago. Seguramente en Combray se imaginaban, al contrario, que Saint-Loup y el Sr. de Guermantes debían de ser nobles arruinados, con castillos hipotecados, a quienes yo prestaba dinero, mientras que, si me hubiera arruinado, habrían sido ellos los primeros en ofrecerse, en vano, a ayudarme. En cuanto a mi ruina relativa, me fastidiaba tanto más cuanto que mis curiosidades venecianas se habían concentrado desde hacía poco en una joven vendedora de cristalería, con un cutis de flor que ofrecía a ojos maravillados toda una gama de tonos anaranjados y me infundía tal deseo de volver a verla todos los días, que, en vista de que pronto nos marcharíamos de Venecia mi madre y yo, estaba decidido a intentar conseguirle alguna colocación en París que me permitiera no separarme de ella. La belleza de sus diecisiete años era tan noble, tan radiante, que constituía un auténtico Tiziano que adquirir antes de marchar. ¿Y bastaría lo poco que me quedaba de mi fortuna para tentarla lo bastante a abandonar su país y venir a París para mí solo? Pero, cuando estaba acabando de leer la carta de mi agente de Bolsa, una frase en la que decía: *Yo me encargaré de sus prórrogas*, me recordó una expresión, casi tan hipócritamente profesional, que la encargada de las duchas de Balbec había empleado al hablar de Albertine a Aimé: «Yo me encargaba de atenderla», había dicho. Y aquellas palabras de las que nunca había vuelto a acordarme hicieron funcionar, como un Sésamo, los goznes del calabozo, pero, al cabo de un instante, volvieron a cerrarse

sobre la emparedada —para con quien yo ya no era culpable de no querer reunirme, puesto que ya no lograba verla, recordarla, y las personas sólo existen para nosotros gracias a la idea que tenemos de ellas, pero que por un instante me había resultado más conmovedora por su desamparo, pese a que ella lo ignoraba—: por espacio de un relámpago había yo envidiado la época, ya muy lejana, en que sufría de noche y de día, acompañado por su recuerdo. En otra ocasión, en San Giorgio degli Schiavoni, un águila junto a uno de los apóstoles y estilizado del mismo modo despertó el recuerdo y casi el sufrimiento causado por aquellos dos anillos cuya semejanza me había revelado Françoise y que había regalado a Albertine alguien que yo no conocía. Por último, una noche se produjo una circunstancia tal, que mi amor —pareció— debería haber renacido. En el momento en que nuestra góndola se detuvo ante los escalones del hotel, el portero me entregó un telegrama que el empleado de la oficina de telégrafos ya había acudido tres veces a llevarme, pues por la inexactitud del nombre del destinatario (si bien yo comprendí, pese a las deformaciones de los empleados italianos, que era el mío) pedían un acuse de recibo a fin de certificar que era en verdad para mí. En cuanto llegué a mi habitación, lo abrí y, al echar un vistazo a un texto lleno de palabras mal transcritas, pude leer: AMIGO MÍO, ME CONSIDERAS MUERTA, PERDÓNAME, ESTOY BIEN VIVA, QUIERO VERTE, HABLAR DE MATRIMONIO, ¿CUÁNDO VUELVES? CARIÑOS. ALBERTINE. Entonces ocurrió de forma inversa lo mismo que con mi abuela: cuando me había enterado *en realidad* de que mi abuela había muerto, al principio no había sentido la menor pena y no había sufrido efectivamente por su muerte hasta que recuerdos involuntarios la habían vuelto viva para mí. Ahora que en mi pensamiento Albertine ya no vivía para mí, la noticia de que estaba viva no me causó la alegría que habría supuesto. Albertine había sido para mí tan sólo un haz de pensamientos, había sobrevivido a su muerte material mientras dichos pensamientos vivían en mí; en cambio, ahora que habían muerto, Albertine en modo alguno resucitaba para mí junto

con su cuerpo y, al notar que no me alegraba de que estuviera viva, que había dejado de amarla, debería haberme sentido más trastornado que quien, al mirarse en un espejo, después de haber pasado meses viajando o enfermo, advierte que tiene pelo blanco y una cara nueva, de hombre maduro o viejo. Es algo que trastorna porque quiere decir: el hombre que era yo, el joven rubio, ha dejado de existir, soy otro. Ahora bien, ¿acaso no es un cambio tan profundo, una muerte tan total del yo que éramos, la substitución tan completa del yo antiguo por el nuevo, ver un rostro surcado de arrugas y coronado por una peluca blanca? Pero nos afligimos tan poco de haber llegado a ser otro, tras haber pasado los años y en el orden propio de la sucesión del tiempo, como de ser, en una misma época, sucesivamente los seres contradictorios —el malo, el sensible, el delicado, el grosero, el desinteresado, el ambicioso— que somos sucesivamente todos los días. Y la razón por la que no nos afligimos es la misma: la de que el yo eclipsado —momentáneamente, en el último caso y cuando se trata del carácter; para siempre, en el primer caso y cuando se trata de las pasiones— no está ahí para deplorar al otro, que en ese momento o en adelante somos enteramente; el grosero sonríe con su grosería, pues somos el grosero, y el olvidadizo no se entristece por su falta de memoria, precisamente porque ha olvidado.

Yo no habría podido resucitar a Albertine, porque tampoco podía resucitarme a mí mismo, resucitar mi yo de entonces. La vida, conforme a su costumbre, que es la de cambiar la faz del mundo, mediante retoques minúsculos, pero incesantes, no me había dicho justo después de la muerte de Albertine: «Sé otro», pero, mediante cambios demasiado imperceptibles para permitirme advertir el hecho mismo del cambio, había renovado casi todo en mí, por lo que mi pensamiento estaba ya acostumbrado a su nuevo dueño —mi nuevo yo— cuando se dio cuenta de que había cambiado; éste era el que le interesaba. Mi cariño a Albertine, mis celos, se debían, como hemos visto, a la irradiación por asociación de ideas de ciertos núcleos de impresiones suaves y dolorosas, al recuerdo de la

Srta. Vinteuil en Montjouvain, a los dulces besos que Albertine me daba en el cuello por la noche, pero, a medida que aquellas impresiones se habían debilitado, el inmenso campo de impresiones que coloreaban con un tono angustioso o dulce había recuperado los tonos neutros. Una vez que el olvido se hubo apoderado de algunos puntos dominantes de sufrimiento y placer, la resistencia de mi amor estaba vencida, había dejado de amar a Albertine. Intentaba recordarla. Había yo tenido un presentimiento exacto cuando, dos días después de la marcha de Albertine, me había sentido horrorizado de haber podido vivir cuarenta y ocho horas sin ella. Lo mismo había ocurrido cuando en tiempos había yo escrito a Gilberte pensando: «Si esto continúa dos años, habré dejado de amarla». Y, si bien cuando Swann me había pedido que volviera a ver a Gilberte, me había parecido la incomodidad de acoger a una muerta, en el caso de Albertine la muerte —o lo que yo había creído que lo era— había hecho la misma labor que en el de Gilberte la ruptura prolongada. La muerte actúa exclusivamente como ausencia. El monstruo ante cuya aparición se había estremecido mi amor —el olvido— había acabado efectivamente, como yo había creído, devorándolo. No sólo aquella noticia de que estaba viva no despertó mi amor, no sólo me permitió comprobar hasta qué punto había avanzado ya mi regreso hacia la indiferencia, sino que, además, le hizo experimentar instantáneamente una aceleración tan brusca, que me pregunté retrospectivamente si en tiempos la noticia contraria, la de la muerte de Albertine, no habría exaltado a la inversa —al rematar la labor de su partida— mi amor y retrasado su decadencia. Sí, en vista de que saber que estaba viva y que podía reunirme con ella me la volvía de repente tan poco preciosa, me preguntaba si las insinuaciones de Françoise, la ruptura misma e incluso la muerte (imaginaria, pero considerada real) no habrían prolongado mi amor, en vista de que los esfuerzos de terceros e incluso del destino para separarnos de una mujer contribuyen simplemente a apegarnos a ella. Ahora lo que ocurría era lo contrario. Por lo demás, intenté recordarla y, tal vez porque bastaba

que hiciese yo una señal para tenerla conmigo, el recuerdo que me vino fue el de una muchacha ya bastante gruesa, hombruna, en cuyo marchito rostro se perfilaba ya, como un modelo, el de la Sra. Bontemps. Lo que hubiera podido hacer con Andrée u otras ya no me interesaba. Ya no padecía yo el mal que durante tanto tiempo había creído incurable y en el fondo habría podido preverlo. Cierto es que la añoranza de una amante y los celos supervivientes son enfermedades físicas por las mismas razones que la tuberculosis o la leucemia. Sin embargo, entre los males físicos se pueden distinguir los causados por un agente puramente físico y los que actúan en el cuerpo exclusivamente por mediación de la inteligencia. Sobre todo si la parte de la inteligencia que sirve de vínculo de transmisión es la memoria —es decir, si la causa está anulada o alejada—, por cruel que sea el sufrimiento, por profundo que parezca el trastorno causado en el organismo, raro es —en vista de que el pensamiento tiene una capacidad de renovación o, mejor dicho, una incapacidad de conservación de la que carecen los tejidos— que el pronóstico no sea favorable. Al cabo del mismo tiempo en que un enfermo de cáncer habrá muerto, raro es que un viudo, un padre, inconsolables no estén curados. Yo lo estaba. ¿Por aquella muchacha a la que volvía yo a ver en aquel momento tan gordinflona y que con toda seguridad había envejecido, como lo habían hecho las muchachas a las que ella había amado, había que renunciar a la resplandeciente muchacha que era mi recuerdo de ayer, mi esperanza de mañana (a la que nada podría yo dar como tampoco a ninguna otra, si me casaba con Albertine), a aquella «Albertine nueva», «en modo alguno como la han visto los infiernos», «sino fiel, orgullosa e incluso un poco salvaje»? Ella era ahora lo que Albertine había sido en tiempos: mi amor a ésta había sido simplemente una forma pasajera de mi devoción a la juventud. Creemos amar a una muchacha, pero sólo amamos en ella —¡ay!— esa aurora cuya grana refleja su rostro momentáneamente. Pasó la noche. Por la mañana devolví el telegrama al portero del hotel y le dije que me lo habían entregado por error y que no era para mí. Me

contestó que, ahora que estaba abierto, habría problemas y más valía que me lo quedara; volví a metérmelo en el bolsillo, pero me prometí que haría como si nunca lo hubiera recibido. Había dejado definitivamente de amar a Albertine, por lo que aquel amor, después de haberse apartado tanto de lo que yo había previsto, a juzgar por lo que había sido mi amor a Gilberte, después de haberme hecho dar un rodeo tan largo y tan doloroso, acababa también —tras haber constituido una excepción— correspondiendo, exactamente como mi amor a Gilberte, a la ley general del olvido.

Pero entonces pensé: «Quería a Albertine más que a mí mismo; ya no la quiero ahora, porque durante un tiempo he dejado de verla, pero mi deseo de no ser separado de mí mismo por la muerte, de resucitar después de la muerte, no era como el de no estar nunca separado de Albertine, seguía existiendo». ¿Se debería a que me consideraba más valioso que ella, a que, cuando la amaba, me amaba más a mí mismo? No, se debía a que, al dejar de verla, había dejado de amarla y no había dejado de amarme, porque mis vínculos cotidianos conmigo mismo no habían quedado rotos, como los que mantenía con Albertine, pero ¿y si hubiera ocurrido lo mismo con los que mantenía con mi cuerpo, conmigo mismo…? Desde luego, habría ocurrido lo mismo. Nuestro amor a la vida es una simple relación antigua de la que no sabemos librarnos. Su fuerza radica en su permanencia, pero la muerte que la rompe nos curará del deseo de inmortalidad.

Después del almuerzo, cuando no iba a vagar solo por Venecia, me preparaba para salir con mi madre y, para coger los cuadernos en los que tomaría notas relativas al trabajo que estaba haciendo sobre Ruskin, subía a mi habitación. Por el brusco golpe de los recodos de la pared que le hacían entrar los ángulos, sentía yo las restricciones dictadas por el mar, la parsimonia del suelo, y, al bajar para reunirme con mi madre, quien estaba esperándome, a aquella hora en que en Combray sentaba tan bien saborear el sol tan próximo en la obscuridad conservada por los postigos cerrados y donde me encontraba, desde lo alto hasta abajo de la escalera de

mármol, de la que se sabía tan poco como en una pintura del Renacimiento si se alzaba en un palacio o en una galera, se sentía el mismo frescor y la misma sensación del esplendor de fuera gracias al toldo que se movía delante de las ventanas perpetuamente abiertas, por las que, con una incesante corriente de aire, la tibia sombra y el verdoso sol pasaban volando como por una superficie flotante y evocaban la vecindad móvil, la iluminación, la espejeante inestabilidad del mar. La mayoría de las veces me dirigía a San Marcos y con tanto más placer cuanto que, como primero se debía tomar una góndola para llegar hasta allí, la iglesia no se me presentaba como un simple monumento, sino como el término de un trayecto sobre el agua marina y primaveral, con la cual San Marcos formaba un todo indivisible y vivo. Mi madre y yo entrábamos en el baptisterio pisando los dos los mosaicos de mármol y de vidrio del pavimento, mientras contemplábamos delante de nosotros las grandes arcadas cuyas ensanchadas y rosáceas superficies ha combado ligeramente el tiempo, cosa que da a la iglesia —allí donde ha respetado el frescor de ese colorido— la apariencia de estar construida con una materia dúctil y maleable, como la cera de alvéolos gigantescos, y —allí donde, al contrario, ha acartonado la materia y en que los artistas la han calado y realzado con oro— la de ser la preciosa encuadernación, en algún cuero de Córdoba, del colosal evangelio de Venecia. Al ver que debía quedarme mucho rato delante de los mosaicos que representan el bautismo de Cristo y, al notar el frescor helado que caía en el baptisterio, mi madre me echaba un chal sobre los hombros. Cuando yo estaba con Albertine en Balbec, creía que ésta revelaba una de esas inconsistentes ilusiones que atestan la cabeza de tantas personas que no piensan con claridad, cuando me hablaba del placer —carente de base en mi opinión— que sentiría al ver determinada pintura conmigo. Hoy estoy al menos seguro de que existe el placer —ya que no de ver— al menos de haber visto algo hermoso con determinada persona. Ha llegado un momento en que, cuando recuerdo el baptisterio, delante de las olas del Jordán en que San Juan sumerge a Cristo, mientras

la góndola nos esperaba en la Piazzetta, no me resulta indiferente que en aquella fresca penumbra hubiera junto a mí una mujer vestida de luto con el fervor respetuoso y entusiasta de la anciana que vemos en Venecia en la *Santa Úrsula* de Carpaccio y que aquella mujer de mejillas coloradas y ojos tristes, con sus velos negros —y a la que nada podrá ya hacer salir nunca para mí de aquel santuario suavemente iluminado de San Marcos, donde estoy seguro de volver a encontrármela, porque allí tiene su puesto reservado e inmutable como un mosaico— fuese mi madre. Carpaccio, al que acabo de nombrar y que era el pintor al que, cuando yo no trabajaba en San Marcos, visitábamos con mayor agrado, estuvo un día a punto de reavivar mi amor a Albertine. Estaba viendo por primera vez *El Patriarca de Grado exorcizando a un poseído*. Miraba el admirable cielo rosicler y violeta sobre el que se destacan esas altas chimeneas incrustadas, cuya forma ensanchada y su roja eclosión de tulipanes recuerdan a tantas Venecias de Whistler. Después mis ojos pasaban del viejo Rialto de madera a ese Ponte Vecchio del siglo XV con palacios de mármol adornados de capiteles dorados, volvían al Canal, en el que las barcas son conducidas por adolescentes con chaquetas rosadas, con gorras coronadas por airones, idénticas a una que evocaba en verdad Carpaccio en esa deslumbrante *Leyenda de José* de Sert, Strauss y Kessler. Por último, antes de abandonar el cuadro, mis ojos volvieron a la ribera en la que hormiguean las escenas de la vida veneciana de la época. Estaba contemplando al barbero secar su navaja, al negro que cargaba con su tonel, las conversaciones de los musulmanes, de los nobles señores venecianos con amplios brocados, con damascos, con tocado de terciopelo de color de cereza, cuando de pronto sentí como un ligero mordisco en el corazón. En la espalda de uno de los compañeros de la Calza, reconocible por los brocados de oro y perlas que inscriben en su manga o en su cuello el emblema de la alegre cofradía a la que estaban afiliados, acababa yo de reconocer el abrigo que Albertine se había puesto para acompañarme en coche descubierto a

Versalles, la noche en que yo distaba de sospechar que apenas quince horas me separaban del momento en que ella se marcharía de mi casa. Siempre dispuesta a todo como estaba, cuando yo le había pedido que saliéramos, aquel triste día que iba a llamar ella en su carta *dos veces crepuscular, puesto que caía la noche e íbamos a separarnos*, se había echado sobre los hombros un abrigo de Fortuny que el día siguiente se había llevado consigo y después yo no había vuelto a ver nunca en mis recuerdos. Ahora bien, en aquel cuadro de Carpaccio era en el que el genial hijo de Venecia lo había tomado, de los hombros de aquel compañero de la Calza era de los que lo había separado para echarlo sobre los de tantas parisinas que, desde luego, ignoraban, como yo hasta entonces, que su modelo existía en un grupo de señores, en el primer plano del *Patriarca de Grado*, en una sala de la Academia de Venecia. Yo lo había reconocido todo y, al haberme devuelto el abrigo olvidado los ojos para mirarlo y el corazón de quien aquella noche iba a partir para Versalles con Albertine, me sentí invadido durante unos instantes por un sentimiento confuso y que no tardó en disiparse de deseo y melancolía.

Por último, había días en que mi madre y yo no nos contentábamos con los museos y las iglesias de Venecia y así en cierta ocasión en que hacía un tiempo particularmente hermoso, para volver a ver aquellos Vicios y Virtudes cuyas reproducciones me había regalado el Sr. Swann, probablemente colgadas aún en la sala de estudios de la casa de Combray, nos llegamos hasta Padua; después de haber cruzado a pleno sol el jardín de la Arena, entré en la capilla de los Giotto, cuya bóveda entera y el fondo de los frescos son tan azules, que parece que el radiante día haya cruzado también el umbral junto con el visitante y haya acudido por un instante a poner a la sombra y al fresco su puro cielo, apenas un poco más obscuro, al haberse separado de los dorados de la luz, como en esos breves intervalos con que se interrumpen los días más hermosos, cuando, sin que se haya visto nube alguna, al haber apartado el sol por un momento la vista en otra dirección, el azul del

cielo, más suave aún, se ensombrece. Por aquel cielo transportado a la piedra azulina volaban ángeles que yo veía por primera vez, pues el Sr. Swann me había dado sólo reproducciones de las Virtudes y los Vicios y no de los frescos que describen la historia de la Virgen y de Cristo. Pues bien, en el vuelo de los ángeles volvía yo a ver la misma impresión de acción efectiva, literalmente real, que me habían dado los gestos de la Caridad o de la Envidia. Con tanto fervor celeste o al menos docilidad y aplicación infantiles con que acercan sus manitas, los ángeles están representados en la Arena, pero como volátiles de una especie particular que existieron de verdad, que debieron de figurar en la historia natural de los tiempos bíblicos y evangélicos. Son pequeños seres que no dejan de revolotear delante de los santos, cuando éstos se pasean; siempre hay algunos sueltos por encima de ellos y, como son criaturas reales y efectivamente voladoras, se las ve elevarse, describiendo curvas, ejecutando *loopings* con la mayor soltura, lanzándose hacia el suelo de cabeza con gran acompañamiento de alas que les permiten mantenerse en posiciones contrarias a las leyes de la gravedad y recuerdan mucho más a una variedad desaparecida de aves o a jóvenes alumnos de Garros ejercitándose en el vuelo planeado que a los ángeles del Renacimiento y de las épocas siguientes, cuyas alas ya sólo son emblemas y cuyo mantenimiento es habitualmente el mismo que el de personajes celestes que carecieran de alas.

Al volver al hotel me encontraba con mujeres jóvenes que acudían —sobre todo de Austria— a pasar los primeros días hermosos de aquella primavera sin flores. Había una cuyas facciones no se parecían a las de Albertine, pero que me gustaba por el mismo frescor de su cutis, la misma mirada risueña y ligera. Pronto noté que empezaba a decirle las mismas cosas que decía al principio a Albertine, que le disimulaba el mismo dolor —cuando me informaba de que no podría verme el día siguiente, de que iba a Verona— y al instante las mismas ganas de ir a Verona yo también. Fue algo que no duró, ella tenía que volver a Austria, no volvería yo a verla jamás, pero, ya vagamente celoso, como nos sentimos

cuando empezamos a estar enamorados, al contemplar su encantador y enigmático rostro, me preguntaba yo si también a ella le gustarían las mujeres, si lo que tenía en común con Albertine —aquella claridad del cutis y las miradas, aquella apariencia de franqueza amable que seducía a todo el mundo y que se debía más a que en modo alguno intentaba conocer las acciones de los demás, que no le interesaban, que confesar las suyas, que, en cambio, disimulaba bajo las mentiras más pueriles— constituiría caracteres morfológicos de la mujer a la que gustan las mujeres. ¿Sería eso lo que de ella ejercía en mí —sin que pudiera yo entender racionalmente por qué— su atracción, causaba mis inquietudes (causa más profunda tal vez de mi atracción por lo que conduce al sufrimiento), me daba, cuando la veía, tanto placer y tristeza, como esos elementos magnéticos que no vemos y que en el aire de ciertas comarcas nos hacen sentir tantas indisposiciones? Nunca —¡ay!— iba a saberlo. Cuando intentaba leer en su rostro, me habría gustado decirle: «Deberías decírmelo, me interesaría para darme a conocer una ley de historia natural humana», pero ella nunca me lo habría dicho: sentía por lo que se parecía a ese vicio un horror particular y mantenía una gran frialdad con sus amigas. Tal vez fuera la prueba precisamente de que tenía algo que ocultar, de que tal vez hubiese sido objeto de bromas o denuestos por esa razón y de que la apariencia que adoptaba para evitar que se le atribuyese era como ese alejamiento revelador que los animales muestran para con las personas que los han golpeado. En cuanto a informarse sobre su vida, era imposible; incluso en el caso de Albertine, ¡cuánto había tardado yo en saber algo! ¡Había sido necesaria la muerte para desatar las lenguas, dada la prudente circunspección que Albertine mantenía en su conducta, como aquella misma joven! E incluso sobre Albertine, ¿estaba yo seguro de saber algo? Y, además, así como las condiciones de vida que más deseamos se nos vuelven indiferentes, si dejamos de amar a la persona que, sin que lo sepamos, nos hacía desearlas, porque nos permitían vivir cerca de ella, agradarle en la medida de lo posible, así también

ocurre con ciertas curiosidades intelectuales. La importancia científica que veía yo en el conocimiento del deseo que se ocultaba bajo los pétalos débilmente rosados de aquellas mejillas, en la claridad, clara sin sol como el amanecer de aquellos ojos pálidos, en aquellas jornadas jamás contadas, desaparecería seguramente cuando yo ya hubiera dejado de amar totalmente a Albertine o cuando hubiese dejado de amar totalmente a aquella joven.

Por las noches, salía solo por la ciudad encantada, en la que me encontraba inmerso en barrios nuevos, como un personaje de *Las mil y una noches*. Raro era el día en que no descubriese al azar de mis paseos algún lugar desconocido y espacioso del que ningún guía, ningún viajero, me había hablado. Me había internado por una red de callejuelas, de *calli*. Por la noche, con sus altas chimeneas de boca ancha a las que el sol comunica los rosas más vivos, los rojos más claros, todo un jardín florece por encima de las casas, con matices tan variados, que parece el jardín, plantado sobre la ciudad, de un aficionado a los tulipanes de Delft o de Haarlem. Y, por lo demás, la extrema proximidad de las casas hacía de cada una de las ventanas el marco en que soñaba despierta una cocinera que miraba por él, de una muchacha sentada a la que peinaba una anciana con rostro, adivinado en la sombra, de bruja, hacía como una exposición de cien cuadros holandeses yuxtapuestos de cada una de las pobres casas silenciosas y muy próximas por la extrema estrechez de aquellas *calli*, que, comprimidas unas contra otras, dividían en todos los sentidos, con sus canales, el trozo de Venecia recortado entre un canal y la laguna, como si hubiera cristalizado siguiendo aquellas formas innumerables, tenues y minuciosas. De repente, al cabo de una de aquellas callejuelas, parece que en la materia cristalizada se haya producido una distensión. Un vasto y suntuoso *campo*, cuya importancia no habría podido yo adivinar en modo alguno —ni encontrar siquiera una plaza— en aquella red de callejuelas, se extendía delante de mí, rodeado de palacios encantadores, pálido con la luz de la luna. Era uno de esos conjuntos arquitectónicos hacia los cuales se dirigen las calles en

otra ciudad, nos conducen al designarlo. Allí parecía oculto a propósito en un entrecruzamiento de callejuelas, como esos palacios de los cuentos orientales hasta los que llevan de noche a un personaje que, por haber sido devuelto a su casa antes de que amanezca, no ha de poder encontrar de nuevo la morada mágica en la que acaba creyendo no haber estado sino en sueños. Al día siguiente salía en busca de mi bella plaza nocturna, seguía *calli* que se parecían, todas, y se negaban a darme la menor información, salvo para extraviarme más. A veces un vago indicio que creía reconocer me hacía suponer que iba a ver aparecer, en su enclaustramiento, soledad y silencio, la hermosa plaza exiliada. En aquel momento algún genio malo, que había adoptado la apariencia de una nueva *calle*, me hacía dar media vuelta, a mi pesar, y me veía devuelto bruscamente al Gran Canal y, como entre el recuerdo de un sueño y el de una realidad no hay grandes diferencias, acababa preguntándome si no se habría producido durante mi sueño, en un sombrío fragmento de cristalización veneciana, aquella extraña fluctuación que ofrecía una inmensa plaza rodeada de palacios románticos a la prolongada meditación de la luz de la luna.

Pero el deseo de no perder para siempre a ciertas mujeres, mucho más que ciertas plazas, alimentaba en mí una agitación en Venecia que llegó a ser febril el día en que mi madre había decidido que nos marcharíamos, cuando, al atardecer, después de que nuestras maletas hubieran partido ya en góndola con destino a la estación, leí en un registro de los extranjeros esperados en el hotel: *Baronesa Putbus y séquito*. Al instante, el sentimiento de todas las horas de placer carnal de las que nuestra partida iba a privarme elevó dicho deseo, que existía ya en mí en estado crónico, a la altura de un sentimiento y lo ahogó en la melancolía y la nostalgia; pedí a mi madre que aplazara nuestra marcha unos días y la expresión que puso de no tomar en consideración ni un instante, ni en serio siquiera, mi ruego despertó en mis nervios, excitados por la primavera veneciana, aquel antiguo deseo de resistencia a una conspiración imaginaria tramada contra mí por mis padres, quienes

se imaginaban que me vería obligado a obedecer, aquella voluntad de lucha que en tiempos me impulsaba a imponer brutalmente mi voluntad a aquellos a los que más quería, sin perjuicio de acomodarme a la suya después de haber logrado hacerlos ceder. Dije a mi madre que no me marcharía, pero ella, considerando más hábil no aparentar pensar que lo decía en serio, ni siquiera me respondió. Añadí que ya vería si iba en serio o no. El portero vino a traer tres cartas, dos para ella y una para mí, que metí en mi cartera entre todas las demás sin mirar siquiera el sobre y, cuando llegó el momento en que ella salió, seguida de todas mis cosas, para la estación, yo mandé que me llevaran una consumición a la terraza y me instalé en ella para contemplar la puesta de sol, mientras en una barca detenida enfrente del hotel un músico cantaba *Sole mio*. El sol seguía bajando. Mi madre no debía de estar ya demasiado lejos de la estación. Pronto se habría marchado, yo estaría solo en Venecia, solo con la tristeza de saberla apenada por mi actitud y sin su presencia para consolarme. La hora del tren se acercaba. Mi soledad irrevocable estaba tan próxima, que ya me parecía comenzada y total. Es que me sentía solo, las cosas se me habían vuelto ajenas, ya no tenía la suficiente calma para salir de mi palpitante corazón e introducir en ellas alguna estabilidad. La ciudad que tenía ante mí había dejado de ser Venecia. Su personalidad, su nombre, me parecían ficciones mendaces que ya no tenía yo valor para inculcar a las piedras. Los palacios me parecían reducidos a sus simples partes y cantidades de mármol semejantes a todas las demás y el agua como una combinación de hidrógeno y nitrógeno, eterna, ciega, anterior y exterior a Venecia, ignorante de los dux y de Turner, y, sin embargo, aquel lugar cualquiera era ajeno, como uno al que acabamos de llegar, que no nos conoce aún, como uno del que nos hemos marchado y que ya nos ha olvidado. Ya no podía decirle nada de mí, dejar nada de mí posarse sobre él, me hacía contraerme sobre mí mismo, yo ya no era otra cosa que un corazón que latía y una atención que seguía ansiosamente el desarrollo de *Sole mio*. De nada servía que aferrara desesperadamente mi

pensamiento a la hermosa curva característica del Rialto: se me presentaba con la mediocridad de la evidencia como un puente no sólo inferior, sino también tan ajeno a la idea que tenía yo de él como un actor del que, pese a su peluca rubia y a su traje negro, hubiese sabido que en su esencia no era Hamlet. Así también los palacios, el Canal, el Rialto, se encontraban desprovistos de la idea a la que debían su individualidad y disueltos en sus vulgares elementos materiales, pero al mismo tiempo aquel lugar mediocre me parecía lejano. En el estanque del Arsenal, en virtud también de un elemento científico, la latitud, había esa singularidad de las cosas que, aun siendo semejantes en apariencia a las de nuestro país, resultan ser extranjeras, exiliadas bajo otros cielos; sentía yo que aquel horizonte tan vecino, que habría podido alcanzar en una hora, era una curvatura de la Tierra muy diferente de las de los mares de Francia, una curvatura lejana que se encontraba, por el artificio del viaje, amarrada cerca de mí, por lo que aquel estanque del Arsenal, a la vez insignificante y lejano, me infundía aquella mezcla de asco y espanto que había sentido, de muy niño, la primera vez que acompañé a mi madre a los baños Deligny; en efecto, en el paraje fantástico compuesto por un agua sombría que no cubrían el cielo ni el sol y que, sin embargo, sentíamos comunicar, limitado por cabinas, con profundidades invisibles cubiertas de cuerpos humanos en bañador, me había yo preguntado si aquellas profundidades ocultas a los mortales por barracas que no permitían imaginarlos desde la calle no serían la entrada a mares glaciales que comenzaban allí, si no estarían comprendidos los polos allí, si no sería precisamente aquel estrecho espacio el mar libre del polo; aquella Venecia sin simpatía para mí en la que iba a permanecer solo no me parecía menos aislada, menos irreal, y lo que el *Sole mio*, al elevarse como una deploración de la Venecia que había yo conocido, parecía tomar por testigo era mi angustia. Seguramente debería haber dejado de escucharlo, si hubiese querido poder reunirme aún con mi madre y tomar el tren con ella, debería haber decidido sin perder un segundo que me marchaba, pero eso era

precisamente lo que no podía hacer; permanecía inmóvil, sin ser capaz no sólo de levantarme, sino tampoco de decidir que me levantaría. Seguramente para no pensar en una resolución que tomar, mi pensamiento estaba enteramente dedicado a seguir el desarrollo de las sucesivas frases de *Sole mio*, a cantar mentalmente con el intérprete, a prever el impulso que iba a transportarlo, a dejarme llevar también con él y volver a caer después. Desde luego, aquel canto insignificante y oído cien veces no me interesaba en modo alguno. No podía yo dar placer a nadie ni a mí mismo escuchándolo religiosamente hasta el final. Por último, ninguno de los motivos conocidos por mí de antemano de aquella vulgar romanza podía brindarme la resolución que necesitaba; más aún: cada una de aquellas frases, cuando pasaba, a su vez, se volvía un obstáculo para tomar eficazmente dicha resolución o, mejor dicho, me obligaba a la resolución contraria de no partir, pues me hacía pasar la hora. Con ello aquella ocupación, nada placentera en sí misma, de escuchar *Sole mio* se cargaba de una tristeza profunda, casi desesperada. Yo notaba perfectamente que en realidad era la resolución de no partir la que tomaba al quedarme allí sin moverme, pero decirme: «No me marcho», que no me resultaba posible de aquella forma directa, me lo resultaba de esta otra: «Voy a escuchar una frase más de *Sole mio*», pero no se me escapaba el significado poético de aquel lenguaje figurado, si bien sabía que quería decir: «Me quedaré solo en Venecia». Y tal vez aquella tristeza, algo así como un frío entumecedor, era lo que constituía el encanto desesperado, pero fascinante, de aquel canto. Cada una de las notas que lanzaba la voz del cantante con una fuerza y una ostentación casi musculares venía a golpearme en pleno corazón; cuando la frase estaba consumida abajo y el fragmento parecía acabado, el cantante no tenía bastante y proseguía por arriba, como si necesitara proclamar una vez más mi soledad y mi desesperación. Mi madre debía de haber llegado a la estación. No tardaría en partir. Yo me sentía oprimido por la angustia que me causaba, junto con la vista del Canal, que se había vuelto diminuto

desde que el alma de Venecia se había escapado de él, de aquel Rialto trivial que ya no era el Rialto, aquel canto de desesperación que se volvía *Sole mio* y que, clamado así delante de los inconsistentes palacios, acababa de reducirlos a añicos y consumaba la ruina de Venecia; yo asistía a la lenta realización de mi desdicha, construida artísticamente, sin prisa, nota a nota, por el cantante al que miraba con asombro el sol detenido tras San Giorgio Maggiore, por lo que aquella luz crepuscular debía de hacer para siempre en mi memoria, junto con el estremecimiento de mi emoción y la voz de bronce del cantante, una aleación equívoca, inmutable y desgarradora.

Así permanecía yo inmóvil, con una voluntad disuelta y sin decisión aparente; seguramente en esos momentos ya está tomada: nuestros propios amigos pueden preverlo con frecuencia, pero nosotros no podemos; de lo contrario, nos libraríamos de muchos sufrimientos.

Pero, por fin, de antros más obscuros que aquellos desde los que se lanza la cometa que podemos predecir —gracias a la insospechable capacidad defensiva de la costumbre inveterada, gracias a las reservas ocultas que mediante un impulso súbito arroja en el último momento a la refriega— surgió mi acción: corrí como un poseso y llegué, con las portezuelas ya cerradas, pero a tiempo para reunirme con mi madre, que, roja de emoción, se contenía para no llorar, pues creía que yo ya no iba a acudir. Después el tren arrancó y vimos Padua y luego Verona llegar por delante del tren, decirnos adiós casi hasta la estación y, mientras nos alejábamos, volver a llegar —ellas, que no partían e iban a reanudar su vida— a sus campos —una— y —la otra— a su colina.

Pasaban las horas. Mi madre no se apresuraba a leer las dos cartas, que se había limitado a abrir, y procuró que yo mismo no sacara en seguida la cartera para coger la que el conserje del hotel me había entregado. Seguía temiendo que los viajes me resultaran demasiado largos, demasiado agotadores, y retrasaba lo más posible el momento en que, para ocuparme durante las últimas

horas, desempaquetaría los huevos duros, me pasaría los periódicos, desharía el paquete de libros que había comprado sin decírmelo. Miré primero a mi madre, que leía su carta con asombro y después levantaba la cabeza y sus ojos parecían posarse sucesivamente en recuerdos distintos, incompatibles y que no lograba relacionar. Sin embargo, yo había reconocido la letra de Gilberte en mi sobre. Lo abrí. Gilberte me anunciaba su boda con Robert de Saint-Loup. Me decía que me había telegrafiado al respecto a Venecia y no había tenido respuesta. Recordé que, según me habían dicho, el servicio de telégrafos funcionaba mal. Yo no había recibido su telegrama. Tal vez no quisiera creerlo. De repente sentí en mi cerebro que un hecho, instalado en él en forma de recuerdo, abandonaba su lugar y lo cedía a otro. El telegrama que había recibido últimamente y que había creído de Albertine era de Gilberte. Como la originalidad, bastante facticia, de la escritura de Gilberte consistía principalmente, cuando escribía una línea, en hacer figurar en la línea superior las barras de las tes que parecían subrayar las palabras o los puntos sobre las íes, que parecían interrumpir las frases de la línea de arriba y, en cambio, intercalar en la línea de abajo las colas y los arabescos de las palabras a ella superpuestas, resultaba totalmente natural que el empleado de telégrafos hubiera leído los bucles de las eses y las *y* griegas de la línea superior como un «ine» con el que acabara Gilberte. El punto sobre la *i* de Gilberte había subido por encima para formar un punto suspensivo. En cuanto a su *G*, parecía una *A* gótica. Que, aparte de eso, dos o tres palabras hubiesen sido leídas mal, confundidas unas con otras (por lo demás, algunas me habían parecido incomprensibles), era suficiente para explicar los detalles de mi error y ni siquiera era necesario. ¿Cuántas cartas lee en una palabra una persona distraída y sobre todo aislada, que parte de la idea de que la carta es de determinada persona? ¿Cuántas palabras en la frase? Al leer, se adivina, se crea; todo parte de un error inicial; los que siguen (y no es sólo en la lectura de las cartas y los telegramas, no sólo en toda lectura), por extraordinarios que puedan parecer a

quien no tiene el mismo punto de partida, resultan totalmente naturales. Buena parte de lo que creemos procede —y hasta las últimas conclusiones, con un empecinamiento y una buena fe semejantes— de un primer error en las premisas.

CAPÍTULO CUARTO

NUEVA FACETA DE ROBERT DE SAINT-LOUP

«¡Oh, es increíble!», me dijo mi madre. «Mira esto: a mi edad ya nada asombra, pero te aseguro que nada hay más inesperado que la noticia que me anuncia esta carta». «Pues mira», respondí yo, «no sé lo que será, pero, por asombroso que pueda ser, no lo será tanto como lo que cuenta ésta. Es una boda. Robert de Saint-Loup se casa con Gilberte Swann». «¡Ah!», me dijo mi madre. «Entonces seguramente es lo que me anuncia la otra carta, la que no he abierto aún, pues he reconocido la escritura de tu amigo». Y mi madre me sonrió con aquella ligera emoción con la que, desde que había perdido a su madre, se revestía para ella todo acontecimiento, por mínimo que fuera, que interesaba a las criaturas humanas capaces de experimentar dolor y recuerdo y que tuviesen también sus muertos. Así, mi madre me sonrió y me habló con voz dulce, como si hubiera temido —al tratar ligeramente aquella boda— desconocer las impresiones melancólicas que podía despertar en la hija y la viuda de Swann, en la madre de Robert, dispuesta a separarse de su hijo, y a las que mi madre, por bondad, por simpatía ante su bondad para conmigo, prestaba su propia emotividad filial, conyugal y materna. «¿No tenía yo razón al decirte que no encontrarías nada más asombroso?», le dije. «Pues mira, ¡sí!», respondió ella con voz dulce. «Soy yo la que tiene la noticia más extraordinaria, no te diré “la mayor, la menor”, pues esta cita de Sévigné que recuerdan todos los que sólo saben eso de ella

repugnaba a tu abuela tanto como “lo hermoso que es marchitarse”. No nos dignamos recoger ese Sévigné de todo el mundo.

Esta carta me anuncia la boda del joven Cambremer». «¡Hombre!», dije yo con indiferencia. «¿Con quién? Pero, en todo caso, la personalidad del novio priva ya a esa boda de un carácter sensacional alguno». «¡A menos que el de la novia se lo atribuya!». «¿Y quién es esa novia?». «¡Ah! Si te lo digo en seguida, no tiene mérito. Venga, piensa un poco», me dijo mi madre, quien, al ver que aún no habíamos llegado a Turín, quería dejarme un poco de tela por cortar y guardar algo para después. «Pero ¿cómo quieres que lo sepa? ¿Es con alguien brillante? Si Legrandin y su hermana están contentos, podemos estar seguros de que es una boda brillante». «Legrandin no sé, pero la persona que me anuncia la boda dice que la Srta. de Cambremer está encantada. Yo no sé si tú la calificarías de boda brillante. A mí me da la sensación de una boda de la época en que los reyes se casaban con pastoras y, además, es que ella es menos que una zagala, pero, por lo demás, encantadora. Algo así habría dejado estupefacta a tu abuela, pero no le habría desagradado». «Pero, bueno, ¿quién es esa novia?». «Es la Srta. d’Oloron». «Parece algo grandioso y nada propio de pastora, pero no veo quién puede ser. Es un título que pertenecía a la familia de los Guermantes». «Precisamente y el Sr. de Charlus, al adoptarla, se lo ha concedido a la sobrina de Jupien. Ella es la que se casa con el joven Cambremer». «¡La sobrina de Jupien! ¡No es posible!». «Es la recompensa de la virtud. Es una boda al final de una novela de la Sra. Sand», dijo mi madre. «Es el precio del vicio, es una boda al final de una novela de Balzac», pensé yo. «Al fin y al cabo», dije a mi madre, tras reflexionar al respecto, «es bastante natural. Ya tenemos a los Cambremer anclados a ese clan de los Guermantes en el que no esperaban poder plantar jamás su tienda; además, la muchacha, adoptada por el Sr. de Charlus, tendrá mucho dinero, cosa indispensable desde que los Cambremer perdieron el suyo, y es, en una palabra, la hija adoptiva y, según los Cambremer, la verdadera —la natural— de alguien a quien consideran un príncipe

de sangre. La nobleza francesa y extranjera siempre ha considerado a un bastardo de casa casi real una alianza halagüeña. Sin remontarnos siquiera a una época tan lejana de nosotros, la de las Lucinge, recordarás la boda, hace tan sólo seis meses, del amigo de Robert con esa muchacha cuya única razón de ser social era que se la suponía, con razón o sin ella, hija natural de un príncipe soberano». Mi madre, aun manteniendo el espíritu de casta de Combray, según el cual mi abuela debería haberse escandalizado de aquella boda, con el deseo ante todo de mostrar el juicio de su madre, añadió: «Por lo demás, la muchacha es perfecta y tu querida abuela no habría necesitado siquiera su inmensa bondad, su indulgencia infinita, para no mostrarse severa por la elección del joven Cambremer. ¿Recuerdas lo distinguida que le había parecido esa muchacha hace mucho, un día en que entró a que le cosiesen la falda? Entonces era una niña y ahora, pese a estar muy crecida y ser una solterona, es otra mujer, mil veces más perfecta, pero tu abuela lo había discernido de un vistazo. La sobrinita de un chalequero le pareció más “noble” que el duque de Guermantes». Pero, más aún que elogiar a mi abuela, mi madre necesitaba considerar «mejor» para ella haber desaparecido. Era la finalidad suprema de su cariño y como si la librara de una última pena. «Y, sin embargo, ¿crees tú, de todos modos», me dijo mi madre, «que Swann padre —a quien tú no conociste, cierto es— habría podido pensar que un día tendría un bisnieto o una bisnieta en los que correrían confundidas la sangre de la tía Moser, quien decía: “Puenos tías, tseñor”, y la del duque de Guisa?». «Pero fíjate, mamá, que resulta mucho más asombroso de lo que dices, pues los Swann eran personas excelentes y, si con la situación que tenía, su hijo hubiera casado bien, la hija de éste habría podido hacerlo mejor, pero todo se había venido abajo por haberse casado con una casquivana». «¡Oh! Eso de casquivana, verdad, tal vez fuera una maldad, yo nunca lo creí». «Sí, una casquivana, ya te haré revelaciones incluso… familiares otro día». Perdida en su ensueño, mi madre decía: «La hija de una mujer a la que tu padre nunca me

habría permitido saludar, ¡casarse con el sobrino de la Sra. de Villeparisis, a quien tu padre no me permitía, al comienzo, ir a ver porque le parecía de una sociedad demasiado brillante para nosotros!». Y después: «El hijo de la Sra. de Cambremer, para quien Legrandin temía tanto darnos una recomendación porque no le parecíamos lo bastante elegantes, ¡casarse con la sobrina de un hombre que nunca se habría atrevido a subir a nuestra casa, salvo por la escalera de servicio…! De todos modos, tu pobre abuela tenía razón cuando decía, como recordarás, que la gran aristocracia hacía cosas que chocarían a pequeños burgueses y que la reina Marie-Amélie la había decepcionado por las insinuaciones que había hecho a la amante del príncipe de Condé para que lo instara a hacer testamento a favor del duque de Aumale. Como recordarás, estaba escandalizada de que desde hacía siglos las hijas de la casa de Gramont, que fueron unas auténticas santas, hubieran llevado el nombre de Corisande en memoria de la unión de una antepasada con Enrique IV. Son cosas que tal vez se den también en la burguesía, pero se ocultan más. ¿Crees tú que le hubiera hecho gracia a tu pobre abuela?», dijo mi madre con tristeza, pues las alegrías de las que sufríamos que mi abuela estuviese apartada eran las más sencillas de la vida: un relato, una obra de teatro, menos que eso, una «imitación» que le habrían hecho gracia. «¿Crees tú que la habría asombrado? Sin embargo, estoy segura de que habrían chocado a tu abuela esas bodas, que le habrían resultado penosas, y creo que vale más que no las haya conocido», prosiguió mi madre, pues, ante cualquier acontecimiento, gustaba de pensar que mi abuela habría tenido una impresión muy particular debida a la maravillosa singularidad de su naturaleza y que tenía una importancia extraordinaria. Ante cualquier acontecimiento triste que no se hubiera podido prever en tiempos —la desgracia o la ruina de nuestros viejos amigos, alguna calamidad pública, una epidemia, una guerra, una revolución—, mi madre decía que tal vez valía más que la abuela no hubiera visto nada de todo aquello, que le habría causado demasiado dolor, que tal vez no habría podido

soportarlo, y, cuando se trataba de algo chocante como esto, mi madre —por un arranque del corazón inverso al de los perversos que se complacen en suponer que aquellos a quienes no quieren han sufrido más de lo que se cree— no quería, con su cariño a mi abuela, admitir que nada triste, que rebajara, hubiera podido ocurrirle. Se imaginaba siempre a mi abuela como por encima de los propios golpes de cualquier mal que debería haberse producido, se decía que tal vez la muerte de mi abuela hubiera sido, en una palabra, un bien, al librarla del espectáculo demasiado horrendo del tiempo presente a aquella naturaleza tan noble, que no habría sabido resignarse. Es que el optimismo es la filosofía del pasado. Como los acontecimientos sucedidos son —de todos los posibles— los únicos que conocíamos, nos parece inevitable el daño que causaron y les atribuimos el poco bien que no han podido por menos de traer consigo y no nos imaginamos que sin ellos no se habría producido. Al mismo tiempo procuraba adivinar mejor lo que mi abuela habría sentido al enterarse de aquellas noticias y creer que era imposible de adivinar para nuestras inteligencias menos elevadas que la suya. «¿Crees tú», me dijo primero mi madre, «lo mucho que a tu pobre abuela le habría asombrado?». Y yo notaba que mi madre sufría por no poder contárselo, lamentaba que mi abuela no pudiera saberlo y le parecía injusto que la vida sacara a la luz hechos que mi abuela no habría podido creer, con lo que volvía retrospectivamente falso e incompleto el conocimiento que ésta se había llevado de las personas y la sociedad, pues la boda de la muchacha Jupien con el sobrino de Legrandin era de los que habrían modificado las ideas generales de mi abuela, tanto como la noticia —si mi madre hubiera podido hacérsela llegar— de que se había logrado resolver el problema, considerado irresoluble por mi abuela, de la navegación aérea y la telegrafía sin hilo, pero, como veremos, aquel deseo de hacer compartir a mi abuela los beneficios de nuestra ciencia no tardó en parecer aún demasiado egoísta a mi madre. Lo que supe —pues, por estar en Venecia, no había podido asistir— fue que el duque de Châtellerault y el príncipe de Silistria

habían pedido la mano de la Srta. de Forcheville, mientras que Saint-Loup intentaba casarse con la Srta. d'Entragues, hija del duque de Luxemburgo. Esto es lo que había ocurrido: como la Srta. de Forcheville poseía cien millones, la Sra. de Marsantes había pensado que era un matrimonio excelente para su hijo. Cometió el error de decir que aquella muchacha era encantadora, que ignoraba absolutamente si era rica o pobre, que no quería saberlo, pero que, aun sin dote, sería una suerte hasta para el joven más difícil tener una mujer semejante. Era mucha audacia para una mujer tentada sólo por los cien millones que le cerraban los ojos sobre el resto. En seguida se entendió que pensaba en ella para su hijo. La princesa de Silistria puso el grito en el cielo por doquier, se deshizo en elogios de las grandezas de Saint-Loup y clamó que, si éste se casaba con la hija de Odette y de un judío, el Faubourg Saint-Germain dejaría de existir. Entonces la Sra. de Marsantes, por segura de sí misma que estuviera, no se atrevió a llegar más lejos y se retiró ante los gritos de la princesa de Silistria, quien se apresuró a hacer la petición para su propio hijo. Había gritado tan sólo para reservarse a Gilberte. Entretanto, la Sra. de Marsantes, por no estar dispuesta a aceptar un fracaso, se había vuelto en seguida hacia la Srta. d'Entragues, hija del duque de Luxemburgo. Como sólo tenía veinte millones, ésta le convenía menos, pero dijo a todo el mundo que un Saint-Loup no podía casarse con una Srta. Swann (no había ni que pensar en llamarla De Forcheville). Algún tiempo después, como alguien dijo atolondradamente que el duque de Châtellerault pensaba casarse con la Srta. d'Entragues, la Sra. de Marsantes, más puntillosa que nadie, lo miró de arriba abajo, cambió las baterías, volvió a la carga por Gilberte, encargó la petición para Saint-Loup e inmediatamente se celebraron los esponsales.

Aquellos esponsales despertaron animados comentarios en las más diversas esferas. Varias amigas de mi madre, que habían visto a Saint-Loup en casa, acudieron a su «día» y se informaron sobre si el novio era efectivamente mi amigo. Algunas personas llegaban hasta el extremo de afirmar, respecto de la otra boda, que no se

trataba de los Cambremer-Legrandin. Lo sabían de buena fuente, pues la marquesa, de soltera Legrandin, lo había desmentido la víspera misma del día en que se publicaron los esponsales. Yo me preguntaba, a mi vez, por qué el Sr. de Charlus, por una parte, y por otra, Saint-Loup —que habían tenido ocasión de escribirme poco antes y me habían hablado de tan amistosos proyectos de viajes, cuya realización debería haber excluido la posibilidad de aquellas ceremonias— no me habían dicho nada al respecto. Saqué la conclusión —sin pensar en el secreto que se guarda hasta el final sobre esa clase de cosas— de que yo era menos amigo suyo de lo que había creído, cosa que, por lo que a Saint-Loup se refería, me apenaba. Entonces, ¿por qué, tras haber advertido que la amabilidad, la faceta de llaneza, de «entre compañeros», de la aristocracia era una comedia, me extrañaba yo de verme exceptuado de ella? En la casa de mujeres —donde se proporcionaban cada vez más hombres— en que el Sr. de Charlus había sorprendido a Morel, la «subregente», gran lectora de *Le Gaulois*, comentaba las noticias mundanas, y, refiriéndose a un señor grueso que acudía a su casa a beber sin cesar champán con jóvenes, porque, aun siendo ya grueso, quería llegar a ser lo bastante obeso, para estar seguro de que no lo «cogerían», si llegaba a haber una guerra alguna vez, declaró: «Parece ser que Saint-Loup hijo “entiende” y el joven Cambremer también. ¡Pobres esposas! En todo caso, si conoce usted a esos novios, debe mandárnoslos: aquí encontrarán todo lo que quieran y se puede ganar mucho dinero con ellos». Ante lo cual el señor grueso, aunque también él «entendía», protestó, replicó —por ser un poco esnob— que veía con frecuencia a Cambremer y Saint-Loup en casa de sus primos de Ardonvillers y que eran muy aficionados a las mujeres y no «entendían». «¡Ah!», concluyó la subregente con tono escéptico, pero sin prueba alguna y convencida de que en nuestro siglo la perversidad de las costumbres rivalizaba con el absurdo calumniador de los chismes. Ciertas personas a las que no vi me escribieron y me preguntaron qué pensaba de aquellas dos bodas,

exactamente como si hubieran iniciado una investigación sobre la altura de los sombreros de las mujeres en el teatro o sobre la novela psicológica. No tuve valor para responder a aquellas cartas. De aquellas dos bodas yo no pensaba nada, pero sentía una tristeza inmensa, como cuando dos partes de nuestra existencia pasada, amarradas junto a nosotros, y en las que tal vez basemos perezosamente, un día tras otro, alguna esperanza inconfesada, se alejan definitivamente, con un alegre crepitar de llamas, hacia destinos ajenos, como dos navíos. En cuanto a los propios interesados, tuvieron respecto de su propia boda una opinión muy natural, ya que no se trataba de los otros, sino de ellos. Nunca se habían cansado de burlarse de esas «grandes bodas», basadas en una tara secreta, e incluso los Cambremer, de casa tan antigua y pretensiones tan modestas, habrían sido los primeros en olvidar a Jupien y en recordar sólo las increíbles grandezas de la casa de Oloron, si no hubiese habido una excepción en la persona que debería haber sido la más halagada por aquella boda, la marquesa de Cambremer-Legrandin, pero, como era malvada por naturaleza, anteponía el placer de humillar a los suyos al de glorificarse a sí misma. Por eso, como no quería a su hijo y se apresuró a sentir tirria por su futura nuera, declaró lamentable para un Cambremer casarse con una persona que no se sabía de dónde salía, en una palabra, y tenía unos dientes tan feos. En cuanto a la propensión del joven Cambremer a frecuentar a personas de letras, como, por ejemplo, Bergotte e incluso Bloch, una alianza tan brillante no tuvo precisamente el efecto de volverlo más esnob, pero, como ahora se sentía el sucesor de los duques de Oloron, «príncipes soberanos», como decían los periódicos, estaba suficientemente convencido de su grandeza para poder relacionarse con quien fuera y abandonó a la pequeña nobleza por la burguesía inteligente, los días en que no se dedicaba a las Altezas. Aquellas notas de los periódicos, sobre todo en lo relativo a Saint-Loup, brindaron a mi amigo, cuyos antepasados reales aparecían enumerados, una grandeza nueva, pero que sólo sirvió para entristecerme, como si se hubiera vuelto

alguien distinto, el descendiente de Roberto el Fuerte más que el amigo que, muy poco antes, se había quedado en el transportín del coche para que yo estuviera más cómodo al fondo; no haber sospechado de antemano su boda con Gilberte, que me había parecido de pronto, en la carta, tan diferente de lo que podía yo pensar de ellos la víspera, inopinada como un precipitado químico, me hacía sufrir, cuando, en realidad, debería haber pensado que había estado muy ocupado y que, por lo demás, en la alta sociedad con frecuencia se hacen las bodas así, de pronto, en muchos casos para substituir una combinación diferente, que ha fracasado, y la tristeza, sombría como una mudanza, amarga como unos celos, que aquellas dos bodas me causaron con la brusquedad de su carambola fue tan profunda, que más adelante me la recordaron honrándome absurdamente al respecto, como si hubiera sido lo contrario de lo que fue en su momento, un doble e incluso triple y cuádruple presentimiento.

Las personas de la alta sociedad que no habían prestado la menor atención a Gilberte me dijeron con expresión profundamente interesada: «¡Ah! Es la que se casa con el marqués de Saint-Loup», y le lanzaban la mirada atenta de quienes no sólo se pirran por los acontecimientos de la vida parisina, sino que, además, intentan instruirse y creen en la profundidad de su mirada. En cambio, las que sólo habían conocido a Gilberte miraron a Saint-Loup con extrema atención, me pidieron (con frecuencia personas que apenas me conocían) que se lo presentara y volvían de la presentación al novio engalanadas con los gozos de la festividad y me decían: «Tiene muy buen aspecto». Gilberte estaba convencida de que el nombre de marqués de Saint-Loup era mil veces más grande que el de duque de Orleáns, pero, como ante todo pertenecía a una generación muy ocurrente (y bastante igualitaria), no quiso parecer dotada de menos ingenio que los demás y se aficionó a decir *mater semita*, a lo que añadía, para parecer de lo más ingeniosa: «En cambio, en mi caso es mi *pater*».

«Al parecer, ha sido la princesa de Parma la que ha organizado la boda de Cambremer hijo», me dijo mi madre y era cierto. La princesa de Parma conocía desde hacía mucho tiempo por sus obras, por una parte, a Legrandin, que le parecía un hombre distinguido, y, por otra, a la Sra. de Cambremer, quien cambiaba de conversación cuando la princesa le preguntaba si era efectivamente la hermana de Legrandin. La princesa sabía cuánto lamentaba la Sra. de Cambremer haberse quedado a la puerta de la alta sociedad aristocrática, donde nadie la recibía. Cuando la princesa de Parma, que se había encargado de encontrar un partido para la Srta. de Oloron, preguntó al Sr. de Charlus si sabía quién era el amable e instruido señor llamado Legrandin de Méséglise (así se hacía llamar ahora Legrandin), el barón respondió primero que no y después le vino de pronto un recuerdo de un viajero al que había conocido una noche en un vagón de tren y le había dejado su tarjeta. Puso una sonrisa vaga. «Tal vez sea el mismo», pensó. Cuando se enteró de que se trataba del hijo de la hermana de Legrandin, dijo: «¡Hombre, sería extraordinario, la verdad! Si fuera como su tío, no sería como para espantarme, siempre he dicho que ésos resultan ser los mejores maridos». «¿Quiénes?», preguntó la princesa. «¡Oh! Mire, señora, se lo explicaría con mucho gusto, si nos viéramos con mayor frecuencia. Con usted se puede hablar. Vuestra Alteza es tan inteligente», dijo Charlus, presa de una necesidad de confidencias que, sin embargo, no pasó de ahí. El nombre de Cambremer le gustó, aunque no le gustaban sus padres, pero sabía que era una de las cuatro baronías de Bretaña y lo mejor enteramente que podía esperar para su hija adoptiva era un nombre antiguo, respetado, con sólidas alianzas en su provincia. Un príncipe habría sido imposible y, por lo demás, poco conveniente. Era lo que hacía falta. Después la princesa mandó llamar a Legrandin. Físicamente, había cambiado bastante y para bien, desde hacía un tiempo. Como las mujeres que sacrifican resueltamente su rostro a la esbeltez de su talle y ya no salen de Marienbad, Legrandin había adquirido el aspecto desenvuelto de un oficial de caballería. A medida que el Sr. de

Charlus había adquirido más peso y lentitud de movimientos, Legrandin se había vuelto más espigado y ligero, efecto contrario de una misma causa. Por lo demás, aquella velocidad tenía razones psicológicas. Acostumbraba a ir a ciertos lugares de mala reputación, en los que no le gustaba que lo vieran ni entrar ni salir y en los que se precipitaba. Cuando la princesa de Parma le habló de los Guermantes, de Saint-Loup, declaró que los conocía desde siempre, mezclando el hecho de haber conocido siempre *de nombre* a los castellanos de Guermantes y el de haber conocido *en persona*, en casa de mi tía, a Swann, el padre de la futura Sra. de Saint-Loup, a cuya esposa e hija Legrandin no quería, por lo demás, frecuentar, en Combray. «Últimamente he viajado incluso con el hermano del duque de Guermantes, el Sr. de Charlus. Trabó conversación espontáneamente, cosa que siempre es buena señal, pues demuestra que no es ni un tonto envarado ni un presumido. ¡Oh! Ya sé todo lo que cuentan de él, pero nunca me creo esas cosas. Por lo demás, la vida privada de los demás no me importa. Me dio la sensación de una persona sensible, un corazón bien cultivado». Entonces la princesa de Parma habló de la Srta. de Oloron. En el medio de los Guermantes se enternecían con la nobleza de corazón del Sr. de Charlus, quien, con su proverbial bondad, hacía feliz a una muchacha pobre y encantadora, y el duque de Guermantes, resentido por la reputación de su hermano, daba a entender que, por hermoso que fuese, era algo muy natural. «No sé si me explico bien: todo es natural en ese asunto», decía torpemente a fuerza de habilidad, pero su fin era el de indicar que la muchacha era una hija de su hermano, a la que reconocía. Con eso explicaba al tiempo a Jupien. La princesa de Parma insinuó aquella versión para mostrar a Legrandin que el joven Cambremer se casaría, en una palabra, con algo así como la Srta. de Nantes, una de esas bastardas de Luis XIV que no fueron desdeñadas ni por el duque de Orleáns ni por el príncipe de Conti.

Aquellas dos bodas de las que hablábamos mi madre y yo en el tren que nos llevaba a París tuvieron en algunos de los personajes

que han figurado hasta aquí en este relato efectos bastante notables. En primer lugar, en Legrandin; huelga decir que entró en tromba en el palacete del Sr. de Charlus, exactamente como en una casa de mala fama en la que no conviene ser visto y a la vez para demostrar también su bravura y ocultar su edad, pues nuestras costumbres nos siguen allí donde ya no nos sirven para nada y casi nadie advirtió que, al saludarlo, el Sr. de Charlus le dirigió una sonrisa difícil de percibir y más aún de interpretar; aquella sonrisa era semejante en apariencia —y, en el fondo, era exactamente la inversa— de la que intercambian dos hombres que están habituados a verse en la buena sociedad, si por casualidad se encuentran en un lugar inconveniente (por ejemplo, el Elíseo, donde el general de Froberville, cuando se encontraba en él con Swann, ponía, al verlo, la sonrisa de irónica y misteriosa complicidad de dos asiduos de la princesa Des Laumes, al comprometerse en casa del Sr. Grévy), pero lo que resultó bastante notable fue la mejora real de su naturaleza. Desde hacía mucho tiempo —desde la época en que yo iba, de muy niño, a Combray en vacaciones— Legrandin cultivaba obscuramente relaciones aristocráticas, que, como máximo, brindaban una invitación aislada a un veraneo infecundo. De pronto, la boda de su sobrino había contribuido a reunir entre sí aquellos ramales lejanos y Legrandin tuvo una situación mundana a la que sus antiguas relaciones con personas que sólo lo habían frecuentado de forma particular, pero íntima, dieron retrospectivamente algo así como una solidez. Señoras a las que creían presentarlo contaron que desde hacía veinte años pasaba quince días en su casa, en el campo, y que había sido él quien les había regalado el hermoso barómetro antiguo del saloncito. Había formado parte por casualidad de «grupos» en los que figuraban duques que ahora estaban emparentados con él. Ahora bien, en cuanto tuvo aquella situación mundana, dejó de aprovecharla. No fue sólo porque, al saberse ya que era recibido, había dejado de sentir placer alguno al ser invitado, sino que, además, de los dos vicios que desde hacía mucho se lo disputaban, el menos natural, el

esnobismo, cedía el lugar a otro menos facticio, ya que indicaba al menos como un regreso, aun indirecto, hacia la naturaleza. Seguramente no son incompatibles y la exploración de un barrio se puede practicar al abandonar una fiesta de una duquesa, pero el enfriamiento de la edad apartaba a Legrandin de la acumulación de tantos placeres, de salir de otro modo que a ciencia cierta y también volvía en su caso los de la naturaleza bastante platónicos, consistentes sobre todo en amistades, en charlas que requieren tiempo y, al hacerle pasar casi todo el suyo entre el pueblo, le dejaban poco para la vida de sociedad. La propia Sra. de Cambremer se volvió bastante indiferente a la amistad de la duquesa de Guermantes. Ésta, obligada a frecuentar a la marquesa, se había dado cuenta —como ocurre siempre que se vive más con otros seres humanos, es decir, mezclados con cualidades que se acaban descubriendo y defectos a los que se acaba habituándose— de que la Sra. de Cambremer era una mujer dotada de inteligencia y provista de una cultura que, por mi parte, yo apreciaba poco, pero que parecieron notables a la duquesa. Así, pues, acudió con frecuencia a ver a la Sra. de Cambremer al anochecer y hacerle largas visitas, pero el maravilloso encanto que ésta imaginaba en la casa de la duquesa de Guermantes se disipó en cuanto se vio solicitada por ella, quien la recibía más por cortesía que por placer. Un cambio más llamativo se manifestó en Gilberte, a la vez simétrico y diferente del que se había producido en el Swann casado. Cierto es que en los primeros meses Gilberte había tenido mucho gusto en recibir en su casa a la sociedad más selecta. Seguramente sólo por la herencia se invitaba a los amigos íntimos a los que apreciaba su madre, pero sólo en ciertos días en que acudían ellos exclusivamente, encerrados aparte y lejos de las personas elegantes y como si el contacto de la Sra. Bontemps o de la Sra. Cottard con la princesa de Guermantes o la princesa de Parma hubieran podido producir, como el de dos pólvoras inestables, catástrofes irreparables. No obstante, los Bontemps, los Cottard y otros, aunque decepcionados por cenar a solas, se

sentían orgullosos de poder decir: «Hemos cenado en casa de la marquesa de Saint-Loup», tanto más cuanto que la audacia llegaba hasta el extremo de invitar con ellos a la Sra. de Marsantes, quien se mostraba como una auténtica gran señora con un abanico de carey y de plumas por el interés de la herencia. Simplemente procuraba de vez en cuando elogiar a personas discretas a las que sólo se ve cuando se les hace una señal, aviso mediante el cual dirigía a los buenos entendedores tipo Cottard, Bontemps, etcétera, su más elegante y altanero saludo. Tal vez por mi «amiguita de Balbec», de cuya tía me gustaba ser visto en aquel ambiente, habría preferido yo formar parte de aquellas series, pero Gilberte, para quien yo era ahora sobre todo un amigo de su marido y de los Guermantes (y que —tal vez desde Combray, donde mis padres no frecuentaban a su madre— me había dotado —en la edad en que no sólo añadimos tal o cual ventaja a las cosas, sino que, además, las clasificamos por especies— con ese prestigio que ya no se pierde nunca), consideraba aquellas veladas indignas de mí y, cuando me marchaba, me decía: «Me ha alegrado mucho verte, pero ven mejor pasado mañana y verás a mi tía Guermantes y a la Sra. de Poix; hoy eran las amigas de mamá, para agradar a mamá». Pero aquello duró sólo unos meses y no tardó todo en cambiar completamente. ¿Sería porque la vida social de Gilberte debía presentar los mismos contrastes que la de Swann? En todo caso, Gilberte sólo era marquesa de Saint-Loup (y poco después, como veremos, duquesa de Guermantes) desde hacía poco, cuando, tras haber alcanzado lo más clamoroso y difícil y pensando que el nombre de Guermantes se había incorporado ya a ella como un esmalte teñido de doradillo y que, frecuentara a quien frecuentase, seguiría siendo para todo el mundo duquesa de Guermantes (lo que constituía un error, pues el valor de un título de nobleza, como el de uno de Bolsa, sube, cuando se lo solicita, y baja, cuando se lo ofrece. Todo lo que nos parece imperecedero tiende a la destrucción; una situación mundana, exactamente como cualquier otra cosa, no se crea de una vez por todas, sino que, como el poder

de un imperio, se reconstruye a cada instante mediante algo así como una creación perpetuamente continua, lo que explica las anomalías aparentes de la historia mundana o política a lo largo de medio siglo. La creación del mundo no se produjo al principio, sino que se produce todos los días. La marquesa de Saint-Loup pensaba: «Soy la marquesa de Saint-Loup», sabía que había rechazado la víspera tres cenas en casa de duquesas, pero, si bien en cierta medida su nombre realzaba el medio, lo menos aristocrático posible, al que recibía, el que recibía a la marquesa depreciaba —en virtud de una tendencia inversa— el nombre que ésta llevaba. Nada se resiste a semejantes tendencias y los nombres más grandes acaban sucumbiendo. ¿Acaso no había conocido Swann a una princesa de la Casa de Francia cuyo salón, por recibirse en él a cualquiera, había caído al último rango? Un día en que la princesa Des Laumes había ido por obligación a pasar un instante en casa de aquella Alteza, en la que se había encontrado sólo con personas ínfimas, al volver después a casa de la Sra. Leroi, había dicho a Swann y al marqués de Módena: «Por fin vuelvo a encontrarme en país amigo. Vengo de casa de la condesa de X y sólo había tres caras que conociera»). En una palabra, al compartir la opinión de ese personaje de opereta que declara: «Mi nombre me dispensa, creo yo, de añadir nada más», Gilberte empezó a manifestar su desprecio por lo que tanto había deseado, a declarar que todas las personas del Faubourg Saint-Germain eran idiotas, infrecuentables, y, pasando de la palabra a la obra, dejó de frecuentarlas. Personas que no la conocieron hasta después de aquella época y, al empezar a tratarla, oyeron a aquella duquesa de Guermantes burlarse chistosamente de la alta sociedad a la que tan fácilmente habría podido tratar y nunca la vieron recibir a una sola persona de ella y bostezar a las claras en las narices a la que se aventurara en su casa, aunque fuera la más brillante, enrojecen retrospectivamente por haber podido encontrar, por su parte, algún prestigio en la alta sociedad y no se atreverían nunca a confiar ese humillante secreto de sus debilidades pasadas a una mujer que

consideran haber sido desde siempre —por una elevación esencial de su naturaleza— incapaz de comprenderlas. ¡La oyen burlarse con tanta locuacidad de los duques y la ven —cosa más significativa — adaptar tan completamente su conducta a sus burlas! Seguramente no se les ocurre buscar las causas del accidente que hizo de la Srta. Swann la Srta. de Forcheville y de la Srta. de Forcheville la marquesa de Saint-Loup y después la duquesa de Guermantes. Seguramente tampoco se les ocurre que ese accidente no serviría menos por sus efectos que por sus causas para explicar la actitud posterior de Gilberte, al no concebir ésta la frecuentación de los plebeyos de la misma forma enteramente como lo habría hecho la Srta. Swann, una señora a quien todo el mundo llama «señora duquesa» y esas duquesas que la aburren «prima mía». Desdeñamos de buen grado un objetivo que no hemos logrado alcanzar o que hemos alcanzado definitivamente y nos parece que ese desdén se da en las personas que aún no conocíamos. Si pudiéramos remontar el curso de los años, tal vez las encontraríamos desgarradas, más frenéticamente que nadie, por esos mismos defectos que han logrado enmascarar o vencer tan completamente, que las consideramos incapaces no sólo de haber adolecido jamás de ellos en sí mismas, sino también de excusarlas —a falta de poder concebirlos— jamás en los demás. Por lo demás, el salón de la nueva marquesa de Saint-Loup no tardó en adoptar su aspecto definitivo (al menos desde el punto de vista mundano, pues más adelante veremos qué trastornos iban a hacer estragos, por otra parte, en él). Ahora bien, ese aspecto era sorprendente en este sentido. Aún se recordaba que las más pomposas, las más refinadas, de las reacciones de París, tan brillantes como las de la princesa de Guermantes, eran las de la Sra. de Marsantes, la madre de Saint-Loup. Por otra parte, en los últimos tiempos el salón de Odette, infinitamente peor clasificado, no por ello había dejado de ser deslumbrante de lujo y elegancia. Ahora bien, Saint-Loup, feliz de tener, gracias a la gran fortuna de su mujer, todo el bienestar que podía desear, sólo pensaba en estar tranquilo después de una

buena cena en la que unos artistas acudían a hacerle buena música y aquel joven que en otra época había parecido tan orgulloso, tan ambicioso, invitaba a compartir su lujo a compañeros a los que su madre no habría recibido. Por su parte, Gilberte ponía en práctica la máxima de Swann: «La calidad me importa poco, pero temo la cantidad». Y Saint-Loup, totalmente postrado de hinojos ante su mujer, porque la amaba y porque le debía precisamente aquel lujo extremo, se guardaba de contrariar aquellos gustos, tan parecidos a los suyos. De modo, que las grandes recepciones de la Sra. de Marsantes y de la Sra. de Forcheville, ofrecidas durante años sobre todo con vistas al establecimiento clamoroso de sus hijos, no propiciaron recepción alguna del Sr. y la Sra. de Saint-Loup. Tenían los caballos más hermosos para montar juntos, el más hermoso yate para hacer cruceros… pero en él llevaban sólo a dos invitados. En París tenían todas las noches tres o cuatro amigos a cenar, nunca más; de modo, que, mediante una regresión imprevista y, sin embargo, natural, cada una de las inmensas pajareras maternas había sido substituida por un nido silencioso.

La persona que menos se benefició de aquellas dos uniones fue la joven Srta. de Oloron, quien, afectada ya por la fiebre tifoidea el día de la boda religiosa, se arrastró a duras penas hasta la iglesia y murió unas semanas después. Unos meses después de su muerte, en la esquela de defunción se mezclaban nombres como el de Jupien con casi todos los más grandes de Europa, como los del vizconde y la vizcondesa de Montmorency, S.A.R. la condesa de Bourbon-Soissons, el príncipe de Módena-Este, la vizcondesa de Edumea, Lady Essex, etcétera, etcétera. Seguramente, incluso para quien sabía que la difunta era la sobrina de Jupien, el número de todas aquellas alianzas no podía sorprender. En efecto, todo estriba en tener una gran alianza. Entonces, al entrar en juego el *casus foederis*, la muerte de la plebeyita deja de luto a todas la familias principescas de Europa, pero muchos jóvenes de las nuevas generaciones y que no conocían las situaciones reales, además de que podían confundir a Marie-Antoinette d’Oloron, marquesa de

Cambremer, con una señora de la más alta alcurnia, habrían podido cometer muchos otros errores, al leer aquella esquela. Así, por poco que sus recorridos por Francia les hubieran hecho conocer un poco el país de Combray, al ver que la Sra. L. de Méséglise y el conde de Méséglise figuraban entre los primeros y muy cerca del duque de Guermantes, habrían podido no sentir asombro alguno; la parte de Méséglise y la de Guermantes se tocan. «Vieja nobleza de la misma región, tal vez aliada durante generaciones», habrían podido decirse. «¿Quién sabe? Tal vez sea una rama de los Guermantes que lleva el nombre de condes de Méséglise». Ahora bien, el conde de Méséglise nada tenía que ver con los Guermantes y ni siquiera pertenecía a la parte de Guermantes, sino a la de Cambremer, ya que el conde de Méséglise, quien gracias a un avance rápido sólo había permanecido dos años como Legrandin de Méséglise, era nuestro viejo amigo Legrandin. Título falso por título falso, seguramente había pocos que hubieran podido resultar tan desagradables a los Guermantes como ése. En tiempos habían estado aliados con los verdaderos condes de Méséglise, de los que sólo quedaba una mujer, hija de personas obscuras y degradadas, casada, a su vez, con un gran arrendatario de mi tía, quien le había comprado Mirougrain y, por llamarse Ménager, se hacía llamar ahora Ménager de Mirougrain, por lo que, cuando se decía que su mujer había nacido en Méséglise, se pensaba que debía de haberse llamado de soltera De Méséglise y que era tan de Méséglise como su marido de Mirougrain.

Cualquier otro título falso habría dado menos quebraderos de cabeza a los Guermantes, pero la aristocracia sabe conllevarlos y muchos otros más cuando un matrimonio considerado útil, desde cualquier punto de vista, está en juego. Legrandin, cubierto por el duque de Guermantes, fue para una parte de aquella generación —y lo será para toda la que seguirá— el verdadero conde de Méséglise.

Otro error que cualquier lector joven y poco al corriente habría podido cometer habría sido el de creer que el barón y la baronesa

de Forcheville figuraban en cuanto padres y suegros del marqués de Saint-Loup, es decir, de la parte de Guermantes. Ahora bien, por aquella parte no debían figurar, ya que el pariente de los Guermantes era Robert y no Gilberte. No, el barón y la baronesa de Forcheville, pese a esa falsa apariencia, figuraban en la parte de la casada —cierto es— y no en la de Cambremer, no por los Guermantes, sino por Jupien, del que, como sabe nuestro lector más instruido, Odette era prima hermana.

Después de la boda de su hija adoptiva, todo el favor del Sr. de Charlus recayó en el joven marqués de Cambremer; los gustos de éste, que eran parecidos a los del barón, puesto que no habían impedido que lo eligiese para marido de la Srta. de Oloron, contribuyeron, naturalmente, a que lo pareciera más, cuando quedó viudo. No es que el marqués no tuviese otras cualidades que hacían de él un compañero encantador para el Sr. de Charlus, pero, incluso cuando se trata de un hombre de gran valor, es una cualidad que no desdeña quien lo admite en su intimidad y le resulta particularmente conveniente, si, además, sabe jugar al *whist*. La inteligencia del joven marqués era notable y, como se decía ya en Féterne, donde aún era sólo un niño, había salido enteramente a «la familia de su abuela», tan entusiasta, tan músico. Reproducía también algunas de sus particularidades, pero más por imitación, como toda la familia, que por atavismo. Así, poco después de la muerte de su mujer, tras haber recibido una carta firmada por Léonor, nombre de pila que yo no recordaba como suyo, no comprendí quién me escribía hasta que hube leído la fórmula final: «Reciba mi simpatía verdadera». Ese *verdadera* «colocado en su sitio» añadía al nombre de Léonor el apellido Cambremer.

Cuando el tren estaba entrando en la estación de París, mi madre y yo seguíamos hablando de aquellas dos noticias que, a fin de que el viaje no me pareciera demasiado largo, le habría gustado a ella reservar para la segunda parte y no me había dado a conocer hasta después de Milán. Mi madre había vuelto en seguida al punto de partida que para ella era en verdad el único: el de mi abuela.

Había pensado primero que ésta se habría sentido asombrada y después que se habría sentido entristecida, lo que equivalía simplemente a decir que se habría sentido complacida, ante un acontecimiento tan sorprendente y, al no poder admitir que mi abuela se hubiera visto privada de un placer, prefería pensar que era mejor así, pues aquella noticia era de las que habrían de haberla apenado por fuerza, pero, apenas acabábamos de llegar a casa, cuando ya mi madre consideraba aún demasiado egoísta aquella pena de no poder hacer participar a mi abuela en todas las sorpresas que da la vida. Prefirió aún más suponer que no lo habrían sido para mi abuela, cuyas previsiones se limitaban a ratificar. Quiso ver en éstas la confirmación de las capacidades adivinatorias de mi abuela, la prueba de que ésta había tenido una vez más una visión más profunda, clarividente y correcta de lo que pensábamos. Por eso, mi madre, para pasar a aquel punto de vista de pura admiración, no tardó en añadir: «Y, sin embargo, ¿quién sabe si tu pobre abuela no lo habría aprobado? Era tan indulgente y, además, es que, mira, para ella la condición social no era nada, lo importante era la distinción natural. Ahora bien, recuerda, recuerda, es curioso, las dos le habían gustado. Recuerda aquella primera visita a la Sra. de Villeparisis, cuando volvió y nos dijo que el Sr. de Guermantes le había parecido ordinario y, en cambio, qué elogios hizo de aquellos Jupien. Pobre madre, ¿recuerdas? Decía del padre: “Si yo tuviera otra hija, se la entregaría y su hija es aún mejor que él”. ¡Y la joven de Swann! Decía: “Me parece encantadora, ya veréis como casará muy bien”. Pobre madre, si pudiera verlo, ¡qué bien lo había adivinado! Hasta el final, aun no estando ya aquí, nos dará lecciones de clarividencia, de bondad, de apreciación correcta de las cosas». Y, como las alegrías de las que nos hacía sufrir ver privada a mi abuela eran todas las pequeñas alegrías —la entonación de un actor que le habría gustado, un plato que le encantaba, una nueva novela de un autor preferido— de la vida, mi madre decía: «¡Cómo la habría sorprendido, cómo la habría divertido! ¡Con qué hermosa carta habría respondido!». Y proseguía

mi madre: «¡Imagínate lo feliz que habría sido aquel pobre Swann, quien tanto deseaba ver a Gilberte recibida en casa de los Guermantes, si hubiera podido ver que su hija ha llegado a ser una Guermantes!». «¿Crees tú que se habría alegrado tanto de verla con un nombre distinto del suyo y llevada al altar como Srta. de Forcheville?». «¡Ah, es verdad! ¡No lo había pensado!». «Por eso no puedo yo alegrarme por ese "bicho", por esa ocurrencia que ha tenido de abandonar el nombre de su padre, que era tan propio para ella». «Sí, tienes razón, a fin de cuentas, tal vez sea mejor que no se haya enterado». ¡Ni en el caso de los muertos ni en el de los vivos podemos saber si una cosa les daría más alegría o más pena! «Parece que los Saint-Loup vivirán en Tansonville. ¿Acaso habría podido suponer jamás Swann padre, quien tanto deseaba mostrar su estanque a tu pobre abuelo, que el duque de Guermantes lo vería con frecuencia, sobre todo si se hubiera enterado del infamante matrimonio de su hijo? En fin, a ti, que tanto has hablado a Saint-Loup de los majuelos rosados, las lilas y los iris de Tansonville, te entenderá mejor. Él es quien los poseerá». Así se desarrollaba en nuestro comedor, bajo la luz de la lámpara de la que son tan amigas las familias, una de esas charlas en las que la sabiduría —no de las naciones, sino— de ellas, tras apoderarse de cualquier acontecimiento —muerte, esponsales, herencia, ruina— y deslizarlo bajo la lente de aumento de la memoria, le da todo su relieve, disocia, retrocede y sitúa en perspectiva en diferentes puntos del espacio y del tiempo lo que, para todos cuantos no lo han vivido, parece amalgamado en una misma superficie: los nombres de los fallecidos, las direcciones sucesivas, los orígenes de la fortuna y sus cambios, las mutaciones de propiedad. Esa sabiduría no está inspirada por la Musa que conviene desconocer durante el mayor tiempo posible, si se quiere conservar algún frescor de impresiones y alguna virtud creadora, pero que aquellos mismos que la han desconocido se encuentran hacia el ocaso de su vida en la nave de la vieja iglesia provinciana, a una hora en que de pronto se sienten menos sensibles a la belleza eterna expresada por las

esculturas del altar que al conocimiento de las diversas fortunas que sufrieron —al pasar a una ilustre colección particular, a una capilla y luego a un museo y, por último, al haber regresado después a la iglesia— o que a la sensación de estar hollando un pavimento casi pensante, hecho con el último polvo de Arnauld o de Pascal, o simplemente descifrando, imaginando tal vez el lozano rostro de una joven de por allí en la placa de cobre del reclinatorio de madera, los nombres de las hijas del hidalgüelo o del notable, la Musa que ha recogido todo lo que han rechazado las musas más altas de la filosofía y del arte, todo lo que no está en verdad fundamentado, todo lo que es tan sólo contingente, pero revela también otras leyes: ¡la Historia!

Viejas amigas de mi madre, más o menos de Combray, vinieron a verla para hablarle de la boda de Gilberte, que no las deslumbraba precisamente. «Ya sabe usted quién es la Srta. de Forcheville, es simplemente la Srta. Swann, y el testigo de su boda, el "barón" de Charlus, como se hace llamar, es ese viejo que ya mantenía a la madre en tiempos sin que lo ignorara Swann, quien se aprovechaba de ello». «Pero ¿qué dicen ustedes?», protestaba mi madre. «Para empezar, Swann era extraordinariamente rico». «Hay que pensar que no lo sería tanto, si necesitaba el dinero de los demás, pero ¿qué tiene esa mujer para mantener así a sus antiguos amantes? Se las arregló para casarse con el primero y después con el tercero y retirar a medias de la tumba al segundo para que haga de testigo a la hija que tuvo del primero o de otro, pues, ¿cómo orientarse con esa cantidad? ¡Ella misma ya no sabe! El tercero digo: el tricentésimo es lo que habría que decir. Por lo demás, ya sabe usted que, si es tan poco Forcheville como usted y como yo, cuadra con el marido, quien, naturalmente, no es noble. Ya puede usted imaginarse que sólo un aventurero podía casarse con esa muchacha. Parece que es un Sr. Dupont o Durand cualquiera. Si no hubiese ahora un alcalde radical en Combray, que ni siquiera saluda al cura, me habría enterado de cómo ha acabado ese asunto, porque, como usted comprenderá, cuando se han publicado las

amonestaciones, ha habido que decir el nombre verdadero. Está muy bien para los periódicos y para el papelero que envía las invitaciones hacerse llamar marqués de Saint-Loup. Con eso no se hace daño a nadie y, si eso da gusto a esos buenos señores, no seré yo quien lo critique, ¿por qué habría de molestarme? Como nunca frecuentaré a la hija de una mujer que ha dado que hablar, ya puede ser todo lo marquesa que quiera para sus sirvientes, pero en los actos del estado civil no es lo mismo. ¡Ah! Si mi primo Sazerat fuese aún primer teniente de alcalde, le habría escrito y me habría dicho con qué nombre había mandado hacer las publicaciones».

Por lo demás, en aquella época vi bastante a Gilberte, con la que había vuelto a hacer amistad, pues nuestra vida, con su duración, no se calcula por la vida de nuestras amistades. Al pasar cierto período de tiempo, vemos reaparecer (como en política antiguos ministerios y en el teatro obras olvidadas que se vuelven a representar) relaciones de amistad reanudadas entre las mismas personas de otro tiempo, tras muchos años de interrupción, y con gusto. Al cabo de diez años, las razones que tenía uno para amar demasiado, el otro para no poder soportar un despotismo demasiado exigente, han dejado de existir. Sólo subsiste la conveniencia y todo lo que Gilberte me habría denegado en tiempos me lo concedía de buen grado, seguramente porque yo ya no lo deseaba. Sin que nos hubiéramos dicho nunca la razón del cambio, ahora estaba siempre dispuesta a venir hasta mí, nunca tenía prisa por separarse de mí, cosa que en tiempos le había parecido intolerable, imposible; es que había desaparecido el obstáculo: mi amor.

* * *

Por lo demás, un poco después fui a pasar unos días a Tansonville. Aquel desplazamiento me fastidiaba bastante, pues tenía en París

una muchacha que se acostaba en el piso de soltero que había yo alquilado. Como otros el aroma del bosque o el murmurio de un lago, yo necesitaba su sueño a mi lado y, de día, tenerla siempre junto a mí, en mi coche, pues, por mucho que se olvide un amor, puede determinar la forma del que le seguirá. Ya en el amor anterior existían costumbres cotidianas, cuyo origen no recordábamos nosotros mismos; la angustia de un primer día fue la que nos hizo desear apasionadamente y después adoptar de forma fija, como las costumbres cuyo sentido hemos olvidado, aquellos regresos en coche hasta la morada misma de la amada o su residencia en la nuestra, nuestra presencia o la de alguien en quien tenemos confianza en todas esas salidas, todas esas costumbres, que son como grandes vías uniformes por las que pasa todos los días nuestro amor y que en tiempos se fundieron en el fuego volcánico de una emoción ardiente, pero esas costumbres sobreviven a la mujer e incluso a su recuerdo. Se vuelven la forma —si no de todos nuestros amores— al menos de algunos de ellos que alternan entre sí y así mi morada había exigido, como recuerdo de la Albertine olvidada, la presencia de mi amante actual, que yo ocultaba a los visitantes y que llenaba mi vida como en tiempos Albertine y, para ir a Tansonville, hube de conseguir que se dejara guardar por uno de mis amigos, a quien no gustaban las mujeres, durante unos días. Fui porque me había enterado de que Gilberte se sentía desdichada, engañada por Robert, pero no de la manera que todo el mundo creía, que tal vez ella misma creía aún, que, en cualquier caso, decía. Es que no se debe olvidar el amor propio, el deseo de engañar a los demás, de engañarse a sí mismo, el conocimiento, por lo demás imperfecto, de las traiciones, que es el de todas las personas engañadas, tanto más cuanto que Robert, como buen sobrino del Sr. de Charlus, se exhibía con mujeres a las que comprometía, a las que la alta sociedad —y, en una palabra, también Gilberte— consideraba sus amantes… En la alta sociedad consideraban incluso que no se andaba con miramientos, pues se pegaba como una lapa a determinada mujer, a quien después

acompañaba hasta su casa, y dejaba a la Sra. Saint-Loup volver a casa como pudiera. Quien hubiese dicho que la otra mujer a la que comprometía así no era en realidad su amante habría pasado por ingenuo, ciego ante la evidencia, pero, por desgracia, yo fui orientado hacia la verdad, que me causó una pena infinita, gracias a algunas palabras que se le escaparon a Jupien. ¡Cuál no sería mi estupefacción cuando, habiendo ido, unos meses antes de mi marcha para Tansonville, a interesarme por el Sr. de Charlus, en quien se habían manifestado ciertos trastornos cardíacos que habían causado gran preocupación, y, estando hablando con Jupien, a quien había encontrado solo, de una correspondencia amorosa, dirigida a Robert y firmada por Bobette, que la Sra. de Saint-Loup había descubierto, me había enterado por mediación del antiguo factótum del barón de que la persona que firmaba Bobette no era otra que el violinista-cronista del que ya hemos hablado y que había desempeñado un papel bastante importante en la vida del Sr. de Charlus! Jupien no dejaba de manifestar indignación al respecto: «Ese muchacho podía actuar como quisiese, era libre, pero no debería haber mirado precisamente en una dirección: la del sobrino del barón, tanto más cuanto que éste quería a su sobrino como a un hijo; intentó desunir el matrimonio: es vergonzoso. Y tuvo que recurrir a astucias diabólicas para ello, pues nadie era más opuesto por naturaleza a esas cosas que el marqués de Saint-Loup. ¡La de locuras que ha hecho por sus amantes! No, que ese miserable músico dejara al barón como lo dejó, indecentemente, era asunto suyo, eso desde luego, pero ¡volverse hacia el sobrino! Hay cosas que no se hacen». Jupien era sincero en su indignación; en las llamadas personas inmorales, las indignaciones morales son tan fuertes como en las demás y sólo cambian un poco de objeto. Además, las personas cuyo corazón no está directamente afectado, al juzgar siempre las relaciones que evitar, los malos matrimonios, como si fuéramos libres de elegir a quien amamos, no tienen en cuenta el delicioso espejismo que el amor proyecta y que envuelve tan entera y únicamente a la persona de la que estamos

enamorados, que la «tontería» de un hombre, al casarse con una cocinera o la amante de su mejor amigo, es en general el único acto poético de toda su existencia. Comprendí que había estado a punto de producirse una separación entre Robert y su mujer (sin que Gilberte se diera aún cuenta bien de qué se trataba) y había sido la Sra. de Marsantes, madre amante, ambiciosa y filósofa, la que había arreglado e impuesto la reconciliación. Formaba parte de esos medios en los que la mezcla de sangres que van cruzándose sin cesar y el empobrecimiento de los patrimonios hacen florecer de nuevo en todo momento —en la esfera de las pasiones, como en la de los intereses— los vicios y los compromisos hereditarios. Con la misma energía había protegido en tiempos a la Sra. Swann y la boda de la hija de Jupien y había arreglado la boda de su propio hijo con Gilberte, con lo que recurría para sí misma, con una resignación dolorosa, a esa misma energía atávica con la que beneficiaba a todo el Faubourg y tal vez sólo hubiera arreglado aprisa y corriendo la boda de Robert con Gilberte —cosa que, desde luego, le había costado menos esfuerzo y llanto que hacerlo romper con Rachel— por miedo a que comenzara con otra casquivana —o tal vez con la misma, pues Robert tardó mucho en olvidar a Rachel— un nuevo lío que tal vez habría sido su salvación. Ahora entendía yo lo que Robert había querido decirme en casa de la princesa de Guermantes: «Es una lástima que tu queridita de Balbec no tenga la fortuna exigida por mi madre, creo que nos habríamos entendido muy bien los dos». Había querido decir que ella era de Gomorra como él de Sodoma o tal vez, si aún no lo era, ya sólo disfrutaba con las mujeres a las que podía amar de cierta manera y junto con otras mujeres. Así, pues, si no hubiese perdido yo, salvo en regresos poco frecuentes al pasado, la curiosidad por saberlo todo de mi amiga, habría podido preguntar sobre ella no sólo a Gilberte, sino también a su marido. Y, en resumidas cuentas, el deseo de Robert y mío de casarnos con Albertine se debía a lo mismo (a saber: a que le gustaban las mujeres), pero las causas de nuestro deseo, como sus objetivos, eran opuestas. En mi caso, era por la

desesperación en que me había sumido enterarme; en el de Robert, por la satisfacción; en el mío, para impedirle, gracias a una vigilancia perpetua, entregarse a su inclinación; en el de Robert, para cultivarla y por la libertad que le dejaría para que le trajera a amigas. Si bien Jupien hacía, así, remontarse a muy poco antes la nueva orientación, tan divergente de la primitiva, que habían adoptado los gustos carnales de Robert, una conversación con Aimé que me hizo sentirme muy mal me mostró que el antiguo jefe de comedor de Balbec hacía remontar aquella divergencia, aquella inversión, a una época muy anterior. La oportunidad para dicha conversación había sido una temporada que había ido yo a pasar a Balbec, donde el propio Saint-Loup, quien disfrutaba de un largo permiso, había ido con su mujer, de la que, en aquella primera fase, no se separaba ni un instante. Yo admiraba que la influencia de Rachel siguiera dejándose sentir en Robert. Sólo un joven casado que ha tenido durante mucho tiempo una amante sabe quitar el abrigo a su mujer antes de entrar en un restaurante, tener con ella las atenciones que conviene. Durante su relación ha recibido la instrucción que debe tener un buen marido. No lejos de él, en una mesa vecina a la mía, Bloch, rodeado de jóvenes universitarios presuntuosos, adoptaba modales falsamente desenvueltos y gritaba muy fuerte a uno de sus amigos, al tiempo que le pasaba con ostentación el menú con un gesto que derribó dos botellas de agua: «No, no, querido, ¡pida usted! En mi vida he sabido componer un menú. ¡Nunca he sabido pedir!», repitió con un orgullo poco sincero y, mezclando la literatura con la gula, se mostró al instante partidario de pedir una botella de champán, que le gustaba ver «de forma totalmente simbólica» adornando una charla. Por su parte, Saint-Loup sí que sabía pedir. Estaba sentado junto a Gilberte, ya embarazada (después no iba a cesar de hacerle hijos), así como se acostaba junto a ella en su cama común del hotel. Sólo hablaba a su mujer, el resto del hotel no parecía existir para él, pero, en cuanto un camarero se situaba muy cerca de él para tomar un pedido, alzaba rápidamente sus claros ojos y le lanzaba una mirada que no duraba más de dos segundos,

pero, con su límpida clarividencia, parecía manifestar un tipo de curiosidades y búsquedas enteramente distinto del que habría podido animar a cualquier cliente que mirara, incluso largo rato, a un botones o a un camarero para hacer comentarios humorísticos o de otra índole sobre él, que comunicaría a sus amigos. Aquella mirada breve, desinteresada, señal de que el camarero le interesaba en sí mismo, revelaba a quienes lo hubieran observado que aquel marido excelente, aquel amante en tiempos apasionado de Rachel, tenía en su vida otro plan, infinitamente más interesante para él que aquel en el que se movía por obligación, pero sólo se lo veía en este último. Sus ojos ya habían vuelto a dirigirse a Gilberte, quien no había visto nada; él le presentaba a un amigo de paso y se iba de paseo con ella. Ahora bien, Aimé me habló en aquel momento de una época muy anterior, aquella en que yo había conocido a Saint-Loup por mediación de la Sra. de Villeparisis, en aquel mismo Balbec.

«Que sí, señor mío», me dijo, «es algo archisabido, hace mucho que yo lo sé. El primer año en que el señor estuvo en Balbec, el señor marqués se encerró con mi ascensorista con el pretexto de revelar unas fotografías de la señora abuela del señor. El muchacho quería quejarse, nos costó Dios y ayuda echar tierra sobre el asunto y, mire, el señor recordará seguramente aquel día en que vino a almorzar en el restaurante con el señor marqués de Saint-Loup y su amante, quien servía de tapadera al señor marqués. El señor recordará seguramente que el señor marqués se marchó con el pretexto de un ataque de cólera. Desde luego, no quiero decir que la señora tuviese razón, pues se las hacía pasar de lo más crueles, pero aquel día la cólera del señor marqués era —no me quitarán de la cabeza la idea— fingida y necesitaba alejar al señor y a la señora». Al menos sobre lo sucedido aquel día sé perfectamente que, si bien Aimé no mentía a conciencia, se equivocaba de medio a medio. Yo recordaba más que de sobra el estado en que se encontraba Robert, la bofetada que había dado al periodista y, por lo demás, lo mismo se podía decir de lo sucedido en Balbec: o el ascensorista había mentido o era Aimé quien mentía. Al menos así

lo creí; certidumbre no podía tener yo: sólo vemos siempre una faceta de las cosas y, si no me hubiera causado pena, me habría parecido hermoso en cierto modo que, mientras que para mí la carrera del ascensorista hasta la casa de Saint-Loup había sido el medio cómodo para mandarle una carta y recibir su respuesta, para él había sido el de conocer a alguien que le había gustado. En efecto, las cosas son como mínimo dobles. Sobre el acto más insignificante que hacemos otro hombre empalma una serie de actos enteramente distintos. Desde luego, la aventura de Saint-Loup y el ascensorista, si llegó a ocurrir, me parecía tan poco vinculada al trivial envío de mi carta como prever podría el preludio de *Tristán* alguien que no conociera de Wagner otra cosa que el dúo de *Lohengrin*. Cierto es que para los hombres las cosas ofrecen tan sólo un número limitado de sus innumerables atributos, dada la pobreza de sus sentidos. Tienen colores porque estamos dotados de ojos; ¿cuántos otros epítetos no merecerían, si tuviéramos centenares de sentidos? Pero ese aspecto diferente que podrían tener nos resulta fácil de comprender gracias a lo que en la vida es un acontecimiento mínimo incluso, del que conocemos una parte que creemos el todo y que otro contempla como por una ventana abierta en el otro lado de la casa y que da a otra vista. En el caso de que Aimé no se hubiera equivocado, el rubor de Saint-Loup, cuando Bloch le había hablado del ascensorista, tal vez no se debiese sólo a que éste pronunciara «laift», pero yo estaba convencido de que la evolución fisiológica de Saint-Loup no había comenzado en aquella época y de que entonces aún le gustaban sólo las mujeres. Pude discernirlo retrospectivamente —más que por ninguna otra señal— por la amistad que Saint-Loup me había demostrado en Balbec. No es que, mientras le gustaron las mujeres, fuera en verdad capaz de profesar amistad. Más adelante, al menos durante algún tiempo, manifestaba a los hombres que no le interesaban directamente una indiferencia sincera —creo yo— en parte, pues se había vuelto muy seco, y que exageraba también para hacer creer que sólo prestaba atención a las mujeres, pero, de todos modos, recuerdo que un día

en Doncières en que iba yo a cenar en casa de los Verdurin y él acababa de mirar de forma un poco prolongada a Charlie, me había dicho: «Es curioso, ese chico, tiene semejanzas con Rachel. ¿No te llama la atención? Me parecen idénticas. En cualquier caso, no puede interesarme». Y, aun así, sus ojos habían permanecido después perdidos largo rato en el horizonte, como cuando pensamos, antes de reanudar una partida de cartas o salir a cenar en un restaurante, en uno de esos viajes lejanos que nunca —estamos convencidos— haremos, pero cuya nostalgia hemos sentido por un instante. Ahora bien, si Robert encontraba algo de Rachel en Charlie, Gilberte, por su parte, procuraba tener algo de Rachel para gustar a su marido, se ponía, como ella, lazos de seda escarlata, rosa o amarilla en el pelo, se peinaba igual, pues creía que su marido seguía amándola y se sentía celosa. Que el amor de Robert hubiera rayado a veces en los confines que separan el amor de un hombre a una mujer del de un hombre a un hombre era posible. En todo caso, el recuerdo de Rachel ya sólo desempeñaba al respecto un papel estético. Ni siquiera es probable que hubiese podido desempeñar otros. Un día, Robert había ido a pedirle que se vistiera de hombre y se dejara colgar un largo mechón y, sin embargo, se había contentado con mirarla, insatisfecho. No por ello se sentía menos apegado a ella y le pasaba escrupulosamente, pero sin gusto, la enorme renta que le había prometido y que no le impidió a ella tener para con él más adelante gestos de lo más feos. Gilberte no habría sufrido por aquella generosidad para con Rachel, si hubiese sabido que era tan sólo el cumplimiento resignado de una promesa a la que ya no correspondía amor alguno, pero, en cambio, amor es lo que él fingía sentir por Rachel. Los homosexuales serían los mejores maridos del mundo, si no hicieran la comedia de que les gustan las mujeres. Por lo demás, Gilberte no se quejaba. Por haber creído que Robert había sido amado y durante tanto tiempo por Rachel era por lo que lo había deseado, por lo que había renunciado por él a partidos mejores; parecía hacerle como una concesión al casarse con ella. Y, de hecho, durante los primeros tiempos hizo

comparaciones entre las dos mujeres (pese a ser tan diferentes en cuanto a encanto y belleza) que no favorecieron a la deliciosa Gilberte, pero después ésta se granjeó más la estima de su marido, mientras que Rachel la perdía a ojos vista. Otra persona se desdijo: fue la Sra. Swann. Si bien, para Gilberte, Robert, antes del matrimonio, estaba rodeado de la doble aureola que le creaban, por una parte, su vida con Rachel, perpetuamente denunciada por las lamentaciones de la Sra. de Marsantes, y, por otra, el prestigio que los Guermantes habían atribuido siempre a su padre y que había heredado de él, la Sra. de Forcheville, en cambio, habría preferido una boda más brillante, tal vez principesca (había familias reales pobres que habrían aceptado el dinero —que, por lo demás, resultó ser muy inferior a los ochenta millones prometidos—, limpiado como había quedado por el nombre de Forcheville) y un yerno menos desacreditado por una vida pasada lejos de la alta sociedad. No había podido vencer la voluntad de Gilberte, se había quejado amargamente a todo el mundo y denigraba al yerno. Un buen día, todo había cambiado y el yerno había pasado a ser un ángel: ya sólo se burlaban de él a hurtadillas. Es que la edad había dejado a la Sra. Swann (que había pasado a ser la Sra. de Forcheville) la inclinación que siempre había sentido a ser una mantenida, pero, con la deserción de los admiradores, le había retirado los medios para ello. Todos los días deseaba un nuevo collar, un nuevo vestido briscado con brillantes, un automóvil más lujoso, pero tenía poca fortuna, pues Forcheville se lo había comido casi todo, y tenía una hija adorable, pero —¿qué ascendiente israelita regiría a Gilberte al respecto?— atrozmente avara, que escatimaba el dinero a su marido y, naturalmente, mucho más a su madre. Ahora bien, de repente había presentido al protector —y después lo había encontrado— en Robert. Que ya no estuviese en su primera juventud tenía poca importancia para un yerno al que no gustaban las mujeres. Lo único que pedía a su suegra era que allanara tal o cual dificultad entre Gilberte y él, obtuviese de ella el consentimiento para hacer un viaje con Morel. En cuanto Odette se había ocupado

de ello, un magnífico rubí la recompensaba. Para ello, era necesario que Gilberte fuese más generosa con su marido. Odette se lo recomendaba tanto más encarecidamente cuanto que era ella la que iba a beneficiarse de la generosidad. Así, gracias a Robert, podía —al borde de los cincuenta (algunos decían de los sesenta)— deslumbrar a todas las mesas en las que iba a cenar, todas las veladas en las que aparecía, con un lujo increíble y sin necesitar, como en otro tiempo, a un «amigo», que a aquellas alturas ya no habría apoquinado ni tragado siquiera. Por eso, había entrado —para siempre, parecía— en el período de la castidad final y nunca había estado más elegante.

No había sido sólo la maldad, el rencor del antiguo pobre contra el amo que lo ha enriquecido y, por lo demás, le ha hecho sentir (era propio del carácter y, más aún, del vocabulario del Sr. de Charlus) la diferencia de sus condiciones, lo que había movido a Charlie a aproximarse a Saint-Loup para hacer sufrir aún más al barón. Tal vez fuera también por interés. Yo tuve la impresión de que Robert debía de darle mucho dinero. En una velada en la que me había encontrado con Robert antes de partir para Combray y en la que su forma de exhibirse junto a una mujer elegante que pasaba por ser su amante, de pegarse a ella, de formar una sola persona con ella, envuelto en público en sus faldas, me hacía pensar, con más nerviosismo, con más sobresalto, en algo así como una repetición involuntaria de un gesto ancestral que había yo podido observar en el Sr. de Charlus, envuelto —podríamos decir— en los atavíos de la Sra. Molé o de otra, estandarte de una causa *ginófila* que no era la suya, pero que le gustaba —aunque sin derecho a hacerlo— ostentar así, ya fuera porque le pareciese protectora o estética, me había llamado la atención, al regreso, lo ahorrativo que se había vuelto aquel muchacho, tan generoso cuando era menos rico. Que se sienta apego por lo que se posee y que alguien que sembraba el escaso oro que tenía atesore aquel del que carece es seguramente un fenómeno bastante general, pero que, aun así, me pareció cobrar en aquel caso una forma más particular. Saint-Loup se negó a tomar

un coche de caballos y vi que había conservado un volante de trasbordo del tranvía. Seguramente así desplegaba Saint-Loup —para fines diferentes— talentos que había adquirido durante su relación con Rachel. Un joven que ha vivido mucho tiempo con una mujer no es tan inexperto como aquel para quien aquella con la que se casa es la primera. Bastaba con ver —las escasas veces en que Robert llevó a su mujer a almorzar en un restaurante— la destreza y el respeto con los que le quitaba el abrigo, su arte para pedir la cena y dar instrucciones a los camareros, la atención con la que le alisaba las mangas antes de que Gilberte volviera a ponerse la chaqueta, para comprender que había sido durante mucho tiempo el amante de otra mujer antes de ser su marido. Paralelamente, como había tenido que ocuparse hasta en los detalles más minuciosos del gobierno de la casa de Rachel, porque, por una parte, ésta no entendía nada al respecto y, además, porque, por celos, quería llevar la voz cantante en relación con los sirvientes, pudo continuar —en la administración de los bienes de su mujer y el mantenimiento de la casa— con aquel papel hábilmente desempeñado, para el que tal vez Gilberte no habría valido y que ésta le cedía con gusto, pero seguramente lo hacía sobre todo para beneficiar a Charlie con las menores economías de chicha y nabo, manteniéndolo, en una palabra, magníficamente sin que Gilberte lo advirtiera ni sufriese por ello. Tal vez considerara incluso al violinista derrochador «como todos los artistas» (así se calificaba Charlie a sí mismo sin convicción y sin orgullo para disculparse de no responder a las cartas y de una multitud de defectos semejantes que, según creía, formaban parte de la psicología indiscutida de los artistas). Personalmente, a mí me parecía absolutamente indiferente, desde el punto de vista moral, que se experimentara el placer junto a un hombre o a una mujer y más que natural y humano que se lo buscara allí donde se podía encontrarlo. Así, pues, si Robert no hubiera estado casado, su relación con Charlie no debería haberme causado pena alguna y, sin embargo, tenía yo la sensación enteramente de que la que sentía habría sido igualmente intensa, si

Robert hubiese permanecido soltero. En cualquier otro me habría resultado indiferente lo que hiciera, pero lloraba pensando que en tiempos había sentido por un Saint-Loup distinto un afecto tan grande y que él —lo notaba perfectamente en sus nuevos modales fríos y evasivos— ya no me devolvía, pues los hombres, desde que habían pasado a ser posibles objetos de deseo, ya no podían inspirarle amistad. ¿Cómo había podido suceder aquello en un muchacho al que tanto habían gustado las mujeres, a quien yo había visto desesperado, hasta temer que se matara, porque «Rachel cuando del Señor» había querido dejarlo? ¿Habría sido la semejanza entre Charlie y Rachel —invisible para mí— el trampolín que había permitido a Robert pasar de los gustos de su padre a los de su tío a fin de consumar la evolución psicológica que incluso en este último se había producido bastante tarde? Sin embargo, a veces las palabras de Aimé me volvían a la cabeza y me inquietaban; recordaba a Robert aquel año en Balbec: tenía una forma de hablar con el ascensorista, sin prestarle atención, que me recordaba mucho a la del Sr. de Charlus, cuando dirigía la palabra a ciertos hombres, pero a Robert podía venirle perfectamente del Sr. de Charlus, de cierta altivez y actitud física de los Guermantes, y no de los gustos especiales del barón. Así, el duque de Guermantes, quien en modo alguno sentía esas inclinaciones, tenía la misma forma nerviosa que el Sr. de Charlus de girar la muñeca, como si crispara en torno a ella un puño de encaje, y también en la voz entonaciones agudas y afectadas, modales, todos ellos, a los que en el Sr. de Charlus habríamos sentido la tentación de atribuir otro significado, a los que él mismo se lo había atribuido, pues el individuo expresa sus particularidades con ayuda de los rasgos impersonales y atávicos que tal vez no sean, por lo demás, sino particularidades antiguas y fijadas en el gesto y la voz. Según esta última hipótesis, rayana en la historia natural, no habría sido al Sr. de Charlus al que se habría podido llamar un Guermantes afectado por una tara y que la expresaba en parte con ayuda de los rasgos de la raza de los Guermantes, sino que el duque de Guermantes

sería en una familia pervertida el ser excepcional que se ha librado hasta tal punto del mal hereditario, que los estigmas exteriores que ha dejado en él pierden todo sentido. Recordé que el primer día en que había visto a Saint-Loup en Balbec, tan rubio, con una materia tan preciosa y poco común, amanerado, mientras hacía volar su monóculo delante de él, me había dado una impresión de afeminamiento, que no era, desde luego, consecuencia de aquello de lo que ahora me había enterado a su respecto, sino de la gracia particular de los Guermantes, la finura de esa porcelana de Sajonia con la que también estaba modelada la duquesa. Recordaba también su afecto por mí, su forma tierna, sentimental, de expresarlo y me decía que también eso, que habría podido engañar a otro, significaba entonces algo muy diferente, todo lo contrario incluso, de aquello de lo que ahora me había enterado, pero ¿de cuándo databa? Si correspondía al año en que yo había regresado a Balbec, ¿cómo es que no había venido ni una sola vez a ver al ascensorista ni me había hablado nunca de él? Y, en cuanto al primer año, ¿cómo habría podido prestarle atención, estando, como estaba, apasionadamente enamorado de Rachel? Aquel primer año, Saint-Loup me había parecido peculiar, como lo eran los verdaderos Guermantes. Ahora bien, lo era aún más de lo que yo había creído, pero aquello de lo que no hemos tenido una intuición directa, lo que hemos sabido por otros, ya no tenemos medio alguno —pues ha pasado ya el momento— para hacerlo saber a nuestra alma; sus vías de comunicación con la realidad están clausuradas; por eso, no podemos disfrutar de su descubrimiento, es demasiado tarde. Por lo demás, aquél me causaba, de todos modos, demasiada pena para poder disfrutarla intelectualmente. Después de lo que me había dicho el Sr. de Charlus en casa de la Sra. Verdurin en París, yo ya no dudaba, desde luego, que el caso de Robert era el de una multitud de hombres honestos e incluso de los más inteligentes y mejores. Enterarme en relación con cualquiera me habría resultado indiferente, exceptuado Robert. La duda que me infundían las palabras de Aimé empañaba toda nuestra amistad de Balbec y de

Doncières y, aunque yo no creía en la amistad ni en haberla sentido de verdad nunca por Robert, al volver a pensar en aquellas historias del ascensorista y del restaurante en el que había almorzado con Saint-Loup y Rachel, me veía obligado a hacer un esfuerzo para no llorar.

Por lo demás, no tendría por qué abordar aquella estancia mía cerca de Combray y que tal vez fuera el momento de mi vida en que menos pensé en Combray, si, precisamente por eso, no hubiese aportado una verificación, al menos provisional, a ciertas ideas que se me habían ocurrido primero por la parte de Guermantes y una verificación también a otras que se me habían ocurrido por la de Méséglise. Todas las noches reanudaba, en otro sentido, los paseos que dábamos en Combray, por la tarde, cuando nos dirigíamos a la parte de Méséglise. Ahora cenábamos en Tansonville a una hora en la que en tiempos llevábamos ya largo rato durmiendo en Combray y, como era la estación calurosa y, además, por la tarde Gilberte pintaba en la capilla del castillo, no salíamos de paseo hasta dos horas antes de la cena. Al placer que en tiempos representaba ver, al regresar, el cielo de púrpura enmarcar el Calvario o bañarnos en el Vivonne, sucedía el de partir, llegada la noche, cuando ya no encontrábamos en el pueblo sino el triángulo azulino, irregular y en movimiento de las ovejas que volvían. En una mitad de los campos estaba apagándose el ocaso; por encima de la otra estaba ya encendida la luna que no tardaría en bañarlos todos. A veces Gilberte me dejaba partir sin ella y yo avanzaba, dejando mi sombra tras mí, como una barca que persigue su navegación por las extensiones encantadas; la mayoría de las veces me acompañaba. Los paseos que dábamos así eran con mucha frecuencia los que daba yo en tiempos, de niño: ahora bien, ¿cómo no había de experimentar mucho más intensamente aún que en tiempos por la parte de Guermantes la sensación de que nunca sería capaz de escribir, a la que se sumaba la de que mi imaginación y mi sensibilidad se habían debilitado, cuando vi la poca curiosidad que sentía por Combray? Me sentía contrariado al ver lo poco que

revivía de mis años de otro tiempo. El Vivonne me parecía un simple riachuelo feo al borde del camino de sirga. No es que advirtiera yo inexactitudes materiales importantes en lo que recordaba, pero, separado de los lugares que atravesaba de nuevo por toda una vida diferente, no había entre ellos y yo esa contigüidad de la que nace —antes incluso de que lo hayamos notado— la inmediata, deliciosa y total deflagración del recuerdo. Al no comprender bien seguramente cuál era su naturaleza, me entristecía pensar que mi facultad de sentir e imaginar debía de haber disminuido para que no sintiese ya placer en aquellos paseos. La propia Gilberte, que me entendía aún peor que yo mismo, aumentaba mi tristeza al compartir mi asombro. «¡Cómo! ¿No te hace sentir nada?», me decía, «¿caminar por este repecho por el que subías en tiempos?». Y ella misma había cambiado tanto, que ya no me parecía hermosa, ya no lo era en modo alguno. Mientras caminábamos, veía yo cambiar el país, había que trepar por laderas y después bajar pendientes. Gilberte y yo íbamos charlando, cosa que me resultaba muy agradable: no sin dificultad, sin embargo. En tantas personas hay diversas capas que no son iguales, el carácter de su padre, el carácter de su madre; atravesamos una y después la otra, pero el día siguiente el orden de superposición está invertido y al final no sabemos quién deslindará las partes, de quién podemos confiar para la sentencia. Gilberte era como esos países con los que no nos atrevemos a hacer alianzas, porque cambian de gobierno con demasiada frecuencia, pero, en el fondo, es un error. Por discontinua que sea la vida de una persona, su memoria establece en ella algo así como una identidad y hace que no quiera incumplir promesas que recuerda, aun cuando no las haya refrendado. En cuanto a la inteligencia, era en Gilberte —junto con algunas ideas absurdas de su madre— muy viva, pero recuerdo que en aquellas conversaciones que teníamos mientras paseábamos, varias veces me asombró mucho, cosa que nada tiene que ver con su valor intrínseco. Una, la primera, al decirme: «Si no tuvieras demasiada hambre y no fuese tan tarde, tomando este camino a la izquierda y

torciendo después a la derecha, en menos de un cuarto de hora estaríamos en Guermantes». Es como si me hubiera dicho: «Tuerce a la izquierda y después a mano derecha y tocarás lo intangible, alcanzarás las intangibles lejanías de las que en la Tierra sólo conocemos la dirección» —lo que yo habría creído en tiempos que podría conocer sólo de Guermantes y tal vez, en cierto sentido, no me equivocara—, «la parte». Otro de mis asombros fue el de ver «las fuentes del Vivonne», que me imaginaba como algo tan extraterrestre como la entrada en los Infiernos y no eran sino algo así como un lavadero cuadrado hasta el que subían burbujas. Y la tercera vez fue cuando Gilberte me dijo: «Si quieres, podemos, de todos modos, salir una tarde e ir a Guermantes, pasando por Méséglise: es el trayecto más bonito», frase que, al trastornar todas las ideas de mi infancia, me informó de que las dos partes no eran tan irreconciliables como yo había creído, pero lo que más me impresionó fue lo poco que reviví, durante aquella estancia, mis años de otro tiempo, lo poco que deseé volver a ver Combray, lo pequeño y feo que me pareció el Vivonne. Ahora bien, cuando ella verificó para mí imaginaciones que había tenido yo por la parte de Méséglise, fue durante uno de aquellos paseos, en resumidas cuentas, nocturnos, aunque los diéramos antes de la cena… pero ¡es que ella cenaba tan tarde! En el momento de bajar hasta el misterio de un valle perfecto y profundo tapizado por la luz de la luna, nos detuvimos un instante, como dos insectos que van a hundirse en el corazón de un cáliz azulado. Gilberte pronunció entonces —tal vez simplemente por amabilidad de anfitriona que lamenta nuestra próxima partida y a la que habría gustado hacernos mejor los honores de ese país que parecemos apreciar— esa clase de palabras con las que su habilidad de mujer mundana que sabe sacar partido del silencio, de la sencillez, de la sobriedad en la expresión de los sentimientos, nos hace creer que ocupamos en su vida un lugar que nadie podría ocupar. Derramando bruscamente sobre ella la ternura con que me embargaba el aire delicioso, la brisa que respirábamos, le dije: «El otro día hablabas de ese

repecho. ¡Cómo te amaba yo entonces!». Me respondió: «¿Y por qué no me lo decías? No lo sospeché. Yo te amaba, ¡e incluso una vez te me insinué!». «Pero ¿cuándo?». «La primera vez en Tansonville, estabas paseando con tu familia y yo volvía a casa, nunca había conocido a un niño más guapo. Tenía la costumbre», añadió con expresión vaga y púdica, «de ir a jugar con unos amiguitos en las ruinas del torreón de Roussainville y me dirás que era una maleducada, pues allí dentro había niñas y niños de toda clase que aprovechaban la obscuridad. El monaguillo de la iglesia de Combray, Théodore, que era —debo reconocerlo— muy majo (¡Dios mío, qué bien estaba!) y que se ha vuelto tan feo (ahora es farmacéutico en Méséglise), se divertía allí con todas las campesinitas de los alrededores. Como me dejaban salir sola, en cuanto podía escaparme, corría hasta allí. No te puedo explicar cómo me habría gustado verte venir allí; recuerdo muy bien que, como sólo disponía de un minuto para hacerte comprender lo que deseaba, a riesgo de que me vieran tus padres y los míos, te lo indiqué de forma tan directa, que ahora siento vergüenza, pero me lanzaste una mirada tan dura, que comprendí que no querías». Y de repente pensé que la verdadera Gilberte, la verdadera Albertine, tal vez fuesen las que se habían entregado en el primer instante con su mirada: una delante del seto de majuelos y la otra en la playa. Y había sido yo quien, al no haber sabido entenderlo, al no haberlo recobrado hasta más tarde en mi memoria, después de un lapso en el que mediante mis conversaciones todo un intervalo de sentimiento las había hecho temer mostrarse tan francas como en el primer minuto, yo lo había estropeado todo con mi torpeza. Las había «dejado escapar» más completamente —aunque, a decir verdad, el fracaso relativo con ellas fue menos absurdo— por las mismas razones que Saint-Loup a Rachel. «Y la segunda vez», prosiguió Gilberte, «fue muchos años después, cuando me encontré contigo bajo tu puerta, la víspera del día en que te volví a ver en casa de mi tía Oriane; no te reconocí en seguida o, mejor dicho, te reconocía sin saberlo, ya que sentía el mismo deseo que en

Tansonville». «Sin embargo, en el intervalo había habido lo de los Campos Elíseos». «Sí, pero entonces me amabas demasiado, yo sentía una inquisición sobre todo lo que hacía». No se me ocurrió preguntarle quién era aquel joven con el que bajaba ella por la avenida de los Campos Elíseos, el día en que había yo salido para ir a verla, en el que me habría reconciliado con ella, mientras aún estaba a tiempo, aquel día que tal vez habría cambiado toda mi vida, si no me hubiera encontrado con las dos sombras que caminaban una junto a otra en el crepúsculo. Si se lo hubiera preguntado, tal vez me habría dicho la verdad, como Albertine, si hubiese resucitado. Y, en efecto, ¿acaso no hay entre las mujeres a las que hemos dejado de amar —y a las que nos encontramos al cabo de los años— y nosotros la muerte, exactamente como si ya no fueran de este mundo, ya que el hecho de que nuestro amor haya dejado de existir convierte a las que eran entonces o a quienes éramos nosotros en unos muertos? Puede también que no lo hubiese recordado o hubiera mentido. En todo caso, carecía ya de interés para mí saberlo, porque mi corazón había cambiado aún más que el rostro de Gilberte. Éste ya no me gustaba precisamente, pero sobre todo ya no me sentía desdichado, no habría podido concebir, si hubiera vuelto a pensarlo, que hubiese podido sentirme así tanto al encontrarme a Gilberte caminando despacito junto a un joven, que hubiera podido pensar: «Se acabó, renuncio a verla para siempre». Del estado de ánimo que, aquel año lejano, había sido para mí una pura y larga tortura nada subsistía. Es que en este mundo, en el que todo se desgasta, todo perece, hay algo que cae en ruinas, que se destruye aún más completamente y deja aún menos vestigios que la belleza: la pena.

Sin embargo, si bien no me parece extraño que no le preguntara entonces con quién bajaba por los Campos Elíseos, pues ya había yo visto demasiados ejemplos de esa falta de curiosidad que se debe al paso del tiempo, sí que me lo parece un poco no haber contado a Gilberte que, antes de encontrármela aquel día, había vendido un jarrón de porcelana antigua de China para comprarle

flores. En efecto, mi único consuelo, durante los tiempos tan tristes que habían seguido, había sido el de pensar que un día podría contarle sin peligro aquella intención tan tierna. Más de un año después, si veía yo que un coche iba a chocar con el mío, mi único deseo de no morir era para poder contárselo a Gilberte. Me consolaba diciendo: «No nos apresuremos, tengo toda la vida por delante para eso». Y, por esa razón, deseaba no perder la vida. Ahora me habría parecido poco agradable, casi ridículo, y «alentador» decirlo. «Por lo demás», continuó Gilberte, «incluso el día en que me encontré contigo bajo tu puerta, seguías siendo enteramente el mismo que en Combray. ¡Si supieras qué poco habías cambiado!». Volví a ver a Gilberte en mi memoria. Habría podido dibujar el cuadrilátero de luz que el sol formaba bajo los majuelos, la laya que la niña sostenía en la mano, la larga mirada que se clavó en mí. Sólo, que, por el gesto grosero que la acompañaba, había creído yo que era una mirada de desprecio, porque lo que yo deseaba me parecía algo que las niñas no conocían y sólo hacían en mi imaginación, durante mis horas de deseo solitario. Menos aún habría creído que una de ellas hubiera tenido —tan fácil, tan rápidamente, casi ante los ojos de mi abuelo— la audacia de representarlo.

Por eso, tuve que dar, a tantos años de distancia, un retoque a una imagen que recordaba tan bien, operación que me hizo bastante feliz, al mostrarme que el abismo infranqueable existente —había creído entonces— entre cierto tipo de niñas de pelo dorado y yo era tan imaginario como el abismo de Pascal y que me pareció poética por la larga serie de años a cuyo término había que realizarla. Tuve un sobresalto de deseo y de añoranza, al pensar en los subterráneos de Roussainville, y, sin embargo, me sentía feliz, al decirme que aquella felicidad hacia la que se orientaban todas mis fuerzas entonces, y que ya nada podía devolverme, hubiese existido fuera de mi pensamiento, en la realidad cercana a mí, en aquel Roussainville del que hablaba yo con tanta frecuencia, que veía desde el retrete que olía a iris, ¡y no me había enterado! En una

palabra, resumía todo lo que había deseado en mis paseos hasta el punto de no poder decidirme a volver a casa, al creer ver entreabrirse, animarse, los árboles. Lo que deseaba tan febrilmente entonces, ella había estado a punto —con sólo que yo hubiese sabido entenderlo y recuperarlo— de hacerme saborearlo ya en mi adolescencia. Más completamente aún de lo que había creído yo, Gilberte se encontraba en aquella época en verdad por la parte de Méséglise.

E incluso aquel día en que me la había encontrado bajo una puerta, aunque no fuera la Srta. de l'Orgeville, la que Robert había conocido en las casas de citas (¡y qué curioso resultaba que hubiera sido precisamente a su futuro marido a quien yo hubiese pedido la aclaración!), no me había equivocado totalmente sobre el significado de su mirada ni sobre la clase de mujer que era y me confesaba ahora haber sido. «Todo aquello queda muy lejos», me dijo, «no he vuelto a pensar sino en Robert desde el día en que nos hicimos novios. ¿Y sabes lo que te digo? Ni siquiera esos caprichos de la infancia son lo que más me reprocho».

MARCEL PROUST (1871-1922). Nació el 10 de julio de 1871 en Auteuil, París (Francia), en el seno de una familia acomodada. Su padre era el médico Adrien Proust y su madre, Jeanne Weil, era una mujer culta descendiente de una adinerada familia de origen judío. Proust era un niño enfermizo, pues desde temprana edad padeció asma. Se instruyó en el Liceo Condorcet. Sus padres querían que estudiase Derecho, cosa que hizo en la Sorbona y en la Escuela de Ciencias Políticas, aunque finalmente dedicó casi todo su tiempo en exclusiva a la escritura.

Desde 1905, año de la muerte de su querida madre, se recluyó en su hogar y volcó todo su tiempo en la escritura de su obra más importante, «En busca del tiempo perdido» (1913-1927), caracterizada en su narrativa por su ahondamiento en la instrospección personal y en el retrato psicológico de sus caracteres. Esta obra, dividida en varios volúmenes con tintes

autobiográficos, le proporcionó el Premio Goncourt en 1919. Póstumamente apareció la novela *Jean Santeuil* (1956), un libro que había comenzado a escribir en 1895.

Respecto a su vida sentimental, Proust era homosexual a pesar de que estuvo enamorado en su infancia de Marie de Benardaky. Su relación amorosa más importante la mantuvo con su secretario Alfred Agostinelli, fallecido en un accidente de aviación cuando pilotaba una avioneta que el propio Proust le había regalado.

El escritor francés murió de neumonía el 18 de noviembre de 1922, acompañado de su criada Celeste Albaret. Tenía 51 años.

Notas

[1] Un cisne de otro tiempo se recuerda / Magnífico, aunque sin esperanza se libera, / por no haber cantado la región donde vivir / cuando del estéril invierno resplandece el tedio. <<

[2] «El virgen, vivaz y hermoso día de hoy». <<

[3] Di si no he de ser feliz / Trueno y rubíes en los ejes / Al ver en el aire que el fuego horada / Entre reinos dispersos / Como púrpura agonizante la rueda / Del único vesperal de mis carros. <<

[4] Los muertos duermen en paz en el seno de la tierra. / Así deben dormir nuestros sentimientos apagados. / Estas reliquias del corazón tienen también su polvo; / No pongamos las manos en sus restos sagrados. <<

[5] Los harás llorar, niña hermosa y querida… <<

[6] … A todos esos chiquillos, futuros hombres, / Que ya suspenden su joven ensueño / De las mimosas pestañas de tus puros ojos. <<

[7] La primera noche en que vino aquí, / Abandoné toda idea de orgullo. / Le decía: «Ámame / Todo el tiempo que puedas». / Sólo dormía bien en sus brazos. <<

[8] En la traducción de esas «páginas anteriores» a las que se refiere este paréntesis del autor se ha substituido ese condicional (llamado «de rumor») por la expresión «al parecer, + indicativo» para no cometer un gravísimo calco sintáctico del francés, pese a que en la actualidad esté tan generalizado en el lenguaje de la prensa —a diferencia del de los hablantes comunes y corrientes y del de los escritores: ¡todavía hay clases al respecto!—, que ha acabado denominándoselo también «condicional periodístico». (*N. del T.*) <<